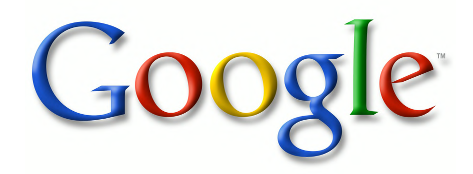
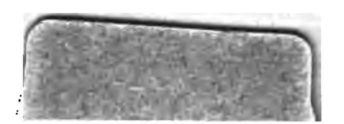
















EL

PERIQUILLO SARNIENTO

POR



SEGUNDA EDICION

Corregida, ilustrada con notas, y adornada con 30 láminas finas.

TOMO I.

MEXICO.

J. Valdes y Cueva, Calle del Refugio núm. 12.

R. Araujo, Calle de Cadena, número 13.

1884.

.....Nadie diga que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos á otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que esto le importa más que hacer crítica y exámen de mi pensamiento, de mi locucion, de mi idea, ó de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL *en su prólogo de la Barca de Aqueronte.*

Tip. Clarke y Macias, Tiburcio n. 2.

VIDA Y HECHOS

DE

PERIQUILLO SARNIENTO

ESCRITA POR ÉL

PARA SUS HIJOS.

CAPITULO PRIMERO.

Comienza PERIQUILLO escribiendo el motivo que tuvo para dejar á sus hijos estos cuadernos, y da razon de sus padres, patria, nacimiento y demás ocurrencias de su infancia.

POSTRADO en una cama muchos meses hace, batallando con los médicos y enfermedades, y esperando con resignacion el dia en que, cumplido el órden de la Divina Providencia háyais de cerrar mis ojos, queridos hijos mios, he pensado dejaros escritos los nada raros sucesos de mi vida, para que os sepais guardar y precaver de muchos de los peligros que amenazan y aun lastiman al hombre en el discurso de sus dias.

Deseo que en esta lectura aprendais á desechar muchos errores que notareis admitidos por mí y por otros, y que prevenidos con mis lecciones, no os espongais á sufrir los malos tratamientos que yo he sufrido por mi culpa; satisfechos de que mejor es aprovechar el desengaño en las cabezas agenas que en la propia.

Os suplico encarecidamente que no os escandaliceis con los extravíos de mi mocedad, que os contaré sin rebozo y con bastante confusion; pues mi deseo es instruiros y alejaros de los escollos donde tantas veces se estrelló mi juventud, y á cuyo mismo peligro quedais expuestos.

No creais que la lectura de mi vida os será demasiado fastidiosa, pues como yo sé bien que la variedad deleita el entendimiento, procuraré evitar aquella monotonía ó igualdad de estilo que regularmente enfada á los lectores. Así es que unas veces me advertireis tan sério y sentencioso como un Caton; y otras tan trivial y bufon como un Bertoldo. Ya leereis en mis discursos, retazos de erudicion y rasgos de elocuencia; y ya vereis seguido un estilo popular mezclado con los refranes y *paparruchadas* del vulgo.

Tambien os prometo, que todo esto será sin afectacion ni pedantismo; sino segun me ocurra á la memoria, de donde pasará luego al papel, cuyo método me parece el más análogo con nuestra natural veleidad.

Ultimamente, os mando y encargo, que estos cuadernos no salgan de vuestras manos, porque no se hagan el objeto de la maledicencia de los necios ó de los inmorales; pero si teneis la debilidad de prestarlos alguna vez, os suplico no los presteis á esos señores, ni á las viejas hipócritas, ni á los curas interesables y que saben hacer negocio con sus feligreses vivos y muertos, ni á los médicos y abogados chapuceros, ni á los escribanos, agentes, relatores y procuradores ladrones, ni á los comerciantes usureros, ni á los albaceas herederos, ni á los padres y madres indolentes en la educacion de su familia, ni á las beatas necias y supersticiosas, ni á los jueces venales, ni á los corchetes pícaros, ni á los alcaides tiranos, ni á los poetas y escritores remendones como yo, ni á los oficiales de la guerra y soldados fanfarrones hazañeros, ni á los ricos avaros, necios, soberbios y tiranos de los hombres, ni á los pobres que lo son por flojera, inutilidad ó mala conducta, ni á los mendigos fingidos; ni

los presteis tampoco á las muchachas que se alquilan, ni á las mozas que se corren, ni á las viejas que se afeitan, ni...... pero va larga esta lista. Basta deciros, que no los presteis ni por un minuto á ninguno de cuantos advirtiereis que les tocan las generales en lo que leyeren; pues sin embargo de lo que asiento en mi prólogo, al momento que vean sus interiores retratados por mi pluma, y al punto que lean alguna opinion, que para ellos sea nueva ó no conforme con sus extraviadas ó depravadas ideas, á ese mismo instante me calificarán de un necio, harán que se escandalizan de mis discursos, y áun habrá quien pretenda quizá que soy herege, y tratará de delatarme por tal, aunque ya esté convertido en polvo. ¡Tanta es la fuerza de la malicia, de la preocupacion ó de la ignorancia!

Por tanto, ó leed para vosotros solos mis cuadernos, ó en caso de prestarlos sea únicamente á los verdaderos hombres de bien, pues éstos, aunque como frágiles yerren ó hayan errado, conocerán el peso de la verdad sin darse por agraviados, advirtiendo que no hablo con ninguno determinadamente, sino con todos los que traspasan los límites de la justicia; mas á los primeros (si al fin leyeren mi obra) cuando se incomoden ó se burlen de ella, podreis decirles, con satisfaccion de que quedarán corridos: "¿de qué te alteras? ¿qué mofas, si con distinto nombre de tí habla la vida de este hombre desarreglado?" (1)

Hijos mios: despues de mi muerte leereis por primera vez estos escritos. Dirigid entónces vuestros votos por mí al trono de las misericordias: escarmentad en mis locuras: no os dejeis seducir por las falsedades de los hombres: aprended las máximas que os enseño, acordandoos que las aprendí á costa de muy dolorosas esperiencias: jamas alabeis mi obra, pues ha tenido mas parte en ella el deseo de aprovecharos; y empapados en estas consideraciones, comenzad á leer.

---

(1) .... ¿Quid rides? mutato nomine, de te fabella narratur.

Mi patria, padres, nacimiento y primera educacion.

NACI en México, capital de la América Septentrional, en la Nueva—España. Ningunos elogios serian bastantes en mi boca para dedicarlos á mi cara patria; pero, por serlo, ningunos más sospechosos. Los que la habitan y los extranjeros que la han visto, pueden hacer su panegírico más creible, pues no tienen el estorbo de la parcialidad, cuyo lente de aumento puede á veces disfrazar los defectos, ó poner en grande las ventajas de la patria aun á los mismos naturales; y así, dejando la descripcion de México para los curiosos imparciales, digo: que nací en esta rica y populosa ciudad por los años de 1771 á 73, de unos padres no opulentos, pero no constituidos en la miseria: al mismo tiempo que eran de una limpia sangre, la hacian lucir y conocer por su virtud. ¡Oh, si siempre los hijos siguieran constantemente los buenos ejemplos de sus padres!

Luego que nací, despues de las lavadas y demas diligencias de aquella hora, mis tias, mis abuelas y otras viejas del antiguo cuño, querian amarrarme las manos, y fajarme ó liarme como un cohete, alegando, que si me las dejaban sueltas, estaba yo propenso á espantarme, á ser muy *manilargo* (1) de grande, y por último, y como la razon de mas peso y el argumento más incontrastable, decian, que este era el modo con que á ellas las habian criado, y que por tanto, era el mejor y el que se debia seguir como más seguro, sin meterse á disputar para nada del asunto; porque los viejos eran en todo más sabios que los del dia, y pues ellos amarraban las manos á sus hijos, se debia seguir su ejemplo á ojos cerrados.

A seguida, sacaron de un canastito una cincha de liston que llamaban *faja de dijes*, guarnecida con *manitas de azabache*, el *ojo del*

---

(1) Suele darse á entender con esta palabra, un atrevido dispuesto á dar golpes por motivos ligeros.—E. E.



¡Válgame Dios cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas.

venado, colmillo de caimán y otras baratijas de esta clase, disque para engalanarme con estas reliquias del supersticioso paganismo, el mismo dia que se habia señalado para que en boca de mis padrinos fuera yo á profesar la fé y santa religion de Jesucristo.

¡Válgame Dios cuánto tuvo mi padre que batallar con las preocupaciones de las benditas viejas! ¡Cuánta saliva no gastó para hacerles ver que era una quimera y un absurdo pernicioso el liar y atar las manos á las criaturas! ¡Y qué trabajo no le costó persuadir á estas ancianas inocentes á que el azabache, el hueso, la piedra ni otros amuletos de esta ni ninguna clase, no tienen virtud alguna contra el aire, rábia, mal de ojo, y semejantes faramallas!

Así me lo contó su mereed muchas veces, como tambien el triunfo que logró de todas ellas, que á fuerza ó de grado accedieron á no aprisionarme, á no adornarme sino con un rosario, la santa cruz, un relicario y los cuatro evangelios, y luego se trató de bautizarme.

Mis padres ya habian citado los padrinos, y no pobres, sencillamente persuadidos á que en el caso de orfandad me servirian de apoyo.

Tenian los pobres viejos ménos conocimiento de mundo que el que yo he adquirido, pues tengo muy profunda experiencia de que los más de los padrinos no saben las obligaciones que contraen respecto á los ahijados, y así creen que hacen mucho con darles medio real cuando los ven, y si sus padres mueren, se acuerdan de ellos como si nunca los hubieran visto. Bien es verdad, que hay algunos padrinos que cumplen con su obligacion exactamente, y áun se anticipan á sus propios padres en protejer y educar á sus ahijados. ¡Gloria eterna á semejantes padrinos!

En efecto, los mios ricos me sirvieron tanto como si jamás me hubieran visto; bastante motivo para que no me vuelva á acordar de ellos. Ciertamente que fueron tan mezquinos, indolentes y mentecatos, que por lo que toca á lo poco ó nada que les debí ni de chico ni de grande, parece que mis padres los fueron á escoger de los más miserables del hospicio de pobres. Reniego de semejantes pa-

drinos, y más reniego de los padres que *haciendo comercio del Sacramento del Bautismo,* no solicitan padrinos virtuosos y honrados, sino que posponen éstos á los compadres ricos ó de rango, ó ya por el rastrero interes de que les dén una friolera á la hora del bautismo, ó ya néciamente confiados en que quizá, pues, por una contingencia ó estravagancia del órden ó desórden comun, serán útiles á sus hijos despues de sus dias. Perdonad, pedazos mios, estas digre siones que rebozan naturalmente de mi pluma y no serán muy de tarde en tarde en el discurso de mi obra.

Bautizáronme, por fin, y pusiéronme por nombre *Pedro,* llevando despues, como es uso, el apellido de mi padre, que era *Sarmiento.*

Mi madre era bonita, y mi padre la amaba con extremo: con esto, y con la persuasion de mis discretas tias, se determinó *nemine discrepante,* [1] á darme nodriza ó chichigua como acá decimos.

¡Ay hijos! Si os casareis algun dia y tuviéreis sucesion, no la encomendeis á los cuidados mercenarios de esta clase de gentes; lo uno, porque regularmente son abandonadas, y al menor descuido son causa de que se enfermen los niños, pues como no los aman y solo los alimentan por su mercenario interes, no se guardan de hacer cóleras, de comer mil cosas que dañan su salud, y de consiguiente la de las criaturas que se les confian, ni de cometer otros excesos perjudiciales, que no digo por no ofender vuestra modestia; y lo otro, porque es una cosa que escandaliza á la naturaleza que una madre racional haga lo que no hace una burra, una gata, una perra, ni ninguna hembra puramente animal y destituida de razon.

¿Cuál de estas fia el cuidado de sus hijos á otro bruto, ni áun al hombre mismo? ¿Y el hombre dotado de razon ha de atropellar las leyes de la naturaleza, y abandonar á sus hijos en los brazos alquilados de cualquiera india, negra ó blanca, sana ó enferma, de buenas

---

(1) Esta fórmula usada en la Universidad, quiere decir en castellano: *sin oposicion,* unánimemente.—E. E.

ó depravadas costumbres, puesto que en teniendo leche, de nada más se informan los padres, con escándalo de la perra, de la gata, de la burra y de todas las madres irracionales?

¡Ah! Si estas pobres criaturas de quienes hablo, tuvieran sindéresis, al instante que se vieran las inocentes abandonadas de sus madres, cómo dirian llenas de dolor y entusiasmo: mujeres crueles, ¿por qué teneis el descaro y la insolencia de llamaros madre? ¿Conoceis acaso la alta dignidad de una madre? ¿Sabeis las señales que la caracterizan? ¿Habeis atendido alguna vez á los afanes que le cuesta á una gallina la conservacion de sus pollitos? ¡Ah! No. Vosotras nos concebísteis por apetito, nos parísteis por necesidad, nos llamais hijos por costumbre, nos acariciais tal cual vez por cumplimiento, y nos abandonais por un demasiado amor propio ó por una execrable lujuria. Sí, nos avergonzamos de decirlo; pero señalad con verdad, si os atreveis, la causa por que os somos fastidiosos. A excepcion de un caso gravísimo en que se interese vuestra salud, y cuya certidumbre es preciso que la autorice un médico sabio, virtuoso y no forjado á vuestro gusto, decidnos: ¿os mueven á este abandono otros motivos mas paliados que el de no enfermaros y aniquilar vuestra hermosura?

Ciertamente no son otros vuestros criminales pretestos, madres crueles, indignas de tan amable nombre; ya conocemos el amor que nos teneis, ya sabemos que nos sufristeis en vuestro vientre por la fuerza, y ya nos juzgamos desobligados del precepto de la gratitud; pues apénas podeis, nos arrojais en los brazos de una extraña, cosa que no hace el bruto más atroz. Así se produjeran estos pobrecillos si tuvieran expeditos los usos de la razon y de la lengua.

Quedé, pues, encomendado al cuidado ó descuido de mi *chichigua*, quien seguramente carecia de buen natural, esto es, de un espíritu bien formado; porque si es cierto que los primeros alimentos que nos nutren nos hacen adquirir alguna propiedad de quien nos los ministra, de suerte que el niño á quien ha criado una cabra será no

mucho que salga demasiado travieso y saltador como se ha visto; si es cierto esto, digo: que mi primera nodriza era de un genio maldito, segun que yo salí de mal intencionado, y mucho más cuando no fué una sola la que me dió sus pechos, sino hoy una, mañana otra, pasado mañana otra, y todas, ó las más, á cual peores; porque la que no era borracha, era golosa: la que no era golosa estaba gálica: la que no tenia ese mal, tenia otro; y la que estaba sana, de repente resultaba en cinta, y esto era por lo que toca á las enfermedades del cuerpo, que por lo que toca á las del espíritu, rara seria la que estaria aliviada. Si las madres advirtieran, á lo ménos, estas resultas de su abandono, quizá no fueran tan indolentes con sus hijos.

No solo consiguieron mis padres hacerme un mal genio con su abandono, sino tambien enfermizo con su cuidado. Mis nodrizas comenzaron á debilitar mi salud, y hacerme resabido, soberbio é impertinente con sus desarreglos y descuidos; y mis padres la acabaron de destruir con su prolijo y mal entendido cuidado y cariño; porque luego que me quitaron el pecho, que no costó poco trabajo, se trató de crearme demasiado regalon y delicado; pero siempre sin direccion ni tino.

Es menester que sepais, hijos mios, (por si no os lo he dicho) que mi padre era de mucho juicio, nada vulgar, y por lo mismo se oponia á todas las candideces de mi madre; pero algunas veces, por no decir las más, flaqueaba en cuanto la veia afligirse ó incomodarse demasiado, y esta fué la causa porque yo me crié entre bien y mal, no solo con perjuicio de mi educacion moral, sino tambien de mi constitucion física.

Bastaba que yo manifestara deseo de alguna cosa, para que mi madre hiciera por ponérmela en las manos, aunque fuera injustamente. Supongamos: queria yo su rosario, el dedal con que cosia, un dulcesito que otro niño de casa tuviera en la mano, ó cosa semejante, se me habia de dar en el instante, y cuenta como se me negaba *porque aturdia yo* el barrio á gritos; y como me enseñaron á darme

cuanto gusto queria porque no llorara, yo lloraba por cuanto se me antojaba para que se me diera pronto.

Si alguna criada me incomodaba, hacia mi madre que la castigaba, como para satisfacerme, y esto no era otra cosa que enseñarme á soberbio y vengativo.

Me daban de comer cuanto queria, indistintamente á todas horas sin orden ni regla en la cantidad y calidad de los alimentos, y con tan bonito método lograron verme dentro de pocos meses cursiento, barrigon, y descolorido.

Yo, á mas de esto, dormia hasta las quinientas, y cuando me despertaban me vestian y envolvian como un tamal de piés á cabeza; de manera que, segun me contaron, yo jamás me levantaba de la cama sin zapatos, ni salia del *jonuco* sin la cabeza entrapajada. A más de esto, aunque mis padres eran pobres, no tanto que carecieran de proporciones, para no tener sus vidrieritas: teníanlas en efecto, y yo no era dueño de salir al corredor ó al balcon sino por un raro accidente, y eso ya entrado el dia. Me economizaban los baños terriblemente, y cuando me bañaban por campanada de vacante, era en la recámara muy abrigada y con una agua bien caliente.

De esta suerte fué mi primera educacion física: ¿y qué podia resultar de la observancia de tantas preocupaciones juntas, sino el criarme demasiado débil y enfermizo? Como jamás, ó pocas veces me franqueaban el aire, ni mi cuerpo estaba acostumbrado á recibir sus saludables impresiones, al menor descuido las estrañaba mi naturaleza, y ya á los dos y tres años padecia catarros y costipados con frecuencia, lo que me hizo medio raquítico. ¡Ah! no saben las madres el daño que hacen á sus hijos con semejante método de vida. Se debe acostumbrar á los niños á comer lo ménos que puedan, y alimentos de fácil digestion, proporcionados á la tierna elasticidad de sus estómagos: deben familiarizarlos con el aire y demás intemperies, hacerlos levantar á una hora regular, andar descalzos, con la cabeza sin pañuelos ni aforros, vestir sin ligaduras para que sus

fluidos corran sin embarazo, dejarlos travesear cuanto quieran, y siempre que se pueda al aire fresco, para que se agiliten y robustezcan sus nerviecillos, y por fin, hacerlos bañar con frecuencia, y si es posible en agua fria, ó cuando no, tibia ó quebrantada como dicen. Es increible el beneficio que resultaria á los niños con este plan de vida. Todos los médicos sabios lo encargan, y en México ya lo vemos observado por muchos señores de proporciones y despreocupados, y ya notamos en la calle multitud de niños de ambos sexos vestidos muy sencillamente, con sus cabecitas al aire, y sin más abrigo en las piernas que el túnico ó pantaloncito flojo. ¡Quiera Dios que se haga general esta moda para que las criaturas logren ser hombres robustos y útiles por esta parte á la sociedad!

Otra candidez tuvo la pobrecita de mi madre, y fué llenarme la fantasía de *cocos, viejos y macacos,* con cuyos extravagantes nombre me intimidaba cuando estaba enojada y yo no queria callar, dormir ó cosa semejante. Esta corruptela me formó un espíritu cobarde y afeminado, de manera que áun ya de ocho ó diez años, yo no podia oir un ruidito á media noche sin espantarme, ni ver un bulto que no distinguiera, ni un entierro, ni entrar en un cuarto oscuro, porque todo me llenaba de pavor; y aunque no creia entónces en el *coco,* pero sí estaba persuadido de que los muertos se aparecian á los vivos cada rato, que los diablos salian á rasguñarnos y apretarnos el pescuezo con la cola, cada vez que estaban para ello, que habia bultos que se nos echaban encima, que andaban las ánimas en pena mendingando nuestros sufragios; y creia otras majaderías de esta clase, más que los artículos de la fé. ¡Gracias á un puñado de viejas necias que ó ya en clase de criadas ó de visitas, procuraban entretener al niño con cuentos de sus espantos, visiones y apariciones intolerables! ¡Ah! ¡qué daño me hicieron estas viejas! ¡de cuántas supersticiones llenaron mi cabeza! ¡Qué concepto tan injurioso formé entónces de la Divinidad, y cuán ventajoso y respetable hácia los diablos y los muertos! Si os casareis, hijos mios, no permitais á los vuestros que

se familiaricen con estas viejas supersticiosas, á quienes yo vea quemadas con todas sus fábulas y embelecos en mis dias: ni les permitais tampoco las pláticas y sociedades con gente idiota, pues léjos de enseñarles alguna cosa de provecho, los imbuirán en mil errores y necedades que se pegan á nuestra imaginacion más que una garrapata, pues en la edad pueril aprenden los niños lo bueno y lo malo con la mayor tenacidad, y en la adulta, tal vez no bastan ni los libros ni los sabios para desimpresionarlos de aquellos primeros errores con que se nutrió su espíritu.

De aquí proviene, que todos los dias vemos hombres en quienes respetamos alguna autoridad ó carácter, y en quienes reconocemos bastante talento y estudio; y sin embargo les notamos caprichosamente adheridos á ciertas vulgaridades ridículas, y lo peor es, que están más aferrados á ellas que el codicioso Creso á sus tesoros; y así suelen morir abrazados con sus envejecidas ignorancias; siendo esto como natural, pues como dijo Horacio: *la vasija guarda por mucho tiempo el olor del primer aroma en que se infurtió cuando nueva.*

Mi padre era, como he dicho, un hombre muy juicioso y muy prudente; siempre se incomodaba con estas boberías: era demasiado opuesto á ellas; pero amaba á mi madre con estremo, y este excesivo amor era causa de que por no darle pesadumbre, sufriera y tolerara á su pesar, casi todas sus extravagantes ideas, y permitiera, sin mala intencion, que mi madre y mi tia se conjuraran en mi daño. ¡Válgame Dios, y qué consentido y malcriado me educaron! ¿A mí negarme lo que pedia, aunque fuera una cosa ilícita en mi edad ó perniciosa á mi salud? Era imposible: ¿reñirme por mis primeras groserías? De ningun modo; ¿refrenar los ímpetus primeros de mis pasiones? Nunca. Todo lo contrario. Mis venganzas, mis glotonerías mis necedades y todas mis boberas pasaban por gracias propias de la edad, como si la edad primera no fuera la más propia para imprimirnos las ideas de la virtud y del honor.

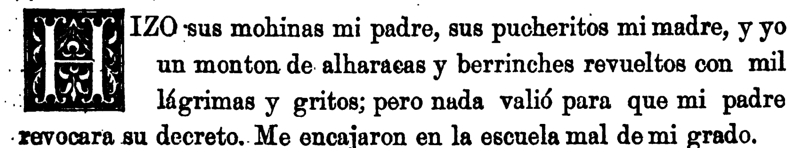
Todos disculpaban mis estravíos y canonizaban mis toscos errores con la antigua y mal repetida cantinela de *déjelo vd.: es niño: es propio de su edad: no sabe lo que hace: ¿cómo ha de comenzar por donde nosotros acabamos?* y otras tonteras de este jaez, con cuyas indulgencias se pervertia más mi madre, y mi padre tenia que ceder á su impertinente cariño. ¡Qué mal hacen los hombres que se dejan dominar de sus mujeres, especialmente acerca de la crianza ó educacion de sus hijos!

Finalmente, así viví en mi casa los seis años primeros que ví el mundo. Es decir: viví como un mero animal, sin saber lo que me importaba saber, y no ignorando mucho de lo que me convenia ignorar.

Llegó por fin el plazo de separarme de casa por algunos ratos, quiero decir: me pusieron en la escuela, y en ella ni logré saber lo que debia, y supe como siempre, lo que nunca habia de haber sabido, y todo esto por la irreflexiva disposicion de mi querida madre; pero los acaecimientos de esta época, os los escribiré en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

En el que PERIQUILLO da razon de su ingreso á la escuela, los progresos que hizo en ella, y otras particularidades que sabrá el que las leyere, las oyere leer, ó las preguntare.



HIZO sus mohinas mi padre, sus pucheritos mi madre, y yo un monton de alharacas y berrinches revueltos con mil lágrimas y gritos; pero nada valió para que mi padre revocara su decreto. Me encajaron en la escuela mal de mi grado.

El maestro era muy hombre de bien; pero no tenia los requisitos

necesarios para el caso. En primer lugar era un pobre, y emprendió este ejercicio por mera necesidad, y sin consultar su inclinacion y habilidad; no era mucho que estuviera disgustado como estaba, y áun avergonzado en el destino.

Los hombres creen (no sé por qué) que los muchachos por serlo, no se entretienen en escuchar sus conversaciones ni las comprenden; y fiados en este error, no se cuidan de hablar delante de ellos muchas cosas que alguna vez les salen á la cara, y entónces conocen que los niños son muy curiosos y observativos.

Yo era uno de tantos, y cumplia con mis deberes exactamente.

Me sentaba mi maestro junto á sí, ya por especial recomendacion de mi padre, ó ya porque era el más bien tratadito de ropa que habia entre sus alumnos.

No sé qué tiene un buen esterior que se respeta hasta en los muchachos.

Con esta inmediacion á su persona no perdia yo palabra de cuantas proferia con sus amigos. Una vez le oí decir platicando con uno de ellos: "solo la maldita pobreza me puede haber metido á escuelero; ya no tengo vida con tanto muchacho condenado: ¡qué traviesos que son y qué tontos! por más que hago no puedo ver uno aprovechado. ¡Ah, *fucha* en el oficio tan maldito! ¡Sobre que ser maestro de una escuela es la última droga que nos puede hacer el diablo!......" Así se producia mi buen maestro, y por sus palabras conocereis el candor de su corazon, su poco talento y el concepto tan vil que tenia formado de un ejercicio tan noble y recomendable por sí mismo, pues el enseñar y dirigir la juventud es un cargo de muy alta dignidad, y por eso los reyes y los gobiernos han colmado de honores y privilegios á los sabios profesores; pero mi pobre maestro ignoraba todo esto, y así no era mucho que formara tan vil concepto de una tan honrada profesion.

En segundo lugar, carecia como dije, de disposicion para ella, ó de lo que se dice genio. Tenia un corazon muy sensible, le era re-

pugnante el afligir á nadie, y este suave carácter lo hacia ser demasiado indulgente con sus discípulos. Rara vez les reñia con aspereza, y más rara los castigaba. La palmeta y disciplina tenian poco que hacer por su dictámen; con esto los muchachos estaban en sus glorias, y yo entre ellos, porque haciamos lo que se nos antojaba impunemente.

Ya ustedes verán, hijos mios, que este hombre, aunque bueno de por sí, era malísimo para maestro y padre de familia; pues así como no se debe andar todo el dia sobre los niños con el azote en la mano como cómitre de presidio, así tampoco se les debe levantar del todo. Bueno es que el castigo sea de tarde en tarde, que sea moderado, que no tenga visos de venganza, que sea proporcionado al delito, y siempre despues de haber probado todos los medios de la suavidad y la dulzura para la enmienda; pero si estos no valen, es muy bueno usar del rigor segun la edad, la malicia y condicion del niño. No digo que los padres y maestros sean unos tiranos, pero tampoco unos apoyos ó consentidores de sus hijos ó encargados. Platon decia, *que no siempre se han de refrenar las pasiones de los niños con la severidad, ni siempre se han de acostumbrar á los mimos y caricias.* (1)

La prudencia consiste en poner medio entre los dos extremos.

Por otra parte, mi maestro carecia de toda la habilidad que se requiere para desempeñar este título. Sabia leer y escribir, cuando más, para entender y darse á entender, pero no para enseñar. No todos los que leen saben leer. Hay muchos modos de leer, segun los estilos de las escrituras. No se han de leer las oraciones de Ciceron como los anales de Tácito, ni el panegírico de Plinio como las comedias de Moreto. Quiero decir, que el que lee debe saber distinguir los estilos en que se escribe, para animar con su tono la lectura, y entónces manifestará que entiende lo que lee y que sabe leer.

---

(1) *Lib. VII de legibus.*

Muchos creen que leer bien consiste en leer aprisa, y con tal método hablan mil disparates. Otros piensan [y son los más] que en leyendo conforme á la ortografía con que se escribe quedan perfectamente. Otros leen así, pero escuchándose y con tal pausa, que molestan á los que los atienden. Otros por fin, leen todo género de escritos con mucha afectacion, pero con cierta monotonía ó igualdad de tono que fastidia. Estos son los modos más comunes de leer, y vosotros ireis esperimentando mi verdad, y vereis que no son los buenos lectores tan comunes como parece.

Cuando oyéreis á uno que lee un sermon como quien predica, una historia como quien refiere, una comedia como quien representa, etc., de suerte que si cerrais los ojos os parece que estais oyendo á un orador en el púlpito, á un individuo en un estrado, á un cómico en un teatro, etc., decid: éste sí lee bien; mas si escuchais á uno que lee con sonsonete ó mascando las palabras, ó atropellando los renglones, ó con una misma modulacion de voz; de manera que lo mismo lea *las noches de Young* que el *todo fiel cristiano* del catecismo, decid sin el menor escrúpulo, Fulano no sabe leer, como lo digo ahora de mi primer maestro. Ya se ve, era de los que deletreaban c, a, ca: c, e, que: c, i, qui, etc., ¿qué se podia esperar?

Y si esto era por lo tocante á leer, por lo que respecta á escribir, ¿qué tal seria? tantito peor, y no podia ser de otra suerte; porque sobre cimientos falsos no se levantan jamás fábricas firmes.

Es verdad que tenia su tintura en aquella parte de escritura que se llama *caligrafía;* porque sabia lo que eran trazos, finales, perfiles, distancias, proporciones, etc., en una palabra, pintaba muy bonitas letras; pero en esto de *ortografía* no habia nada. Él adornaba sus escritos con puntos, comas, interrogaciones y demás señales de éstas; mas sin órden, método ni instruccion; con esto salian algunas cosas suyas tan ridículas, que mejor hubiera sido no haberlas puesto ni una coma. El que se mete á hacer lo que no entiende, acertará una vez, como el burro que tocó la flauta *por casualidad*, pero las

más ocasiones echará á perder todo lo que haga, como le sucedía á mi maestro en ese particular, que donde habia de poner dos puntos ponia coma; en donde ésta tenia lugar, la omitia; y donde debia poner dos puntos, solia poner punto final: razon clara para conocer desde luego que erraba cuanto escribia; y no hubiera sido lo peor que solo hubieran resultado disparates ridículos de su maldita puntuacion; pero algunas veces salian unas blasfemias escandalosas.

Tenia una hermosa imágen de la Concepcion, y le puso al pié una redondilla que desde luego debia decir así:

Pues del Padre celestial
Fué María la Hija querida,
¿No habia de ser concebida
Sin pecado original?

Pero el infeliz hombre erró de medio á medio la colocacion de los caractéres ortográficos, segun que lo tenia de costumbre, y escribió un desatino endemoniado y digno de una mordaza, si lo hubiera hecho con la más leve advertencia, porque puso:

¿Pues del Padre celestial
Fué María la Hija querida?
No, habia de ser concebida
Sin pecado original.

Ya ven vdes. que expuesto está á escribir mil desatinos el que carece de instruccion en la ortografía, y cuán necesario es que en este punto no os descuideis con vuestros hijos.

Es una lástima la poca aplicacion que se nota sobre este ramo en nuestro reino. No se ven sino mil groseros barbarismos todos los dias, escritos públicamente en las velerías, chocolaterías, estanquillos, papeles de las esquinas, y áun en el cártel del coliseo. Es corriente ver una mayúscula entremetida en la mitad de un nombre

ó verbo, unas letras por otras, etc. Como [v. gr.] *ChocolaTería famosa. Rial estanquiyo de puros y cigarros. El Barbero de Cebilla. La Horgullosa. El Sebero Dictador*, y otras impropiedades de este tamaño, que no solo manifiestan de á legua la ignorancia de los escribientes, sino lo abandonado de la policía de la capital en esta parte. . . . .

¿Qué juicio tan mezquino formará un extranjero de nuestra ilustracion cuando vea semejantes despilfarros escritos y consentidos públicamente, no ya en un pueblo, sino nada ménos que en México, en la capital de las Indias Septentrionales, y á vista y paciencia de tanta respetable autoridad, y de un número de sabios tan acreditados en todas sus facultades? ¿Qué ha de decir, ni qué concepto ha de formar, sino de que el comun del pueblo (y eso si piensa con equidad) es de lo más vulgar é ignorante, y que está enteramente desatendido el cuidado de su ilustracion por aquellos á quienes está confiada?

Seria de desear que no se permitiera escribir estos públicos barbarismos que contribuyen no poco á desacreditarnos. (1)

Pues áun no es esto todo lo malo que hay en el particular, porque es una lástima ver que este defecto de ortografía se estiende á muchas personas de fina educacion, de talentos no vulgares, y que tal vez han pasado su juventud en los colegios y universidades, de manera que no es raro oir un bello discurso á un orador, y notar en este mismo discurso escrito por su mano, sesenta mil defectos ortográficos; y á mí me parece que esta falta se debe atribuir á los maestros de primeras letras, que ó miran este punto tan principal de la

---

(1) En todas partes se ha quejado el buen gusto de los insultos que le ha hecho la barbarie. Hablando sobre esto mismo D. Antonio Ponz, en sus viajes fuera de España, con relacion á iguales barbarismos que notó públicamente escritos en su patria, celebra la policía de muchas ciudades de Europa, en las que vió escritos los rótulos públicos con la mayor exactitud ortográfica y curiosidad calográfica; proponiendo á sus paisanos estos modelos de ilustracion, con el deseo de que los imitaran, que es el mismo que nos anima á la presente.

escritura como mera curiosidad, ó como requisito no necesario, y por eso se descuidan de enseñarlo á sus discípulos, ó enteramente lo ignoran, como mi maestro, y así no lo pueden enseñar.

Ya vdes. verán ¿qué aprenderia yo con un maestro tan hábil? Nada seguramente. Un año estuve en su compañía, y en él supe leer de *corrido*, segun decia mi cándido preceptor, aunque yo leia hasta galopado; porque como él no reparaba en niñerías de enseñarnos á leer con puntuacion, saltábamos nosotros los puntos, paréntesis, admiraciones y demás cositas de estas con más ligereza que un gato; y esto nos celebraban mi maestro y otros sus iguales.

Tambien olvidé en pocos dias aquellas tales cuales máximas de buena crianza que mi padre me habia enseñado en medio del consentimiento de mi madre; pero en cambio de lo poco que olvidé, aprendí otras cosillas de gusto, como (v. gr.) ser desvergonzado, mal criado, pleitista, tracalero, hablador y jugadorcillo.

La tal escuela era, á más de pobre, mal dirigida: con esto solo la cursaban los muchachos ordinarios, con cuya compañía y ejemplo, ayudado del abandono de mi maestro y de mi buena disposicion para lo malo, salí aprovechadísimo en las gracias que os he dicho. Una de ellas fué el acostumbrarme á poner malos nombres, no solo á los muchachos mis condiscípulos, sino á cuantos conocidos tenia por mi barrio, sin esceptuar á los viejos más respetables. ¡Costumbre ó corruptela indigna de toda gente bien nacida! pero vicio casi generalmente introducido en las más escuelas, colegios, cuarteles y otras casas de comunidad; y vicio tan comun en los pueblos, que nadie se libra de llevar su mal nombre á retaguardia. En mi escuela se nos olvidaban nuestros nombres propios para llamarnos con los injuriosos que nos poniamos. Uno se conocia por el tuerto, otro por el corcobado, éste por el lagañoso, aquel por el roto. Quien habia que entendia muy bien por loco, quien por burro, quien por guajolote, y así todos.

Entre tantos padrinos no me habia yo de quedar sin mi pronom-

bre. Tenia cuando fuí á la escuela una chupita verde y calzon amarillo. Estos colores, y el llamarme mi maestro algunas veces por cariño *Pedrillo*, facilitaron á mis amigos un mal nombre, que fué *Periquillo*; pero me faltaba un adjetivo que me distinguiera de otro *Perico* que habia entre nosotros, y este adjetivo ó apellido no tardé en lograrlo. Contraje una enfermedad de sarna, y apénas lo advirtieron, cuando acordándose de mi legítimo apellido me encajaron el retumbante título de *Sarniento*, y héme aquí ya conocido no solo en la escuela ni de muchacho, sino ya hombre y en todas partes, por *Periquillo Sarniento*.

Entónces no se me dió cuidado, contentándome con corresponder á mis nombradores con cuantos apodos podia; pero cuando en el discurso de mi vida eché de ver qué cosa tan odiosa y tan mal vista es tener un mal nombre, me daba á Barrabás, reprochaba este vicio y llenaba de maldiciones á los muchachos; mas ya era tarde.

Sin embargo, no dejarán de aprovecharos estas lecciones, para que á vuestros hijos jamás les permitais poner nombres, advirtiéndoles, que esta burda manía, cuando ménos, arguye un nacimiento ordinario y una educacion muy grosera; y digo cuando ménos, porque si no se hace por mera corruptela y chanzoneta, sino que estos nombres son injuriosos de por sí, ó se dicen con ánimo de injuriar, entónces prueban en el que los pone ó los dice, una alma baja ó corrompida, y será pecaminosa la tal corruptela, de más ó ménos gravedad segun el espíritu conque se use.

Entre los romanos fué costumbre conocerse con sobrenombres que denotaban los defectos corporales de quien los tenia: así se distinguieron los *Cocles*, los *Manos largas*, los *Cicerones*, los *Nasones* y otros; pero lo que entónces fué costumbre adoptada para inmortalizar la memoria de un héroe, hoy es grosería entre nosotros. Las leyes de Castilla imponen graves penas á los que injurian á otros de palabra, y el mismo Cristo dice que *será reo del fuego eterno el que le dijere á su hermano tonto ó fátuo.*

Y si áun con los iguales debemos abstenernos de este vicio, ¿qué será respecto á nuestros mayores en edad, saber y gobierno? Y á pesar de esto ¿cuál es el superior, sea de la clase ó carácter que sea, que no tenga su mal nombre en la comunidad ó en el pueblo que gobierna? Pues este es un osado atrevimiento, porque debemos respetarlos en lo público y en lo privado.

Solo el ser viejo ya es un motivo que debe ejercitar nuestro respeto. Las canas revisten á sus dueños de cierta autoridad sobre los mozos. Tan conocida ha sido esta verdad y tan antigua, que ya en el Levítico se lee: *reverencia la persona del anciano, y levántate á la presencia de los que tienen canas.* Aun á los mismos paganos no se ocultó la justicia de este respeto. Juvenal nos dice: *que hubo tiempo en que se tenia por un crímen digno de muerte, que no se levantara un jóven á la presencia de un viejo, ó un niño á la de un hombre barbado.* [1] Entre los Lacedemonios se mandaba *que los niños reverenciaran públicamente á los ancianos, y les cedieran el lugar en todas ocasiones.*

¿Qué dijeran estos antiguos si vieran hoy á los muchachos burlarse de los pobres viejos á merced de su cansada edad? Cuarenta y dos muchachos perecieron en los brazos y dientes de dos osos: ¿y por qué? porque se burlaron del profeta Eliséo gritándole *calvo.* ¡Oh qué bueno fuera que siempre hubiera un par de osos á la mano para que castigaran la insolencia de tanto muchacho atrevido y mal criado que crecen entre nosotros!

No digo á los viejos; pero ni á los asimplados ó dementes se debe burlar por ningun caso. El defecto espiritual de estos infelices debe servir para dar gracias al Criador de que nos ha librado de igual fatalidad: debe contener nuestra soberbia, haciéndonos reflexionar que mañana ú otro dia podemos padecer igual trastorno, como que somos de la misma masa, y por último, debe escitar nuestra compa-

---

(1) Sat. III.





¿Quien escribió esto? A lo que mi buen maestro respondió diciendo: que él lo había escrito.

sion hácia ellos, por que el miserable trae en su misma miseria una carta de recomendacion de Dios para sus semejantes. Ved, pues, y qué crueldad no será el burlarse de cualquiera de estos pobrecillos, en vez de compadecerlos y socorrerlos como debia ser. Aprended todo esto para inspirarlo á vuestros hijos, y no tengais por importunas mis digresioneses.

Volviendo á mis adelantamientos en la escuela, digo que fueron ningunos, y á sí hubiera sido siempre, si un impensado accidente no me hubiera librado de mi maestro. Fué el caso: que un dia entró un padre clérigo con un niño á encomendarlo á su direccion: despues que hubo contestado con él, al despedirse observó el versito que os he dicho, lo miró atentamente, sacó un anteojito, lo volvió á leer con él, procuró limpiar las interrogaciones y la coma que tenia el *no*, creyendo fuesen suciedades de moscas; y cuando se hubo satisfecho de que eran caractéres muy bien pintados, preguntó: ¿quién escribió esto? A lo que mi buen maestro respondió diciendo: que él mismo lo habia escrito y que aquella era su letra. Indignóse el eclesiástico y le dijo: y vd. ¿qué quiso decir en esto que ha escrito? Yo, padre, respondió mi maestro tartamudeando, lo que quise decir es: que María Santísima fué concebida en gracia original, porque fué la Hija querida de Dios Padre. Pues amigo, repuso el clérigo, vd. eso querria decir; más aquí lo que se lee es un disparate escandaloso; pero pues solo es efecto de su mala ortografía, tome vd. el palo del tintero ó todos sus algodones juntos, y borre ahora mismo y ántes que me vaya este verso perversamente escrito, y si no sabe usar de los caractéres ortográficos, no los pinte jamás, pues ménos malo será que sus cartas y todo lo que escriba lo fie á la discrecion de los lectores, sin gota de puntuacion, que no que por hacer lo que no sabe escriba injurias ó blasfemias como la presente.

El pobre de mi maestro todo corrido y lleno de vergüenza borró el verso fatal, delante del padre y de nosotros. Luego que concluyó su tácita retractacion, *prosiguió* el eclesiástico: me llevo á mis so-

brinos porque él es un ciego por su edad, y vd. otro ciego por su ignorancia: y si un ciego es el lazarillo de otro ciego, ya vd. habrá oido decir que los dos van á dar al precipicio, vd. tiene buen corazon y buena conducta; mas estas cualidades de por sí no bastan para ser buenos padres, buenos ayos ni buenos maestros de la juventud. Son necesarios requisitos para desempeñar estos títulos, *ciencia, prudencia, virtud y disposicion,* vd. no tiene mas que virtud, y ésta solo lo hará bueno para mandadero de monjas ó sacristan, no para director de niños. Con que procure vd. solicitar otro destino, pues si vuelvo á ver esta escuela abierta, avisaré al maestro mayor para que le recoja á vd. las licencias si las tiene. Adios. ¿Consideren vdes., cómo quedaria mi maestro con semejante panegírico? Luego que se fué el padre clérigo, se sentó y reclinó la cabeza sobre sus brazos, lleno de confusion y guardando un profundo silencio.

Ese dia no hubo planas, ni leccion, ni rezo, ni doctrina, ni cosa que lo valiera. Nosotros participamos de su pesadumbre é hicimos el duelo á su tristeza en el modo que pudimos, pues arrinconamos las planas y los libros, y no osamos levantar la voz para nada. Bien es, que por no perder la costumbre, retozamos y charlamos en secreto hasta que dieron las doce, á cuya primera campanada volvió mi maestro en sí: rezó con nosotros, y luego que nos echó su bendicion, nos dijo con un tono bastante tierno: "Hijos mios: yo no trato de preseguir en un destino que léjos de darme que comer, me da disgusto. Ya habeis visto el lance que me acaba de pasar con ese padre. Dios le perdone el mal rato que me ha dado; pero yo no me expondré á otro igual, y así no vengais á la tarde: avisad á vuestros padres que estoy enfermo y ya no abro la escuela. Con que hijos, vayan norabuena y encomiéndenme á Dios."

No dejamos de afligirnos algun tanto, ni dejaron nuestros ojos de manifestar nuestro pesar. porque en efecto, sentiamos á mi maestro como que magüer tontos, conociamos que no podiamos encontrar maestro más suave si lo mandábamos hacer de mantequilla ó mazapan; pero en fin nos fuimos.

Cada muchacho haria en su casa lo que yo en la mia, que fué contar al pié de la letra todo el pasaje, y la resolucion de mi maestro de no volver á abrir la escuela.

Con esta noticia tuvo mi padre que solicitarme nuevo maestro, y lo halló al cabo de cinco dias. Llevóme á su escuela y entregóme bajo su terrible férula.

¡Qué instable es la fortuna en esta vida! Apénas nos muestra un dia su rostro favorable, para mirarnos con ceño muchos meses. ¡Válgame Dios, y cómo conocí esta verdad en la mudanza de mi escuela! En un instante me ví pasar de un paraíso á un infierno, y del poder de un ángel al de un diablo atormentador. El mundo se me volvió de arriba abajo.

Este mi nuevo maestro era alto, seco, entrecano, bastante bilioso é hipocondriaco, hombre de bien á toda prueba, arrogante lector, famoso pendolista, aritmético diestro y muy regular estudiante; pero todas estas prendas las deslucia su genio tétrico y duro.

Era demasiado eficaz y escrupuloso. Tenia muy pocos discípulos, y á cada uno consideraba como el único objeto de su instituto. ¡Bello pensamiento si lo hubiera sabido dirigir con prudencia! pero unos pecan por uno y otros por otro extremo donde falta aquella virtud. Mi primer maestro era nimiamente compasivo y condescente; y el segundo era nimiamente severo y escrupuloso. El uno nos consentia mucho; y el otro no nos disimulaba lo más mínimo. Aquel nos acariciaba sin recato; y éste nos martirizaba sin caridad.

Tal era mi nuevo preceptor, de cuya boca se habia desterrado la risa para siempre, y en cuyo cetrino semblante se leia toda la gravedad de un Areopagita. Era de aquellos que llevan como infalible el cruel y vulgar axioma de que *la letra con sangre entra*, y bajo este sistema, era muy raro el dia que no nos atormentaba. La disciplina, la palmeta, las orejas de burro y todos los instrumentos punitorios, estaban en *continuo* movimiento sobre nosotros; y yo,

que iba lleno de vicios, sufria más que ninguno de mis condiscípulos los rigores del castigo.

Si mi primer maestro no era para el caso por indulgente, éste lo era ménos por tirano: si aquel era bueno para mandadero de monjas, éste era mejor para cochero ó mandarin de obrajes.

Es un error muy grosero pensar que el temor puede hacernos adelantar en la niñez si es excesivo. Con razon decia Plinio que *el miedo es un maestro muy infiel.* Por milagro acertará en alguna cosa el que la emprenda prevenido del miedo y del terror; el ánimo conturbado, decia Ciceron, no es á propósito para desempeñar sus funciones. Así me sucedia, que cuando iba ó me llevaban á la escuela, ya entraba ocupado de un temor imponderable, con esto mi mano trémula y mi lengua balbuciente ni podia formar un renglon bueno, ni articular una palabra en su lugar. Todo lo erraba, no por falta de aplicacion sino por sobra de miedo. A mis yerros seguian los azotes, á los azotes más miedo, y á más miedo más torpeza en mi mano y en mi lenga, la que me grangeaba más castigo.

En este círculo horroroso de yerros y castigo viví dos meses bajo la dominacion de aquel sátrapa infernal. En este tiempo, ¡qué diligencias no hizo mi madre, obligada de mis quejas, para que mi padre me mudara de escuela! ¡qué disgustos no tuvo! ¡y qué lágrimas no le costó! pero mi padre estaba inexorable, persuadido á que todo era efecto de su consentimiento, no queria en esto condescender con ella, hasta que por fortuna fué un dia á casa de visita un religioso que ya tenia noticia del pan que amasaba el señor maestro susodicho, y ofreciéndose hablar de sus crueldades, peroró mi madre con tanto ahinco, y atestiguó el religioso con tanta solidez á mi favor, que convencido mi padre, se resolvió á ponerme en otra parte, como vereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO III

En el que Periquillo describe su tercera escuela, y la disputa de sus padres sobre ponerlo á oficio.

LEGO el aplazado dia en que mi padre acompañado del buen religioso determinó ponerme en la tercera escuela. Iba yo cabizbajo, lloroso y lleno de temor, creyendo encontrarme con el segundo tomo dcl viejo cruel, de cuyo poder me acababan de sacar; sin embargo de que mi padre y el reverendo me ensanchaban el ánimo á cada paso.

Entramos por fin á la nueva escuela; pero, ¡cuál fué mi sorpresa cuando ví lo que no esperaba ni estaba acostumbrado á ver! Era una sala muy espaciosa y aseada, llena de luz y ventilacion, que no embarazaban sus hermosas vidrieras: las pautas y muestras colocadas á trechos, eran sostenidas por unos genios muy graciosos que en la siniestra mano tenian un feston de rosas de la más halagüeña y exquisita pintura. No parece sino que mi maestro habia leido el sabio Blanchard en su *escuela de las costumbres*, y que pretendió realizar los proyectos que apunta dicho sabio en esta parte, porque la sala de la enseñanza rebosaba luz, limpieza, curiosidad y alegría.

Al primer golpe de vista que recibí con el agradable exterior de la escuela, se rebajó notablemente el pavor con que habia entrado, y me serené del todo cuando ví pintada la alegría en los semblantes de los otros niños, de quienes iba á ser compañero.

Mi nuevo maestro no era un viejo adusto y saturnino, segun yo me lo habia figurado; todo lo contrario: era un semijóven como de treinta y dos á treinta *y tres años*, de un cuerpo delgado y de regu-

lar estatura; vestia decente, al uso del dia y mucha limpieza: su cara manifestaba la dulzura de su corazon: su boca era el depósito de una prudente sonrisa: sus ojos vivos y penetrantes inspiraban la confianza y el respeto: en una palabra, este hombre amable parece que habia nacido para dirigir la juventud en sus primeros años.

Luego que mi padre y el religioso se retiraron, me llevó mi maestro al corredor: comenzó á enseñarme las macetas: á preguntarme por las flores que conocia: á hacerme reflexionar sobre la varia hermosura de sus colores, la suavidad de sus aromas y el artificioso mecanismo con que la naturaleza repartia los jugos de la tierra por las ramificaciones de las plantas.

Despues me hizo escuchar el dulce canto de varios pintados pajarillos que estaban pendientes en sus jaulitas como los de la sala, y me decia: ¿ves hijo, qué primores encierra la naturaleza, aun en cuatro yerbecitas y unos animalitos que aquí tenemos? Pues esta naturaleza es la ministra del Dios que creemos y adoramos. La mayor maravilla de la naturaleza que te sorprenda, la hizo el Criador con un acto simple de su suprema voluntad. Ese globo de fuego que está sobre nuestras cabezas, que arde sin consumirse muchos miles de años hace, que mantiene sus llamas sin saberse con qué pábulo, que no solo alegra, sino que dá vida al hombre, al bruto, á la planta y á la piedra: ese sol, hijo mio, esa antorcha del dia, ese ojo del cielo, esa alma de la naturaleza que con sus benéficos resplandores ha deslumbrado á muchos pueblos, grangeándose adoraciones de deidad, no es otra cosa, para que me entiendas, que un juguete de la soberana Omnipotencia. Considera ahora cuál será el poder, la sabiduría y el amor de este tu gran Dios, pues ese sol que te admira, esos cielos que te alegran, estos pajarillos que te divierten, estas flores qne te halagan, este hombre que te enseña y todo cuanto te rodea en la naturaleza, salió de sus divinas manos sin el menor trabajo, con toda perfeccion y destinado á tu servicio. Y qué ¿tú serás tan para poco que no lo conozcas? O ya que lo conozcas ¿serás tan

indigno que no agradezcas tantos favores al Dios que te los ha hecho sin merecerlos? Yo no lo puedo creer de tí. Pues mira: el mejor modo de mostrarse agradecida una persona á su bienhechor, es servirlo en cuanto pueda, no darle ningun disgusto y hácer cuanto le mande. Esto debes practicar con tu Dios, pues es tan bueno. El te manda que le ames y que observes sus mandamientos. En el cuarto de ellos te ordena que obedezcas y respetes á tus padres, y despues de ellos á tus superiores, entre los que tienen un lugar muy distinguido tus maestros. Ahora me toca serlo tuyo, y á tí te toca obedecerme como buen discípulo. Yo te debo amar como hijo y enseñarte con dulzura, y tú debes amarme, respetarme y obedecerme lo mismo que á tu padre.

No me tengas miedo, que no soy tu verdugo: trátame con miramiento; pero al mismo tiempo con confianza, considerándome como padre y como amigo.

Acá hay disciplinas, y de alambre, que arrancan los pedazos: hay palmetas, orejas de burro, cormas, grillos y mil cosas feas; pero no las verás muy fácilmente, porque están encerradas en una cobacha. Esos instrumentos horrorosos que anuncian el dolor y la infamia, no se hicieron para tí ni esos niños que has visto, pues estais criados en cunas no ordinarias, teneis buenos padres, que os han dado muy bella educacion y os han inspirado los mejores sentimientos de virtud, honor y vergüenza, y no creo ni espero que jamás me pongais en el duro caso de usar de tan repugnantes castigos.

El azote, hijo mio, se inventó para castigar afrentando al racional y para avivar la pereza del bruto que carece de razon, pero no para el niño decente y de vergüenza que sabe lo que le importa hacer, y lo que nunca debe ejecutar, no amedrentado por el rigor del castigo, sino obligado por la persuacion de la doctrina y el convencimiento de su propio interés.

Aun los irracionales se docilitan y aprenden con solo la continuacion de la enseñanza, sin necesidad de castigo. ¡Cuántos azotes te

parece que les habré dado á estos pajaritos para hacerlos trinar como los oyes? Ya supondrás que ni uno; porque ni soy capaz de usar tal tiranía, ni los animalitos son bastantes á resistirla. Mi empeño en enseñarlos y su aplicacion en aprender los han acostumbrado á gorgear en el órden que los oyes.

Con que si unas avecitas no necesitan azotes para aprender, un niño como tú, ¿cómo lo habrá menester?......... ¡Jesus! ni pensarlo. ¿Qué dices? ¿me engaño? ¿me amarás? ¿harás lo que te mande?—Sí, señor, le dije, todo enternecido, y le besé la mano, enamorado de su dulce génio. El entónces me abrazó, me llevó á su recámara, me dió unos bizcochitos, me sentó en su cama y me dijo que estuviera allí.

Es increible lo que domina el corazon humano un carácter dulce y afable, y mas en un superior. El de mi maestro me docilitó tanto con su primera leccion, que siempre lo quise y veneré entrañablemente, y por lo mismo lo obedecía con gusto.

Dieron las doce, me llamó mi maestro á la escuela para que las rezara con los niños: acabamos y luego nos permitió estar saltando y enredando todos en buena compañía, pero á su vista, con cuyo respeto eran nuestros juegos inocentes. Entre tanto fueron llegando los criados y criadas por sus respectivos niños; hasta que llegó la de mi casa y me llevó; pero advertí que mi maestro le volvió el libro que yo tenia para leer, y le dió una esquelita para mi padre, la que se reducía á decirle que llevara yo primeramente los compendios de Fleuri ó Pinton, y cuando ya estuviera bien instruido en aquellos principios, seria útil ponerme en las manos *el Hombre feliz, los Niños célebres, las Recreaciones del hombre sensible*, ú otras obritas semejantes; pero que nunca convenia que yo leyera *Soledades de la vida, las novelas de Sayas, Guerras civiles de Granada, la Historia de Carlo-Magno y Doce pares*, ni otras boberas de estas, que léjos de formar, cooperan á corrromper el espíritu de los niños, ó dis-

poniendo su corazon á la lubricidad, ó llenando su cabeza de fábulas, valentías y patrañas ridículas.

Mi padre lo hizo segun queria mi maestro, y con tanto más gusto cuanto que conocia que no era nada vulgar.

Dos años estuve en compañía de este hombre amable, y al cabo de ellos salí medianamente aprovechado en los rudimentos de leer, escribir y contar. Mi padre me hizo un vestidito decente el dia que tuve mi exámen público. Se esforzó para darle una buena galá á mi maestro, y en efecto la merecia demasiado. Le dió las debidas gracias, y yo tambien con muchos abrazos, y nos despedimos.

Acaso os habrá hecho fuerza, hijos mios, que habiendo yo sido de tan mal natural por mi educacion física y moral sin culpa, sino por un excesivo amor de mi madre, y habiéndome corrompido mas con el perverso ejemplo de los muchachos de mi primera escuela, hubiera trasformádome en un instante de malo en regular, (porque bueno jamas lo he sido) bajo la direccion de mi verdadero maestro; pero no lo extrañeis porque tanto así puede la buena educacion reglada por un talento superior y una prudencia vigilante, y lo que es mas, por el buen ejemplo que es la pauta sobre que los niños dirigen sus acciones casi siempre.

Así que, cuando tengais hijos, cuidad no solo de instruirlos con buenos consejos, sino de animarlos con buenos ejemplos. Los niños son los monos de los viejos; pero unos monos muy vivos, cuanto ven hacer á sus mayores lo imitan al momento, y por desgracia imitan mejor y mas pronto lo malo que lo bueno. Si el niño os ve rezar, él tambien rezará; pero las más veces con tedio y durmiéndose. No así si os oye hablar palabras torpes é injuriosas: si os advierte iracundos, vengativos, lascivos, ébrios ó jugadores; porque esto lo aprenderá vivamente, advertirá en ello cierta complacencia, y el deseo de satisfacer enteramente sus pasiones lo hará imitar con la mayor proligidad vuestros desarreglos; y entónces vosotros no tendreis cara para reprenderlos, pues ellos os podrán decir: esto nos habeis

enseñado: vosotros habeis sido nuestros maestros, y nada hacemos que no háyamos aprendido de vosotros mismos.

Los cangrejos son unos animalitos que andan de lado; pues como advirtiesen esta deformidad algunos cangrejos civilizados, trataron de que se corrigiera este defecto; pero un cangrejo muchacho dijo; señores, es una torpeza pretender que en nosotros se corrija un vicio que ha crecido con la edad. Lo seguro es instruir á nuestra juventud en el modo de andar derechos, para que enmendando ellos este despilfarro, enseñen despues á sus hijos y se logre desterrar para siempre de nuestra posteridad este maldito modo de andar. Todos los cangrejos *nemine discrepante* (1) celebraron el arbitrio. Encargóse su ejecucion á los cangrejos padres, y éstos con muy buenas razones persuadían á sus hijos á andar derechos; pero los cangrejitos decian *¿á ver como, padres?* Aquí era ello. Se ponian á andar los cangrejos y andaban de lado, contra todos los preceptos que les acababan de dar con la boca. Los cangrejillos, como que es natural, hacian lo que veian y no lo que oian, y de este modo se quedaron andando como siempre. Esta es una fábula respecto á los cangrejos; mas respecto á los hombres es una verdad evidente; porque como dice Séneca: *se hace largo y difícil el camino que conduce á la virtud por los preceptos; breve y eficaz por el ejemplo.*

Así hijos mios, debeis manejaros delante de los vuestros con la mayor circunspeccion, de modo que jamas vean el mal, aunque lo cometais alguna vez por vuestra miseria. Yo, á la verdad, si habeis de ser malos [lo que Dios no permita], mas os quisiera hipócritas que escandalosos delante de mis nietos, pues menos daño recibirán de ver virtudes fingidas, que de aprender vicios descarados. No digo que la hipocresía sea buena ni perdonable; pero del mal el menos.

No solo los cristianos sabemos que nos obliga este buen ejemplo

(1) De comun acuerdo.

que se debe dar á los hijos. Los mismos paganos conocieron esta verdad. Entre otros es digno de notarse Juvenal cuando dice en la Sátira XIV lo que os traduciré al castellano de este modo:

Nada indigno del oido ó de la vista
El niño observe en vuestra propia casa,
De la doncella tierna esté muy lejos
La seduccion que la haga no ser casta,
Y no escuche jamás la voz melosa
De aquél que se desvela en arruinarla.
Gran reverencia al niño se le debe,
Y si á hacer un delito te preparas,
No desprecies sus años por ser pocos,
Que la malicia en muchos se adelanta;
Antes si quieres delinquir, tu niño
Te debe contener aun cuando no habla,
Pues tú eres su censor, y tus enojos,
Por tus ejemplos moverá mañana.
(Y has de advertir que tu hijo en las costumbres
Se te ha de parecer como en la cara.)
Cuando él cometa crímenes horribles
No perdiendo de vista tus pisadas,
Tú querrás corregirlo y castigarlo,
Y llenarás el barrio de alharacas.
Aun mas harás, si tienes facultades,
Lo desheredarás lleno de saña;
¿Pero con qué justicia en ese caso
La libertad de padre le alegaras
Cuando tú que eres viejo á su presencia
Tus mayores maldades no recatas?

Despues que pasaron unos cuantos dias que me dieron en mi casa de asueto y como de gala, se trató de darme destino.

Mi padre, que como os he dicho, era un hombre prudente y miraba las cosas mas allá de la cáscara, considerando que ya era viejo y pobre, queria ponerme á oficio; porque decia que en todo caso mas valia que fuera yo mal oficial que buen vagamundo; mas apenas comunicó su intencion con mi madre, cuando...... ¡Jesus de mi alma! ¡qué aspavientos y qué extremos no hizo la santa señora! Me queria mucho, es verdad; pero su amor estaba mal ordenado. Era muy buena y arreglada; mas estaba llena de vulgaridades. Decia á mi padre: ¿mi hijo á oficio? no lo permita Dios. ¿Qué dijera la gente al ver al hijo de D. Manuel Sarmiento aprendiendo á sastre, pintor, platero ú otra cosa? Qué ha de decir, respondia mi padre, que Don Manuel Sarmiento es un hombre decente, pero pobre, y muy hombre de bien, y no teniendo caudal que dejarle á su hijo, quiere proporcionarle algun arbitrio útil y honesto para que solicite su subsistencia sin sobrecargar á la república de un ocioso mas, y este arbitrio no es otro que un oficio. Esto pueden decir y no otra cosa. No señor, replicaba mi madre toda electrizada: si vd. quiere dar á Pedro algun oficio mecánico, atropellando con su nacimiento, yo no, pues aunque pobre, me acuerdo que por mis venas y por las de mi hijo corre la ilustre sangre de los Ponces, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis. Pero, hija, decia mi padre, ¿qué tiene que ver la sangre ilustre de los Ponces, Tagles, Pintos, ni de cuantos colores y alcurnias hay en el mundo, con que tu hijo aprenda un oficio para que se mantenga honradamente, puesto que no tiene ningun vínculo que afiance su subsistencia? ¿Pues qué, instaba mi madre, le parece á vd. bueno que un niño noble sea sastre, pintor, platero, tejedor, ó cosa semejante? Sí, mi alma, respondia mi padre con mucha flema: me parece bueno, y muy bueno, que el niño noble, si es pobre y no tiene proteccion, aprenda cualquier oficio por mecánico que sea, para que no ande mendigando su alimento. Lo que me parece malo es, qua el niño noble ande sin blanca, roto ó muerto de hambre por no tener oficio ni beneficio. Me parece

malo que para buscar que comer, ande de juego en juego, mirando donde se arrastra un muerto (1), donde dibuja una apuesta, ó logra por favor una gurupiada (2). Me parece mas malo que el niño noble ande al medio dia espiando donde van á comer para echarse, como dicen, de apóstol, y yo digo de gorron ó sinvergüenza, porque los apóstoles solian ir á comer á las casas agenas despues de convidados y rogados, y estos tunos van sin que los conviden ni les rueguen; antes á trueque de llenar el estómago son el hazme reir de todos, sufren mil desaires, y despues de tanto, permanecen mas pegados que unas sanguijuelas, de suerte que á veces es necesario echarlos noramala con toda claridad. Esto si me parece malo en un noble; y me parece peor que todo lo dicho y malísimo en extremo de la maldad imaginable, que el jóven ocioso, vicioso y pobre ande estafando á este, petardeando á aquel y haciendo á todos las trácalas que puede, hasta quitarse la máscara, dar en ladron público, y parar en un suplício ignominioso ó en un presidio. Tú has oido decir varias de estas pillerías, y aun has visto algunos cadáveres de estos nobles, muertos á manos de verdugos en esta plaza de México. Tú conociste á otro caballerito noble y muy noble, hijo de una casa solariega, sobrino nada ménos que de un primer ministro y secretario de estado; pero era un hombre vicioso, abandonado y sin destino: [por calavera] consumó sus iniquidades matando á un pobre maromero en la cuesta del Platanillo, camino de Acapulco, por robarle una friolera que habia adquirido á costa de mil trabajos. Cayó en manos de la Acordada, se sentenció á muerte, estuvo en la capilla, lo sacó de ella un virey por respeto del tio, y permanece preso en aquella

---

(1) Así se llama en los juegos hurtarse una parada á sombra del descuido de su legítimo dueño.

(2) Llaman los jugadores *gurupié* al que ayuda al banquero, montero, etc., á barajar, pagar las *apuestas que ganan*, recoger las que pierden, etc.—E. E.

cárcel ya hace una porcion de años. (1). Hé aquí el triste cuadro que presenta un hombre noble, vicioso y sin destino. Nada perdió el lustre de su casa por el villano proceder de un deudo pícaro. Si lo hubieran ahorcado, el tio hubiera quedado como quedó, en el candelero; porque así como nadie es sabio por lo que supo su padre, ni valiente por las hazañas que hizo, así tampoco nadie se infama ni se envilece por los pésimos procederes de sus hijos.

He traido á la memoria este caso horrendo, y ¡ojalá no sucedieran otros semejantes! para que veas á lo que está espuesto el noble que fiado en su nobleza no quiere trabajar, aunque sea pobre.

Pero ¿luego ha de dar en un ojo? decia mi madre, luego ha de ser Pedrito tan atroz y malvado como D. N. R? Sí, hijita, respondía mi padre, estando en el mismo predicamento, lo propio tiene Juan que Pedro: es una cosa muy natural, y el milagro fuera que no sucediera del mismo modo, mediando las propias circunstancias. ¿Qué privilegio goza Pedro para que, supuesta su pobreza é inutilidad, no sea tambien un vicioso y un ladron, como Juan, y como tantos Juanes que hay en el mundo? ¿Ni qué firma tenemos del Padre Eterno, que nos asegure que nuestro hijo ni se empapará en los vicios, ni correrá la misma suerte de otros sus iguales, mayormente mirándose oprimido de la necesidad, que casi siempre ciega á los hombres y los hace prostituirse á los crímenes mas vergonzosos?

Todo esto está muy bueno, decia mi madre; ¿pero qué dirán sus parientes al verlo con oficio? Nada: ¿qué hán de decir? Respondia mi padre; lo mas que dirán es: mi primo el sastre, mi sobrino el platero ó lo que sea: ó tal vez dirán: no tenemos parientes sastres, etc.; y acaso no le volverán á hablar; pero ahora, dime tú: ¿qué le darán sus parientes el dia que lo vean sin oficio, muerto de hambre y he-

(1) Siendo virey el conde de Revillagigedo, lo desterró para siempre á las islas Marianas.

cho pedazos? Vamos, ya yo te dije lo que dirian en un caso, dime tú lo que le dirán en el contrario. Puede, decia mi buena madre, puede que lo socorran siquiera porque no los desdore. Riete de eso, hija, respondia mi padre; como él no los desplatée, poca fuerza les hará que los desdore. Los parientes ricos, por lo comun, tienen un espediente muy ensayado para librarse de un golpe de la vergüencilla que les causan los andrajos de sus parientes pobres, y éste es negarlos por tales redondamente. Desengáñate; si Pedro tuviera alguna buena suerte ó hiciere algun viso en el mundo, no solo lo reconocerán sus verdaderos parientes, sino que se le aparecerán otros mil nuevos, que lo serán lo mismo que el Gran turco; y tendrá contínuamente á su lado un enjambre de amigos que no lo dejarán mover; pero si fuere un pobre, como es regular, no contará mas que con el peso que adquiera. Esta es una verdad; pero muy antigua y muy esperimentada en el mundo; por eso nuestros viejos dijeron sabiamente, que *no hay mas amigo que Dios, ni mas pariente que un peso*. ¿Tú ves ahora que nos visitan y nos hacen mil espresiones tu tio el capitan, mi sobrino el cura, las primas Delgados, la tia Rivera, mamá Manuela y otros? Pues es porque ven, que aunque pobres, á Dios gracias, no nos falta que comer, y los sirvo en lo que puedo. Por eso nos visitan, por eso y nada mas; créelo. Unos vienen á pedirme prestado, otros á que les saque de este ó aquel empeño, quién á pasar el rato, quién á inquirir los centros de mi casa, y quién á almorzar ó tomar chocolate; pero si yo me muero, como que quedas pobre, verás, verás como se disipan los amigos y los deudos, lo mismo que los mosquitos con la incomodidad del humo. Por estos conocimientos deseara que mi Pedro aprendiera oficio, ya que es pobre, para que no hubiera menester á los suyos ni á los estraños despues de mis dias. Y te advierto que muchas veces suelen los hombres hallar mas abrigo entre los segundos, que entre los primeros; mas con todo eso, bueno es atenerse cada uno á su trabajo y á sus arbitrios, y no ser gravoso á nadie.

Tú, medio me aturdes con tantas cosas, decia mi madre; pero lo que veo es que un hidalgo sin oficio es mejor recibido y tratado con mas distincion en cualquiera parte decente, que otro hidalgo sastre, batihoja, pintor, etc. Ahí está la preocupacion y la vulgaridad, respondia mi padre. Sin oficio puede ser; pero no sin destino ó arbitrio honesto. A un empleado en una oficina, á un militar ó cosa semejante, le harán mejor tratamiento que á un sastre ó á cualquiera otro oficial mecánico, y muy bien hecho: razon es que las gentes se distingan; pero al sastre y aun al zapatero, lo estimarán mas en todas partes, que no al hidalgo tuno, ocioso, trapiento y petardista, que es lo que quiero que no sea mi hijo. A mas de esto, ¿quién te ha dicho que los oficios envilecen á nadie? Lo que envilece son las malas acciones, la mala conducta y la mala educacion. ¿Se dará destino mas vil que guardar puercos? Pues esto no embarazó para que un Sixto V fuera pontífice de la Iglesia católica......

Pero esta disputa paró en lo que leereis en el capítulo IV.

CAPITULO IV.

En el que PERIQUILLO da razon en qué paró la conversacion de sus padres, y del resultado que tuvo, y fué que lo pusieron á estudiar, y los progresos que hizo.

MI madre, sin embargo de lo dicho, se opuso de pié firme á que se me diera oficio, insistiendo en que me pusiera mi padre en el colegio. Su merced le decia: no seas cándida; y si á Pedro no le inclinan los estudios, ó no tiene disposicion para *ellos*, ¿no será una barbaridad dirigirlo por donde no le gusta? Es

la mayor simpleza de muchos padres pretender tener á pura fuerza un hijo letrado ó eclesiástico, aun cuando no sea de su vocacion, tal carrrera, ni tenga talento á propósito para las letras: causa funesta, cuyos perniciosos efectos se lloran diariamente en tantos abogados firmones (1) médicos asesinos, y eclesiásticos ignorantes y relajados, como advertimos.

Todavía para dar oficio á los niños es menester consultar su génio y constitucion física, porque el que es bueno para sastre ó pintor, no lo será para herrero ó carpintero, oficios que piden, á más de inclinacion, disposicion de cuerpo y unas robustas fuerzas.

No todos los hombres han nacido útiles para todo. Unos son buenos para las letras, y no generalmente, pues el que es bueno para teólogo, no lo será para médico; y el que será un excelente físico, acaso será un abogado de á docena, si no le examina el génio; y así de todos los letrados. Otros son buenos para las armas é ineptos para el comercio. Otros excelentes para el comercio y topos para las letras. Otros, por último, aptísimos para las artes liberales, y negados para las mecánicas, y así de cuantos hombres hay.

En efecto, hombres generales y á propósito para todas las ciencias y artes se consideran, ó como fenómenos de la naturaleza, ó como testimonios de la Omnipotencia Divina, que pueda hacer cuanto quiera.

Sin embargo, yo creo firmemente que estos *omniscios*, que una que otra vez ha celebrado el mundo, han sido solo unos mónstruos [si puede decirse así] de entendimiento, de aplicacion y de memoria, y han admirado á las generaciones por cuanto han adquirido el conocimiento de muchas mas ciencias que el comun de los sabios sus coe-

---

(1) Se llaman así á los abogados que teniendo pocos negocios en sus bufetes, ocurren á los oficios de los escribanos, y antiguamente á los bancos de los procuradores, á poner su firma por cuatro reales, ó un peso, en los escritos, que segun las leyes, no podian correr sin este requisito.—E. E.

táneos, y las han poseido, tal vez en un grado mas superior; pero en mi concepto, no han pasado de unos fenómenos de talento: rarísimos en verdad; mas limitados todavia infinitamente, y no han merecido ni merecerán jamás el sagrado renombre de omniscios, pues si omniscios quiere decir el que todo lo sabe, digo que no hay mas que un omniscio dentro y fuera de la naturaleza, que es Dios. Este Ente Supremo es sí, el único y verdadero omniscio, porque es el único y verdaderamente sabe todo cuanto se puede saber; y en este sentido, conceder un hombre omniscio, fuera conceder otro Dios, de cuyo absurdo están múy léjos aun los que honraron al profundo Leibniz con tan pomposo título.

Acaso este grande hombre no seria capaz de ensuelar un zapato, de bordar un sardineta, ni de hacer otras mil cosas que todos vemos como meras frioleras y efectos de un puro mecanismo; y sin acaso, este ingenio célebre, si resucitára, tendria que abjurar muchos de sus preceptos y axiomas, desengañado con los nuevos descubrimientos que se han hecho.

Todo esto te digo, hija mia, para que reflexiones que todos los hombres somos finitos y limitados, que apenas podemos acertar en una ú otra cosa: que los ingenios mas célebres no han pasado de grandes; pero ni remotamente han sido universales, pues esta es prerogativa del Creador, y que segun esto debemos examinar la inclinacion y talento de nuestros hijos para dirigirlos.

No me acuerdo donde he leido que los lacedemonios para destinar á los suyos con acierto, se valian de esta estratagema. Prevenian en una gran sala diferentes instrumentos pertenecientes á las ciencias y artes que conocian; supon tú, que en aquella sala ponian instrumentos de música, de pintura, de escultura, de arquitectura, de astronomía, de geografía, etc., sin faltar tampoco armas y libros: hecho esto disponian con disimulo que varios niños se juntasen allí solos, y que jugasen á su arbitrio con los instrumentos que quisiesen y entre tanto, sus padres estaban ocultos y en observacion de las ac-

ciones de sus hijos, y notando á que cosa se inclinaba cada uno de por sí; y cuando advertian que un niño se inclinaba con constancia á las armas, á los libros, ó á cualquiera ciencia ó arte, de aquellos cuyos instrumentoa tenia á la vista, no dudaban aplicarlos á ellos, y casi siempre correspondia el éxito á su prudente exámen.

Siempre me ha gustado esta bella industria para rastrear la inclinacion de los niños; así como he reprobado la general corruptela de muchos padres que á tontas y á locas encajan á los muchachos á los colegios, sin indagar aun ligeramente si tienen disposicion para las letras.

Hija mia, este es un error tan arraigado como grosero. El niño que tenga un entendimiento somero y tardo, jamas hará progresos en ciencia alguna, por mas que curse las aulas y manosee los libros. Ni estos ni los colegios dan talento á quien nació sin él. Los burritos entran todos los dias á los colegios y universidades cargados de carbon ó de piedra, y vuelven á salir tan burros como entraron; porque así como las ciencias no están aisladas en los recintos de las universidades ó gimnasios, así tampoco éstos son capaces de comunicar un adarme de ciencia al que carezca de talento para aprenderla.

Fuera de esto, hay otra razon harto poderosa para que yo no me resuelva á poner á mi hijo en el colegio, àun cuando supiera que tenia una bella disposicion para estudiante, y esta es mi pobreza. Apenas alcanzo para comer con mi corto destino, ¿de dónde voy á coger diez pesos para la pension mensual, y toda aquella ropa decente que necesita un colegial? Y ya ves tú aquí un embarazo insuperable. No, dijo mi madre, que hasta entónces solo habia escuchado sin despegar sus lábios para nada: no, esa no es razon ni menos embarazo; porque con ponerlo de capense ya se remedió todo. Muy bien, dijo mi padre, me has quinado: pero vamos á ver qué salida me das á esta otra dificultad. Yo ya estoy viejo, soy pobre, no tengo que dejarte: mañana me muero, te hallas viuda, sola, sin abrigo ni qué comer, con un moceton á tu lado que cuando mucho sabrá hablar cual latinajo

y aturdir al mundo entero con cuatro *ergos* y pedanterías que el mismo que las dice no las entiende; pero que en realidad de nada vale todo eso; porque el muchacho como no tiene quien lo siga fomentando, se queda varado en la mitad de la carrera sin poder ser ni clérigo, ni abogado, ni médico, ni cosa alguna que le facilite su subsistencia ni tus socorros por las letras; siendo lo peor que en ese caso tampoco es útil ya para las artes; pues nò se dedicará á aprender un oficio por tres fortísimas razones. La primera, por ciertos humorcillos de vanidad que se pegan en el colegio á los muchachos, de modo que cualquiera de ellos solo con haber entrado al colegio [y mas si vistió la beca] y saber mascar el Ciceron ó el Breviario, ya cree que se envileceria si se colocara tras de un mostrador, ó si se pusiera á aprender un oficio en un taller. Esto es aun siendo un triste gramatiquillo, ¿qué será si ha logrado el altisonante y colorado título de bachiller? ¡Oh! entonces se persuade que la tierra no lo merece. ¡Pobres muchachos!

Esta es la primera razon que lo inutiliza para las artes. La segunda es, que como ya son grandes, se les hace pesado el trabajo material, al paso que vergonzoso el ponerse de aprendices en una edad en que los demas son oficiales, y aun se dificultaria bastante que hubiera maestro que quisiera encargarse de la enseñanza y mantencion de tales jayanes.

La tercera razon es, que como en tal caso ya los muchachos tienen el colmillo duro, esto es, ya han probado á lo que sabe la libertad, de manera ninguna se quieren sujetar á lo que tan fácilmente se hubieran sujetado de más niños; y cátate ahí el estado de tu Pedro si lo ponemos á estudiar y muero dejándolo, como es factible, en la mitad de la carrera; pues se queda en el aire sin poder seguir adelante ni volver atras. Y cuando tú veas que en vez de contar con un báculo en que apoyarte en la vejez, solo tienes á tu lado un haragán inútil que de nada te sirve (pues en las tiendas no fian sobre silogismos ni latines), entonces darás á Judas los estudios y las

bachillerías de tu hijo. Conque, hija mia, hágamos ahora lo que quisieras haber hecho despues de mis dias. Pongámos á oficio á Pedro. ¿Qué dices? ¿Qué he de decir? respondió mi madre, sino que tú te empeñas en mortificarme y hacer infeliz á esa pobre criatura, tratando de ordinariarlo poniéndolo de artesano, y por eso hablas y ponderas tanto. Pues qué ¿ya sabes que es un tonto? ¿Ya sabes que te vas á morir en la mitad de sus estudios? ¿Y ya sabes, por fin, que porque tú te mueras se cierran todos los recursos? Dios no se muere: parientes tiene y padrinos que lo socorran: ricos hay en México harto piadosos que lo protejan, y yo que soy su madre pediré limosna para mantenerlo hasta que se logre. No, sino que tú no quieres al pobre muchacho; pero ni á mí tampoco, y por eso tratas de darme esa pesadumbre. ¿Qué he de hacer? soy infeliz y tambien mi hijo... Aquí comenzó á llorar la alma mia de mi madre, y con sus cuatro lágrimas dió en tierra con toda la constancia y solidez de mi buen padre, pues éste, luego que la vió llorar la abrazó como que la amaba tiernamente, y la dijo: no llores hijita, no es para tanto. Yo lo que te he dicho es lo que enseña la razon y la esperiencia; pero si es de tu gusto que estudie Pedro, que estudie norabuena; ya no me opongo: quizá querrá Dios prestarme vida para verlo logrado, ó cuando no, su Magestad te abrirá camino, como que conoce tus buenas intenciones.

Consolóse mi madre con esta receta, y desde entonces solo se trató de ponerme á estudiar, y me empezaron á habilitar de ropa negra, arte de la lengua latina y demas necesarias menudencias.

No parece sino que hablaba mi padre en profesía, segun que todo sucedió como lo dijo. En efecto, tenía mucho conocimiento del mundo, y un juicio perspicaz; pero estas cualidades se perdian las mas veces por condescender nimiamente con los caprichos de mi madre.

Muy bueno y muy justo es que los hombres amen á sus mujeres y que les den gusto en todo cuanto no se oponga á la razon; pero

no que las contemplen tanto que por no disgustarlas atropellen con la justicia, exponiéndose ellos y exponiendo á sus hijos á recoger los frutos de su imprudente cariño, como me sucedió á mí. Por eso os prevengo para que vivais sobre aviso, de manera que ameis á vuestras esposas tiernamente, según Dios lo manda y la naturaleza arreglada os lo inspira; mas no os afemineis como aquel valientísimo Hércules, que despues que venció leones, javalíes, hidras y cuanto se le puso por delante, se dejó avasallar tanto del amor de Omfale, que ésta lo desnudó de la piel del leon Nemeo, lo vistió de mujer, lo puso á hilar, y aun le reñía y castigaba cuando quebraba algun huso, ó no cumplía la tarea que le daba. ¡Qué vergonzosa es semejante afeminacion aun en la fábula!

Las mujeres saben muy bien aprovecharse de esta loca pasion, y tratan de dominar á semejantes maridos de mantequilla.

Cólera da ver á muchos de éstos que no conociendo ni sabiendo sostener su carácter y superioridad, se abaten hasta ser los criados de sus mujeres. No tienen secreto por importante que sea, que no les revelan; no hacen cosa sin tomarles parecer, ni dan un paso sin su permiso. Las mujeres no han menester tanto para querer salirse de su esfera, y si conocen que en este rendimiento del hombre se lo han grangeado con su hermosura, entonces desenrollan de una vez todo su espíritu dominante, y ya teneis en cada una de éstas una Omfale, y en cada hombre abatido un Hércules marica y sinvergüenza. En este caso, cuando las mugeres hacen lo que se les antoja á su arbitrio, cuando tienen á los hombres en nada, cuando los encuernan, cuando los mandan, los injurian y aun les ponen las manos, como lo he visto muchas veces, no hacen mas sino cumplir con su inclinacion natural, y castigar la vileza de sus maridos ó amantes sin prevenirlo.

Dios nos libre de un hombre que tiene miedo á su muger, que es preciso que le tome su parecer para ir á hacer esto ó aquello, que sabe que le ha de dar razon de adonde fué y de donde viene, y qué

si su muger grita y se altera, él no tiene mas recurso que apelar á los mimos y caricias para contentarla. Estos hombres, indignos de nombre tan superior, están siempre dispuestos á ser unos descendientes del cabrío, y unos padres de familia ineptísimos; porque ellos no dirigen á sus hijos, sino ellas. Los mismos muchachos advierten temprano la superioridad de las madres, y no tienen á sus padres el menor miramiento, y mas cuando notan que si cometen alguna picardía por la que el padre los quiere castigar, con acogerse á la madre ésta los defiende, y si se ofrece, arma una pendencia al padre, y se queda cometida la culpa y eludida la pena.

No sin razon dijo Terencio que las madres ayudan á sus hijos en las iniquidades, y estorban el que sus padres los corrijan. Lo que os pondré en una estrofita para que la tengais en la memoria.

Suelen ayudar las madres
A la maldad de sus hijos,
Impidiendo que los padres
Les dén el justo castigo.

Es verdad que ni mi padre ni mi madre eran de los hombres afeminados ni de las mugeres altivas que he dicho. Mi padre algunas veces se sostenia, y mi madre jamás se alteraba ni se alzaba, como dicen, con el santo y la limosna; lo que sucedia era que cuando no le valian sus insinuaciones y sus ruegos para hacer desistir á mi padre de su intento, apelaba á las lágrimas, y entonces era como milagro que no se saliera con la suya; porque las lágrimas de una mujer hermosa y amada, son armas eficacísimas para vencer al hombre mas circunspecto.

Sin embargo, algunas ocasiones se sostenia con el mayor vigor. Era bueno que siempre hubiera conservado igual carácter; mas los hombres no somos dueños de nuestro corazon á todas horas, aunque siempre debiéramos serlo.

Finalmente, llegó el dia en que me pusieron al estudio, y este fué el

de D. Manuel Enriquez, sugeto bien conocido en México, así por su buena conducta, como por su genial disposicion y asentada habilidad para la enseñanza de la gramática latina, pues en su tiempo nadie le disputó la primacía entre cuantos preceptores particulares habia en esta ciudad; mas por una tenaz y general preocupacion que hasta ahora domina, nos enseñaba mucha gramática y poca latinidad. Ordinariamente se contentan los maestros con enseñar á sus discípulos una multitud de reglas que llaman *palitos*, con que hagan unas cuantas oracioncillas, y con que traduzcan el Breviario, el Concilio de Trento, el catecismo de San Pío V, y por fortuna algunos pedacillos de la Eneida y Ciceron. *Con semejante método salen los muchachos habladores y no latinos*, como dice el padre Calasanz en su discernimiento de ingenios. Tal salí yo, y no podia salir mejor. Saqué la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos; pero en esto de inteligencia en la pureza y propiedad del idioma, ni palabra. Traducía no muy mal y con alguna facilidad las homilias del Breviario y los párrafos del catecismo de los curas; pero Virgilio, Horacio, Juvenal, Persio, Lucano, Tácito y otros semejantes, hubieran salido vírgenes de mi inteligencia si hubiera tenido la fortuna de conocerlos, á escepcion del primer poeta que he nombrado, pues de éste sabia alguna cosita que le habia oido traducir á mi sabio maestro. Tambien supe medir mis versos, y lo que era exámetro, pentámetro, etc.; pero jamás supe hacer un dístico.

A pesar de esto, y al cabo de tres años, acabe mis primeros estudios á satisfaccion, pues me aseguraban que era yo un buen gramático, y yo lo creía más que si lo viese. ¡Válgate Dios por amor propio, y cómo nos engañas á ojos vistas! Ello es que yo hice mi oposicion á toda gramática, y quedé sobre las espumas, mi maestro y convidados muy contentos, y mis amados padres mas huecos que si me hubiera opuesto á la magistral de México y la hubiera obtenido.

Siguiéronse á esta funcion las galas, los abrazos, los agradecimientos á mi maestro, y mi salida del estudio; aunque yo no debo

salirme sin deciros otras cositas que aprendí y repasé en aquellos tres años. Como allí no habia un corto número de niños como en mi buena escuela, sino que habia infinidad de muchachos entre pupilos y capenses, todos hijos de sus madres, y de tan diferentes genios y educaciones, y yo siempre fuí un maleta de primera, tuve la maldita atingencia de escoger para mis amigos á lós peores, y me correspondieron fielmente y con la mayor facilidad; ya se vé, que cada oveja ama su pareja, y esto es corriente; el asno nò se asocia con el lobo, ni la paloma con el cuervo: cada uno ama su semejante. Así yo no me juntaba con los niños sensatos, pundonorosos y de juicio, sino con los maliciosos y extraviados, con cuyas amistades y compañías cada dia me remataba mas, como os sucederá á vosotros y á vuestros hijos, si despreciando mis lecciones no procurais ó hacerlos que tengan buenos amigos, ó que no tengan ninguno, pues es infalible el axioma divino que nos dice: *con el santo serás santo, y te pervertirás con el perverso.* Así me sucedió puntualmente: bien que yo ya estaba pervertido; pero con la compañía de los malos estudiantes me acabé de perder enteramente.

Paréceme que al leer estos renglones exclamais: ¿cómo se mudó tan presto nuestro padre? pues en la última escuela en que estuvo, ¿no habia olvidado las malas propiedades que habia adquirido en la primera? ¿cómo fué esta metamórfosis tan violenta? Hijos mios, las buenas ó malas costumbres que se imprimen en la niñez, echan muy profundas raíces; por eso importa tanto el dirigir bien á las criaturas en los primeros años. Los vicios que yo adquirí en los mios, ya por el chiqueo de mi madre, las adulaciones de las viejas mis parientas, el indolente método de mi maestro, el pésimo ejemplo y compañía de tanto muchacho desreglado, y sobre todo esto, por mi natural perverso y mal inclinado, profundizaron mucho en mi espíritu, me costó demasiado trabajo irme deshaciendo de ellos á costa de no pocas reprensiones y caricias de mi buen maestro, y del contínuo buen ejemplo que me daban los otros niños. Me parece que

si nunca me hubieran faltado semejantes preceptos y condiscípulos no me hubiera vuelto á extraviar, sino que hubiera asentado una conducta acendrada y religiosa; pero ¡ah! que no hay que fiar en enmiendas forzadas ó pasageras, porque en faltando el respeto ó el fervor, se lleva el diablo esta clase de enmiendas, y quedamos con nuestro vestido antiguo, ó tal vez peores.

Así lo experimenté yo, bien á mi costa. Estaban mis pasiones sofocadas, no muertas: mi perversa inclinacion estaba como retirada, pero aun permanecia en mi corazon como siempre: mi mal genio no se habia estinguido; estaba oculto solamente como las brazas debajo de la ceniza que las cubre: en una palabra, yo no obraba tan mal y con el descaro que antes, por el amor y respeto que tenia á mi prudente maestro, y por la vergüencilla que me imponian los demas niños con sus buenas acciones; pero no porque me faltaban ganas y disposicion.

En efecto, luego que me separé de estos testigos, á quienes respepetaba, y me uní otra vez á otros compañeros tan disipados como yo, volví á soltar la rienda á mis pasiones: corrieron éstas con el desenfreno propio de la edad, y se salieron del círculo de la razon, así como un rio se sale de madre cuando le faltan los diques que lo contienen.

Sin duda era el muchacho más maldito entre los mas relajados estudiantes, porque yo era el *Nón plus ultra* (1) de los bufones y chocarreros. Esta sola cualidad prueba que no era mi carácter de los buenos, pues en sentir del sabio Pascal, *hombre chistoso, ruin carácter*. Ya sabeis que en los colegios estas frases, *parar la bola, pandorguear, cantaletar*, y otras, quieren decir: *mofar, insultar, provocar, zaherir, injuriar, incomodar* y *agraviar* por todos los modos

---

(1) Alusion á la inscripcion de las columnas de Hércules en Cádiz, que despues del descubrimiento de América enmendó España, poniendo *Plus ultra* en dos columnas, entre las que colocó su escupo de armas.—E. E.

posibles á otro pobre; y lo mas injusto y opuesto á las leyes de la virtud, buena crianza y hospitalidad es, que estos graciosos hacen lucir su habilidad infame sobre los pobres niños nuevos que entran al colegio. Hé aquí cuán recomendables son estos truhanes majaderos, para que atados á un pilar del colegio sufrieran cien azotes, por cada *pandorga* de estas; pero lo sensible es, que los *catedráticos, pasantes, sotaministros* y demas personas de autoridad en tales comunidades, se desentienden del todo de esta clase de delito, que lo es sin duda grave, y pasa por *muchachada*, aun cuando se quejan los agraviados, sin advertir que esta su condescendencia autoriza esta depravada corruptela, y ella ayuda á acabar de formar los espíritus crueles de los estragadores como yo, que veia llorar á un niño de estos desgraciados, á quienes afligia sumamente con las injurias y befa que les hacia, y su llanto, que me debia enternecer y refrenar, como que era el fruto del sentimiento de unas criaturas inocentes, me servia de entremes y motivo de risa, y de redoblar mis befas con mas empeño.

Considerad por aquí cuál seria mi bella índole, cuando tenia la fama de ser el primer *pandorguista* de todo el colegio, y decian mis compañeros que yo le paraba la bola á cualquiera; que era lo mismo que decir que yo era el mas indigno de todos ellos, y que ninguno, bueno ó malo, dejaria de incomodarse si escuchaba en su contra mi maldita lengua. ¿Os parece, hijos mios, esta circunstancia algo favorable? ¿Con ella sola no advertís mi depravado espíritu y condicion? porque el hombre que se complace en afligir á otro su semejante, no puede menos que tener un alma ruin y un corazon protervo. Ni valga decir que lo hacen unos muchachos, pues esto lo que prueba es, que si aun desde muchachos son malos, de grandes serán peores, si Dios y la razon no los modera, lo que no es muy comun. Yo tuve una multitud de condiscípulos, y por observacion he visto que es raro el que ha salido bueno de entre estos genios

burlones con esceso; y lo peor es que hay mucho de esto en nuestros colegios.

Por estos principios conocereis que era perverso en todo. En fin, entré á estudiar filosofía.

CAPITULO V.

Escribe Periquillo su entrada al curso de artes: lo que aprendió: su acto general, su grado, y otras curiosidades que sabrá el que las quisiere saber.

ACABE mi gramática, como os dije, y entré al máximo y mas antiguo colegio de S. Ildefonso á estudiar filosofía, bajo la direccion del Dr. D. Manuel Sanchez y Gomez, que hoy vive para ejemplar de sus discípulos. Aun no se acostumbraba en aquel ilustre colegio, seminario de doctos y ornamento en ciencias de su metrópoli, aun no se acostumbraba, digo, enseñar la filosofía moderna en todas sus partes; todavía resonaban en sus aulas los ergos de Aristóteles. Aun se oía discutir sobre el *ente de razon las cualidades ocultas y la materia prima*, y esta misma se definia con la explicacion de la nada, *nec est quid*, etc. Aun la física experimental no se mentaba en aquellos recintos, y los grandes nombres de *Cartesio, Newton, Muschembreck* y otros, eran poco conocidos en aquellas paredes que han depositado tantos ingenios célebres y únicos, como el de un Portillo. En fin, aun no se abandonaba enteramente el sistema peripatético que por tantos siglos enseñoreó los entendimientos mas sublimes de la Europa, cuando mi sabio maestro se atrevió el primero á manifestarnos el camino de la verdad sin querer parecer singular, pues escogió lo mejor de la lógica de Aristóteles, y lo que le pareció mas probable de los autores modernos en los rudimentos de física que nos enseñó; y de este modo fuimos unos verdaderos eclécticos, sin adherir caprichosamen-

te á ninguna opinion, ni diferir á sistema alguno, solo por inclinacion al autor.

A pesar de este prudente método, todavía aprendimos bastantes despropósitos de aquellos que se han enseñado por costumbre, y los que convenia quitar, segun la razon y hace ver el ilustrísimo Feijoo, en los discursos X, XI y XII del tomo VII de su Teatro crítico.

Así como en el estudio de la gramática aprendí varios equivoquillos impertinentes, segun os dije, como *Caracoles comes; pastorcito come adoves: non est pecatum mortale occidere patrem sum*, y otras simplezas de estas; así tambien en el estudio de las súmulas aprendí luego luego mil sofismas ridículos de los que hacia mucho alarde con los condiscípulos mas cándidos, como por ejemplo, *besar la tierra es acto de humildad: la mujer es tierra, luego etc. Los apóstoles son doce, S. Pedro es apóstol, ergo etc.;* y cuidado, que echaba yo un ergo con mas garbo que el mejor doctor de la academia de París, y le empataba una negada á la verdad mas evidente; ello es, que yo argüia y disputaba sin cesar, aun lo que no podia comprender; pero sabia fiar mi razon de mis pulmones, en frase del padre Isla. De suerte que por mas quinadas que me dieran mis compañeros, yo no cedia. Podia haberles dicho: á entendimiento me ganarán; pero á griton no: cumpliéndose en mí, cada rato, el comun refran de que *quien mal pleito tiene, á voces lo mete.*

¿Pues qué tal seria yo de tenaz y tonto despues que aprendí las reducciones, reduplicaciones, equipolencias y otras baratijas, especialmente ciertos desatinados versos, que os he de escribir solamente porque véais á lo que llegan los hombres por las letras. Leed y admirad.

Barbara, Celarent, Darii, Ferio Baralipton
Celantes, Dabitis, Fapesmo, Frisesonorum
Cesare, Camestres, Festino, Baroco, Darapti.
Felapton, *Disamis*, Datisi, Bocardo, Ferison.

¡Qué tal! ¿No son estos versos estupendos? ¿no están mas propios para adornar redomas de botica que para enseñar reglas sólidas y provechosas? Pues hijos mios, yo percibí inmediatamente el fruto de su invencion; porque desatinaba con igual libertad por *Bárbara* que por *Ferison*, pues no producia mas que barbaridades á cada palabra. Primero aprendí á hacer sofismas bue á conocerlos y desvanecerlos: antes supe oscurecer la verdad que indagarla: efecto natural de las preocupaciones de las escuelas y de la pedantería de los muchachos.

En medio de tanta barahunda de voces y terminajos exóticos, supe qué cosa era silogismo, entimema, sorites, y dilemma. Este último es argumento terrible para muchos señores casados, porque lastima con dos cuernos, y por eso se llama bicornuto.

Para no cansaros, yo pasé mi curso de lógica con la misma velocidad que pasa un rayo por la atmósfera sin dejarnos señal de su carrera, y así despues de disputar harto y seguido sobre las operaciones del entendimiento, sobre la lógica natural, artificial y utente: sobre su objeto formal y material: sobre los modos de saber: sobre si Adan perdió ó no la ciencia por el pecado (cosa que no se le ha disputado al demonio): sobre si la lógica es ciencia ó arte, y sobre treinta mil cosicosas de éstas, yo quedé tan lógico como sastre; pero eso sí, muy contento y satisfecho de que seria capaz de concluir con el *ergo* al mismo Estagirita: ignoraba yo que por los frutos se conoce el árbol, y que segun esto, lo mismo seria meterme á disputar en cualquiera materia, que dar á conocer á todo el mundo mi insuficiencia. Con todo eso, yo estaba mas hueco que un calabozo, y decia á boca llena que era *lógico* como casi todos mis condiscípulos.

No corrí mejor suerte en la física. Pero me entretuve en distinguir la particular de la universal: en saber si ésta trataba de todas las propiedades de los cuerpos, y si aquella se contraia á ciertas especies determinadas. Tampoco averigüé qué cosa era física esperi-*mental ó teórica*, ni en distinguir el esperimento constante del fe-

nómeno raro, cuya causa es incógnita: ni me detuve en saber qué cosa era *mecánica*, cuáles las leyes del movimiento y la quietud, qué significaban las voces *fuerza, virtud*, y cómo se componian ó descomponian estas cosas: menos supe qué era *fuerza centrípeta; centrífuga, tangente, atraccion, gravedad, peso, potencia, resistencia*, y otras frioleritas de esta clase: y ya se debe suponer que si esto ignoré, mucho menos supe qué cosa era *estática, hidrostática, hidráulica, aerometría, óptica*, y trescientos palitroques de estos; pero en cambio disputé fervorosamente sobre si la esencia de la materia estaba conocida ó no: sobre si la trina dimension determinada era su esencia, ó el agua: sobre si repugnaba el vacío en la naturaleza: sobre la divisibilidad en infinito, y sobre otras alharacas de este tamaño, de cuya ciencia ó ignorancia maldito el daño ó provecho que nos resulta. Es cierto que mi buen preceptor nos enseñó algunos principios de geometría, de cálculo y de física moderna; mas fuérase por la cortedad del tiempo, por la superficialidad de las pocas reglas que en él cabian, ó por mi poca aplicacion, que seria lo mas cierto, yo no entendí palabra de ésto; y sin embargo decia al concluir este curso, que era *físico*, y no era mas que un ignorante patarato; pues despues que sustenté un actillo de física de memoria, y despues que hablaba de esta enorme ciencia con tanta satisfaccion en cualquiera concurrencia, temo que me mochen si hubiera sabido esplicar en qué consiste que el chocolate dé espuma mediante el movimiento del molinillo; por qué la llama hace figura cónica, y no de otro modo; por qué se enfria una taza de caldo ú otro licor soplándola, ni otras cosillas de estas que traemos todos los dias entre manos.

Lo mismo, y no de mejor modo, decia yo que sabia metafísica y ética, y por poco aseguraba que era un nuevo Salomon despues que concluí, ó concluyó conmigo, el curso de artes.

En esto se pasaron dos años y medio, tiempo que se aprovechara mejor con menos reglitas de súmulas, algun ejercicio en cuestiones

útiles de lógica, en la enseñanza de lo muy principal de metafísica y cuanto se pudiera de física, teórica y esperimental.

Mi maestro creo que así lo hubiera hecho si no hubiera temido singularizarse, y tal vez hacerse objeto de la crítica de algunos zoylos, si se apartaba de la rutina antigua enteramente.

Es verdad, y esto ceda siempre en honor de mi maestro, es verdad que, como dejo dicho, ya nosotros no disputábamos sobre el *ente de razon, cualidades ocultas, formalidades, heceidades quididades, intensiones*, y todo aquel enjambre de voces insignificantes con que los aristotélicos pretendian explicar todo aquello que se escapaba á su penetracion. "Es verdad, (diremos con Juan Buchardo Mecknio) "que no se oyen ya en nuestras escuelas estas cuestiones con la fre-"cuencia que en los tiempos pasados; pero ¿se han aniquilado del "todo? ¿Están enteramente limpias las universidades de las heces de "la barbárie? Me temo que dura todavía en algunas la tenacidad de "las antiguas preocupaciones, si no del todo, quizá arraigada en co-"sas que bastan para detener los progresos de la verdadera sabidu-"ría." Ciertamente que la declamacion de este crítico tiene mucho lugar en nuestro México.

Llegó por fin el dia de recibir el grado de bachiller en artes. Sostuve mi acto á satisfaccion, y quedé grandemente, así como en mi oposicion á toda gramática; porque como los réplicas no pretendian lucir, sino hacer lucir á los muchachos, no se empeñaban en sus argumentos, sino que á dos por tres se daban por muy satisfechos con la solucion menos nerviosa, y nosotros quedábamos mas anchos que verdolaga en huerta de indio, creyendo que no tenian instancia que oponernos. ¡Qué ciego es el amor propio!

Ello es que así que asado, yó quedé perfectamente, ó á lo menos así me lo persuadí, y me dieron el grande, el sonoroso y retumbante título de *baccalaureo*, y quedé aprobado *ad omnia* (1). ¡Santo Dios! ¡Qué

(1) *Para todo:* Con esta frase se designan en el Título los que pueden á virtud de él seguir cursando cualquiera de las facultades mayores; á distincion de cuando no es la aprobacion general, pues entonces no se pueden cursar sino las *facultades expresadas en el* Título.—E. E.

dia fué aquel para mí tan plausible, y qué hora la de la ceremonia tan dichosa! Cuando yo hice el juramento de instituto, cuando colocado frente de la cátedra en medio de dos señores bedeles con mazas al hombro, me oí llamar bachiller en concurso pleno, dentro de aquel soberbio general, y nada menos que por un señor doctor, con su capelo y borla de limpia y vistosa seda en la cabeza, pensé morirme, ó á lo menos volverme loco de gusto. Tan alto concepto tenia entónces formado de la bachillería, que aseguro á vds. que en aquel momento no hubiera trocado mi título por el de un brigadier ó mariscal de campo. Y no creais que es hiperbólica esta proposicion, pues cuando me dieron mi título en latin y autorizado formalmente, creció mi entusiasmo de manera, que si no hubiera sido por el respeto de mi padre y convidados que me contenia, corro las calles como las corrió el Ariosto cuando lo coronó por poeta Maximiliano I. ¡Tanto puede en nosotros la violenta y excesiva escitacion de las pasiones, sean las que fueren, que nos engaña y nos saca fuera de nosotros mismos como febricitantes ó dementes!

Llegamos á mi casa, la que estaba llena de viejas y mozas, parientas y dependientes de los convidados, los cuales luego que entré me hicieron mil zalemas y cumplidos. Yo correspondí mas esponjado que un guajolote; ya se ve, tal era mi vanidad. La inocente de mi madre estaba demasiado placentera: el regocijo le brotaba por los ojos.

Desnudéme de mis hábitos clericales y nos entramos á la sala donde se habia de servir el almuerzo, que era el centro á que se dirigian los parabienes y ceremonias de aquellos comedidísimos comedores. Creedme, hijos mios, los casamientos, los bautismos, las cantamisas y toda fiesta en que veáis concurrancia, no tienen otro mayor atractivo que la *mamuncia*. Sí, la *coca*, la *coca* es la campana que convoca tantas visitas, y la bandera que recluta tantos amigos en momentos. Si estas fiestas fueran á secas, seguramente no se vieran tan acompañadas.

Y no penseis que solo en México es esta pública gorroneria. En todas partes se cuecen habas, y en prueba de ello, en España es tan corriente, que allá saben un versito que alude á esto. Así dice:

A la raspa venimos,
Vírgen de Illescas,
A la raspa venimos,
Que no á lo fiesta.

Así es, hijos, á la raspa va todo el mundo y por la raspa, que no por dar dias ni parabienes. Pero ¿qué mas? Si yo he visto que aun en los pésames no falta la raspa, antes suelen comenzar con suspiros y lamentos y concluir con bizcochos, queso, aguardiente, chocolate ó almuerzo, segun la hora: ya se ve, que habrán oido decir que los duelos con pan son menos, y que á barriga llena corazon contento.

No os disgusteis con estas digresiones, pues á mas de que os pueden ser útiles, si os sabeis aprovechar de su doctrina, os tengo dicho desde el principio que serán muy frecuentes en el discurso de mi obra, y que ésta es fruto de la inaccion en que estoy en esta cama, y no de un estudio serio y meditado; y así es que voy escribiendo mi vida segun me acuerdo, y adornándola con los consejos, crítica y erudicion que puedo en este triste estado: asegurándoos sinceramente que estoy muy léjos de pretender ostentarme sabio, así como deseo seros útil como padre, y quisiera que la lectura de mi vida os fuera provechosa y entretenida, y bebiérais el saludable amargo de la verdad en la dorada copa del chiste y de la erudicion. Entonces sí estaria contento y habria cumplido cabalmente con los deberes de un sólido escritor, segun Horacio, y conforme mi libre traduccion:

De escritor el oficio desempeña,
Quien divierte al lector y quien lo enseña.

Mas en fin, yo hago lo que puedo, aunque no como lo deseo.

Sentámonos á la mesa, comenzamos á almorzar alegremente, y como yo era el santo de la fiesta, todos dirigian hácia mí su conversacion. No se hablaba sino del niño bachiller, y conociendo cuán contentos estaban mis padres, y yo cuán envanecido con el tal título, todos nos daban no por donde nos dolia, sino por donde nos agradaba. Con esto no se oía sino: tenga vd., bachiller: beba vd., bachiller: mire vd., bachiller: y torna bachiller, y vuelve bachiller, á cada instante.

Se acabó el almuerzo: despues siguió la comida, y á la noche el bailecito, y todo ese tiempo fué un contínuo *bachilleramiento*. ¡Válgame Dios y lo que me *bachillerearon* ese dia! hasta las viejas y criadas de casa me daban mis *bachillereadas* de cuando en cuando. Finalmente, quiso la Majestad Divina que concluyera la frasca, y con ella tanta bachillería. Fuéronse todos á sus casas. Mi padre quedó con sesenta ó setenta pesos menos, que le costó la funcion; yo con una presuncion más, y nos retiramos á dormir, que era lo que faltaba.

A otro dia nos levantamos á buena hora; y yo que pocas antes habia estado tan ufano con mi título, y tan satisfecho con que me estuvieran regalando las orejas con su repeticion, ya entónces no le percibia ningun gusto. ¡Qué cierto es que el corazon del hombre es infinito en sus deseos, y que únicamente la sólida virtud puede llenarlo!

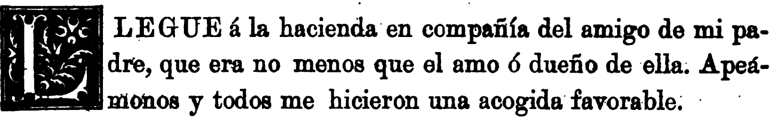
No entendais que ahora me hago el santucho y os escribo estas cosas por haceros creer que he sido bueno. No: léjos de mí la vil hipocresía. Siempre he sido perverso, ya os lo he dicho, y aun postrado en esta cama, no soy lo que debia; mas esta confesion os ha de asegurar mejor mi verdad, porque no sale empujada por la virtud que hay en mí, sino por conocimiento que tengo de ella, y conocimiento que no puede esconder el mismo vicio; de suerte que si yo me levanto de esta enfermedad y vuelvo á mis antiguas extra-

víos [lo que Dios no permita] no me desdeciré de lo que ahora os escribo, antes os confesaré que hago mal; pero conozco el bien, segun se espresaba Ovidio.

Volviendo á mí, digo, que á los dos ó tres dias de mi grado determinaron mis padres enviarme á divertir á unos herraderos que se hacian en una hacienda de un su amigo, que estaba inmediata á esta ciudad. Fuíme en efecto......

CAPITULO VI.

En el que nuestro bachiller dá raz on de lo que le pasó en la hacienda, que es algo curioso y entretenido.



LLEGUE á la hacienda en compañía del amigo de mi padre, que era no menos que el amo ó dueño de ella. Apeámonos y todos me hicieron una acogida favorable.

Con ocasion del divertimiento que habia de los herraderos, estaba la casa llena de gente lucida, así de México como de los demas pueblos vecinos.

Entramos á la sala, me senté en buen lugar en el estrado; porque jamás me gustó retirarme á largo trecho de las faldas, y despues que hablaron de varias cosas de campo, que yo no entendia, la señora grande, que era esposa del dueño de la dicha hacienda, trabó conversacion conmigo y me dijo: conque señorito, ¿qué le han parecido á vd. esos campos por donde ha pasado. Le habrán causado su novedad, porque es la primera vez que sale de México, segun noticias. Así es, señora la dije, y los campos me gustan demasiado. Pero no como la ciudad, ¿es verdad? me dijo. Yo por política le respondí: si señora, me han gustado, aunque ciertamente no me desagrada la ciudad. Todo me parece bueno en su línea; y así estoy contento en el campo como en el campo; y divertido en la ciudad co-

mo en la ciudad. Celebraron bastante mi respuesta, como si hubiera dicho alguna sentencia catoniana, y la señora prosiguió el elogio diciendo: sí sí, el colegial tiene talento, aunque luciera mejor si no fuera tan travieso, segun nos ha dicho Januario.

Este Januario era un jóven de diez y ocho á diez y nueve años, sobrino de la señora, condiscípulo siempre y grande amigo mio. Tal salí yo, porque era demasiado burlon y gran bellaco, y no le perdí pisada ni dejé de aprovecharme de sus lecciones. El se hizo mi íntimo amigo desde aquella primera escuela en que estuve, y fué mi eterno ahuizote [1] y mi sombra inseparable en todas partes, porque fué á la segunda y tercera escuela en que me pusieron mis padres: salió conmigo, y conmigo entró y estudió gramática en la casa de mi maestro Enriquez: salí de allí, salió él: entré á San Ildefonso, entró él tambien: me gradué, y se graduó en el mismo dia.

Era de un cuerpo gallardo, alto y bien formado: pero como en mi consabida escuela era constitucion que nadie se quedara sin su

---

[1] Parece que esta frase tuvo orígen desde el tiempo de la gentilidad entre los indígenas, á los que gobernó desde el año de 1482 hasta el de 1502 el emperador Ahuitzotl, cuya palabra mexicana quiere decir *aguero*. Este hombre cruel y sanguinario hizo morir en la dedicacion del templo principal de México, mas de 64.000 víctimas humanas, segun dicen varios autores; pero el padre Torquemada asegura que en los cuatro dias que duró la fiesta fueron sacrificados 72.344 prisioneros. Esta matanza causó tan horrorosa impresion en los mexicanos sus súbditos, que desde aquel tiempo llamaron *ahuitzotl* al perseguidor, ó al que causa daño de cualquier género.

Para consuelo de la humanidad, la sana crítica no carece de razones para persuadir que si este hecho (que no tiene semejante en los anales de la barbaridad) no es fabuloso, es á lo menos muy exajerado, debiendo sospecharse que se ha cometido algun error ó en la numeracion de los MS. que tuvieron presentes los AA., ó en la interpretacion de las cifras y geroglíficos de los mexicanos; ó en la significacion de las voces de su idioma. Pero este asunto no es de este lugar, y siempre es cierto que el espantoso número de víctimas que sacrificó Auitzotl en esta ocasion debió de escandalizar á sus vasallos, dando orígen á la frase.

mal nombre, se lo cascábamos á cualquiera aunque fuera un Narciso ó un Adonis; y segun esta regla le pusimos á D. Januario *Juan Largo,* combinando de este modo el sonido de su nombre y la perfeccion que mas se distinguia en su cuerpo. Pero despues de todo el fué mi maestro y mi mas constante amigo; y cumpliendo con estos deberes tan sagrados, no se olvidó de dos cosas que me interesaron demasiado y me hicieron muy buen provecho en el discurso de mi vida, y fueron: inspirarme sus malas mañas, y publicar mis prendas, y mi sobre nombre de PERIQUILLO SARNIENTO por todas partes; de manera, que por su amorosa y activa diligencia lo conservé en gramática, en filosofía y en el público cuando se pudo. Ved, hijos mios, si no seria yo un ingrato si dejara de nombrar en la historia de mi vida con la mayor efusion de gratitud á un amigo tan útil, á un maestro tan eficaz, y al pregonero de mis glorias; pues todos estos títulos desempeñó á satisfaccion el grande y benemérito Juan Largo.

No sabia, con todo eso, si aquellas señoras tenian tan larga relacion, de mí, ni si sabian mi retumbante nombrecillo. Estaba muy ufano en el estrado dando taba, como dicen, con la señora y una porcion de niñas, entre las cuales no era la menos viva y platiconcilla la hija de la señora mi panegirista, que no me pareció tercio de paja, porque sobre no haber quince años feos y estar ella en sus quince, era demasiado bonita é interesante su figura: motivo poderoso para que procurara manejarme con cierta afabilidad y circunspeccion lo mejor que podia para agradarla; y ya habia notado que cuando decia yo alguna facetada colegialuna, ella se reia la primera y celebraba mi genialidad de buena gana.

Estaba yo, pues, quedando bien y en lo mejor de mi gusto, cuando en esto que escuché ruido de caballos en el patio de la hacienda, y antes de preguntar quien era, se fué presentando en medio de la sala con su buena manga, paño de sol, botas de campana y demás aderezos de un campista decente...... ¿quién piensan vdes. que se-

ria? ¡Quién habia de ser por mis negros pecados, sino el demonio de Juan Largo, mi caro amigo y mi favorecedor! Al instante que entró, me vió, y saludando á todos los concurrentes en comun y sobre la marcha, se dirigió á mi con los brazos abiertos y me halagó las orejas de esta suerte: ¡oh mi querido Periquillo Sarniento! ¿tanto bueno por acá? ¿como te vá, hermano? ¿qué haces? siéntate......

No puedo ponderar la enojada que me dí al ver como aquel maldito en un instante habia descubierto mi sarna y mi periquería delante de tantos señores decentes, y lo que yo mas sentia, delante de tantas viejas y muchachas burlonas, las que luego que oyeron mis dictados comenzaron á reirse á carcajadas con la mayor imprudencia y sin el menor miramiento de mi personita. Yo no sé si me puse amarillo, verde, azul ó colorado; lo que sí me acuerdo es, que la sala se me oscureció de la cólera, y los carrillos y orejas me ardian mas que si los hubiese estregado con chile. Miré al condenado Juan Largo, y le respondí no se qué, con mucho desden y gravedad, creyendo con este entono corregir la burla de las muchachas y la insolencia de mi amigo; pero nada menos que eso conseguí, pues mientras yo me ponia mas sério, las muchachas reian de mejor gana, de modo que parecia que les hacian cosquillas á las muy puercas, y el pícaro de Juan Largo añadia nuevas facetadas con que redoblaban sus caquinos. Viéndome yo en tal apuro, hube de ceder á la violencia de mi estrella y disimular la bola que tenia, riéndome con todos; aunque si va á decir verdad, mi risa no era muy natural, sino algo mas que forzada.

En fin, despues que me periquearon bastante y disecaron el hediondo cadáver de su sarnosa etimología, ya que no tenian baso para reir, ni aquel bribon bufonada con que insultarme, cesó la escena, y calmó, gracias á Dios, la tempestad.

Entónces fué la primera vez que conocí cuán odioso era tener un mal nombre, y qué carácter tan vil es de los truhanes y graciosos, que no tienen lealtad ni con su camisa; porque son capaces de per-

der el mejor amigo por no perder la facetada que les viene á la boca en la mejor ocasion; pues tienen el arte de herir y avergonzar á cualquiera con sus chocarrerías, y tan á mala hora para el agraviado, que parece que les pagan, como me sucedió á mí con mi buen condiscípulo, que me fué á hacer quedar mal, justamente cuando estaba yo queriendo quedar bien con su prima. Detestad, hijos mios, las amistades de semejante clase de sujetos.

Llegó la hora de comer, pusieron la mesa y nos sentamos todos segun la clase y carácter de cada uno. A mí me tocó sentarme frente á un sacerdote vicario de Tlalnepantla, á cuyo lado estaba el cura de Cuautitlán (lugar á siete leguas de México,) que era un viejo gordo y harto serio.

Comieron todos alegremente, y yo tambien, que como muchacho al fin, no era rencoroso, y mas cuando trataban de complacerme con abundancia de guisados exquisitos y sabrosos dulces; porque D. Martin, que así se llamaba el amo, era bastante liberal y rico.

Durante la comida hablaron de muchas cosas, que yo no entendí pero despues que alzaron los manteles, preguntó una señora ¿si habiamos visto *la* cometa? El cometa dirá vd., señorita, dijo el padre vicario. Eso es, respondió la madama. Sí, lo hemos visto estas noches en la azotea del cuarto y nos hemos divertido bastante. ¡Ay! qué diversion tan fea, dijo la madama. ¿Por qué señorita? ¿porqué? Porque ese cometa es señal de algun daño grande que quiere suceder aquí. Ríase vd. de eso, decia el cleriguito: los cometas son unos astros como todos; lo que sucede es, que se ven de cuando en cuando porque tienen mucho que andar, y así son tardones; pero no maliciosos. Si no, ahí esta nuestro amigo D. Januario, que sabe bien que cosa son los cometas, y por qué se dan tanto á desear de nuestros ojos, y el nos hará favor de esplicarlo con claridad para que vdes. se satisfagan. Sí, Januario, anda, dinos como está eso, dijo la prima: mas el demonio de Juan Largo sabia tanto de cometas como de pirocthenia, pero no era muy tonto; y así sin-

cortarse respondió: prima, ese encargo se lo puedes hacer á mi amigo Perico por dos razones: la una p[illegible] es muchacho muy hábil, y las dos, porque siendo esta súplica tuya, propia para hacer lucir una buena esplicacion cometal, por regla de política debemos obsequiar con estos lucimientos á los huéspedes. Con que vamos, suplícale al *Sarnientito* que te lo explique: verán vdes. qué pico de muchacho. Así que él no esté con nosotros, yo te esplicaré, no digo qué cosas son cometas, y por donde caminan, que es lo que ha ápuntado el padrecito, sino que te diré cuantos son todos los luceros, cómo se llama cada uno, por donde andan, qué hacen, en qué se entretienen, con todas las menudencias que tú quieras saber, satisfecho que tengo de contentar tu curiosidad por prolija que sea, sin que haya miedo que no me creas, pues como dijo tio Quevedo:

> *El mentir de las estrellas*
> *Es un seguro mentir,*
> *Porque ninguno ha de ir*
> *A preguntárselo á ellas.*

Con que ya quedamos, Poncianita, que te esplicará el cometa al derecho y al revés mi amigo Perucho, miéntras yo, con licencia de estos señores voy á ensillar mi caballo; y diciendo y haciendo se disparó fuera de la sala sin atender á que yo decia que estando allí los señores padres, ellos satisfarian el gusto de la señorita mejor que yo. No valió la escusa: el vicario de Tlalnepantla me habia conocido el juego, y porfiaba en que fuera yo el esplicador. Yo, decia, no señores: fuera uua grosería que yo quisiera lucir donde están mis mayores. El cura, que era tan socarron como serio, al oir esta mi urbanidad, se sonrió al modo de conejo, y dijo: sabrán vdes. para bien saber, que en tiempo de marras habia en mi parroquia un cura muy tonto y vano, entre los que eran mas tontos: él, pues, un dia estaba predicando lleno de satisfaccion cuantas majaderías

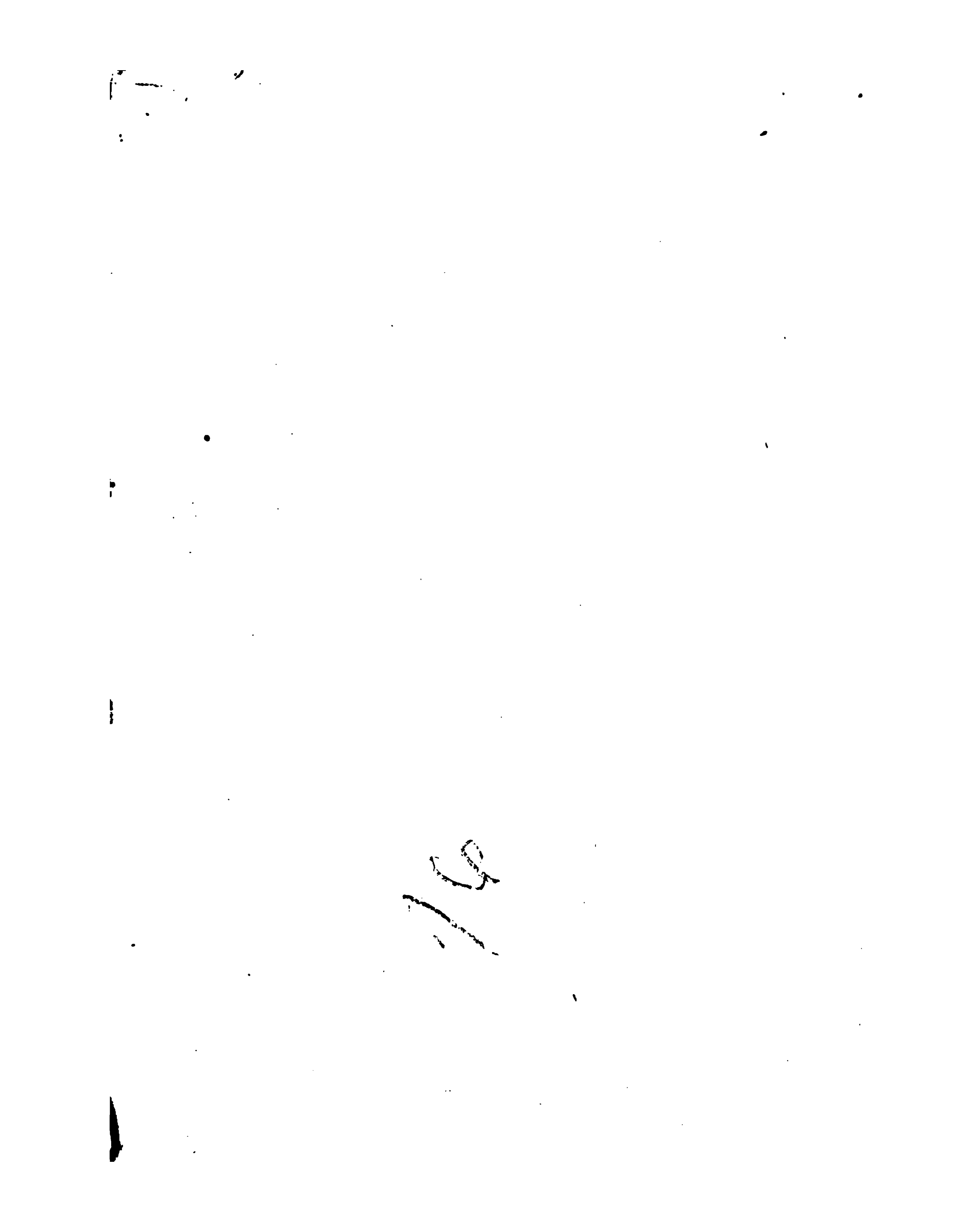
se le venian á la cabeza, á unos pobres indios que eran los que únicamente podian tener paciencia de escucharlo. Estaba en lo mas fervoroso del sermon, cuando fué entrando á la iglesia el arzobispo mi señor, que iba á la santa visita. Al instante que entró alborotóse el auditorio y turbóse el predicador; siendo su sorpresa mayor que si hubiese visto al diablo. Callóse la boca, quitóse el bonete, y diciendo su ilustrísima que continuara, exclamó: ¡cómo era capaz, señor ilustrísimo, que estando presente mi prelado, fuera yo tan grosero que me atreviera á seguir mi sermon! Eso no, suba usía ilustrísima y acábelo, miéntras acabo yo la misa *pro populo*. El arzobispo no pudo contener la risa de ver la grande urbanidad de este cura ignorante, y lo bajó del púlpito y del curato: apliquen vdes. Calló el padre gordo diciendo esto. Sonrióse el vicario y las mujeres, y yo no dejé de correrme, aunque me cabia cierta duda en si lo diria por mi política ó por la de Juan Largo; mas no duré mucho en esta suspension, porque el zaragate del padre vicario probó de una vez todo su arbitrio diciendo á la Poncianita: vd., niña, elija quién ha de explicar lo que es cometa, el colegial ó yo; y si la eleccion recae en mí lo haré con mucho gusto, porque no me agrada que me ruegen, ni sé hacer desaire á las señoras. Sin duda la guiñó del ojo, porque al instante me dijo la prima de Largo: vd., señor, quisiera me hiciera ese favor. No me pude escapar: me determiné á darle gusto: màs no sabia ni por donde comenzar, porque maldito si yo sabia palabra de cometas, ni cometos: sin embargo, con algun orgullo (prenda esencialísima de todo ignorante), dije: pues, señores, los cometas, ó las cometas, como otros dicen, son unas estrellas mas grandes que todas las demas; y despues que son tan grandes, tienen una cola muy larguísima......... ¿Muy larguisima? dijo el vicario: y yo que no conocia que se admiraba de que ni castellano sabias hablar, le respondí lleno de vanidad: si, padre, muy larguisima, ¿pues qué no la ha visto vd? Vaya sea por Dios, me contestó. Yo proseguí: estas colas son de dos colores, ó

blancas ó encarnadas: si son blancas, anuncian paz ó alguna felicidad al pueblo, y si son coloradas como teñidas de sangre, anuncian guerras ó desastres; por eso *la* cometa que vieron los reyes magos tenia su cola blanca, porque anunció el nacimiento del Señor y la paz general del mundo, que hizo por esta razon el rey Octaviano; y esto no se puede negar, pues no hay nacimiento alguno en la noche buena que no tenga su cometita con la cola blanca. El que no los veamos muy seguido es porque Dios los tiene allá muy retirados, y solo los deja acercarse á nuestra vista cuando han de anunciar la muerte de algun rey, el nacimiento de algun santo, ó la paz ó la guerra en alguna ciudad, y por eso no los vemos todos los dias; porque Dios no hace milagros sin necesidad. El cometa de este tiempo tiene la cola blanca, y seguramente anuncia la paz. Esto es, dije yo muy satisfecho, esto es lo que hay acerca de los cometas. Está vd. servida, señorita. Muchas gracias, dijo ella. No, no muchas, dijo el vicario; porque el señorito, aunque me dispense, no ha dicho palabra en su lugar, sino un atajo de disparates endiablados. Se conoce que no ha estudiado palabra de astronomía, y por lo propio ignora qué cosas son estrellas fijas, qué son planetas, cometas, constelaciones, dígitos, eclipses, etc., etc. Yo tampoco soy astrónomo, amiguito, pero tengo alguna tintura de una que otra cosilla de estas: y aunque es muy superficial, me basta para conocer que vd. tiene menos, y así habla tantas barbaridades; y lo peor es que las habla con vanidad, y creyendo que entiende lo que dice y que es como lo entiende; pero para otra vez no sea vd. cándido. Sepa vd. que los cometas no son estrellas, ni se ven por milagro, ni anuncian guerras, ni paces, ni la estrella que vieron los reyes del Oriente cuando nació el Salvador, era cometa, ni Octaviano fué rey, sino cesar ó emperador de Roma, ni éste hizo la paz general con el mundo por aquel divino natalicio; sino que el príncipe de la paz, Jesucristo, quiso nacer cuando reinaba en el universo una paz general, que fué en tiempo de Augusto Cesar

Octaviano; ni crea vd., finalmente, ninguna de las demas vulgaridades que se dicen de los cometas; y porque no piense vd. que esto lo digo á tintin de boca, le esplicaré en breve lo que es cometa. Oiga vd. Los cometas son planetas como todos los demas, esto es: lo mismo que la *Luna, Mercurio, Vénus, la Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, y Hersckel,* los cuales son unos cuerpos esféricos, (esto es, perfectamente redondos, ó como vulgarmente decimos, unas bolas), son opacos, no tienen ninguna luz de por sí, así como no la tiene la tierra, pues la que reflectan ó nos envian, se la comunica el sol. La causa de que los veamos de tarde en tarde, es porque su curso es irregular respecto á los demas planetas, quiero decir: aquellos hacen sus giros sobre el sol esférica, y estos elípticamente, pues unos dan su vuelta redonda, y otros (los cometas) larga; y esta es la causa porque teniendo mas camino que andar, nos tardamos nosotros mas en verlos; así como mas pronto verá vd. al que haya de ir y venir de aquí á México, que al que haya de ir y venir de aquí á Guatemala; porque el primero tiene menos que andar que el segundo.

Esas colas que se advierten, no son, segun los que entienden, otra cosa mas que unos vapores que el sol les estrae é ilumina, así como ilumina la ráfaga de átomos cuando entra por una ventana; y este mismo sol, conforme la disposicion en que comunica su luz á este vapor, hace que estas colas de los cometas nos presten un color blanco ó rojo, para cuya persuacion no necesitamos atormentar el entendimiento, pues todos los dias advertimos las nubes iluminadas con una luz blanca ó roja segun su posicion respecto al sol [1]. En virtud de esto, nada tenemos que esperar favorable del color blanco de las colas de los cometas, ni que temer adverso por su color rojo. Esto es lo mas fundado y probable por

[1] Estas esplicaciones del padre vicario indican que tampoco él estaba muy instruido en el asunto.—E.





¡Ah mi querido Periquillo Sarmiento! ¿tanto bueno por acá? ¿como te vá, hermano? ¿qué haces? siéntate......

los físicos en esta materia: lo demas son vulgaridades que ya todo el mundo desprecia. Si vd. quisiere imponerse á fondo de estas cosas, lea al padre Almeida, al Brison, y á otros autores traducidos al castellano que tratan de la materia *pro famotiori*, esto es, con estencion. La que yo he tenido para esplicar este asunto, ha sido demasiada, y verdaderamente tiene visos de pedantería, pues estas materias son agenas y tal vez ininteligibles á las personas que nos escuchan, exceptuando al señor cura; pero la ignorancia y vanidad de vd. me han comprometido á tocar una materia singular entre semejantes sujetos, y que por lo mismo conozco habré quebrantado las leyes de la buena crianza; mas la prudencia de estos señores me dispensará, y vd. me agradecerá ó no, mis buenas intencionas, que se reducen á hacerle ver no se meta jamás á hablar en cosas que no entiende.

Contemplen vdes. ¿cómo quedaria yo con semejante responsorio? Al instante conocí que aqnel padre decia muy bien, por mas que yo sintiera su claridad, pues aunque he sido ignorante, no he sido tonto, ni he tenido cabeza de *tepeguaje:* fácilmente me he docilitado á la razon; porque en la realidad, hay verdades tan demostradas y penetrantes que se nos meten por los ojos á pesar de nuestro amor propio. ¡Infelices de aquellos cuyos entendimientos son tan obtusos que no les entran las verdades mas evidentes! y mas infelices aquellos cuya obstinacion es tal que los hace cerrar los ojos para no ver la luz. !Qué pocas esperanzas dan unos y otros de prestarse dóciles á la razon en ningun tiempo! Quedéme confuso, como iba diciendo, y creo que mi vergüenza se conocia por sobre de mi roba, porque no me atreví á hablar una palabra, ni tenia qué. Las señoras, el cura y demas sujetos de la mesa, solo se miraban y me miraban de hito en hito, y esto me corria mas y mas.

Pero el mismo padre vicario, que era un hombre muy prudente, me quitó de aquella media naranja con el mejor disimulo, di-

ciendo: señores, hemos parlado bastante: yo voy á rezar vísperas, y es regular que las señoritas quieran reposar un poco para divertirnos esta tarde con los toritos.

Levantóse luego de la mesa, y todos hicieron lo mismo. Las señoras se retiraron á lo interior de la casa, y los hombres, unos se tiraron sobre los canapees: otros cogieron un libro: otros se pusieron á divertir á los juegos de naipes, y otros, por fin, tomaron sus escopetas y se fueron á pasar el rato á la huerta.

Solo yo me quedé de non, aunque muchos señores me brindaron con su compañía; pero yo les dí las gracias, y me escusé con el pretexto de que estaba cansado del camino, y que acostumbraba dormir un rato de siesta.

Cuando ví que todos estaban ó procurando dormir, ó divertidos, me salí al corredor, me recosté en una banca, y comencé á hacer las mas serias reflexiones entre mí acerca del chasco que me acababa de pasar.

Ciertamente, decia yo, ciertamente que este padre me ha avergonzado; pero despues de todo, yo he tenido la culpa en meterme á dar voto en lo que no entiendo. No hay duda, yo soy un necio, un bárbaro y un presumido. ¿Qué he leido yo de planetas, de astros, cometas, eclipses ni nada de cuanto el padre me dijo? ¿Cuando he visto ni por el forro los autores que me nombró, ni he oido siquiera hablar de estos antes que ahora? ¿Pues quien diablos me metió en la cabeza ser esplicador de cosa que no entiendo, y luego esplicador tan sandio y orgulloso? ¿En qué estaria yo pensando? Ya se ve, soy bachiller en filosofía, soy físico. Reniego de mi física y de cuantos físicos hay en el mundo, si todos son tan pelotas como yo. ¡Voto á mis pecados! ¿Qué dirá este padre? ¿Qué dirá el señor cura? ¿Y qué dirán todos? Pero, ¿qué han de decir sino que soy un burro? Para mas fué que yo el tuno de Juan Largo, que no se atrevió á manifestar su ignorancia. No hay remedio: saber cayar es un principio de aprender, y el silencio es una

buena tapadera de la poca instruccion: Juan Largo no hablando dejó á todos en duda de si sabe ó no sabe lo que son cometas; y yo con hablar tanto no conseguí sino manifestar mi necedad y ponerme á una vergüenza pública. Pero ya sucedio, ya no hay remedio. Ahora para que no se pierda todo, es preciso satisfacer al mismo padre, que es quien entiende mi tontera mejor que los demas, y suplicarle me dé un apunte de los autores físicos que yo pueda estudiar; porque ciertamente la física no puede menos que ser una ciencia, á mas de utilísima, entretenida, y yo deseo saber algo de ella.

Con esta resolucion me levanté de la banca y me fuí á buscar al vicario que ya habia acabado de rezar, y redondamente le canté la palinodia. Padrecito, le dije, ¿qué habrá vd dicho de la nueva esplicacion del cometa que me ha oido? Vamos, que vd. no esperaba tan repentino entremes sobre ,mesa; pero la verdad, yo soy un majadero y lo conozco. Como cuando aprendí en el colegio unos cuantos preliminares de física y algunas propiedades de los cuerpos en general, me acostumbré á decir que era físico, lo crei firmísimamente, y pensé que no habia ya mas que saber en esa facultad. A esta preocupacion se siguió el ver que habia quedado bien en mis actillos, que me alabaron los convidados y me dieron mis galas; y despues de esto, no habrá ocho dias que me he graduado de bachiller en filosofía, y me dijeron que estaba yo aprobado *para todo:* pensé que era yo filósofo de verdad, que el tal título probaba mi sabiduría, y que aquel pasaporte que me dieron *para todo,* me facultaba para disputar de todo cuanto hay, aunque fuera con el mismo Salomon; pero vd. me ha dado ahora una leccion de que deseo aprovecharme; porque me gusta la física, y quisiera saber los libros donde pueda aprender algo de ella; pero que la enseñen con la claridad que vd.

Esa es una buena señal de que vd. tiene un talento no vulgar, me dijo el padre; porque cuando un hombre conoce su error, lo confiesa y desea salir de él, da las mejores esperanzas, pues es-

to no es propio de entendimientos arrastrados que yerran y lo conocen, pero su soberbia no les permite confesarlos; y así ellos mismos se privan de la luz de la enseñanza, semejantes al enfermo imprudente que por no descubrir su llaga al médico, se priva de la medicina y se empeora.

Pero ¿donde aprendió vd. ese monton de vulgaridades que nos contó de los cometas? porque en el colegio seguramente no se las enseñaron. Ya se ve que no, le respondí. Esa copia de lucidísima erudicion que he vaciado se la debo á las viejas y cocineras de mi casa. No es vd. el primero, dijo el padre, que mama con la primera leche semejantes absurdos. Verdaderamente que todas esas son patrañas y cuentos de viejas. Vd. lo que debe hacer es aplicarse, que aun es muchacho y puede aprovechar. Yo le daré el apuntito que me pide de los autores en que puede leer á gusto estas materias, y le daré tambien algunas leccioncitas mientras estemos aquí.

Le dí las gracias, quedando prendado de su bello carácter: iba á pedirle un favor de muchacho, cuando nos llamaron para que nos fuéramos á divertir al corral del herradero.

CAPITULO VII.

Prosigue nuestro autor contando los sucesos que le pasaron en la hacienda.



SIN embargo de que nos llamaron, el padre vicario continuó diciéndome: por lo que toca á lo que vd. me pide acerca de que le instruya de los mejores autores físicos, le digo que no es menester apuntito, porque son muy pocos los que le he de aconsejar á vd. que lea, y fácilmente los puede encomendar á la memoria. Procure vd. leer la *Física esperimental de los Abates Pára y Nollet, las Recreaciones Filosóficas del padre D.*

Teodoro de Almeida, el Diccionario de física, y el tratado de física de Brisson. Con esto que vd. lea con cuidado, tendrá bastante para hablar con acierto de esta ciencia en donde se le ofrezca, y si á este estudio quisiere añadir el de la historia natural, como que es tan análoga al anterior, podrá leer con utilidad *el Espectáculo de la naturaleza por Pluche,* y con mas gusto y fruto *la Historia natural del célebre conde de Buffón,* llamado por antonomasia el *Plinio de Francia.*

Estos estudios, amiguito, son útiles, amenos y divertidos; porque el entendimiento no encuentra en ellos lo abstracto de la teología, la incertidumbre de la medicina, lo intrincado de las leyes, ni lo escàbroso de las matemáticas. Todo llena, todo deleita, todo embelesa y todo enseña, así en la física como en la historia natural. Es estudio que no fatiga y ocupacion que no cansa. La doctrina que ministra es dulce, y el vaso en que se brinda es de oro.

Los que miran el Universo por la parte de afuera, se sorprenden con su primorosa perspectiva; pero no hacen mas que sorprenderse como los niños cuando ven la primera vez una cosa bonita que les divierte. El filósofo, como ve el Universo con otros ojos, pasa mas allá de la simple sorpresa: conoce, observa, escudriña y admira cuanto hay en la naturaleza.

Si eleva su entendimiento á los cielos, se pierde en la inmensidad de esos espacios llenos de la Magestad mas soberana: si detiene su consideracion en el sol, mira una mole crecidísima de un fuego vivísimo, penetrante é inestinguible, al paso que benéfico é interesante á toda la naturaleza: si observa la luna, sabe que es un globo que tiene montes, mares, valles, rios, como el globo que pisa, y que es un espejo que refleja la brillante luz del sol para comunicarnosla con sus influencias: si atiende á los planetas como Venus, Mercurio, Marte, y la restante multitud de astros, ya fijos, ya errantes, no contempla sino una prodigiosa infinidad de mundos, ya luminosos, ya iluminados, ya soles, ya lunas que observan constantemente los

movimientos y giros que la sabia Omnipotencia les prescribió desde el principio: si su consideracion desciende á este planeta que habitamos, admira la economía de su hechura; mira el agua pendiente sobre la tierra, contenida solo con un débil polvillo de arena: los montes elevados: las cascadas estrepitosas: las risueñas fuentes: los arrollos mansos: los caudalosos rios: los árboles, las plantas, las flores, las frutas, las selvas, los valles, los collados, las aves, las fieras, los peces, el hombre, y hasta los despreciables insectillos que se arrastran; y todo, todo le franquea teatro á su curiosidad ó investigacion. La atmósfera, las nubes, las lluvias, el rocío, el granizo, los fuegos fátuos, las auroras boreales, los truenos, los relámpagos, los rayos, y cuantos meteoros tiene la naturaleza, presentan un vastísimo campo á su prolijo y estudioso exámen; y despues que admira, contempla, examina, discurre, pondera y acicala su entendimiento sobre un caos tan prodigioso de entes heterogéneos, tan admirables como incomprensibles, reflexiona que el conocimiento ó ignorancia que tiene de estos mismos séres, lo llevan como por la mano, hasta la peana del trono del Criador. Entonces el filósofo verdadero no puede menos que anonadarse y postrarse ante el sólio de la Deidad Suprema, confesar su poder, alabar su providencia, reconocer en silencio lo sublime de su sabiduría, y darle infinitas gracias por el diluvio de beneficios que ha derramado sobre sus criaturas, siendo entre las terrestres la mas noble, la mas exelsa, la mas privilegiada y la mas ingrata, el hombre, "bajo cuyos piés (nos dice la voz de la verdad) sujetó todo lo criado:" *Omnia subjecisti sub pedibus ejus*; y lo mismo será llegar el filósofo á estos sublimes y necesarios conocimientos, que comenzar á ser teólogo contemplativo; pues así como todos los rayos de la rueda de un coche descansan sobre la maza que es su centro, así las criaturas reconocen su punto céntrico en el Criador; por manera que los impíos ateistas que niegan la existencia de un Dios criador y conservador del Universo, proceden contra *testimonio comun* de las naciones, pues las mas bárbaras y salvajes

han reconocido este soberano principio; porque los mismos cielos proclaman la gloria de Dios, el firmamento anuncia sus obras maravillosas, y las criaturas todas se nos manifiestan á la vista, son las conductoras que nos llevan á adorar las maravillas que no vemos. Pero, ya se ve, los ateistas son unos brutos que parecen hombres, ó unos hombres que voluntariamente quieren ser menos que los brutos. Ello es evidente......En esto, viendo que nos tardábamos, salieron á llamarnos otra vez las niñas y señores de la hacienda para que fuéramos á ver las travesuras de los payos y caporales, y tuvimos que suspender, ó por mejor decir, cortar enteramente una conversacion tan dulce para mí; porque en realidad me entretenia mas que todos los herraderos.

Admiráronse de vernos tan unidos al padre y á mí, creyendo que yo conservara algun resentimiento por el sonrojillo que me habia hecho pasar sobre mesa; y aun entre chanzas nos descubrieron su pensamiento; pero yo, en medio de mis desbaratos, he debido á Dios dos prendas que no merezco. La una un entendimiento dócil á la razon, y la otra un corazon noble y sensible, que no me ha dejado prostituir fácilmente á mis pasiones. Lo digo asíporq ue cuando he cometido algunos excesos, me ha costado dificultad sujetar el espíritu á la carne. Esto es, he cometido el mal conociéndolo y atropellando los gritos de mi conciencia y con plena advertencia de la justicia, lo que acaece á todo hombre cuando se desliza al crímen. Por estas buenas cualidades que digo he visto brillar en mi alma, jamás he sido rencoroso ni aun con mis enemigos; mucho menos con quien he conocido que me ha aconsejado bien tal vez con alguna aspereza, lo que no es comun, porque nuestro amor propio se resiente de ordinario de la mas cariñosa correccion, siempre que tiene visos de regaño; y por eso los de la hacienda se admiraban de la amistosa armonía que observaban entre mí y el padre.

Fuímonos por fin, al circo de la diversion, que era un gran corral, en el que estaban formados unos cómodos tabladitos. Sentámo-

nos el padre vicario y yo juntos, y entretuvimos la tarde mirando herrar los becerros y ganado caballar y mular que habia. Mas advertí que los espectadores no manifestaban tanta complacencia cuando señalaban á los animales con el fuego, como cuando se toreaban á los becerrillos ó se gineteaban los potros, y mucho mas cuando un torete tiraba á un muchacho de aquellos, ó un muleto desprendia á otro de sobre sí; porque entonces eran desmedidas las risadas, por mas que el golpeado inspirara la compasion con la afliccion que se pintaba en su semblante.

Yo, como hasta entonces no habia presenciado semejante escena, no podia menos que conmoverme al ver á un pobre que se levantaba rengueando de entre las patas de una mula ó astas de un novillo. En aquel momento solo consideraba el dolor que sentiria aquel infeliz, y esta genial compasion no me permitia reir cuando todos reventaban á caquinos. El juicioso vicario, que ¡hojalá hubiera sido mi mentor toda la vida! advirtió mi seriedad y silencio, y leyéndome el corazon me dijo: ¿vd. ha visto toros en México alguna vez? No señor, le contesté: ahora es la primera ocasion que veo esta clase de diversiones, que consisten en hacer daño á los pobres animales, y esponerse los hombres á recibir los golpes de la venganza de aquellos, la que juzgo se merecen bien por su maldita inclinacion y barbárie. Así es, amiguito, me dijo el vicario; y se conoce que vd. no ha visto cosas peores. ¿Qué dijera vd. si viera las corridas de toros que se hacen en las capitales, especialmente en las fiestas que llaman *Reales?* Todo lo que vd. ve en estas son frutas y pan pintado: lo mas que aquí sucede es que los toretes suelen dar sus revolcadillas á estos muchachos, y los potros y mulas sus caidas, en las que ordinariamente quedan molidos y estropeados los ginetes; mas no heridos ó muertos como sucede en aquellas fiestas públicas de las ciudades que dije; porque allí como se torean toros escogidos por feroces, y están puntales, es muy frecuente ver los intestinos de los caballos enredados en sus astas, hombres gravemente lastimados, y

algunos muertos. Padre, le dije yo, ¿y así esponen los racionales sus vidas para sacrificarlas en las armas enojadas de una fiera? ¿y así concurren todos de tropel á divertirse con ver derramar la sangre de los brutos, y tal vez de sus semejantes? Así sucede, me contestó el vicario, y sucederá siempre en los dominios de España, hasta que no se olvide esta costumbre tan repugnante á la naturaleza, como á la ilustracion del siglo en que vivimos.

Conversamos largo rato sobre esto, como que es materia muy fértil, y cuando mi amigo el vicario hubo concluido, le dije: padre, estoy pensando que ese *demontre* de Januario ó Juan Largo, mi condiscípulo, luego que sepa los disparates que yo dije del cometa, y la justa reprension de vd., me ha de burlar altamente y en la mesa, delante de todos, porque es muy *pandorguista,* y tiene su gusto en pararle la bola como dicen, á cualquiera en la mejor concurrencia; y yo ciertamente no quisiera pasar otro bochorno como el de á medio dia, ó ya que él sea tan mal amigo y tan imprudente, que padeciera el mismo tártago que yo, haciéndolo vd. quedar mal con una preguntita de física, pues estoy seguro que entiende tanto de esto como de hacer un par de zapatos; y así le encargo á vd. que me haga este favor y le saque los colores á la cara por faceto.

Mire vd., me dijo el padre: á mi me es fácil desempeñar á vd.; pero esa es una venganza, cuya vil pasion debe vd. refrenar toda la vida: la venganza denota una alma baja que no sabe ni es capaz de disimular el mas mínimo agravio: El perdonar las injurias no solo es saña característica de un buen cristiano, sino tambien de una alma noble y grande. Cualquiera por pobre, por débil y cobarde que sea, es capaz de vengar una ofensa: para esto no se necesita religion, ni talento, ni nobleza, cuna, educacion ni nada bueno; sobra con tener una alma vil, y dejar que la ira corra por donde se le antoje para suscribir fácilmente á los sanguinarios sentimientos que inspira. Pero para olvidar un agravio, para perdonar al que nos lo infiere, y para remunerar la maldad con ac-

ciones benéficas, es menester no solamente saber el Evangelio, aunque esto debia ser suficiente, sino tener una alma heróica, un corazon sensible, y esto no es comun: tampoco lo es ver unos héroes como Trajano, de quien se cuenta que dando audiencia pública llegó al trono un zapatero fingiendo iba á pedir justicia; acercóse al emperador, y aprovechando un descuido, le dió una bofetada. Alborotóse el pueblo, y los centinelas querian matarlo en el acto; pero Trajano lo impidió para castigarlo por sí mismo. Ya asegurado el alevoso, le preguntó: ¿qué injuria te he hecho, ó qué motivo has tenido para insultarme? El zapatero, tan nécio como vano, le contestó: señor, el pueblo bendice vuestro amable carácter: nada tengo que sentir de vos; mas he cometido este sacrílego delito, sabiendo que he de morir, solo porque las generaciones futuras digan que un zapatero tuvo valor para dar una bofetada al emperador Trajano. Pues bien, dijo éste; si ese ha sido el motivo, tu no me has de exceder en valor. Yo tambien quiero que diga la posteridad, que si un zapatero se atrevió á dar una bofetada al emperador Trajano, Trajano tuvo valor para perdonar al zapatero. Anda libre.

Esta accion no necesita ponderarse: ella sola se recomienda, y vd. puede deducir de ella y de miles de iguales que hay en su línea, que para vengarse es menester ser vil y cobarde: y para no vengarse es preciso ser noble y valiente; porque el saber vencerse á sí mismo y sujetar las pasiones, es el mas difícil vencimiento, y por eso es la victoria mas recomendable y la prueba mas inequívoca de un corazon magnánimo y generoso.

Por todo esto, me parece que será bueno que vd. olvide y desprecie la injuria del señor Januario. Pues padrecito, le dije, si mas valor se necesita para perdonar una injuria que para hacerla, yo desde ahora protexto no vengarme ni de Juan Largo, ni de cuantos me agravien en esta vida. ¡Oh D. Pedrito, me contestó el vicario, cuán apreciable fuera esta clase de protestas en el mundo,

si todas se llevasen al cabo!; pero no hay que protestar en esta vida con tanta arrogancia; porque somos muy débiles y frágiles, y no podemos confiar en nuestra propia virtud, ni asegurarnos en nuestra sola palabra. A la hora de la tempestad hacen los marineros mil promesas, pero llegando al puerto se olvidan como si no se hubieran hecho. Cuando la tierra tiembla no se oyen sino plegarias, actos de contricion y propósitos de enmienda; mas luego que se aquieta, el ébrio se dirige al vaso, el lascivo á la dama, el tahur á la baraja, el usurero á sus lucros, y todos á sus antiguos vicios. Una de las cosas que mas perjudican al hombre, es la confianza que tiene de sí mismo. Esta pone en ocasion de prostituirse á los jóvenes, de estraviar á las almas timoratas, de abandonarse á los que ministran la justicia, y de ser delincuentes á los mas sabios y santos. Salomon prevaricó, y S. Pedro que se tenia por el mas valiente de los apóstoles, fué el primero y aun el único que negó á su divino Maestro. Conque no hay que fiar mucho en nuestras fuerzas, ni que charlar sobre nuestra palabra; porque mientras no llega la ocasion, todos somos rocas; pero puestos en ellas somos unas pajitas miserables que nos inclinamos al primer vientecillo que nos impele.

Poco mas duró nuestra conversacion, cuando se acabó la tarde y con ella aquella diversion, siéndonos preciso trasladarnos á la sala de la hacienda.

Como en aquella época no se trataba sino de pasar el rato, todos fueron entreteniéndose con lo que mas les gustaba, y así fueron tomando sus naipes y bandolones, y comenzaron á divertirse unos con otros. Yo entonces ni sabia jugar (ó no tenia qué, que es lo mas cierto), ni tocar, y así me fuí por una cabecera del estrado para oir cantar á las muchachas, las que me molieron la paciencia á su gusto; porque se acercaban hácia mí dos ó tres, y una decia: niña, cuéntame un cuento; pero que no sea el de Periquillo Sarniento. Otra me decia: señor, vd. que ha estudiado, díganos, ¿por-

que hablan los pericos como la gente? Otra decia: ¡ay, niña, qué comezon tengo en el brazo! ¿si tendré sarna? Así me estuvieron chuleando estas madamas toda la noche hasta que fué hora de cenar.

Púsose la mesa; sentámonos todos y con todos mi amiguísimo Juan Largo que hasta entonces se habia estado jugando malilla, ó no sé qué.

Mientras duró la cena se trataron diversos asuntos. Yo en uno que otro metia mi cucharada; pero despues de provacado, y siempre con las salvas de: *segun me parece: yo no tengo inteligencia: dicen: he oido asegurar, etc.;* pero ya no hablé con arrogancia como al medio dia: ya se vé, tal me tenia de acobardado el sermon que me espetó el vicario en mis bigotes. ¡Oh cuánto aprovecha una leccion á tiempo!

Se alzó la mesa, y mi buen amigo Juan Largo, dirigiendo á mí la palabra, comenzó á desahogar su genio bufon, lo mismo que yo me habia pensado. Conque Periquillo, me dijo, ¿las cometas son una cosa á modo de trompetas? ¡Vamos que tú has quedado lucido en el acto del medio dia! Sí, ya sé tus gracias: no sabia yo que tenia por condiscípulo un tan buen físico como tú, y á mas de físico astrónomo. Seguramente que con el tiempo serás el mejor almanaquero del reino. A hombre que sabe tanto de cometas, ¿qué cosa se le podrá ocultar de todos los astros habidos y por haber? Las mujeres, como casi siempre obran segun lo que primero advierten, y en esta rechifla no veian otra cosa que una burleta, comenzaron á reir y á verme mas de lo que yo queria; pero el padre vicario que ya me amaba y conocia mi vergüenza, procuró libertarme de aquel chasco, y dijo á D. Martin (que ya dije era el dueño de la hacienda), ¿con que pasado mañana tiene vd. eclipse de sol? Sí señor, dijo D. Martin, y estoy tamañito. ¿Por qué? preguntó el vicario. ¿Cómo por qué? (dijo el amo); porque los *eclises* son el diablo. Ahora dos años, me acordaré, que estaba ya vinién-

dose mi trigo, y por el maldito *eclis* nació todo chupado y ruincísimo, y no solo, sino que toda la cria del ganado que nació en aquellos dias se maleó y se murió la mayor parte. Vea vd. si con razon les tengo tanto miedo á los *eclises*. Amigo D. Martin, dijo el vica rio, yo creo que no es tan bravo el leon como lo pintan: quiero decir que no son los pobres eelipses tan perversos como vd. los supone. ¿Cómo no, padre? dijo D. Martin. Vd. sabrá mucho, pero tengo mucha *esperencia*, y ya ve que la *esperencia* es madre de la *cencia*. No hay duda, los *eclises* son muy dañinos á las sementeras, á los ganados, á la *salú* y hasta las mujeres preñadas. *Ora* cinco años me acordaré que estaba en cinta mi mujer, y no lo ha de creer, pues hubo *eclis* y nació mi hijo Polinario *tencuitas*. ¿Pero por qué fué esa desgracia? preguntó el cura. ¿Cómo por qué, señor, dijo D. Martin, porque se lo comió el *eclis*. No se engañe vd., dijo el vicario; el eclipse es muy hombre de bien, á nadie se come ni perjudica, y si nó, que lo diga D. Januario. ¿Qué dice vd. señor bachiller? No hay remedio, contestó lleno de satisfaccion, porque le habian tomado su parecer; no, no hay remedio, decia: el eclipse no puede comer la carne de las criaturas encerradas en el vientre de sus madres, pero sí puede dañarlas por su maligna influencia, y hacer que nazcan *tencuas* ú corcovadas, y mucho mejor puede con la misma malignidad matar las crias y chuparse el trigo, segun ha dicho mi tio, atestiguando con la experiencia, y ya ve vd., padre mio, que *quod ab experientia patet non indiget probatione*. Esto es, no necesita de prueba lo que ya ha manifestado la experiencia.

No me admiro, dijo el padre, que su tio de vd. piense de esa manera, porque no tiene motivo de otra cosa; pero me hace mucha fuerza oir producir de igual modo á un señor colegial. Segun eso, dígame vd. ¿qué son los eclipses? Yo creo, dijo Januario, que son aquellos choques que tiene el sol y la luna, en los que uno ú otro salen perdiendo siempre conforme es la fuerza del que vence,

si vence el sol, el eclipse es de la luna, y si vence ésta se eclipsa el sol. Hasta aquí no tiene duda; porque mirando el eclipse en una bandeja de agua, materialmente se ve como pelea el sol con la luna; y se advierte lo que uno ú otro se comen en la lucha; y si tienen virtud estos dos cuerpos para hacerse tanto daño siendo solidísimos: ¿cómo no podrán dañar á las tiernas sêmillas y á las débiles criaturas del mundo? Esto es lo que yo digo, repuso el bueno de D. Martin: vea vd., padre si digo bien ó mal. No hay que hacer, mi sobrino es muy *sabido: ansí mesmo* segun y como el esplica el *eclis*, lo esplicaba su padre mi difunto hermano, que era hombre de muchas letras, y allá en la Huasteca, nuestra tierra, decian todos que era un pozo de *cencia.* ¡Ah mi hermano! si él viviera ¡qué gusto tuviera de ver á su hijo Januarito tan adelantado! No mucho, aunque me perdone, dijo el vicario; porque el señor no entiende palabra de cuanto ha dicho; antes es un blasfemo filosófico. ¿Qué pleitos, qué choques, influencias fatales ni malditas quiere vd. que produzcan los eclipses? Sepa vd. señor D. Martin, que el mayor eclipse no le puede hacer á vd. ni á sus siembras, ni ganado, mas daño, que quitarles una poca de luz por un rato. No hay tal pleito del sol y la luna, ni tales faramallas. ¿Se pudiera vd. pelear de manos desde aquí con uno que estuviera en México? Ya se ve que no, dijo D. Martin. Pues lo propio sucede al sol respecto de la luna, prosiguió el vicario; porque dista un astro de otro muchísimas leguas. Pues en resumidas cuentas, preguntó D. Martin, ¿qué es eclis? No es otra cosa, respondió el padre vicario, que la interposicion de la luna entre nuestra vista y el sol, y entonces se llama eclipse de sol ó la interposicion de la tierra entre la luna y el sol, y entonces se dice eclipse de luna.

¿Ya ve vd. todo eso? dijo el payo, pues no lo entiendo. Pues yo haré que lo persiva vd. clarísimamente dijo el padre: sepa vd. que siempre que un cuerpo apaco se opone entre nuestra vista y un cuerpo luminoso, el opaco nos embaraza ver aquella porcion de luz

que cubre con su disco. Agoora lo entiendo ménos, decia D. Martin Pues me ha de entender vd., replicó el padre. Si vd. pone su mano enfrente de sus ojos y la luz de la vela, claro es que no verá la llama. Eso si entiendo.—Pues ya entendió vd. el eclipse. ¿Es posible padre, decia D. Martin muy admirado; es posible que tan poco tienen que entender los *eclises*? Sí, amigo mio, decia el vicario. Lo que sucede es, que como su mano de vd. es mayor que la llama de la vela, siempre que la pongo frente de ella, la tapará toda y hará un eclipse total; pero si la pone frente de una luminaria de leña, seguguramente no la tapará toda sino un pedazo, porque la luminaria es más grande que la mano de vd., y entónces puede vd. decir que hizo un eclipse parcial, esto es, que tapó una parte de la llama de la luminaria. ¿Lo entiende vd? Y muy bien, respondió el payo. Pero ¿que tan fácilmente *ansí* se entienden los *eclises* del sol y de la luna? Sí señor, dijo el padre. Ya dije á vd. que el sol está muchas leguas distante de la luna: es mucho mayor que ella, lo mismo que la luminaria es mucho más grande que su mano de vd., y así cuando la luna pasa por entre el sol y nuestros ojos, tapa un pedazo de éste, que es lo que no vemos, y lo que al señor Januario, á vd. y á otros les parece comido, no es otra cosa que la mano que pasa frente á la luminaria. ¿Lo entiende vd? Completamente, dijo D. Martin; y segun eso, nunca habrá *eclises* totales de sol, porque es la luna mucho más chica, y no lo puedo tâpar todo. Así debia ser, dijo el vicario, si siempre la luna pasara á una misma distancia, respecto del sol y nuestra vista; pero como algunas veces pasa quedando muy cerca de nosotros (1), nos lo cubre totalmente, así como siempre que vd. se ponga la mano junto de los ojos no verá nada de la luminaria, sin embargo de que su mano de vd. es mucho más chica que la luminaria; y ahora sí creo que me ha entendido vd. ¿Y los de la luna cómo son? preguntó el payo. Del mismo modo, dijo el padre: así como la

(1) No es la distancia de la luna respecto de nosotros lo que hace que sean totales los eclipses, sino su completa interposicion.—E.

luna tapa ú oscurece un pedazo del sol (1) cuando se pone entre él y nosotros, así la tierra tapa ú oscurece un pedazo de luna ó toda cuando se pone entre ella y el sol.

Ansí debe ser, dijo D. Martin, y *ora* reflejo que he visto algunos *eclises* del sol y la luna, totales como vd. les llama, ó que se ha tapado toda, de modo que hemos estado *oscuras* totalísimamente. Sobre que no le hace que la luminaria sea más grande que la mano. ¿Y es posible que no son otra cosa los *eclises*? Sí señor, dijo el padre, no son otra cosa, y teniendo el año trescientos sesenta y cinco ó sesenta y seis dias, si es bisiesto, tenemos nosotros otros tantos ecipses de sol y totales, que es más gracia. ¡Cómo, padre! decia D. Martin. Ya se vé que sí, dijo el vicario: ¿vé vd. de noche el sol? No señor, ni una pizca, respondió D. Martin. Pues ahí tiene vd. que se le eclipsa el sol todo entero; y para que vd. no me vea tanto tiene que yo me meta á la recámara, como que vd. cierre los ojos. Es verdad, decia D Martin; pero segun lo que vd. me ha dicho y segun lo que agora me dice, creo que el mundo es mucho mas grandísimo que el sol, que no puede menos, sobre que lo estamos mirando. Pues sí puede ménos, amigo, dijo el vicario; y en efecto, es tan pequeño respecto al sol, como lo es una avellana respecto á un coco. Pues entónces, replicó D. Martin, salimos con lo que vd. me dijo; pues aunque mimano sea más chica que la luminaria, me la puede tapar toda en estando muy cerca de mis ojos. Así es, dijo el vicario, puede ó no puede taparla toda, segun la distancia en que vd. la pusiere respecto á sus ojos. Si la pone léjos de ellos, no tapará toda la luminaria, algo verá vd. de ella, pero si se la pone en las narices, no verá nada. Ya se vé que así ha de ser, decia D. Martin, y no solamente no veré la luminaria, pero ni la puerta de la hacienda que es más grande, ni cosa alguna, y eso será porque casi me tapo los ojos con la mano poniéndola tan cerca.

(1) Bien sabia el vicario que lo que se oscurece no es el sol, sino la tierra que *recibe* la sombra; pero se esplicó así porque lo entendiera D. Martin.

Pues veá vd. la razon, dijo el padre, por qué se suelen ver algunos eclipses totales de sol causados por la luna, porque ésta, aunque mucho más pequeña que él, si se pasa muy cerca de nosotros, como en realidad pasa algunas veces, hace el efecto de la mano frente de la luminaria, y lo mismo hace la tierra, sin embargo de su pequeñez, eclipsándonos el sol todas las noches por estár pegada á nosotros (1).

Perfectamente entendí todo el asunto de los *eclipses*, padre vicario dijo D. Martin, y creo que cualquiera lo entenderá, por negado que, sea. ¿Lo entiendes, hija? ¿Lo han entendido, muchachas? Todas á una voz respondieron que sí, y que muy bien: que ya sabian que podian hacer eclipses de sol, de luna, ó de luminarias, cada vez que se es lantojara; pero el buen D. Martin volvió á preguntar: dígame vd. padre, ya que los *eclises* no son más que eso; ¿por qué son tan dañinos que nos pierden las siembras, los ganados, y hasta nos enferman y sacan imperfectos los muchachos? Esa es la vulgaridad, respondió el vicario. Los *eclipses* en nada se meten, ni tienen la culpa de esas desgracias. Las siembras se pierden, ó porque les ha faltado cultivo á su tiempo, ó han escaseado las aguas, ó la semilla estaba dañada, ó era ruin, ó la tierra carece de jugos, ó está cansada, etc. Los gana dos malparen, ó las crias nacen enfermas, ya porque se lastiman las hembras ó padecen alguna enfermedad particular que no conocemos, ó han comido alguna yerba que las perjudica, etc.: últimamente, nosotros nos enfermamos ó por el excesivo trabajo, ó por algun desórden en la comida ó bebida; ó por exponernos al aire sin recato estando el cuerpo muy caliente, ó por otros mil achaques que no faltan; y las criaturas nacen *tencuas*, raquíticas, defectuosas ó muertas, por la imprudencia de sus madres en comer cosas nocivas, por travesear, corretear, alzar cosas pesadas, trabajar mucho, tener cóleras vehementes, ó recibir golpes en el vientre. Con que vea vd. como no

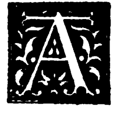
(1) Esto coincide con la esplicacion anteriormente anotada, que no es exacta.

tienen los pobres eclipses la culpa de nada de esto. Bien, dijo D. Martin; pero ¿cómo suceden estas desgracias puntualmente cuando hay *eclis*? La desgracia de los eclipses, dijo el vicario, consiste en que suceda algo de esto en su tiempo; porque los pobres que no entienden de nada, luego luego echan la culpa á los eclipses de cuantas averías hay en el mundo. Así como cuando uno se enferma, lo primero que hace es buscar achaque á su enfermedad, y tal vez cree que se la ocasionó la más inocente. Con que amigo, no hay que ser vulgares, ni que quitar el crédito á los pobrecitos eclipses, que es pecado de restitucion.

Celebraron todos al padre vicario, y le pegaron un buen tabardillo al amigo Juan Largo, de modo que se levantó de allá chillándole las orejas. A poco rato nos fuimos á acostar.

CAPITULO VIII.

En el que escribe Periquillo algunas aventuras que le pasaron en la hacienda y la vuelta á su casa.



OTRO dia nos levantamos muy contentos, el señor cura hizo poner su coche, y el padre vicario mandó ensillar su caballo para irse á sus respectivos destinos. El padre vicario se despidió de mí con mucho cariño, y yo le correspondí con el mismo, porque era un hombre amable, benéfico, y no soberbio ni nécio.

Fuéronse, por fin, y yo quedé sin tan útil compañía. El hermano Juan Largo, tan tonto y sinvergüenza como siempre (porque es propiedad del nécio no dársele nada de cosa alguna de esta vida), á la hora del almuerzo me comenzó á burlar con la cometa; pero yo le

rebatí defendiéndome con los disparates que él habia hablado acerca del eclipse, con cuya diligencia lo dejé corrido, y él debia de haber advertido que es una majadería ponerse apedrear el tejado del vecino el que tiene el suyo de vidrio.

Fuérase porque yo era nuevo en la casa, ó porque tenia un genio mas prudente y jovial, las señoras, las muchachas y todos me querian más que á Juan Largo, que era naturalmente tosco y engreido. Con esto, cuando yo decia alguna facetada, la celebraban infinito, y de esto mondaba mi rival Januario, y trataba de vengarse siempre que hallaba ocacion, sin poder yo librarme de sus maldades, porque las tramaba con la capa de la amistad. ¡Abominable carácter de almas viles, que fabrican la traicion á la sombra de la misma virtud!

Como yo por una parte lo amaba, y el por otra tenia un genio intrigante, le disimulaba sus malas intenciones, y yo me entregaba sin recelo á sus dictámenes.

Todas las tardes saliamos á pasear á caballo. Ya se deja entender qué buen ginete seria yo, que no habia montado sino los caballos de alquiler barato de México; animales flacos, trabajados y de una zoncería y mansedumbre imponderable. No eran así los de la hacienda porque casi todos estaban lozanos y eran briosos; motivo bastante para que yo les tuviera harto miedo; por esto me encillaban los de la señora y de la niña su hija, y todas las tardes, como dije, saliamos á pasear Januario, yo y dos hijos del administrador, que eran muy buenas maulas.

De todos los cuatro yo era el ménos ginete, ó como dicen, el mas colegial; con esto, me hacian mil travesuras en el campo, como colearme los caballos, manearmelos, espantármelos, y cuanto podian para que, apesar de ser mansos, se alborotasen y me echaran al suelo, como lo hacian sin mucha dificultad á cada instante; de suerte que aunque los golpes que yo llevaba eran ligeros y de poco riesgo por ser en las yerbas, ó en la arena, sin embargo, fueron tantos que no sé como no bstaron á acobardrme. Bien que mis buenos ami-

gos, despues que reian á mi costa cuanto querian, me consolaban contándome las caidas que habian llevado para aprender, y añadian: "no te apures, hombre, esto no es nada; pero aunque en cada caida te quebraras una pierna, ó se te sumiera una costilla, lo debias tener á mucha dicha cuando vieras lo que aprovechan estas lecciones de los caballos para tenerse bien en ellos; porque, amigo, no hay remedio, los golpes hacen ginete, y tu mismo advertirás que ya no estás tan lerdo como ántes: no, ya te tienes más y te sientas mejor, y si duras otro poco en la hacienda, nos has de dar á todos ancas vueltas."

¿Quién creerá que estas frívolas lisonjas eran las vilmas medicinales que aquellos tunantes aplicaban á mis golpes y magullones. ¿Y quién creerá que yo me daba por muy bien servido con ellas, y se me olvidaba la jácara que me hacian al caer, y los pugidos que me costaba levantarme algunas veces? ¿más quién lo ha de creer, sino aquel que sepa que la adulacion se hace tanto lugar en el corazon humano, que nos agrada aun cuando viene dirigida por nuestros propios enemigos?

El picaron de Januario no se saciaba de hacerme mal por cuantos medios podia, y siempre fingiéndome una amistad sincera. Una tarde de un dia domingo en que se toreaban unos becerros, me metió en la cabeza que entrara yo á torear con él al corral: que eran los becerros chicos: que estaban despuntados: que él me enseñaria; que era una cosa muy divertida; que los hombres debian saber de todo, especialmente de cosas de campo: que el tener miedo se quedaba para las mugeres, y qué sé yo que otros desatinos, con los que echó por tierra todo aquel escándalo que yo manifesté al vicario la vez primera que ví la tal zambra de hombres y brutos. Se me disipó el horror que me inspiraron al principio estos juegos, falté á mi antigua circunspeccion en este punto, y atropellando con todo, me entré al corral á pié, porque me juzgué mas seguro.

A los principios llamaba al becerro á distancia de diez ó doce va-





Me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habian reventado los [illegible] y las cintas de los calzones.

ras, con cuya ventaja me escapaba fácilmente de su enojo, subiendome á las trancas del corral: mas como en esta vida no hay cosa á que no se le pierda el miedo con la repeticion de actos, poco á poco se lo fuí perdiendo á los becerros, viendo que me libraba de ellos sin dificultad, y ayudado con los estímulos de mis buenos amigos y camaradas, que acada momento me gritaban, "arrímese, colegial: arrímate, hombre, no seas collon: anda Coquita," [1] y otras incitaciones de esta clase, me fuí acercando mas y más á sus testas respetables, hasta que en una de esas se me puso por detras de puntillas el Sr. Juan Largo, y cuando yo quise huir no pude, porque él me embarazó la carrera haciendo que tropezaba con migo, con cuyo auxilio tan á tiempo me alcanzó el becerro y levantándome en el aire con su mollera, me hizo caer en tierra como un zapote, mal de mi grado, y á la distancia de cuatro á cinco varas. Yo quedé todo desguarnido del susto y del porrazo; pero con todo esto, como el miedo es ligerísimo y yo temia la repeticion del lance, pues el becerro aun esperaba concluir su triunfo, me levanté al momento sin advertir que al golpe se me habian reventado los botones y las cintas de los calzones, y así habiéndoseme bajado á los talones quedé engrillado sin poder dar un paso y en la mas vergonzosa figura; pero el maldito novillo, aprovechando mi ineptitud para correr, repitió sobre mí un segundo golpe; mas contal furia, que á mí me pareció que me habrian quebrado hasta las costillas con una de las torres de Catedral, y que habia volado más allá de la órbita de la luna; pero al dar en el suelo tan furioso costalazo como el que dí, no volví á saber de cosa alguna de esta vida.

Quedé privado: suviéronme cubierto con unas *mangas*, y se acabó la diversion con el susto, creyendo todas las señoras que me habia dado un golpe mortal en el cerebro.

Quiso Dios que no pasó de una ligera suspension del uso de los

[1] Lo mismo que Marica ó Mariquita.—*E.*

sentidos; pues con los auxilios de la lana prieta (1), el álcali, ligaduras y otras cosas, volví en mi al cabo de media hora, sin mas novedad que un dolorcillo en el hueso *cocix*, que no dejaba de molestarme más de lo que yo queria.

Pero cuando estuve en mi entero acuerdo y me ví rodeado de todos los señores que estaban en la hacienda, tendido en una camama y b rigado, y llenos todos de sobresalto, preguntándome: unos ¿cómo se siente vd? otros, ¿qué tiene vd? y todos: ¿qué le duele? y en medio de esta concurrencia advertí mis calzones sueltos, por haberse reventado la pretina, y me acordé de las faldas de mi camisa y del lance que me acababa de pasar, me llené de vergüenza (pasion que no me ha faltado del todo), y hubiera querido haber caido honestamente como César cuando lo asesinó Bruto.

Les dí gracias por su cuidado, contestándoles que no me habia hecho mayor mal; mas con todo eso, la señora de la hacienda me hizo tomar un vaso de vinagre aguado, y á poco rato una porcion de calahuala, con lo que á otro dia estaba enteramente restablecido.

Mi buen amigo Januario en aquel primer rato de mi mal, y cuando todos estaban temiendo no fuera cosa grave, se manifestó bien apesadumbrado con toda aquella hipocresía que sabia usar; mas al siguiente dia que me vió fuera de riesgo, me cogió á cargo y comenzó á desahogar todas sus bufonadas, haciéndome poner colorado á cada momento delante de las muchachas con el vergonzoso recuerdo de mi pasada aventura, insistiendo en mi desnudez, en la posicion de mi camisa y en el indecente modo de mi caida.

Como él con sus truhanadas escitaba la risa de las niñas, y yo no podia negarlo, me avergonzaba terriblemente, y no hallaba mas recurso que suplicarle no me sonrojara en aquellos términos; pero mi súplica solo servia de espuelas á su maldita verbosidad, y esto me añadia mas vergüenza y mas enojo.

[1] La gente vulgar cree que esta lana y no la blanca es la que tiene virtud de hacer volver en sí al que está privado de sentidos, y á esta vulgaridad alude *el autor.—E.*

Para serenarme me decia: no seas tonto, hermano: si esto es chanza. Esta tarde nos iremos á pasear á Cuamátla, verás qué hacienda tan bonita. ¿Qué caballo quieres que te ensillen? ¿el almendrillo ó el grullo de tia? Yo le contesté la primera vez que me lo dijo: amigo, yo te agradezco tu cariño, pero escúsate de que me ensillen ningun caballo, porque yo no pienso volver á montar en mi vida grullos ni grullas, ni pararme delante de una vaca, cuanto menos delante de los toros ó becerros. Anda, hombre, decia él, no seas tan cobarde: no es ginete el que no cae, y el buen toreador muere en las astas del toro. Pues muere tú, norabuena, le respondia yo, y cae cuantas veces quisieres, que yo no he reñido con mi vida. ¿Qué necesidad tengo de volver á mi casa con una costilla menos ó una pierna rota? No, Juan Largo, yo no he nacido para caporal ni vaquero. En dos palabras: yo no volví á montar á caballo en su compañía, ni á ver torear siquiera, y desde aquel dia comencé á desconfiar un poco de mi amigo. ¡Feliz quien escarmienta en los primeros peligros! pero mas "feliz el que escarmienta en los peligros agenos," como dijo un antiguo: *Feliz quem faciunt aliena paricula cautum.* Esto se llama saber sacar fruto de las mismas adversidades.

A los tres dias de este suceso se acabaron las diversiones, y cada huésped se fué para su casa. El malvado Januario habia advertido que yo veia con cariño á su prima y que ella no se incomodaba por esto, y trató de pegarme otro chasco que estuvo peor que el del becerro.

Un dia que no estaba en casa D. Martin porque se habia ido á otra hacienda inmediata, me dijo Januario: yo he notado que te gusta Poncïona, y que ella te quiere á tí. Vamos, dime la verdad, ya sabes que yo soy tu amigo y que jamás me has reservado secreto. Ella es bonita: tú tienes buen gusto, y yo te lo pregunto porque sé que puedo servir á tus deseos. La muchacha es mi prima y no me puedo yo casar con ella; y así me alegrara que disfrutara de su amor un amigo á quien yo quisiera tanto como á tí ¿Quien habia de pensar

que esta era la red que me tendia este maldito para burlarse de mí á costa de mi honor? Pues así fué, porque yo tan fácil como siempre, lo creí, y le dije: que tu prima es de mérito, es evidente: que yo la quiero, no te lo puedo negar; pero tampoco puedo saber si ella me quiere ó nó, pues no tengo por donde saberlo. ¿Cómo no? dijo Januario, ¿pues qué nunca le has dicho tu sentimiento? Jamas le he hablado de eso, le respondí. Y ¿por qué? instó él. ¡Cómo por qué! le dije yo, porque le tengo vergüenza: dirá que soy un atrevido; lo avisará á su madre, ó me echará noramala. A más de eso tu tia es muy celosa, jámas nos dá lugar de hablar, ni la deja sola un momento; ¿con que cómo quieres que tenga yo lugar para tratar con esa niña unas conversaciones de esta clase? Rióse Januario grandemente, burlóse de mi temor y recato, y me dijo: eres un pazguato; no te juzgaba yo tan zonzo y para nada: ¡miren qué dificultades tan grandes tienes que vencer! Quita allá, collon. Todas las mujeres se pagan de que las quieran, y aunque no correspondan, agradecen el que se los digan. Ahora, ¿no has oido decir, que al que no habla nadie le oye? Pues habla, salvage, y verás como alcanzas. Si temes á la vieja de mi tia, yo te haré juego, yo te proporcionaré que le hables á solas, espacio y á tu satisfacion. ¿Qué dices? ¿quieres? habla: verás que yo solo soy tu verdadero amigo.

Con semejantes consejos, viendo que la ocasion me brindaba con lo mismo que yo apetecia, no tardé mucho en admitir su obsequiosa oferta: y le dí más agradecimientos que si me hubiera hecho un verdadero favor.

El bribón se apartó de mí por un corto rato, al cabo del cual volvió muy contento y me dijo: todo está hecho. He dado un vomitorio á Poncianita, y me ha desembuchado todo: ha cantado redondamente, y me ha confesado que te quiere bien. Yo le dije que tú mueres por ella y que deseas hablarla á solas. Ella quisiera lo mismo, pero me puso el embarazo de su madre que la trae todo el dia como un llavero. La dificultad al parecer es grande; más yo he discurrido

el arbitrio mejor para que vdes. logren sus deseos sin zozobra, y es éste: el tio no ha de venir hasta mañana: ya tú sabes la recámara donde ella duerme con su madre, y sabès que su cama está á la derecha luego que se entra; y así esta misma noche puedes entre las once y doce ir á hablarla todo cuanto quieras, en la inteligencia de que la vieja á esa hora está en lo mas pesado de su sueño. Poncianita está corriente, solo me encargó que entraras con cuidado y sin hacer ruido, y que si no está despierta, le toques la almohada, que ella tiene un sueño muy ligero. Con que mire vd., señor Periquillo, y que pronto se han vencido todas las dificultades que te acobardan; y así que no hay que ser zonzo, logra la ocasion ántes que se pase, ya yo hice por ti cuanto he podido.

Repetí las gracias á mi grande amigo por sus buenos oficios, y me quedé haciendo composicion de lugar, pensando qué le diria yo á esa niña(pues á la verdad mi malicia no se estendia á más que á hablar, y deseando que corrieran las horas para hacer mi visita de lechuza

.Entre tanto, el traidor Juan Largo, que ni palabra habia hablado á su prima acerca de mis amorcillos, fué á ver á su tia, y le dijo que tuviera cuidado con su hija, porque yo era un completo zaragate: que él ya habia notado que yo le hacia mil señas en la mesa, y que ella me las correspondia: que algunas noches me habia buscado en mi cama, y no estaba yo en ella; y así que mudara á Poncianita á otra recámara con una criada, y que ella se acostara en la misma cama que su prima aquella noche y estuviera con cuidado á ver si él se engañaba. Todo le pareció muy bien á la señora, lo creyó como si lo viera, agradeció á Januario el celo que manifestaba por el honor de su casa: prometió tomar el consejo que le acababa de dar, y sin más averiguacion, se encerró en un cuarto con la inocente muchacha y le dió una vuelta del demonio, segun me contó á los dos meses una criada suya que se fué á acomodar á mí casa y oyó el chisme del pícaro primo, y advirtió el injusto castigo de Ponciana.

Dos lecciones os da este suceso, hijos mios, de que os debereis

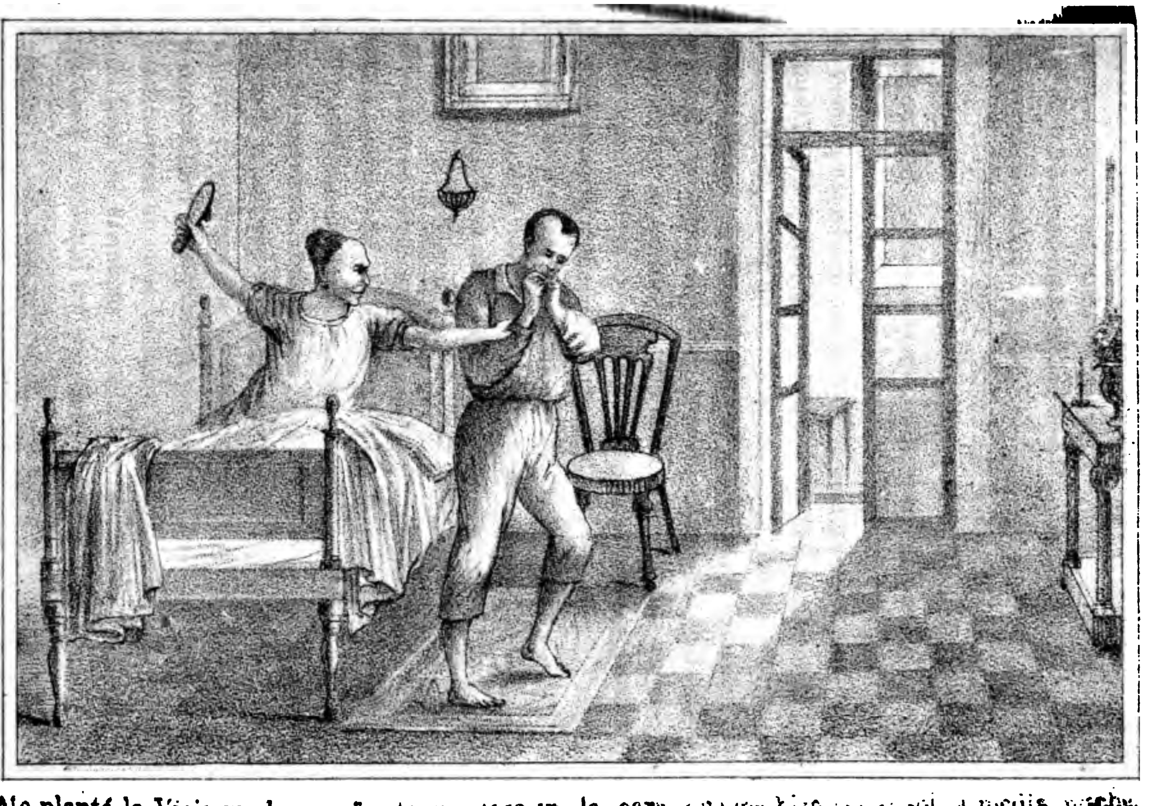
aprovechar en el discurso de vuestra vida. La primera es para no ser fáciles en descubrir vuestros secretos á cualquiera que se os venda por amigo; lo uno porque puede no serlo, si no un traidor, como Januario, que trate de valerse de vuestra simplicidad para perderos; y lo otro, porque aun cuando sea tu amigo, quizá llegará el caso de no serlo, y entónces si es un vil como muchos, descubrirá vuestros defectos que le háyais comunicado en secreto, para vengarse. En todo caso, mejor es no manifestar el secreto que aventurarlo: *si quieres que tu secreto esté oculto,* decia Séneca, *no lo digas á nadie; pues si tú mismo no lo callas, ¿cómo quieres que los demás lo tengan en silencio?*

La otra leccion que os proporciona este pasage es, que no os lleveis de las primeras ideas que os inspire cualquiera. El creer lo primero que nos cuentan sin examinar su posibilidad, ni si es verás, ó no el mensagero que nos trae la noticia, arguye una ligereza imperdonable, que debe graduarse de necedad, y necedad que puede ser y ha sido muchas veces causa de unos daños irreparables. Por un chisme del perverso Amán iban á perecer todos los judíos en poder del engañado Asuero; y por otro chisme y calumnia del maldito Juan Largo, sufrió la niña su prima un castigo y un descrédito injusto.

En el discurso de aquel dia la señora me mostró bastante ceño ó mal modo; pero como muchacho, no presumí que yo era la causa de él, atribuyéndolo á alguna enfermedad ó indisposicion con la familia sirviente. Sí estrañé que la niña no asistió á la mesa, pero no pasó de echarla ménos.

Llegó la noche: cenamos, me acosté, y me quedé dormido sin acordarme de la consabida cita; cuando á las horas prevenidas, el perro de Januario, que se desvelaba por mi daño, viendo que yo roncaba alegremente, se levantó y fué á despertarme diciéndome: flojo, condenado ¿qué haces? anda, que son las once y te estará esperando Poncianita. Era mi sueño mayor que mi malicia; y así mas de fuerza que de gana me levanté en paños menores; descalzo y temblando





Me plantó la Vieja madre tan fuerte zapataso en la cara que me hizo ver el sol á media noche.

de frio y de miedo me fuí para la recámara de mi amada, ignorante de la trama que tenia urdida mi grande y generoso amigo. Entré muy quedito: me acerque á la cama donde yo pensaba que dormia la inocente niña; toqué la almohada, y cuando ménos lo pensé, me plantó la vieja madre tan furioso zapatazo en la cara, que me hizo ver el sol á media noche. El susto de no saber quién me habia dado, me decia que callara; pero el dolor del golpe me hizo dar un grito mas recio que el mismo zapatazo. Entónces la buena vieja me afianzó de la camisa, y sentándome junto así me dijo: cállese vd., mocoso atrevido, ¿qué venia á buscar aquí? ya sé sus gracias. ¿Así se honra á sus padres? ¿Así se pagan los favores que le hemos hecho? ¿Este es el modo de portarse un niño bien nacido y bien criado? ¿Qué deja vd. para los payos ordinarios y sin educacion? Pícaro, indecente, osado, que se atreve á arrojarse á la cama de una niña doncella, hija de unos señores que lo han favorecido. Agradezca que por respeto de sus buenos padres, no hago que lo majen á palos mis criados; pero mañana vendrá mi marido, y en el dia haré que se lleve á vd. á México, que yo no quiero pícaros en mi casa.

Yo lleno de temor y confusion me le hinqué, lloré y supliqué tanto que no le avisara á D. Martin, que al fin me lo prometió. Fuíme á mi cama, y observé que reia bastante el indigno Januário debajo de la sábana, pero no me dí por entendido.

Al dia siguiente vino D. Martin; y la señora pretestando no sé qué diligencia precisa en la capital, hizo poner el coche, y sin volver á ver á la pobre muchacha, me condujeron á la casa de mis padres, sin darse la señora por entendida con su marido, segun me lo prometió.

CAPITULO IX.

Llega Periquillo á su casa, y tiene una larga conversacion con su padre sobre materias curiosas é interesantes.



LEGAMOS á mi casa, donde fuí muy bien recibido de mis padres, especialmente de mi madre, que no se hartaba de abrazarme, como si acabara de llegar de luengas tierras y de alguna espedicion muy arriesgada. El señor D. Martin estuvo en casa dos ó tres dias miéntras concluyó su negocio, al cabo de los cuales se retiró á su hacienda, dejándome muy contento porque se habia quedado en silencio mi desórden.

El señor mi padre un dia me llamó á solas y me dijo: "Pedro, ya has entrado la juventud sin saber en donde dejaste la niñez; y mañana te hallarás en la virilidad ó en la edad consistente sin saber como se te acabó la juventud. Esto quiere decir, que hoy eres muchacho y mañana serás un hombre: tienes en tu padre quien te dirija, quien te aconseje y cuide de tu subsistencia; pero mañana, muerto yo, tú habrás de dirijirte y mantenerte á costa de tu sudor ó tus arbitrios, so pena de perecer, si no lo haces así, porque ya ves que yo soy un pobre y no tengo mas erencia que dejarte que la buena educacion que te he dado, aunque tú no la has aprovechado como yo quisiera.

En virtud de esto, pensemos hoy lo que ha de ser mañana. Ya has estudiado gramática y filosofia, estás en dispocision de continuar la carrera de las letras, ya sea estudiando teología ó cánones, ya leyes ó medicina. Las dos primeras facultades dan honor y aseguran la subsistencia á los que se dedican á ellas con talento y aplicacion: *más* es como preciso que sean eclesiásticos para que logren el fruto

de su trabajo y sean útiles en su carrera; pues un secular por buen teólogo ó canonista que sea, ni podrá orar en un púlpito, ni resolver un caso de conciencia en un confesonario; y así es que estas facultades son estériles para los seculares, y solo se pueden estudiar para ilustrarse, en caso de no necesitar los libros para comer.

La medicina y la abogacía son facultades útiles para los seculares. Todas son buenas en sí y provechosas, como el que las profese sea bueno en ellas, esto es, como salga aprovechado en su estudio; y así seria una necedad muy torpe que el teólogo adocenado, el médico ignorante, el leguleyo ó rábula acusaran á estas ciencias del poco crédito que ellos tienen, ó les echaran la culpa de que nadie los ocupe: porque nadie los juzga útiles, ni quieren fijar su alma, su salud ni sus haberes en unas manos trémulas é insuficientes.

Esto es decirte, hijo mio, que tienes cuatro caminos que te ofrecen la entrada á las ciencias más oportunas para subsistir en nuestra patria; pues aunque hay otras, no te las aconsejo, porque son estériles en este reino, y cuando te sirvan de ilustracion, quizá no te aprovecharán como arbitrio. Tales son la física, la astronomía, la química, la botánica, etc., que son parte de la primera ciencia que te dije.

Tampoco te persuado que te dediques á otros estudios que se llaman bellas letras, porque son más deleitables al entendimiento que útiles á la bolsa. Supongamos que eres un gran retórico y mas elocuente que Demóstenes: ¿de qué te servirá si no puedes lucir tu oratoria en una cátedra ó en unos estrados? que es como decirte, si no eres sacerdote ó abogado. Supon tambien que te dedicas al estudio de las lenguas, ya vivas, ya muertas, y que sabes con primor el idioma griego, el hebreo, el francés, el inglés, el italiano y otros; esto solo no te proporcionará susbsistir.

Pero con mas eficacia te apartara yo de la poesía, si la quisieras emprender como arbitrio; porque el trato con las musas es tan encantador como infructuoso. Comunmente cuando alguno está muy

pobre dice que *está haciendo versos*. Parece que estas voces, *poeta y pobre* son sinónimas, ó que el tener la habilidad de poetizar es un anatema para perecer. Algunos familiares del Pindo han logrado labrar su fortuna por su númen: pero han sido pocos en realidad. Virgilio fué uno de ellos, que fué protegido de Augusto; pero no se hallan fácilmente Augustos ni Mecenas que patrocinen Virgilios: ántes muchos otros que han tenido las dos circunstancias que Horacio requiere para la poesía, que son *númen y arte*, han pedido limosna cuando se han atenido á esta habilidad, y otros mas prudentes se han apartado de ella, mirándola como un comercio pernicioso á su mejor colocacion, tal fué D. Esteban Manuel Villegas, cuyas *Eróticas* tenemos.

Por esto te aconsejo en esta parte con las mismas palabras de Bocangel.

Si hicieres versos, haz pocos,
Por mas que te asista el genio,
Que aunque te lo aplauda el gusto,
Ha de reñirlo el talento.

Que es como decirte; aunque tengas gusto de hacer versos, aunque éstos sean buenos y te los celebren, has pocos, no te embeleses ni te distraigas en este ejercicio, de suerte que no hagas otra cosa; porque entónces si no eres rico, ha de reñirlo el talento, pues la bolsa lo ha de sentir, y la moneda andará reñida contigo como con casi todos los poetas. El padre del gran Ovidio le decia que no se dedicara á las Musas, poniéndole por causal la pobreza que se podia esperar de ellas, pues le acordaba que Homero siendo tan celebrado poeta, murió pobre. *Nullas reliquit opes.*

No es esto decirte que son inútiles la poesía y las demas ciencias que te he dicho; antes muchas de ellas son no solo útiles, sino necesarias á ciertos profesores. Por ejemplo: la dialéctica, la retórica y la historia eclesiàstica, son necesarísimas al teólogo: la química, botánica y toda la física es tambien precisa para el médico; la lógica,

la oratoria y la erudicion en la historia profana, son tambien no solo adornos sino báculos forzosos para el que quiera ser buen abogado. Ultimamente, el estudio de las lenguas ministra á los literatos una esquisita y copiosa erudicion en sus respectivas facultades, que no se logra sino bebiéndose en las fuentes originales, y la dulce poesía les sirve como de sainete y refrigerio que les endulza y alegra el espíritu fatigado con la prolija atencion con que se dedican á los asuntos serios y fastidiosos; pero estos estudios, concíderados con separacion de las principales facultades (si se deben separar), solo serán un mero adorno, podrán dar de comer alguna vez, pero no siempre, á lo menos en América, donde faltan proporcion, estimulos y premios para dedicarse á las ciencias.

Con que de todo esto sacamos en conclusion, que un pobre como tú que sigue la carrera de las letras para tener con que subsistir, se ve en necesidad de ser ó sacerdote teólogo ó canonista; ó siendo secular, médico ó abogado: y así ya puedes eligir el género de estudio que te agrade, advirtiendo ántes, que en el acierto de la eleccion consistirá la buena fortuna que te hará feliz en el discurso de tu vida.

Yo no exijo de tí una resolucion violenta ni despremeditada. No, hijo mio, esta no es puñalada de cobarde. Ocho dias te doy de plazo para que lo pienses bien. Si tienes algunos amigos sabios y virtuosos, comunícales las dudas que te ocurran, aconséjate con ellos, aprovéchate de sus lecciones, y sobre todo, consúltate á tí mismo: examina tu talenta é inclinacion, y despues que hagas estas diligencias, resolverás con prudencia la carrera literaria que pienses abrazar. En inteligencia, que si de tus consultas y exámen deduces que no serás buen letrado ni sacerdote, ni secular, no te apures ni te avergüences de decírmelo, que por la gracia de Dios, yo no soy un padre ridículo, que he de incomodarme porque me participes el desengaño que saques por fruto de

tus reflecciones. No, Pedro mio, dime, dime con toda franqueza tu nuevo modo de pensar: yo te puse el arte de Nebrija en la mano por contemporizar con tu madre, mas ahora que ya eres grande, qniero conteporizar contigo, porque tú eres el héroe de esta escena, tú eres el mas interesado en tu logro, y así tu inclinacion y aptitud para esto ó para aquello, se debe consultar, y no la de tu madre ni la mia.

No soy yo de los padres que quieren que sus hijos sean clérigos, frailes, doctores ó licenciados, aun cuando son ineptos para ello ô les repugna tal profesion. No: yo bien sé que lo que importa es que los hijos no se queden flojos y haraganes, que se dediquen á ser útiles á sí y al estado, sin sobrecargar la sociedad contandose entre los vagos, y que esto no solamente las ciencias lo facilitan; tambien hay artes liberales y ejercicios mecánicos con que adquirir el pan honradamente.

Y así, hijo mio, si no te agradan las letras, si te parece muy escabroso el camino para llegar á ellas, ó si penetras que por mas que te apliques, has de avanzar muy poco, viniendo á serte iufructuoso el trabajo que impendas en instruirte, no te aflijas, te repito. En ese caso tiende la vista por la pintura ó por la música; ó bien por el oficio que te acomode. Sobran en el mundo sastres, plateros, tejedores, herreros, carpinteros, batihojas, carroceros, canteros y aun zurradores y zapateros que se mantienen con el trabajo de sus manos. Dime, pues, qué cosa quieres ser, á que oficio tienes inclinacion, y en qué giro te parece que lograrás una honrada subsistencia; y creeme que con mucho gusto haré por que lo aprendas y te fomentaré miéntras Dios me diere vida: entendido que no hay oficio vil en las manos de un hombre de bien, ni arte mas ruin, oficio ó ejercicio mas abominable, que no tener arte, oficio ni ejercicio alguno en el mundo. Si, Pedro, el ser ocioso é inútil, es el peor destino que puede tener el hombre; porque la necesidad de subsistir y el no saber cómo ni de qué, lo ponen como con la mano en la puerta de los vicios mas vergonzosos, y por eso vemos tantos drogueros, tantos rufianes de sus mismas hijas y mujeres, y tantos ladrones,

y por esta causa tambien se han visto y se ven tan pobladas las cárceles, los presidios, las galeras y las horcas.

Así, pues, hijo mio, consulta tu genio é inclinacion con espacio, para abrazar este ó el otro modo con que juzgues prudentemente que subsistirás los dias que el cielo te conceda, sin hacerte odioso ni gravoso á los demas hombres tus hermanos, á quienes debes ser benéfico en cuanto puedas, que esto exige la legítima sociedad en que vivimos.

Pero tambien debes advertir, que aunque tú has de ser el juez que te examine, por la misma razon has de ser muy recto sin dejarte gobernar por la lisonja, pues entonces perderás el tiempo: tus especulaciones serán vanas, y te engañarás á ti mismo, si no pruebas tu capacidad y analizas tu genio camo si fuera el de un extraño, y sin hacerte el mas mínimo favor. El gran Horacio aconseja en su Art. Poét. á los escritores, *que para escribir elijan aquella materia que sea mas conforme á sus fuerzas, y vean el peso que puedan tolerar sus hombros y el que resistan.*

Pues es cierto que si las fuerzas exceden á la carga, esta se sobrellevará; mas si la carga es mayor que las fuezas, rendirá al hombre, qien vergonzosamente caerá bajo su peso.

Es una verdad que se introduce sin violencia dentro de nuestros corazones, que *no todos lo podemos todo*; pero la lástima es que aunque conocemos su evidencia, la conocemos respecto de los demas, no respecto de nosotros mismos. Cuando alguno emprende hacer esto ó aquello y le sale mal, luego decimos: ¡Oh! pues si se mete á lo que no entiende, ¿no es preciso que yerre? Pero cuando nosotros emprendemos, creemos que somos capaces de salirnos con la nuestra, ¿y si erramos? ¡Oh! entonces nos sobran mil disculpas á nuestro favor para cubrirnos de las notas de imperitos ó atolondrados.

Por esto no me cansaré de repetirte, hijo mio, que antes de abrazar esta ó la otra facultad literaria, esta ó aquella profesion mecánica, ect., lo pienses bien; veas si eres ó no á propósito para ello;

pues aun cuando te sobre inclinacion, si te falta talento, errarás lo que emprendas sin ambas cosas, y te espondrás á ser objeto de la mas severa crítica.

Ciceron fué el depósito de la elocuencia romana; tenia inclinacion á la poesía; pero no aquel talento propio para ella que llaman *estro*; lo que fué causa de que cometiese una ridícula cacofonía, ó mal sonido de palabras en aquel verso que censuró con otros Quintiliano.

O fortunatam natam me consule Romam.

Y Juvenal dijo, que si las *Filípicas* con que irritó el ánimo de Antonio las hubiera dicho con tan mala poesía, nunca hubiera muerto degollado.

El célebre Cervántes fué un grande ingenio, pero desgraciado poeta; sus escritos en prosa le grangearon una fama inmortal (aunque en esto de pesetas murió pidiendo limosna. Al fin fué de nuestros escritores); pero de sus versos, especialmente de sus comedias, no hay quien se acuerde. Su grande obra del *Quijote* no le sirvió de parco para que no lo acribillaran por mal poeta: á lo menos Villegas en su sétima elegia dice, hablando con su amigo:

Irás del Helicon á la conquista
Mejor que el mal poeta de Cervantes,
Donde no le valdrá ser Quijotista.

Este par de ejemplitos te asegura de las verdades que te he dicho. Con que anda, hijo, piénsalas bien, y resuelve qué es lo que has de ser en el mundo; porque el fin es que no te quedes vago y sin arbitrio.»

Fuése mi padre y yo me quedé como tonto en vísperas porque no percibía entonces toda la solidez de su doctrina. Sin embargo, conocí muy bien que su merced queria que yo eligiera un oficio ó profesion que me diera de comer toda la vida; mas no me aproveché de este conocimiento.

En los siete dias de los ocho concedidos de plazo para que re-

solviera, no me acordé sino de visitar á los amigos y pasear, como lo tenia de costumbre, apadrinado del consentimiento de mi cándida madre; pero en el octavo me dió mi padre un recordoncito, diciéndome: «Pedrillo, ya sabrás bien lo que has de decir esta noche acerca de lo que te pregunté hoy hace ocho dias.» Al momento me acordé de la cita, y fuí á buscar un amigo con quien consultar mi negocio.

En efecto lo hallé; pero ¡qué amigo! como todos los que yo tenia, y los que regularmente tienen todos los muchachos desbaratados, como yo era entonces. Llamábase este amigo Martin Pelayo, y era un bicho punto menos maleta que Juan Largo. Su edad sería de diez y nueve á veinte años: jugadorcillo mas que Birjan, enamorado mas que Cupido, mas bailador que Batilo; mas tonto que yo, y mas zángano que el mayor de la mejor colmena. A pesar de estas nulidades, estaba estudiando para *padre*, segun decia, con tanta vocacion en aquel tiempo para ser sacerdote como la que yo tenía para verdugo: sin embargo; ya estaba tonsurado y vestía los hábitos clericales, porque sus padres lo habian encajado al estado eclesiástico á fuerza, lo mismo que se encaja un clavo en la pared á martillazos, y esto lo hicieron por no perder el rédito de un par de capellanías gruesas que había heredado. ¡Qué mal estoy y estaré toda mi vida con los mayorazgos y las capellanías heredadas!

Pero de cualquier modo, este fué el eximio doctor, el hombre proyecto, y el sabio virtuoso que yo elegí para consultar mi negocio, y ya vdes. verán qué bien cumpliria con las buenas intenciones de mi padre. Así salió ello.

Luego que yo le informé de mis dudas y le dije algo de lo que mi padre me predicó, se echó á reir y me dijo: eso no se pregunta. Estudia para clérigo como yo, que es la mejor carrera, y cierra los ojos. Mira: un clérigo es bien visto en todas partes: todos lo veneran y respetan aunque sea un tonto y le disimulan sus de-

fectos: nadie se atreve á motejarlos ni contradecirlos en nada: tiene lugar en el mejor baile, en el mejor juego, y hasta en los estrados de las señoras no parece despreciable; y por último, jamas le falta un peso, aunque sea de una misa mal dicha en una carrera. Con que así estudia para clérigo y no seas bobo. Mira tú: el otro dia en cierta casa de juego se me antojó no perder un albur á pesar de que vino el as contrario delante de mi carta, y me afiancé con la apuesta, esto es, con el dinero mio y con el ageno. El dueño reclamaba y porfiaba con rozon que era suyo; pero yo grité, me encolericé, juré, me cogi el dinero y me sali á la calle, sin que hubiera uno que me dijera *esta boca es mia*, porque el que menos, me juzgaba diácono, y ya tú ves que si este lance me hubiera sucedido siendo médico ó abogado secular, ó me salgo sin blanca, ó se arma una campaña de que tal vez no hubiera sacado las costillas en su lugar. Conque otra vez te digo que estudies para clérigo y no pienses en otra cosa.

Yo le respondí: todo eso me gusta y me convence demasiado, pero mi padre me ha dicho que es preciso que estudie teología; cánones, leyes ó medicina; y yo, la verdad no me juzgo con talentos suficientes para eso. No seas majadero, me respondió Pelayo: no es menester tanto estudio ni tanto trabajo para ser clérigo. ¿Tienes capellanía? No tengo, le respondí. Pues no le hace, prosiguió él: ordénate á título de idioma; ello es malo, porque los pobres vicarios son unos criados de los curas, y tales hay que les hacen hasta la cama; pero esto es poco respecto á las ventajas que se logran: y por lo que toca á lo que dice tu padre de que es necesario que estudies teología ó cánones para ser clérigo, no lo creas. Con que estudies unas cuantas definiciones del Ferrer ó de Lárraga, te sobra; y si estudiares algo de Cliquet, ó del curso Salmaticense, ¡oh! entonces ya serás un teólogo moralista consumado, y serás un Séneca para el confesonario y un Ciceron para el púlpito, pues podrás resolver los casos da conciencia mas árduos

que hayan ocurrido y puedan ocurrir, y predicarás con mas séquito que los Masillones y Burdalúes, que fueron unos grandes orodores, segun me dice mi catedrático, que yo no los conozco ni por el forro.

Pero hombre, la verdad, le dije: yo creo que no soy bueno para sacerdote, porque me gustan mucho las mugeres; y segun eso, pienso que soy mejor para casado. Perico, ¡que tonto eres! me contestó Pelayo. ¿No ves que esas son tentaciones del demonio para apartarte de un estado tan santo? ¿Tu crees que solo siendo eclesiástico podrás pecar por este rumbo? No, amigo, tambien los seculares, y aun los casados, pecan por el mismo. A mas de que qué cosa.... pero no quiero abrirte los ojos en esta materia. Ordénate, hombre, ordénate y quitate de ruidos, que despuês tú me darás las gracias por el buen consejo.

Despedíme de mi amigo y me fuí para mi casa, resuelto á ser clérigo, topara en lo que topara; porque me hallaba muy bien con la lisongera pintura que me habia hecho Martin del estado.

Llegó la noche, y mi buen padre, que no se descuidaba en mi provecho, me llamó á su gabinete y me dijo: "Hoy se cumple el plazo, hijo mio, que te dí para que consultaras y resolvieras sobre la carrera de las ciencias ó de las artes que te acomode, para dedicarte á ellas desde luego; porque no quiero que estés perdiendo tanto tiempo. Dime, pues, ¿que has pensado y qué has resuelto?" Yo, señor, le respondí, he pensado ser clérigo. Muy bien me parece, me dijo mi padre; pero no tienes capellanía, y en este caso es menester que estudies algun idioma de los indios, como mexicano, otomí, tarasco, matzagua ú otro para que te destines de vicario y administres á aquellos pobres los santos sacramentos en los pueblos. ¿Estás entendido en esto? Sí señor, le respondí, porque me costaba poco trabajo decir que sí, no porque sabia yo cuáles eran las obligaciones de un vicario.

Pues ahora es menester que tambien sepas, añadió mi padre, que

debes ir sin réplica á donde te mandare tu prelado, aunque sea al peor pueblo de la tierra caliente aunque no te guste ó sea perjudicial á tu salud; pues mientras mas trabajos pases en la carrera de vicario, tantos mayores méritos contraerás para ser cura algun dia.

En los pueblos que te digo hay mucho calor y poca ó ninguna sociedad, si no es con indios mazorrales. Allí tendrás que sufrir á caballo y á todas horas en las confesiones, soles ardientes, fuertes aguaceros y contínuas desveladas ó vigilias. Batallarás sin cesar con los alacranes, turicatas, tlalages, pinolillo, garrapatas, gegenes, zancudos y otros insectos venenosos de esta clase, que te beberán la sangre en poco tiempo. Será un milagro que no pases tu trinquetada de tercianas que llaman *frios*, á los que sigue despues ordinariamente una tiricia consumidora; y en medio de estos trabajos, si encuentras con un cura tétrico, nécio y regañon, tendrás un vasto campo donde ejercitar la paciencia; y si topas con un flojo y regalon, cargará sobre tí todo el trabajo, siendo para él, lo pingüe de los emolumentos. Con que esto es ser sacerdote y ordenarse á título de idioma ó administracion. ¿Te gusta? Si señor, le respondí, de cumplimiento, pues á la verdad no dejó de resfriar mi ánimo el detall que me había hecho de los trabajos y mala vida que suelen pasar los vicarios; pero yo decía entre mí: ¿qué luego ha de dar en un ojo? ¿Luego he de ir á tener á tierra caliente, á un pueblo ruin? ¿Luego ha de haber alacranes, moscos, ni esos otros *salvages* que me dice mi padre? Luego me han de dar los frios, ó los curas á quienes sirva han de ser tan flojos ó regañones? Quizá no será así, sino que hallaré un buen pueblo y cura, y entónces pasearé bien, tendré dinero, y dentro de un par de años lograré un curato riquillo, y descansando yo en mis vicarios, ya me podré tender boca arriba y raparme una videta de ángeles.

Estas cuentas estuve yo haciendo á mis solas, mientras mi padre fué á la puerta para enviar una criada á traer tabaco. Volvió

su merced, se sentó y continuó su conversacion de este modo.

Con que, Pedrillo, supuesta la resolucion que tienes de ordenarte, ¿qué quieres estudiar, cánones ó teología? Yo me sorprendí, porque cuanto me agradaba tener dinero, rascándome la barriga hecho un flojo, tanto así me repugnaba el estudio y todo género de trabajo.

Quedéme callado un cortó rato y mi padre advirtiendo mi turbacion, me dijo: cuando resolviste dedicarte á la iglesia, ya previniste la clase de estudios que habias de abrazar, y así no debes de detener la respuesta. ¿Qué, pues, estudias, cánones ó teología? Yo muy fruncido le respondí: señor, la verdad ninguna de esas dos facultades me gusta, porque yo creo, que no las he de poder aprender, porque son muy difíciles. lo que quiero estudiar es moral, pues me dicen que para ser vicario, ó cuando ménos un triste cura, con eso sobra.

Levantóse mi padre al oir esto, algo amohinado, y paseándose en la sala decia: ¡Vea vd. estas opiniones erróneas son las que pervierten á los muchachos. Así pierden el amor á las ciencias: así estravían y se abandonan, así se empapan en unas ideas las mas mezquinas, y abrazan la carrera eclesiástica porque les parece la mas fácil de aprender, la mas socorrida y la que necesita menos ciencia. De facto, estudian cuatro definiciones y cuatro casos los mas comunes de la moral, se encajan, á un sínodo, y si en él aciertan por casualidad, se hacen presbíteros en un instante y aumenta el número de los idiotas con descrédito de todo el estado, y encarándose á mí, me dijo: en efecto, hijo yo conozco varios vicarios embuidos en la detestable máxima que te han inspirado de que no es menester saber mucho para ser sacerdotes, y he visto por degracia, que algunos han soltado el *acocote* para tomar el cáliz, ó se han desnudado la pechera de arrieros para vestirse la casulla, se han echado con las petacas y se han metido á lo que no eran llamados; pero no creas tú, Pedro, que una mal mascada gramática

y un mal digerido moral, bastan como piensas, para ser buenos sacerdotes y ejercer dignamente el terrible cargo de cura de almas.

Muy bien sé que hubo tiempos, en que [como nos refiere el abate Andrés en su historia de la literatura] decayeron las ciencias en la Europa en tanto grado, que el que sabia leer y escribir tenia cuanto necesitaba para ser sacerdote, y si por fortuna sabia algo del canto llano, entonces pasaba plaza de doctor; pero ¿quién duda que la santa Iglesia no se afligiria por esta tan general ignorancia, y que condescenderia con la ineptitud de estos ministros por la oscuridad del siglo, por la inopia de sugetos idóneos, y porque el pueblo no careciera del pasto espiritual; y así á trueque de que sus hijos no perecieran de hambre, teniendo por la gracia de Jesucristo, el pan tan abundante, tenia que fiar con dolor su repartimiento á unas manos groseras, y que encomendar, á mas no poder, la administracion de la Viña del Señor á unos operarios imperitos?

Pero así como en aquel tiempo hubiera sido un error grosero decir que sobra con saber leer para hacerse alguno digno de los sagrados órdenes, por mas que así sucediera; de la misma manera lo es hoy asegurar que para obtener tan alta dignidad *sobra* con una poca de grámatica y otro poco de moral, por mas que muchos no tengan mas ciencias cuando se ordenan; pues tenemos evidentes testimonios de que la Iglesia lo tolera, mas no lo quiere.

Todo lo contrario: siempre ha deseado que los ministros del altar estén plenamente dotados de ciencia y virtud. El sagrado concilio de Trento manda: "que los ordenados sepan la lengua latina, «que estén instruidos en las letras; desea que crezca en ellos con «la edad el mérito y la mayor instruccion; manda que sean idó«neos para administrar los sacramentos y enseñar al pueblo, y «por último, mandó establecer los seminarios donde siempre ha«ya un número de jóvenes que se instruyan en la disciplina ecle«siástica, los que quiere que aprendan gramática, canto cómputo

«eclesiástico, y otras facultades útiles y honestas; que tomen de «memoria la Sagrada Escritura, los libros eclesiásticos, homilías «de los santos y las fórmulas de administrar los Sacramentos, en »especial lo que conduce á oir las confesiones, y las de los demas «ritos y ceremonias. De suerte, que estos colegios sean unos pe- «rennes planteles de ministros de Dios.» Ses. 23 cap. 11, 13, 14 y 18.

Con que ya ves, hijo mio, como la santa Iglesia quiere, y siempre ha querido que sus ministros estén dotados de la mayor sabiduría, y justamente; porque ¿tú sabes qué cosa es y debe ser un sacerdote? Seguramente que no. Pues oye: un sacerdote es un sabio de la ley, un doctor de la fé, la sal de la tierra y la luz del mundo. Mira ahora si desempeñará estos títulos, ó los merecerá siquiera el que se contenta con saber gramática y la moral á medias, y si para obtener dignamente una dignidad que pide tanta ciencia, bastará ó sobrará con tan poco, y esto suponiendo que se sepa bien, ¿Qué será ordenándose con una gramática mal mascada y una moral mal aprendida?

Por otra parte: cuando vemos tantos sacerdotes sabios y virtuosos que ya viejos, enfermos y cansados, con las cabezas trémulas y blancas en fuerza de la edad y del estudio, aun no dejan los libros de las manos: aun no comprenden bastante los arcanos de la teología: aun se oscurecen á su penetracion muchos lugares de la Sagrada Biblia: aun se confiesan siempre discípulos de los santos padres y doctores de la Iglesia, y se conocen indignos del sagrado carácter que los condecora, ¿Qué juicio haremos de la alta dignidad del sacerdocio? ¿Y cómo nos convenceremos del gran fondo de santidad y sabiduría que requiere un estado tan sublime en los que sean sus individuos?

Y si despues de estas sérias consideraciones, tendemos la vista por el oriente opuesto, y vemos cuan tranquilos y satisfechos se introducen al *Sancta Sanctorum* muchos jovencitos con cuatro ma-

notadas que le han dado á Nebrija y otras tantas al P. Lárraga. Si vemos algunos que apenas se ordenan de presbíteros, cuando se despiden no solo de estos dos pobres libros, sino quizá y sin quizá hasta del breviario. Y por último, si damos un paso fuera de la capital y ciudades donde residen los diocesanos y cabildos, y vemos por esos pueblos de Dios, lances de ignorancia escandalosos y aun increibles (1) y si escuchamos en esos púlpitos sandeces y majaderías que no están escritas, ¿que juicios nos hemos de formar de estos ministros? ¿Cuál de su virtud? ¿Y cuál de lo recto de la administracion esperitual de los infelices pueblos encargados á su custodia? ¡Oh! que para referir los daños de que son causa, sería preciso decir lo que Eneas á Dido al contarle las desgracias de Troya. ¿Quién reprimirá las lágrimas al referir tales cosas?

Aquí sacó mi padre su relox y me dijo: ha sido larga la conferencia de esta noche; mas aun no te he dicho todo cuanto necesi-

(1) Tal es el que sigue: Reconcilióse en un lugar de España el eximio doctor Suarez para celebrar, y el miserable vicario que lo oyó de penitencia, era tan ignorante, que no sabia la forma de la absolucion. Fué necesario que el mismo penitente se la fuera apuntando así como se hace con el que ha de recitar una relacion que no sabe; pero por fin, con este auxilio absolvió nuestro vicario al dicho sacerdote, quien luego que acabó su misa fué á ver al cura lleno de escándalo, y con razon, y le dió parte de lo que le habia acontecido, pero ¿cuál seria la sorpresa de este teólogo cuando oyó al cura que muy mesurado le dijo: "Padre, ese vicario es muy tonto, ya yo le tengo dicho varias veces que no se meta en absolver, sino que oiga las confesiones y me remita á los penitentes, que yo los absolveré."

Conozco que este caso se hará increible, pero se hará tal á los que no hayan salido de Mèxico ó de otras ciudades; pues los que hemos andado por los pueblecillos distantes de las mitras, lo creemos como si lo hubiéramos visto, porque hemos presenciado otros mas lastimosos en su línea; y yo pudiera citar algunos si no fueran tan modernos.

tas sobre un asunto tan interesante; sin embargo, lo dejaremos pendiente para mañana, porque ya son las diez, y tu madre nos espera para cenar. Vámonos.

CAPITULO X

Concluye el padre de Periquillo su instruccion. Resuelve éste estudiar teología. La abandona. Quiere su padre ponerlo á oficio; él se resiste y se refieren otras cosillas.



ENAMOS muy contentos como siempre, y nos fuímos á acostar como todas las noches. Yo no pude menos que estar rumiando lo que acababa de decir mi padre, y no dejaba de conocer que me decia el credo; porque hay verdades que se meten por los ojos, aunque uno no quiera; pero por mas que me convencian las razones que habia oido, no me podia resolver á estudiar cánones ó teología, que era el intento de mi buen padre; pues así como me agradaba la vida libre y holgazana, así me fastidiaba el trabajo. Finalmente, yo me quedé dormido haciendo mis cuentas de cómo conseguiria ser clérigo para tener dinero sin trabajar, y de cómo eludiria las buenas intenciones de mi padre. En esto se desvelan muchos niños sin advertir que se desvelan en su ruina.

Al otro dia, despues que vino mi padre de misa, me llamó á su cuarto y me dijo: no quiero que se nos vaya á olvidar la contestacion de anoche. Te decia, Pedro, que los pueblos padecen mucho cuando sus curas y vicarios son ignorantes ó inmorales; porque jámas las ovejas estarán seguras ni bien cuidadas en poder de unos pastores necios ó desidiosos: y todo esto te lo he dicho para probarte que la sabiduría nunca sobra en un sacerdote, y mas si está

encargadodel cuidado de los pueblos; y para mayor confirmacion de mi doctrina, oye.

En los pueblos puede haber, y en efecto habrá en muchos, algunas almas místicas y que aspiren á la perfeccion por el camino ordinario, que es el de la oracion mental. ¿Y qué direccion podrá dar un padre vicario semi lego á una de estas almas, cuando por desidia ó por ineptitud, no solo no ha estudiado la respectiva teología, pero ni siquiera ha visto por el forro las obras de Santa Teresa, la Lucerna mística del padre Esquerra, los desengaños místicos del padre Arbiol, y quizá ni aun el Kempis ni el Villacastin? ¿Cómo podrá dirigir á ua alma virtuosa y abstracta el que ignora los caminos? ¿Cómo podrá sondear su espíritu ni distinguir si es una alma ilusa, ó verdaderamente favorecida, cuando no sabe que cosa son las vias purgativa, iluminativa, contemplativa y unitiva? ¿Cuando ignora qué cosa son revelaciones, éxtasis, raptos y deliquios? ¿Cuando le coge de nuevo lo que son consolaciones y sequedades? ¿Cuando se sorprende al oir las voces de ósculo santo, abrazo divino y desposorio espiritual? ¿Y cuando (por no cansarte con lo que no entiendes) ignora del todo los primores con que obra la divina gracia en las almas espirituales y devotas? ¿No es verdad? ¿No conoces tú que si te pusieras á llevar un navío á Cádiz, á Cavite ó á otro puerto, con las luces que tienes de pilotage (que son ningunas) seguramente darias con la embarcacion infeliz que se te confiara en un banco, en un arrecife, ó en un golfo sin llegar jamás por jamás al puerto de su destino? Esto lo debes comprender porque la comparacion es muy sencilla. Pues lo mismo sucede á estos infelices vicarios *Lárragos* á secas, que apenas saben absolver á un pecador comun (como los indios que no saben mas que llevar una canoa á Ixtacalco.) Ellos los pobres son ciegos, y las almas que aspiran á entrar por la via de la perfeccion tambien son ciegas, y necesitan una buena guia que las dirija. No la hallan en los directores modorros, y sucede que (á no ser por un favor especial de la

gracia) ellas ó se entivian ó se pierden, y las guias ó se confunden ó se precipitan en los errores de la ilusion que ellas les comunican. Esta es una verdad terrible; pero es una verdad que no negará ningun sacerdote sabio. Yo lo que veo (y que confirma mi opinion en el particular) es, que los sacerdotes virtuosos, santos y doctos, son muy escrupulosos para confesar y dirijir monjas y otras almas espirituales, y cuando las dirigen son muy eficaces para no dejar de la mano la sonda de la doctrina y la prudencia. A mas de esto, consultan con el teólogo por esencia, con Dios digo, en los ratos de oraciones que tienen, y como saben que deben hacer cuantas diligencias humanas estén en su arbitrio para conseguir el acierto, consultan las dudas que tienen con otros varones sabios y espirituales. Esto veo, y esto me hace creer lo contingente que será el acierto de la direccion espiritual de unas almas místicas fiado á unos pobres clérigo casi legos, que apenas saben lo muy preciso para decir misa y absolver al penitente en virtud de la promesa de Jesucristo.

De manera, hijo mio, que estoy firmemente persuadido que si la Iglesia santa pudiera hacer que todos sus ministros fueran teólogos y santos, no omitiria sacrificio alguno para conseguirlo; pero la escasez de varones y talentos tales como los necesarios, hace que provea á los fieles de aquellos que se encuentran tal cual útiles para la simple administracion de los Sacramentos.

Aun hay mas. Ya te dije que los sacerdotes son los maestros de la ley. A ellos toca privativamente la explicacion del dogma y la interpretacion de las Sagradas Escrituras. Ellos deben estar muy bien instruidos en la revelacion y tradicion en que se funda nuestra fé, y ellos en fin, deben saber sostener á la faz del mundo lo sólido é incontrastable de nuestra santa religion y creencia.

Pues ahora, supongamos un caso remoto, pero no imposible Supongamos, digo, que un pobrecito vicario de estos de que hablamos, ó un religioso hebdomadario, ó que llaman de misa y olla,

tiene con un herege una disputa acerca de la certeza de nuestra religion, de la justicia de su dogma, de lo divino de sus misterios, de la realidad del cumplimiento de las profesías, de lo evidente de la venida del Mesías, del cómputo de las semanas de Daniel, ó cosa semejante (advirtiendo que los hereges que promueven ó entran en estas disputas, aunque son ciegos para la fé, no lo son para las ciencias. He vivido en puerto de mar y he conocido y tratado algunos) ¿cómo conocerán sus sofismas? ¿Cómo eludirán sus argumentos? ¿Cómo distinguirán su malicia de la fuerza intrínseca de la razon? ¿Y cómo podrá salir de sus labios la verdad triunfante y con el brillo que le es tan natural? Ello es cierto que si solo el *Ferrer*, el *Cliquet*, el *Lárraga*, ú otro sumista de moral semejante fueran bastantes para contrarrestar á los hereges no sé como hubiera salido S. Agustin con los maniqueos, S. Gerónimo con los donatistas, ni otros santos padres con otras chusmas de hereges y heresiarcas aquienes combatieron y confundieron con brillantés y solidez de argumentos.

De todo lo dicho debes concluir, Pedro mio, que para ser un digno sacerdote no sobra con saber lo muy preciso, es necesario imbuirse y empaparse en la sólida teología, y en las reglas ó leyes eclesiásticas que son los cánones de la Iglesia.

«Agrega á esto, que es tan peculiar al sacerdote la literatura, «que á mediados del siglo XIII no eran promovidos al clericato «sino los literatos, segun la novela de Justiniano 6, cap. 4 y 123, «cap. 12. De modo que Juliano el antecesor, escribia: *El que no es «literato no puede ser clérigo.* Sucedió que para significar un hom«bre docto y literato, empezó á usarse el nombre de *clérigo* y el «de *lego* para denotar un ignorante ó que no sabia las letras, de «donde provino tambien que á los legos doctos se les daba el tí«tulo de *clérigos;* y por el contrario, los eclesiásticos no literatos «eran llamados tambien *legos*. *Se le llama clérigo* (son palabras de «Oderico Vital en el lib. 3) *porque está imbuido en el conocimiento*

»*de las letras y de las demás artes.* En la crónica Andrense, leemos tambien las siguientes palabras: *Con la anuencia de algunos roma-»nos, hizo que se le subordinase cierto español muy clerigo llamado Bur-»dino.* Y en la historia de los obispos de Eistet: *Este obispo Juan, »fue gran clerigo en el Derecho Canónico,* esto es, gran letrado. El »mismo significado se observa que tuvo antiguamente en la lengua »francesa, pues *clero* quería decir lo mismo que *docto,* como tam-»bien *clergie* lo mismo que ciencia y doctrina.»

Toda esta erudicion y alguna mas, la recogió el señor Murato-ri en su opúsculo titulado: *Reflecciones sobre el buen gusto*, cap. 7, fol. 70, 71 y 72, donde lo podrás ver, confirmando que para merecer el nombre de clérigo es menester ser literato; y de lo contrario el que no lo sea no será un padre *clerigo,* sino un padre *lego.*

Harto te he dicho, y así si quieres ser eclesiástico, dime ¿qué te resuelves á estudiar?

Viéndome yo tan atacado, no hubo remedio, respondí á mi padre que estudiaría teología, y á los dos dias ya era cursante teólogo, y vestía los hábitos clericales.

No tardé mucho en ver en la universidad á mi amigo Pelayo, á quien dí parte de todo lo que había ocurrido con mi padre, y como yo no pudiendo escaparme de sus insinuaciones, elegí estudiar teología. Ello será un perdedero de tiempo, supuesto que no te gusta el estudio, me dijo mi amigo; pero si no hay otro remedio, ¿qué se ha de hacer? A veces es preciso contemporizar con los viejos ideáticos, aunque uno no quiera, aunque sea para engañarlos, mientras se realizan nuestros proyectos. Mi padre tambien es del tenor siguiente: ha dado en que estudie cánones, *á fortiori*; esto es, quieras que no quieras; y aun me habla de licenciaturas y borlas; pero yo que no soy vanidoso, no pienso en eso; lo que quiero es acabar mis cánones bien ó mal: alcanzar el gradillo: ordenarme y quitarme de libros ni quebraderos de cabeza. Tú puedes hacer lo mismo: aguantas tus cursos de universidad con la

paciencia que un purgado, y cuando ménos lo pienses te hallarás hecho un bachiller teólogo, que para el caso de que digan que lo eres, con eso basta.

Ni es menester que te des mala vida ni te derritas los sesos sobre los libros. Estudia de carrera lo que te señale tu catedrático, enséñate á manejar el *ergo* por imitacion, y frecuenta la universidad, porque los cursos importan, hijo: los cursos son mas precisos que la ciencia misma, para lograr el grado.

Bien saben y sabemos, que á lo que vamos los mas estudiantes á la universidad, no es á aprender nada, sino á *cuajar* un rato, unos con otros; pero lo cierto es, que el que no tiene su certificacion de haber cursado el tiempo prefinido por estatuto, no se graduará, aunque sea mas teólogo que Santo Tomás; y si la tiene, él será bachiller, aunque no sepa quien es Dios por el Padre Ripalda; pero ello es que así la vamos pasando, y así la pasaremos tú y yo con mas descanso.

Yo apénas falto de la universidad tal cual vez; pero del colegio sí me deserto con frecuencia. Los Domingos, Jueves y fiestas de guardar, no tenemos clase por el colegio: y yo *salo* [1] uno ó dos dias á la semana; ya verás que poco me mortifico.

Esto es lo que harás tú, si quieres que no se te haga pesado el estudio de la teólogía. Acompáñate conmigo: arráncale á tu padre los realitos que puedas, y confia en mí de que no sólo te pasarás buena vida, sino que te civilizarás, porque advierte que eres un mexicano payo, y yo te quiero sacar de barreras. Sí, yo te llevaré á varias casas de señoritas finas que tengo de tertulias: aprenderás á danzar, á bailar, á contestar con las gentes decentes. Fuera de esto, te sentaré en los estrados y haré que te comuniques

[1] Los estudiantes entienden por *salar*, faltar á la cátedra, no asistir á ella: y por *cuajar*, (de cuya voz usó el A. poco ántes.) ocuparse de cosas agenas del estudio, charlando y pasando el rato, lo mismo que se entiende entre los artesanos y otros trabajadores por *matar el sapo*.—E.

con las damas, porque el trato con las señoras ilustra demasiado.

Ultimamente, te enseñaré á jugar al billar, malilla de campo, tresillo, básiga y albures, que todas estas habilidades son partes de un mozo fino é ilustrado, y de este modo nos la pasaremos buena. Al cabo de un año tú no te conocerás, y me darás las gracias por los buenos eficios de mi amistad.

El cielo ví abierto con el plan de vida que me propuso Pelayo, porque yo no aspiraba á otra cosa que á holgar y divertirme; y así le dí las gracias por el interes que tomaba en mis adelantos, y desde aquel dia me puse bajo su direccion y tutela.

Él inmediatamente trató de cumplir con sus deberes, llevándome á varias tertulias que frecuentaba en algunas casas medianamente decentes, y en las que vivian señoritas de título, como *la Cucaracha, la Pisa-bonito, la Quebrantahuesos*, y otras de igual calaña.

Ya se deja entender que los tertulios y tertulias debajo de capas, casacas y enaguas, eran muchachas y jóvenes de primera tijera, esto es, mozos y mozas estragados, libertinos y tunos de profesion.

Con tan buenas compañías y la direccion de mi sapientísimo Mentor, dentro de pocos meses salí un buén bandolonista, bailador incansable, saltador eterno, decidor, refranero, atrevido y *lépero* (1) á toda prueba.

Como mi maestro se habia propuesto civilizarme é ilustrarme en todos los ramos de la caballería de la moda, me enseñó á jugar al billar, tresillo, tuti y juegos carteados; no se olvidó de instruirme en las cábulas del bisbís (2), ni en los ardides para jugar albures segun arte, y no así, así, á la buena de Dios, ni á lo que la suerte diera; pues me decia: *que el que limpio jugaba limpio se iba á su casa*, sino siempre con su pedazo de diligencia.

(1) Pillo, zaragate. De esta voz se derivan las de que tambien usa el autor en distintas partes, como *leperaje, leperuzca, etc.*—E.

(2) Con algunas alteraciones se llama hoy *Imperial.*—E.

Un año gasté en aprender todas estas maturrangas; pero eso sí, salí maestro y capaz de poner cátedra de fullería y *leperage* á lo decente; porque hay dos clases de tunantismo: una soez y arrastrada como la de los enfrazadados y borrachos que juegan á la rayuela ó á la taba en una esquina: que se trompean en las calles: que profieren unas obscenidades escandalosas: que llevan á otras *leperuzcas* descalzas y hechas pedazos, y se emborrachan públicamente en las pulquerías y tabernas, y estos se llaman pillos y *léperos* ordinarios.

La otra clase de tunantismo decente, es aquella que se compone de mozos decentes y estraviados que con sus capas, casaquitas y aun perfumes, son unos ociosos de por vida, cofrades perpetuos de todas las tertulias, cortejos de cuanta coqueta se presenta, seductores de cuanta casada se proporciona, jugadores, tramposos y fulleros siempre que pueden: *cócoras* (1) de los bailes, sustos de los convites, gorrones intrusos, sinvergüenzas, descarados, necios á nativitate, tarabillas perdurables y máquinas vestidas, escandalosas y perjudiciales á la desdichada sociedad en que viven; y estos tales son pillos y *léperos* decentes, y de esta clase de *pillería*, digo, que pude haber puesto cátedra pública, segun lo que aproveché con las lecciones de mi maestro y el ejemplo de mis concursantes en el corto espacio de un año.

El pobre de mi padre estaba muy ageno de mis indignos adelantamientos, y muy pagado de Martin Pelayo, que visitaba mi casa con frecuencia; porque ya os he dicho que vuestro abuelo era de tan buen entendimiento como corazon. En efecto, era hombre de bien y virtuoso, y como tales personas son fáciles de engañarse por las astucias de los malvados, entre yo y mi amigo teniamos alucinado á mi buen padre; porque yo era un gran pícaro, y Pelayo era otro pícaro mas que yo; y así entre los dos haciamos cera

(1) Los que con groserías incomodan imprudentemente á los que asisten á una diversion ó á cualquiera otra concurrencia pública ó privada.—E.

y pabilo de las creederas de mi padre que tenia por un mozo muy fino, arreglado y buen estudiante al tal tuno de Martin, y éste á mis escùsas hacia delante de mis padres unos elogios encarecidísimos de mi talento y aplicacion, con lo que les clavaba mas la espina, esto es, á mí padre, que á mi madre no era menester nada de eso; porque como me amaba sin prudencia, mis mayores maldades las disculpaba con la edad, y mis menores me las pasaba por gracias y travesuras.

Pero así como la moneda falsa no puede correr mucho tiempo sin descubrir ó su mal troquel ó su liga, así la maldad no puede pasar muchos dias con la capa de la hipocresía sin manifestar su sordidez. Puntualmente sucedió lo mismo conmigo, pues mi padre un dia que yo no lo pensaba, me preguntó ¿que cuando era mi acto? ¿O que si estaba en disposicion de tenerlo? Ciertamente que si como me preguntó eso, me hubiera preguntado ¿que si estaba apto para bailar una contradanza, para pervertir una jóven, ó para amarrar un alburito? No me tardo mucho para responder afirmativamente; pero me hizo una pregunta difícil, porque yo con mis quehaceres no pude dedicarme á otro estudio, de suerte que mi Biluart estaba limpio y casi intacto.

Sin embargo, era preciso responder alguna cosa, y fué: que mi catedrático no me habia dicho nada, que se lo preguntaria. No, me dijo mi padre, no le preguntes nada, que yo lo haré. En mala hora se encargó mi padre de semejante comision; porque fué al segundo dia al colegio y le preguntó á mi maestro que en qué estaba yo de estudio? Y que si estaba capaz de sustentar un acto, le hiciese favor de avisárselo para hacer sus diligencias para los gastos.

Mi maestro, tan veraz como sério, le contestó: amigo, yo deseaba que vd. me viera para decirle que su niño no promete las más leves esperanzas de aprovechar, no porque carezca de talento, sino por falta de aplicacion. Es muy abandonado: rara semana deja

de faltar uno ó dos dias á la clase, y cuando viene, es á enredar y á hacer quepierdan el tiempo los otros colegiales. En virtud de esto, ya vd. verá cuál será su aptitud y cuáles sus adelantos. A más de esto, yo le he advertido ciertas amistades y malas inclinaciones que me hacen temer la ruina próxima de este mozo, y así vd. como buen padre vele sobre su conducta, y vea en qué lo ocupa con sujecion, porque si nó, el muchacho se le pierde, y vd. ha de dar á Dios cuenta de él.

Mi padre se despidió de mi maestro bastante avergonzado (segun despues me dijo) y lleno de una justa cólera contra mí. !Pobres padres! ¡y qué ratos tan pesados les dan los malos hijos! Fué á casa al medio dia: me saludó con mucha desazon; se entró á la recámara con mi madre, y ésta como á las dos horas salió con los ojos llorosos á mandar poner la mesa.

Mi padre apénas comió, mi madre tampoco; yo, como sinvergüenza y que ignoraba que era el eje sobre que se movia aquel disgusto, no dejé de hacer cuanto pude por agotar los platos; porque al fin no hay sinvergüenza que no sea gloton. Durante la comida no habló mi padre una palabra, y así que se concluyó se levantaron los manteles y se dieron gracias á Dios; se retiró mi padre á dormir siesta y me dijo con mucha seriedad: esta tarde no vaya vd. al colegio, que lo he menester.

Como la culpa siempre acusa, yo me quedé con bastante miedo, temiendo no hubiera sabido mi padre algunas de mis gracias extraordinarias, y me quisiese dar con un garrote el premio que merecían.

Luego concebí que yo habia sido la causa de la cólera, de la parsimonia de la mesa y de las lágrimas de mi madre; pero como estaba satisfecho en que ésta no me queria sino me adoraba, no tuve empacho para decirla: señora, ¿qué novedad será esta de mi padre? A lo que la pobrecita me contestó con sus lágrimas, y me refirió todo lo que habia acaecido á mi padre con mi maestro, y

cómo estaba resuelto á ponerme á oficio....¿A oficio (dije yo,) á oficio? No lo permita Dios, señora. ¿Qué pareceria un bachiller en artes y un cursante teólogo convertido de la noche á la mañana en sastre ó carpintero? ¿Qué burla me hicieran mis condiscípulos? ¿Qué dijeran mis parientes? ¿Qué se hablara? Pues hijo, me contestó mi madre, ¿qué quieres que haga? Ya yo he rogado á tu padre bastante, ya se lo he dicho, ya le he llorado; pero está renuente, no hay forma de convencerse: dice que no quiere que se lo lleve el diablo juntamente contigo por darte gusto. Yo no sé qué hacer....No llore vd., señora, la dije: yo si sé lo que se ha de hacer. Seguro está que mi padre tenga el gusto de verme de hojalatero ni de sastre. Pues ¿qué ya se cerraron los cuarteles? ¿Ya se acabaron las casacas y el pan de municion? ¿Qué quieres decir con eso, Pedrito? me decia mi madre. Nada, señora, le contesté, sino que antes que aprender oficio me meteré á soldado, á bien que tengo buen cuerpo y me recibirán en cualquiera parte con mil manos!

Aquí redobló mi madre su llanto, y me dijo: ¡ay hijo de mi alma. ¿qué es lo que dices? ¿soldado? ¿soldado? ¡No lo permita Dios! No te precipites ni te desesperes: yó volveré á rogarle á tu padre esta tarde, y ya que dice que no eres para los estudios y que es fuerza darte destino; veremos si te coloca en una tienda....Calle ud. madre, le dije. Eso es peor. ¿Qué bien pareceria un Bachiller tiznado y lleno de manteca, y un teólogo despachando tlaco de chilitos en vinagre? No, no: soldado y nada mas; pues una vez que á mi padre ya se le hace pesado el mantenerme, el rey es padre de todos, y tiene muchos miles para vestirme y darme de comer. Esta tarde me voy á vender en la bandera de China, y mañana vengo á ver á vd. vestido de recluta.

Cada vez que yo me acuerdo de este y otros malos ratos que dí á la pobre de mi madre, y de las lágrimas que derramó por mí, quisiera sacarme el corazon á pedazos de dolor; pero ya es tarde el arrepentimiento, y solo sirven estas lecciones, hijos mios, para

encargaros que mireis á vuestra madre siempre con amor y respeto verdadero, sin imitar á los malos hijos como yo fuí; antes rogad á Dios no castigue los estravios de mi juventud como merecen, y acordaos que por boca del Sabio os dice: *honra á tu padre y no olvides los gemidos de tu madre. Acuerdate que á ellos les debes la vida, y págales lo que te han dado.*

Finalmente, esta escena paró en que mi madre me rogó, me instó, me lloró por que no fuera soldado, jurándome que se volveria á empeñar con mi padre para que desistiera de su intento y no me pusiera á oficio, con cuya promesa me serené, como que eso era lo que yo deseaba, y por lo que afligí tanto á su merced, no porque á mí me agradaba tanto la carrera militar, y mas en clase de soldado, como que veia con horror toda género de trabajo.

¡Qué bueno hubiera sido que mi madre me hubiera quebrado en la cabeza cuanta silla habia en la sala, y bien amarrado me hubiera despachado al primer cuartel, y allí me hubiesen encajado luego luego la gala de recluta: con eso se hubieran acabado mis bachillerias y sus cuidados; pero no lo hizo así, y tuvo despues que sufrir lo que Dios sabe.

Al cabo de un rato salió ya mi padre con sombrero y baston, y me dijo: tome vd. la capa y vamos. Yo la tomé y salí con su merced con temor, y mi madre se quedó con cuidado.

A poco haber andado se paró mi padre en un zaguan, y me dijo: amigo, ya estoy desengañado de que es vd. un gran perdido, y yo no quiero que se acabe de perder. Su maestro me ha dicho que es un flojo, vago y vicioso, y que no es para los estudios. En virtud de esto, yo tampoco quiero que sea para la ganzua ni para la horca. Ahora mismo elige vd. oficio que aprender, ó de aquí llevo á vd. á presentarlo al rey en la bandera de China.

Todos los retobos que usé con mi madre, con mi padre se volvieron sumisiones, como que sabia yo que no acostumbraba mentir y era resuelto; y así no pudo hacer mas que humillarme y pe-





Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré.

dirle por favor que me diese un plazo para informarme del oficio que me pareciera mejor. Concedióme mi padre tres dias á modo de ahorcado, y volvimos para casa, donde hallamos á mi pobre madre enferma de un gran flujo de sangre que le habia venido por la pesadumbre que le dí y el susto con que se quedó.

Ya se ha dicho que mi padre la amaba con estremo, y así lleno de sentimiento acudió á que la medicina la auxiliara. En efecto, al segundo dia ya estuvo mejor, pero sin dejar de llorar de cuando en cuando, porque yo ya le habia dicho la resolucion de mi padre, y ella en medio de su dolencia no se habia descuidado en suplicarle no me pusiera á oficio, á lo que mi padre le contesto: que se restableciera de su achaque, y que ahí se veria lo que por fin se habia de hacer.

Esta respuesta desconsoló á mi madre, y fué causa de que yo las tuviera todas conmigo; porque no habiendo visto jamás á mi padre tan tenaz en su propósito y tan esquivo con mi madre al parecer, me hizo entender que de aquella vez no me escaparia yo de cualquier aprendizage.

No sabiendo qué hacer para librarme de la férula de los maestros mecánicos, que me amenazaba por momentos, discurrí la traza mas diabólica que podia en lance tan apurado, y fué ir á ver á mi caritativo preceptor y sabio amigo, el ínclito Martin Pelayo, Con la confianza que tenia me entré de rondon hasta su cuarto, donde lo hallé columpiándosé de un lazo que pendia del techo. tarareando unas boleras y dando saltos en el suelo.

Tan embebecido estaba en su escoleta, que no sintió cuando yo entré, y prosiguió brincando como un gamo, hasta que yo le dije: ¿qué es esto, Martin? ¿Te has vuelto loco, ó estás aprendiendo á maromero? Entonces él me vió y me contestó: ni estoy loco, ni quiero ser volatin, sino que estoy trabajando por aprender á hacer la octava que piden estas boleras; y diciendo esto continuó sus cabriolas.

Yo, mirando lo espacio que estaba, le dije: suspende un poco tus lecciones, que traigo un asunto de mucha importancia que comunicarte, y del que solo tu amistad puede sacarme con bien. Él entónces muy cortés se quitó del lazo, se sentó conmigo en su cama, y me dijo: no sabia yo que traias asunto; pero dí lo que se ofrezca, que ya sabes cuanto te estimo.

Le conté punto por punto todas mis cuitas, rematando con decirle que para libertarme del deshonor que me esperaba en el aprendizage, habia pensado meterme á fraile. Él me oyó con bastante gravedad, y me dijo: Perico, yo siento los infortunios que te amenazan por el genio ridículo y escrupuloso de tu padre; pero supuesto que no hay medio entre ser oficial mecánico ó soldado, y que el único arbitrio de evadirte de ambas cosas de esas es meterte á fraile, yo soy de tu mismo parecer; porque mas vale tuerta que ciega: peor es ser el sastre Perico, ó el soldado Perico, que no el padre Fr. Pedro. Ello es verdadero, que la vida de fraile trae sus incomodidades inaguantables, como el estudio, la asistencia de comunidad, la observancia de las reglas, la subordinacion á los prelados y la sujecion ó privacion de la libertad que tanto te acomoda á tí y á mi; pero todo es hacerse. A mas de que en cambio de esas molestias, tiene el estado sus ventajas considerables, como el honor de la religion que se estiende por todos sus individuos, aunque sean lejos; el respeto que infunde el santo hábito; y sobre todo, hijo, el afianzar la torta para siempre.

Ya verás tú que éstas conveniencias no las encuentra un artesano ni un soldado: y así me parece que lleves adelante tu pensamiento.

Pues yo he venido, le dije, á consultarte mis designios y á suplicarte te empeñes con tu padre para que me dé una esquela de recomendacion para que me admita tu tio el provincial de S. Diego; porque esto urge, y en la tardanza está el peligro; pues como yo consiga la patente de admitido, ya á mi padre se le quitará el

enojo y me verá de distinto modo.

Pues eso es lo de menos, me dijo Pelayo, ven mañana temprano que yo haré que mi padre ponga la esquela esta noche. Con este consuelo me despedí de Martin muy contento, y me volví á mi casa.

Entré en ella, y encontré de visitas á D. Martin el de la hacienda, á la señora su esposa la que me casco el zapatazo, á su niña y al famoso Juan Largo ó Januario, que toda la familia habia venido á México á pasear; porque como todo fastidia en este mundo los que viven en las ciudades buscan su diversion en el campo, y los que viven en el campo anhelan por la ciudad para divertirse, y ni unos ni otros logran por largo tiempo satisfacer sus deseos porque como la tristeza no está en el campo ni en la ciudad sino en el corazón, nos siguen los fastidios y cuidados donde quiera que llevamos nuestro corazon.

Luego que hube saludado á las visitas y que cesaron los cumplimientos de moda, me aparté al corredor con Januario y hablamos largo sobre diversos asuntos, ocupando el mejor lugar de la conversacion los mios, entre los que le conté mis aventuras y la última resolucion que tenia de volverme fraile; á lo que Juan Largo me contestó muy aprisa: sí, sí, Periquillo, vuélvete fraile, hijo, vuélvete fraile, no harás cosa mejor. No todos los hombres hacen lo que deben sino lo que les está mas á cuenta para sus fines particulares: quién hay que se ordene porque es inútil para otra cosa, ó por no perder una capellanía: quién que se casa con la primera que encuentra mas que no le tenga amor ni con que mantenerla, solo por escaparse de una leva: quién que se meta á soldado solo porque no lo persiga la justicia ordinaria, por tramposo ó por alguna fechoria que ha cometido; y quién, en fin, que hace mil cosas contra su gusto solo por evitar este ó el otro lance que considera serle peor: con que ¿qué nuevo ni raro será que tú te metas á fraile por no aprender oficio ni ser soldado?

Sí, Perico, haces bien, alabo tu determinacion; pero hermano; aviva, aviva el negocio; porque al mal paso darle prisa.

Así concluyó su arenga este grande hombre. El es claro que me dijo muchas verdades, pero truncas. Si me hubiera dicho despues de ellas, que aunque así lo hacen, en ello nada justo hacen ni digno de un hombre de bien, y que por lo comun estas trampas y artificios de que se valen para eludir el castigo, escusar el trabajo, engañar al superior ó evitar por el camino mas breve la desgracia inminente ó que parece tal, no son sino unos remedios paliativos ó aparentes, que despues de tomados se convierten en unos venenos terribles, cuyas funestas resultas se lloran toda la vida; si me hubiera dicho esto, repito, quizá quizá me hubiera hecho abrir los ojos y cejar de mi intento de ser religioso, para el que no tenia ni natural ni vocacion; pero por mi desgracia los primeros amigos que tuve fueron malos, y de consiguiente pésimos sus consejos.

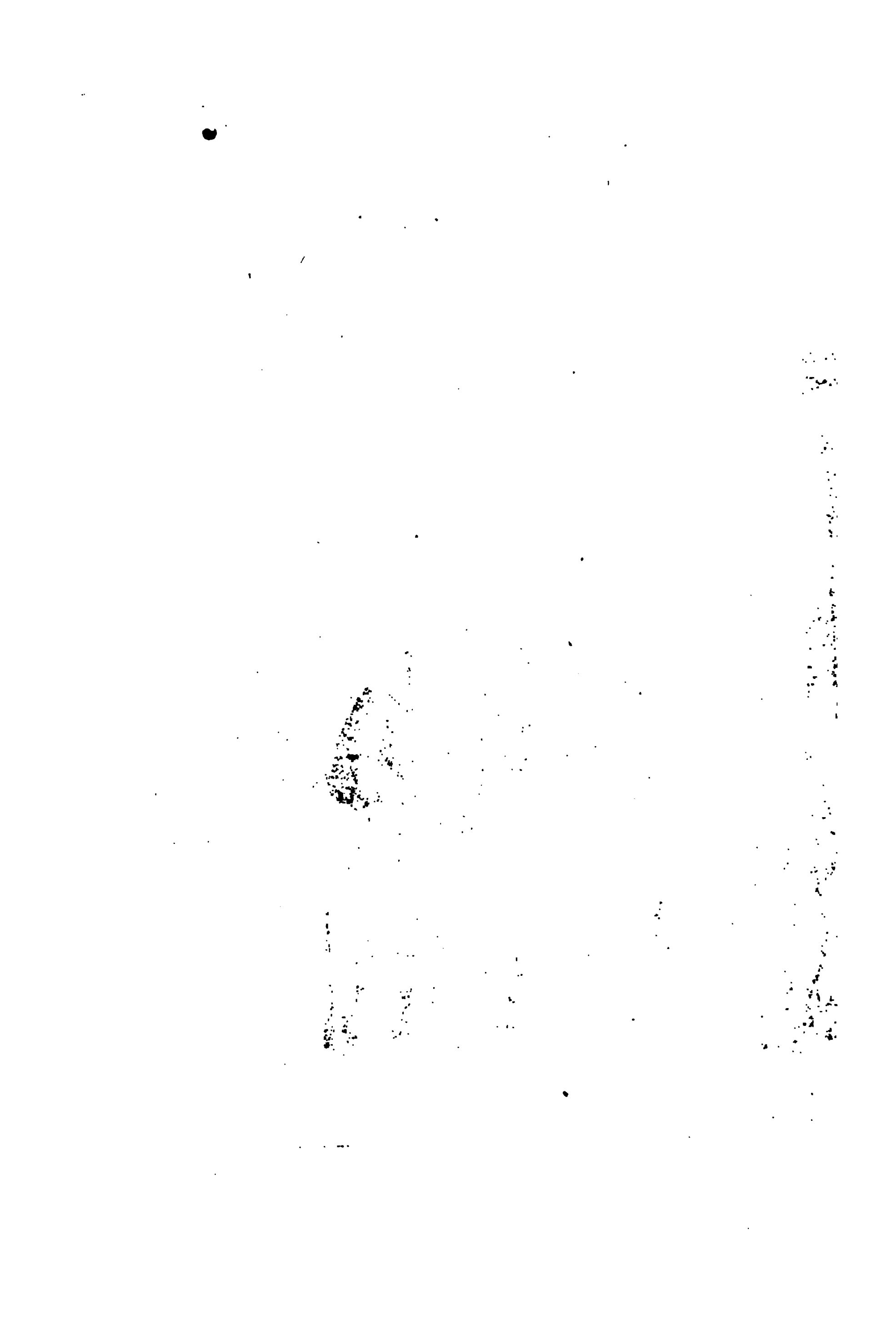
A otro dia marché para la casa de Pelayo, quien puso en mis manos la esquela de su padre, el que no contento con darla, pensando que yo era un jóven muy virtuoso, prometió ir á hablar por mí á su hermano el provincial para que me dispensara todas aquellas pruebas y dilaciones que sufren los que pretenden el hábito en semejantes religiones austeras.

No parece sino que me ayudaba en todo aquella fortuna que llaman de pícaro, porque todo se facilitaba á medida de mi deseo.

Yo recibí mi esquela con mucho gusto, dí las gracias á mi amigo por su empeño y me volví para casa.



[o que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias &.



CAPITULO XI.

Toma Periquillo el hábito de religioso y se arrepíente en el mismo dia. Cuéntanse algunos intermedios relativos á esto.

ODO aquel dia lo pasé contentísimo esperando quellegara el siguiente para ir á ver al provincial. No quise ir en esa tarde por dar lugar á que el padre de Pelayo hiciese por mí el empeño que habia ofrecido.

Nada ocurrió particular en este dia; y al siguiente á buena hora me fuí para el convento de S. Diego, y al pasar por la alameda, que estaba sola, me puse frente á un árbol, haciéndolo pasar en mi imaginacion la plaza de provincial, y allí me comencé á ensayar en el modo de hablarle en voz sumisa, con la cabeza inclinada, los ojos bajos y las dos manos metidas dentro la copa del sombrero

Con estas y cuantas esterioridades de humildad me sugirió mi hipócresía, me marché para el convento.

Llegué á él, anduve por los claustros preguntando por la celda del prelado: me la enseñaron, toqué, entré y hallé al padre provincial sentado junto á su mesa, y en ella estaba un libro abierto, en el que sin duda leía á mi llegada.

Luego que lo saludé, le besé la mano con todas aquellas ceremonias en que poco ántes me habia ensayado, y le entregué la carta de recomendacion de su hermano. La leyó, y mirándome de arriba á abajo, me preguntó que si queria ser religioso de aquel convento. Sí, padre nuestro, respondí. ¿Y vd. sabe, prosiguió. qué cosa es ser religioso y de la estrecha observancia de N. P. Francisco? ¿Lo ha pensado vd. bien? Sí, padre, respondí. ¿Y qué mueve á vd. venir á encerrarse en estos cláustros y á privarse del mundo, estando como está en la flor de su edad? Papre, dije yo, el de-

seo de servir á Dios. Muy bien me parece ese deseo, dijo el provincial; pero qué ¿no se puede servir á su Magestad en el mundo? No todos los justos ni todos los santos lo han servido en los monasterios. Las mansiones del Padre Celestial son muchas, y muchos los caminos por donde llama á los escogidos. En correspondiendo á los auxilios de la gracia, todos los estados y todos lugares de la tierra son á propósito para servir á Dios. Santos ha habido casados, santos célibes, santos viudos, santos anacoretas, santos palaciegos, santos idiotas, santos letrados, santos médicos, abogados, artesanos, mendigos, soldados, ricos, y en una palabra, santos en toda clase del estado. Con que de aquí se sigue que para servir á Dios no es condicion precisa ser fraile, sino el guardar su santa ley, y esta se puede guardar en los palacios, en las oficinas, en las calles, en los talleres, en las tiendas, en los campos, en las ciudades, en los cuarteles, en los navíos y aun en medio de las sinagogas de los judíos y de las mezquitas de los moros.

La profesion de la vida religiosa es la más perfecta; pero si no se abraza con verdadera vocacion, no es la mas segura. Muchos se han condenado en los cláustros, que quizá se hubieran salvado en el siglo. No está el caso en empezar bien; es menester la constancia. Nadie logra la corona del triunfo sino el quepelea varonilmente hasta el fin. En la edad de vd. es preciso desconfiar mucho de esos ímpetus ó fervores espirituales, que ordinariamente no pasan de unas llamaradas de *zacate*, que tan pronto se levantan como se apagan; y así sucede que muchos no profesan ó si profesan, es por la verguenza que les causa el *qué dirán;* y estos tales profesos, como que lo son sin su voluntad, son unos malos religiosos, desobedientes y libertinos, que con sus vicios y apostasías dan que hacer á los superiores, escandalizan á los seculares, y de camino quitan el crédito á las religiones; porque como dice Santa Teresa, y es constante: el mundo quiere que los que siguen la virtud, sean muy perfectos; nada les dispensa, todo les nota, les ad-

vierte y moteja con el mayor escrúpulo, y de aquí es que los mundanos fácilmente disculpan los vicios mas groseros de los otros mundanos; pero se escandalizan grandemente si advierten algunos en este ó el otro religioso ó alma dedicada á la virtud. Levantan el grito hasta el cielo, y hablan no solo de aquel fraile que los escandaliza, sino contra el honor de aquella religion, sin pesar en la balanza de la justicia los muchos varones justos y arreglados que ven en la misma religion y aun en el mismo convento.

Para evitar que los jóvenes se pierdan abrazando sin vocacion un estado que ciertamente no debe ser de holgura sino de un trabajo continuo para cumplir los prelados con nuestra obligacion, y no dar lugar á que las religiones se descrediten por sus malos hijos, debemos examinar con mucha prudencia y eficacia el espíritu de los pretendientes, aun antes de que entren de novicios, pues el noviciado es para que ellos esperimenten la religion; pero el prelado debe examinarles el espíritu aun antes de ser novicios.

En virtud de esto, vd. que desea servir á Dios en la religion, ¿ya sabe que aquí de lo primero que ha de renunciar es de la voluntad; porque no ha de tener mas voluntad que la de los superiores, á quienes ha de obedecer ciegamente? Sí, padre, dije yo. ¿Sabe que ha de renunciar para siempre al mundo, sus pompas y vanidades, asi como lo prometió en el bautismo? Sí, padre. ¿Sabe que aquí no ha de venir á holgar ni á divertirse, sino á trabajar y á estar ocupado todo el dia? Sí, padre; y sí, padre, y sí, padre, respondí á setenta *sabes* que me preguntó, que ya pensaba yo que era llegada mi hora y me estaban sacramentando; y todo este exámen paró en que me dió mi patente allí mismo, advirtiéndome que fuera mi padre á verse con su Reverencia.

Tales fueron mis palabras estudiadas y mis hipocresías, que la llevó entre oreja y oreja aquel buen prelado, y formó de mí un concepto ventajoso. Ya se vé, él era bueno; yo era un pícaro, y ya se

ha dicho lo fácil que es que los pícaros engañen á los hombres de bien, y mas si los cojen desprevenidos.

El bendito provincial al despedirme, me abrazó y me dijo: Pues, hijo mio, vaya con Dios, y pídale á su Magestad que le conserve en sus buenos propósitos, si así sonviene á su mayor gloria y bien de su alma. Dígale todos los dias con el mayor fervor: *comfirma hòc Deus, quod operatus es in obis* (1), y disponga su corazon cada dia más y más para que fecundice en él la gracia del Espíritu Santo y produzca frutos ópimos de virtud. Con esto le besé la mano y me retiré para casa.

¿Quién creerá que cuando salí del convento sentí no sé qué de bueno en mí, que me parecia que deveras tenía yo vocacion de ser religioso? No se me olvidaba aquel aspecto venerable del anciano prelado, aquellas palabras tan llenas de uncion y penetrantes que tanto eco hicieron en mi corazon, aquella su prudencia, aquel su carácter amable y aquel todo hechicero de la verdadera virtud, capaz de enamorar al mismo vicio.

En efecto, yo decia entre mí: ¿qué mano que hubiera nacido para fraile, que no lo hubiera advertido, y Dios quisiera haberse valido de este incidente para reducirme y meterme en el camino que me conviene? No hay duda: así debe ser. Yo me acuerdo haber oido decir que Dios hace renglones derechos con pautas torcidas, y éste ha de ser uno de ellos sin remedio. Estos y semejantes discursos ocupaban mi imaginacion en el camino del convento á mi casa.

Luego que llegué á ella, me entré á ver á mi madre y le conté cuanto me habia pasado, manifestándole la patente de admitido en el convento de San Diego. De que mi madre la vió, no sé como no se volvió loca de gusto, creyendo que yo era un jóven muy bueno, y que cuando menos seria yo otro San Felipe de Jesus.

¡Oh Dios! confirma lo que haz obrado en mí.—E.

No hay que dudar ni que admirarse de esta sorpresa de mi madre, pues si mis maldades le parecian gracias, mi virtud tan al vivo ¿qué le pareceria?

Vino mi padre de la calle, y mi madre llena de júbilo le impuso de todas mis intenciones, enseñándole al propio tiempo la patente del padre provincial.

¿Ves, hijo, le decia; ves como no es tan bravo el leon como lo pintan? ¿Ves como Pedrito no era tan malo como tú decias? El como muchacho ha sido traviesillo; ¿pero qué muchacho no lo es? Tu querias que fuera un santo desde criatura, querias bien; pero hijo, es una imprudencia: ¿cómo han de comenzar los niños por donde nosotros acabamos? Es necesario dar tiempo al tiempo. Ya ves qué mutacion tan repentina. ¿Cuando lo esperabas? Ayer decias que Pedro era un pícaro, y hoy ya lo ves hecho un santo: ayer pensabas que habia de ser el lunar de su linaje, y hoy ya ves que él será el lustre de su familia, porque familia que cuenta un deudo fraile, no puede ser de oscuro principio: yo á lo menos así lo entiendo, y en esta fé y creencia he de vivir, aunque me digan, como ya me lo han dicho, que esto es una preocupacion de las que han echado más raíces en América que en otras partes del mundo; pero yo no lo creo, sino que en teniendo una familia un pariente fraile, ya puede apostárselas en nobleza con el Preste Juan de las Indias, sin haber menester ejecutorias, genealogías, ni esotras zarandajas de que tanto blasonamos los nobles, porque esas cosas solo las saben los parientes y amigos de las casas; pero los estraños que no las ven, no pueden saber si son nobles ó no. Lo que no sucede teniendo un deudo fraile, porque todo el mundo lo ve y nadie puede dudar de que es noble él, sus padres, sus abuelos, sus bisabuelos y sus tatarabuelos; y si el dicho fraile se casara, fueran nobles y muy nobles sus hijos, nietos, biznietos, totaranietos y choznos; porque un fraile es una ejecutoria andando. Con que mira si tengo razon de estar contenta, y si tú tambien debes estarlo con la nueva resolucion de Pedrito.

Yo por un agujerito de la puerta habia estado oyendo y fizgando toda esta escena, y vi que mi padre leyó releyó y remiró una, dos y tres veces la patente, y aun advertí que mas de una vez estuvo por limpiarse los ojos, á pesar de que no tenia lagañas. ¡Tal era la duda que tenia de mi verdad, que á penas creia lo que estaba leyendo.

Sin embargo de esta su sorpresa, oyó muy bien toda la arenga de mi madre, á la que luego que concluyó, le dijo: ¡Válgate Dios, hija, qué cándida eres! ¡cuántas boberías me has dicho en un instante! Si alguno nos hubiera escuchado, yo me avergonzara; pues las familias que en realidad son nobles, como la tuya, no aspiran á parecerlo con el empeño de tener un hijo religioso; ni hacen vanidad de ello cuando lo tienen; antes ese empeño y esa vanidad, es una prueba clara de una no conocida nobleza, ó que á lo menos no puede manifestarse de otro modo; modo ciertamente muy aventurado, y que puede estar sujeto ó mil trácalas; pero esto no es lo que importa por ahora, á mas que la nobleza verdadera consiste en la virtud. Esta es su piedra de toque y su prueba legítima, y no los puestos brillantes, eclesiásticos ó seculares, pues éstos muchas veces se pueden hallar en personas indignas de tenerlos por su mala moral, etc. Lo que importa por ahora es esta patente. Yo me hago cruces y no acabo de entender como es esto. Ayer era Pedro tan libertino y descarriado, que hacia continuas faltas en el colegio por ir á tunantear con sus amigos, ¿y hoy tan sujeto y virtuoso que pretende ser religioso y de una religion estrecha y observante? Ayer tan flojo, que aun para estudiar teología ponia mil cortapizas, y ¿hoy tan decidido por el trabajo de una comunidad? Ayer tan disipado, ¿hoy tan recoleto? Ayer tan uno, ¿y hoy tan otro? No sé cómo será esto.

Yo no ignoro que Dios es poderoso y puede hacer cuanto quiera: sé muy bien que de una Magdalena hizo una santa, de un Dímas un confesor, de un Saulo un Pablo, de un Aurelio un Agustino, y de otros tantos pecadores otros tantos siervos suyos que han edificado su iglesia; pero estos casos no son comunes, porque no es comun que

el pecador corresponda á los auxilios de la gracia; lo corriente es despreciarlos cada instante, y por eso está el mundo tan perdido. No sé por qué me parece que estas son picardías de Pedro...... Cállate, dijo mi madre, como tú no quieres al pobre muchacho, aunque haga milagros te han de parecer mal. Sus defectos sí los crees aunque no los veas; pero de su virtud dudas, aun mirándola con los ojos. Bien dicen, en dando en que un perro tiene rabia, hasta que no lo matan.

¿Qué estás hablando, hija? Decia mi padre: ¿qué virtud estoy mirando yo, ni jamás he visto en Pedro? ¿Qué mas prueba de virtud que esa patente? decia mi madre. No, esta patente no prueba virtud, replicaba mi padre; lo que prueba es que tuvo habilidad para engañar al provincial hasta arrancársela por sus fines particulares. Tú harás y dirás todo eso por no gastar en el hábito y en la profesion; pero para eso no es menester que quites de las piedras para poner en mi hijo. Aun tiene tios, y cuando nó, yo pediré los gastos de limosna. Así se explicó mi madre, á quien mi padre, con mucha prudencia contestó; no seas tonta, mujer. No son los gastos sino la experiencia que tengo la que me hace desconfiar de Pedro. Conozco su genio y tengo examinado su carácter, por eso dudo que sea cier ta su vocacion. El es mi hijo, lo amo, y lo amo mucho, pero este amor no me quita el conocimiento que tengo de él. Sé que no le gusta el trabajo, que le agrada la libertad, los amigos y el lujo demasiado, y que es muy variable en su modo de pensar. A mas de esto, es muy jóven, le falta mucho para saber distinguir bien las cosas, y todo ello me hace creer que apenas estará en el convento dos ó tres meses, verá el trabajo de la religion y se saldrá. Esto es lo que deseo escusar, no los gastos, pues siempre he erogado gustoso cuantos he considerado concernientes á su bien.

No obstante, yo de buena gana y con la misma voluntad que otras veces, gastaré en esta ocasion cuanto sea necesario y me daré los plácemes de que sea con provecho suyo.

Aquí paró la sesion, y salieron los dos buenos viejos á comer.

A la noche me llamó mi padre á solas, me hizo mil preguntas, á las que yo contesté: *amen, amen*, con la misma hipocresía que al provincial: me echó su merced mi buen sermon explicándome qué cosa era la vida de un religioso, cuál la perfeccion de su estado, cuáles sus cargos, cuán temibles son las resultas que se debe prometer el que abraza sin vocacion un estado semejante, y qué sé yo que otras cosas, todas ciertas, justas, muy bien dichas y para mi bien; pero es lo que los muchachos oyen con menos atencion, y así no es mucho se les olvide pronto. Ello es que yo estuve en el sermon con los ojos bajos y con una modestia tal, que ya parecia un novicio.. Tan bien hice el papel, que mi padre creyó que era la pura verdad, y me ofreció ir por la mañana á ver al padre provincial: me dió su bendicion, le besé la mano y nos fuimos á acostar.

Yo dormí muy contento y satisfecho, porque los habia engañado á todos, y me había escapado de ser aprendriz ó soldado.

A otro dia cuando me levanté, ya mi padre habia salido de casa y cuando volvió á ella al medio dia, me dijo delante de mi madre: señor Pedríto, ya ví al provincial: ya está todo en corriente, y de aquí á ocho dias, dándome Dios vida, tomarás el hábito.

Mi madre se alegró, y yo fingí alegrarme más con la noticia.

Comimos, y á la tarde fuí á ver á Pelayo y le dí cuenta del buen estado de mi negocio. El me dió los plácemes de este modo: me alegro, hermano, de que todo se haya facilitado. El caso es que aguantes las singularidades de los frailes, y mas en el año del noviciado; porque te aseguro que las tienen y de marca; pues esto de levantarse á media noche, rezar todo el dia, andar con los ojos bajos, hablar poco, ayunar mucho, pelarse á azotes, barrer los claustros, estudiar y sufrir por toda la vida á tanto fraile grave, es una tarea inacabable, un subsido eterno, una esclavitud constante, y una série no interrumpida de trabajos, de que solo la muerte podrá librarte; pero en fin, ya lo hiciste y es menester morderte un brazo, porque si no,

¿qué dirá tu padre? ¿Qué dirá tu madre? ¿Qué dirán tus parientes? ¿Qué dirá el provincial? ¿Qué dirán los conocidos de tu casa? ¿Qué dirá mi padre? Y ¿qué dirán todos? Si ahora te arrepintieras, fuera un escándalo para el público, un deshonor para tí y una vergüenza terrible para tus pobres padres; y así no hay remedio, hermano, á lo hecho pecho, dice el refran: ahora es fuerza que seas fraile quieras ó no quieras.

Hay hombres cuyo carácter es tan venenoso que hacen mal, aun cuando ellos piensan que hacen bien. Son como el gato, que lastima al tiempo de hacer cariños. Así era el de Pelayo, que despues que decia que me estimaba, parece que se empeñaba en enredarme ó afligirme, pues primero me pintó que la religion era una *Jauja*, y ya que estuve comprometido, me la presentó como una mazmorra, desacreditándola por ambos lados.

Yo me despedí de él bien contristado, y casi casi ya estaba por retractarme de mis propósitos, pero la vergüencilla y este *qué diran*, este *qué dirán* del mundo, que es causa de que atropellemos casi siempre con las leyes divinas, me hizo forzar mi inclinacion, hacer á un lado mis temores y llevar adelante mi falsa intentona.

En aquellos ocho dias se prepararon todas las cosas necesarias para mi ingreso; se dió parte de él á todos mis amigos, parientes, conocidos, bien y malhechores, y de todos ellos recibió mi padre mil parabienes y mi madre mil enhorabuenas, que hacian por junto dos mil faramallas, que llaman políticas, ceremonias y cumplimientos: pero que no dejan todas ellas una onza de utilidad, por más que se multipliquen en número.

Mis padres se ocupaban en estos ocho dias en recibir visitas y en disponer lo necesario para la entrada, y yo me ocupaba en andar con Pelayo despidiéndome de mis tertulias, no con poco dolor de mi corazon, pues sentia demasiada violencia en la separacion de mis pecaminosas distraciones.

Mi gran Pelayo se habia propuesto avisar en cuantas partes iba-

mos, de mis nuevos intentos y lo pronto que estaba mi noviciado. Yo le rogaba que los callara, mas á él se le hacia escrúpulo y cargo de conciencia el reservarlos, y como todas las casas que visitábamos eran de aquellos y aquellas que llaman de la *hoja*, me daban mis estragadas terribles, especialmente las mujeres. Una me decia: ¡ay! ¡qué lástima! tan niño y encerrarse. Otra: ¡qué gracia! y tan muchacho. Otra: ¡qué, no se acordará vd. de mí? Otra: ¿á qué no profesa vd? Esta: yo no creo que vd. sea tan bueno para fraile siendo tan muchacho, no feo y con tantas gracias: Aquella: ¿bailador y fraile? vamos, yo lo creo; y así todas, y cuando se ofrecia proferir algunos cuentecillos y palabritas obscenas (que se ofrecian á cada paso) saltaba alguna muchacha burlona con la frialdad de ¡ay niña: *¿quién dice eso? Cállate, no perturbes al siervo de Dios.*

Sin embargo de todas estas bufonadas, yo me divertia todo lo posible por despedida. Hacia orejas de mercader y bailaba, tocaba el bandolon, platicaba, seducia y hacia cosas que son mejores para calladas. Tales fueron los ejercicios preparatorios en que me entretuve en los ocho dias precedentes á mi frailazgo. Así salió ello.

No contento con la libertad que tenia en la calle hasta las ocho de la noche [que hasta esa hora se le estendió la licencia al religioso *in fieri*, ó por ser], ni satisfecho por las holguras que me proporcionaba mi maestro Pelayo, mi génio festivo y la facilidad de las damas que visitábamos, todavía aspiraba á seducir á Poncianita, la hija de D. Martin el de la hacienda que frecuentaba mi casa diariamente; mas la muchacha era virtuosa, discreta y juguetona. Conocia bien mi carácter, y me tenia por lo que era, esto es, por un jóven calavera y malicioso, pero tonto en realidad; y así á todos los mimos y sorroclocos que yo le hacia, me contestaba con mucho agrado, pero tambien con mucha variedad, y siempre haciéndome ver que me queria. Con esto yo mas bobo y malicioso que ella, pensaba lograr alguna vez la conquista; pero ella mas honrada y viva que yo, pensaba que esta vez jamás llegaria, como en efecto jamas llegó.

Un dia le dí yo mismo una esquelita que decia una sarta de tonteras y requiebros, y remataba asegurándole de mi buena voluntad, y que si yo no hubiera de entrarme religioso, con nadie me casaria sino con ella. Por aquí se puede comprender muy bien lo que yo era, y cómo es compatible la ignorancia suma, con la suma malicia; pero lo mas digno de celebrarse es la chusca contestacion de ella á mi papel, que decia: *Señorito: Agradezco la buena voluntad de vd., y si pudiera la corresponderia, pero estoy queriendo bien á otro caballerito, que si esto no fuera, con nadie me casaria mejor que con vd. aunque sacara dispensa.*

Dios lo haga buen religioso y le dé ventura en lides.—La que vd. sabe.

No puedo ponderar bien las agitaciones que sentí con esta receta. Ella me enceló, me enamoró y me enfureció en términos que esa noche que fué la víspera de mi entrada, apénas pude dormir. ¿Qué tal seria el alboroto de mis pasiones? Pero por fin amaneció, y con la vista de otros objetos, fué calmando un poco aquel tumulto.

Llegó la tarde: me despedí de mi madre, tias y conocidas, á quienes abrazé muy compungido, sin descuidarme de hacer la misma ceremonia con la dómina Poncianita, la que correspondió mi abrazo con bastante desdén, como que estaba presente su madre, y no me queria como me significaba.

Acabada la tanda de abrazos, lágrimas y monerias, nos fuimos para el convento, mi padre, yo, mis tios y una porcion de convidados que iban á ser testigos de mi hipocresía.

Luego la suerte (adversa para mí) presagió mi desventura, en mi concepto; porque el silencio en que íbamos, y la larga série de coches que seguia el nuestro, representaba bien un duelo, y cuantos nos miraban en la calle no pensaban otra cosa. En efecto, á mí y á mis padres se nos podia haber dado el pésame con justicia.

Llegamos á San Diego: se avisó al padre provincial, quien nos recibió con su acostumbrado buen carácter, y montando en el coche en

que yo iba con mi padre, nos dirijimos á Tacubaya, donde está el noviciado de San Diego.

Luego que nos apeamos á la puerta del convento, se dispusieron todas las cosas, y fuimos al coro, donde se celebró la funcion. Tomé el hábito; pero no me desnudé de mis malas cualidades: yo me ví vestido de religioso y mezclado con ellos; pero no sentí en mi interior la más mínima mutacion: me quedé tan malo como siempre, y entónces esperimenté por mí mismo que *el hábito no hace al monje.*

Despidiόse mi padre de mí y de aquella venerable comunidad; hicieron lo mismo los demas, y Juan Largo me dió un grande abrazo, á poco tiempo le dije: no dejes de venir á verme: él me lo prometió: se fueron todos y me quedé yo solo y curtido entre los frailes, y omo suele decirse, rabo entre piernas, y como perro en barrio ageno.

Inmediatamente comencé á estrañar lo áspero del zayal. Llegó la hora de refectorio, y me disgustó bastante lo parco de la cena. Fuíme á acostar, y no hallaba lugar que me acomodara: por todas partes me lastimaba la cama de tablas, y como nunca me habia dado una ensayadita en estas mortificaciones ni de chanza, se me asentaban demasiado.

Daba vueltas y mas vueltas, y no podia dormir pensando en Poncianita, en la *Zorra* y en la *Cucaracha,* y en otras iguales sabandijas, y me arrepentia sinceramente de mi determinacion: renegaba del apoyo que hallé en Pelayo, y me daba al diablo juntamente con la esquela de recomendacion que tan breve me habia facilitado mi presidio, que así nombraba yo mi nuevo estado; pero él no tenia la culpa sino yo, que no era para él.

¿No soy buen salvaje y majadero (me decia yo mismo), en haberme condenado por mi propia voluntad á esta cárcel tan espantosa, y á esta vida tan miserable? ¿Qué caudales me he robado? ¿Qué moneda falsa he fabricado? ¿Qué heregías he dicho? ¿Qué casas he incendiado? ¿Ni qué crímen atroz he cometido para padecer lo que

padezco? ¿Quién diablos me metió en la cabeza ser fraile, solo por librarme de ser aprendiz ó soldado? En cualquiera de estos dos ejercicios me la pasara yo mejor seguramente, porque comiera cuando pudiera hasta hartarme y lo que se me diera la gana: me pusiera camisa mas que fuera de manta: durmiera en colchon si lo tenia, y hasta que se me antojara, el dia que estuviera franco, y por último, gozaria de mi libertad andando entre mis amigos y conocidas en los bailes y jaranitas; y no aquí con esta jerga pegada al pellejo, descalzo, comiendo mal, durmiendo peor y sobre unas duras tablas, encerrado, trabajando, y sin ver una muchacha ni cosa que lo parezca por todo esto. ¡Ah! reniego de mí, y maldita sea la hora en que yo pensé ser fraile.

Así hablaba yo conmigo mismo, y así hablan todos aquellos jóvenes de ambos sexos, y en especial las niñas miserables, que sin una inspiracion de Dios y sin una vocacion perfecta, abrazan el estado religioso: estado santo, estado quieto, dulce y celestial para los que son llamados á él por la gracia; pero estado duro, difícil é infernal para los que se introducen á él sin vocacion. ¡Cuántos, cuántos lo esperimentan en sí mismos á la hora de esta, tal vez, y sin remedio! Cuidado, hijos mios, cuidado con errar la vocacion, sea cual fuere; cuidado con entrar en un estado sin consultar mas que con vuestro amor propio, y cuidado, por fin, con echaros cargas encima que no podeis tolerar, porque perecereis debajo de ellas.

Maldiciendo y renegando, como os digo, me quedé dormido cerca de las once y media de la noche, y apenas habia pegado mis párpados, cuando entra en mi celda un novicio despertador, y me dice; hermano, hermano, levántese su caridad, vamos á maitines. Abrí los ojos, advertí que era fuerza obedecer, y me levanté echando sapos y culebras en mi interior.

Fuí á coro, y medio durmiendo y rezongando lo que entendia del oficio, concluí mi tarea y volví á mi celda apeteciendo un posillo de

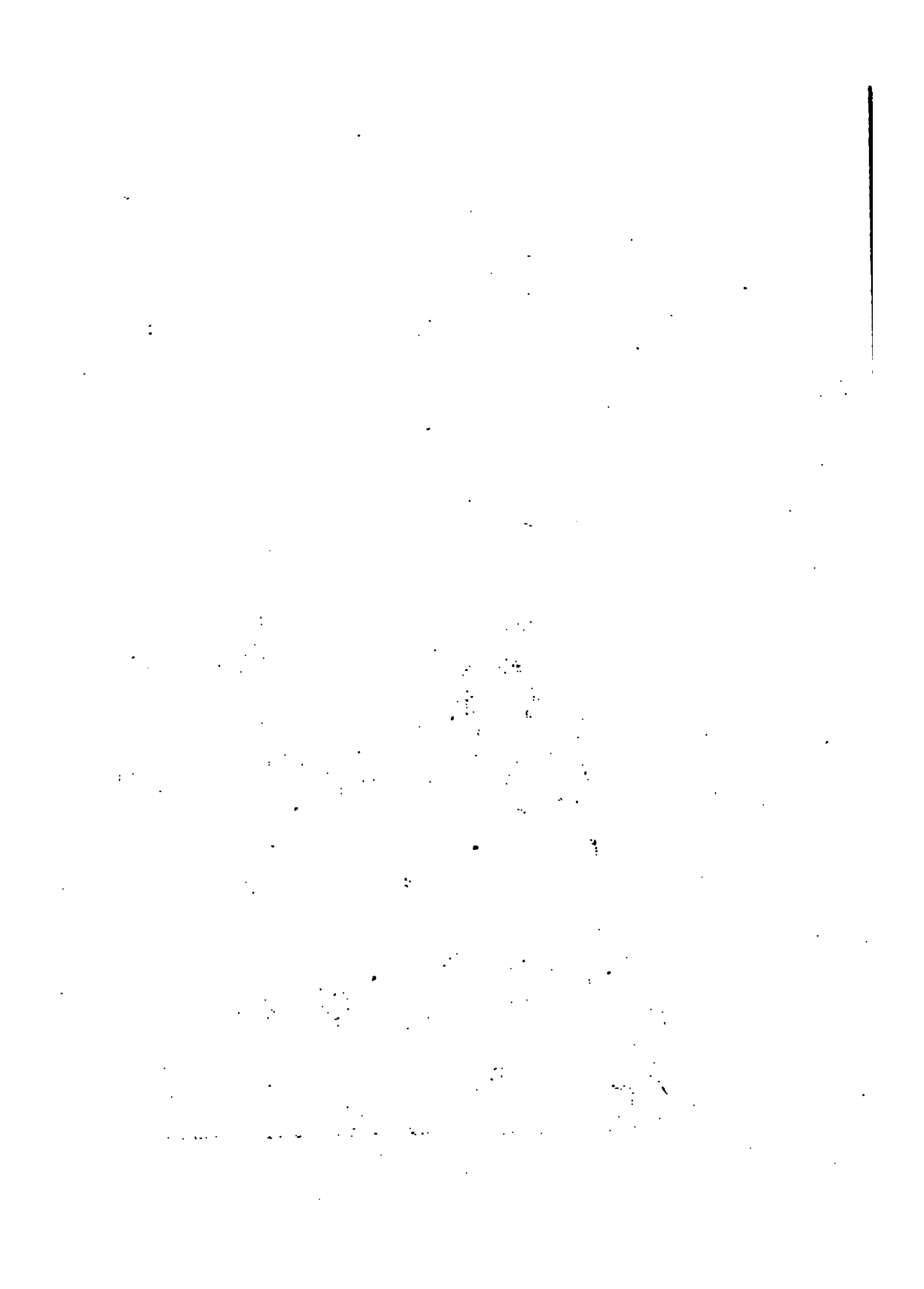
chocolate siquiera á aquella hora, porque ciertamente tenia hambre; pero no habia ni á quien pedírselo.

Reinaba un profundo silencio en aquel dormitorio, y en medio del pavor que me causaba, para entretener mi hambre, mi vigilia y mi desesperacion, me volví á entregar á mis ideas libertinas y melancólicas, y tanto me abstraje en ellas, que derramé hartas lágrimas de cólera y de arrepentimiento; pero me venció el sueño al cabo de las cuatro de la mañana, y me quedé dormido; más ¡oh desgracia de flojos! no bien habia comenzado á roncar, cuando he aquí al hermano novicio que me vino á despertar para ir á prima.

Me levanté otra vez lleno de rabia, maldiciéndome á guisa de condenado; pero allá en mi corazon y sin hablar una palabra, diciendo entre mí: ¿pues no es esta una vida pesadísima? ¡Habrase visto empeño como el que ha tomado este frailecillo en no dejarme dormir! El es mi *ahuizote* sin duda, es otro Dr. Pedro Recio, pues si el del Quijote quitaba á Sancho Panza los platos de delante luego que empezaba á comer, éste me quita á mí el sueño luego que comienzo á dormir.

Pensando estos despropósitos me fuí á coro, recé más que un ciego, y al cantar abria tanta boca, pero de hambre, porque como la cena de la noche anterior no me gustó mucho, apenas la probé; y así tenia el estómago en un hilo, deseando se acabara la prima para ir á desquitarme con el chocolate, que me lo prometia de lo mucho y bueno, pues habia oido decir en el siglo, que los frailes tomaban muy buen caracas, y cuando en casa habia un pocillo muy grande, decian: este pozuelon es frailero: con esto yo decia entre mí: á lo menos si la cena fué mala, el desayuno será famoso. Sí, no hay duda, ahora me soplaré un tazon de buen chocolate con sus correspondientes bizcochos, ó cuando no, con cuartilla de pan enmantecado por lo menos.

En esta santa contemplacion se acabó el rezo y salimos de coro; ¡pero cual fué mi tristeza y enojo cuando dieron las seis, las seis y





Hermano, venga su caridad: tome esas cubetas y vamos á barrer

media, las siete, y no parecia tal chocolate ni pareció en toda la mañana, porque me dijeron que era dia de ayuno! Entonces me acabé de dar á Barrabás, renegando más y con doble fervor de mi maldito pensamiento de ser fraile, y mas cuando fueron otros dos novicios, y presentándome dos cubetas de cuero, me dijeron: hermano, venga su caridad: tome esas cubetas y vamos á barrer el convento mientras es hora de ir á coro.

Esta está peor, me decia yo: ¡con que no dormir, no comer, y trabajar como un macho de noria! ¿Esto es ser novicio? ¿Esto es ser fraile? ¡Ah, pese á mi maldita ligereza, y á los infames consejos de Pelayo y de Juan Largo! No hay remedio, yo no soy fraile, yo me salgo; porque si duro aquí ocho dias me acaba de llevar el diablo, de sueño, de hambre y de cansancio. Yo me salgo, sí; yo me salgo.... pero ¿tan breve? ¿Aun no caliento el lugar y ya quiero marcharme? No puede ser. ¿Qué dirán? Es fuerza aguantar dos ó tres meses, como quien bebe agua de tabaco, y entonces disimularé mi salida fingiéndome enfermo; aunque no habrá para qué afanarme en fingir, pues mi enfermedad será real y verdadera con semejante vida, y plegue á Dios que de aquí allá no haya yo estacado la zalea (1) en estos santos paredones, ¡Qué hemos de hacer!

Así discurria yo mientras subia agua y regaba los tránsitos con la *pichancha*, siempre triste y cabizbajo; pero admirándome de ver lo alegres que barrian los otros dos frailecitos mis compañeros, que eran tanto ó mas jóvenes que yo: ya se ve, eran unos virtuosos, y habian entrado allí con verdadera vocacion, y no por escusarse de trabajar, para holgarse como yo.

El uno de ellos, que era el mas muchacho, era muy elegre, su color era blanco, su pelo bermejo, sus ojillos azules y muy vivos, su

[1] *Estacar la zalea:* [frase familiar]. Morir, con alusion á los borregos que despues de muertos son desollados y sus zaleas clavadas con estacas en el suelo ó en las paredes para secarse antes de curtirlas. Lo mismo significa la otra frase vulgar: *Pelar su indigna rata*— E.

CAPITULO XII.

Trátase sobre los malos y buenos consejos: muerte del padre de Periquillo y salida de éste del convento.



STUVE en el coro durante la tercia y la misa; pero con la misma atencion que el facistol. Todo se me fué en cabecear, estirar los párpados y bostezar, como quien no habia cenado ni dormido.

El que presidia lo notó, y luego que salimos me dijo: hermano parece que su caridad es harto flojillo; enmendarse, que aquí no es lugar de dormir.

Yo no dejé de incomodarme, como que no estaba acostumbrado á que me regañaran mucho: pero no osé replicar una palabra. Me calé la capilla y marché á continuar la limpieza de mi santo cuartel.

Llegó la hora bendita del refectorio, y aunque la comida era de comunidad, á mí me pareció bajada del cielo, como que á buena hambre no hay mal pan.

En fin, me fuí acostumbrando poco á poco á sufrir los trabajos de fraile y el encierro de novicio, manteniendo el estómago debilitado: consolando á mis ojos soñolentos: animando mis miembros fatigados con el trabajo, y tolerando las demas penalidades de la religion, con la esperanza de que en cumpliendo seis meses fingiria una enfermedad y me volveria á mis ajos y coles que habia dejado en la calle.

Esta esperanza se avaloraba con la vista de mi padre de cuando en cuando; pero mas y mas con los siempre cristianos, prudentes y caritativos consejos de mis dos mentores Januario y Pelayo, que solian visitarme con licencia del padre maestro de novicios, á quien mi padre los habia recomendado.

boca llena de una modesta sonrisa, y como estaba fatigado con el trabajo, estaba coloradito y bonito que parecia un San Antonio: advirtió mi semblante sombrío y triste, y creyendo el inocente que era efecto de una suma austeridad, y de los escrúpulos que me agitaban-se llegó á mí y me dijo con mucho agrado: hermanito ¿qué tiene, por qué está tan triste? Alégrese: la alegría no se opone al servicio de Dios. Este Señor es todo bondad. Somos sus hijos, no sus esclavos: quiere que lo amemos como á padre, y que lo adoremos como al Señor Supremo, no que lo temamos con un miedo servil, no: si no es nuestro tirano. Es un Dios lleno de dulzura, no un Dios parricida como el Saturno de los paganos. Su vista sola alegra á los santos y hace toda la felicidad del cielo. Su servicio debe inspirar á los suyos la mayor confianza y alegría.

El santo rey David nos dice expresamente: *servid al Señor con alegría*, y el Eclesiástico: "arroja lejos de tí la tristeza, porque es pasion que á muchos quita la vida, y en ella no hay utilidad." Pero ¿qué mas? el mismo Jesucristo nos manda "que no queramos hacernos tristes como los hipócritas." Con que hermanito, alegrarse, alegrarse, y desechar escrúpulos é ideas funestas que ni hacen honor á la deidad, ni traen provecho á las almas.

Yo agradecí sus consejos al buen religiosito, y le envidié su virtud, su serenidad y alegría; porque no sé qué tiene la sólida virtud-que se hace amable de los mismos malos.

Llegó la hora de la misa conventual, y fuimos á coro. Entonces advertí que no asistian algunos padres que habia visto por el convento. Pregunté el motivo, y me dijeron que eran padres graves y jubilados, ó exentos de las asistencias de comunidad. Con esto me consolé un poco, porque decia: en caso de profesar, que lo dudo, como yo sea padre grave, ya estoy libre de estas cosas. Fuimos á coro.

Uno me decia: sí, Perico, no harás otra cosa mejor que mudarte de aquí: mírate ahí como te has puesto en dos dias, flaco, triste, amarillo, que ya con la mortaja encima no falta mas sino que te entierren, lo que no tardarán mucho en hacer estos benditos frailes, pues con toda su santidad son bien pesados é imprudentes. Luego luego quisieran que un pobre novicio fuera canonizable: todo le notan, todo le castigan: nada le disimulan ni perdonan: ya se ve, ningun padre maestro se acuerda que fué novicio.· Esto me decia el menos malo de mis amigos, que era Pelayo; que el Juan Largo maldito, ese era peor: blasfemaba de cuantos frailes y religiosos habia en el mundo; y ¿en qué términos lo haria, pues siendo yo algo peor que Barrabás, me escandalizaba?

Ciertamente que no son para escritas las cosas que me decia, de todas, y en especial de aquella venerable religion, que no tenia la culpa de que un pícaro como yo se acogiera á ella sin vocacion y sin virtud, solo para eludir los muy justos designios de su padre; pero por sus consejos inferirieis el fondo de maldad que abrigaba su corazon. No seas tonto, me decia: salte, salte á la calle: no te vallas á engreir aquí y profeses, que será enterrarte en vida. Eres muchacho, salvage, goza del mundo. Las muchachas tus conocidas siempre me preguntan por tí: mi prima ha llorado mucho, te estraña, y dice que ojalá no fueras fraile, que ella se casara contigo. Con que salte, Periquillo, hijo, salte y casate con Poncianita, que es la única hija de D. Martin y tiene sus buenos pesos. Ahora, ahora que te quiere has de lograr la ocacion; pues si ella pierde la esperanza de tu salida y se enamora de otro, lo pierdes todo. ¡Ojalá y yo no fuera su primo! á buen seguro que te diera estos consejos, pues yo los tomara para mí; pero no puedo casarme con ella, al fin se ha de casar con cualquiera, y ese cualquiera no ha de ser otro mas que tu, que eres mi amigo; púes lo que se ha de llevar el moro, mejor será que se lo lleve el cristiano. ¿Qué dices? ¿Qué le digo? ¿Cuándo te sales?

Yo era maleta, y luego con las visitas y persuaciones de este tu-

no, me pervertia mas y mas, y llegué á tanto grado de desidia, que no hacia cosa á derechas de cuantas me mandaba la obediencia. Si salia á acólitar, estaba en el altar inquietísimo, mi cabeza parecia molinillo, y no paraban mis ojos de revisar á cuanta muger habia en la iglesia: si barria el convento lo hacia muy mal: si servia el refectorio quebraba los platos y escudillas: si me tocaba algun oficio en el coro, me dormia; finalmente, todo lo hacia mal, porque todo lo hacia de mala gana; con esto, raro era el dia en que no entraba al refectorio con la almhoada, la escoba ó los *tepalcates* colgados, con un tapaojos ó con otra señal de mis malas mañas y de las ridiculeses de los frailes, como yo decia.

Los primeros dias se me asentaba la silla un poco (1), esto es, se me hacian pesadas semejantes burlas y mogigangas como yo las llamaba, siendo su propio nombre *penitencias;* pero despues me fuí connaturalizando con ellas de modo que se me daba tanto de entrar al coro ó refectorio con una sarta de guijarros pendiente del cuello, como si llevára un rosario de Jerusalen.

Así cayendo y levantando, y haciendo desesperar á los benditos religiosos, llegué á cumplir seis meses de novicio, tiempo que desde el primer dia me habia prefijado para salirme á la calle y volverme á mis andanzas del siglo. Ya estaba yo pensando de qué mal seria bueno enfermarme ó fingir que me enfermaba, para cohonestar mi veleidad, y habiendo por último elegido la epilepsía, ya iba á descargar sobre el corazon sensible de mi padre el golpe fatal, escribiéndole mi resolucion de salirme, cuando llegó Januario y me dió la triste noticia de hallarse mi dicho padre gravemente enfermo, y desahuciado de los médicos.

Afligióme semejante nueva, y trataba de acelerar mi salida; pero Januario me detuvo diciéndome que tiempo habia para ella: que por entónces suspendiera mi resolucion pues nada iba á medrar, y ántes

(1) Esta comparacion con los caballos apénas se puede pasar á Periquillo, si no es hablando de sí mismo.—*E.*

podia suceder que mi padre, con la pesadumbre, se agravara y se abreviaran sus dias por mi precipitacion, y así, que me sosegara; que por muerte ó por vida de mi padre se haria la cosa despues con más acierto y menos inconvenientes.

Hícelo así, y confieso que me convenció, porque á pesar de ser tan malo, esta vez me aconsejó como hombre de bien.

Los hombres, hijos mios, son como los libros. Ya sabeis que no hay libro tan malo que no tenga algo bueno; así los hombres, no hay uno tan perverso que tal cual vez no tenga algunos buenos sentimientos; y en esta inteligencia el mayor pecador, el mas relajado y libertino puede darnos un consejo sano y edificante.

Cinco dias pasaron despues del que me habló Januario, cuando vino á verme D. Martin, y previniéndome el ánimo con los consuelos que le dictó su caridad, me dió una carta cerrada de mi padre, y con ella la noticia de su fallecimiento.

La naturaleza apretó mi corazon, y mis lágrimas manifestaron en abundancia mis sentimientos. D. Martin repitió sus consuelos, y se fué á dar algunas limosnas al padre provincial para sufragios por el alma del difunto. El padre vicario, los coristas y mis connovicios entraron á mi celda y me daban todos aquellos consuelos que se apoyan en la religion; y luego que calmó un poco mi dolor, me dejaron solo y se retiraron á sus destinos. Dos dias pasaron sin que yo me atreviese á abrir la carta, pues cada vez que la queria abrir leia el sobrescrito que decia: *A mi querido hijo Pedro Sarmiento.—Dios lo guarde en su santa gracia por muchos años.*—Entónces se estremecia mi corazon sobremanera, y no hacia mas que besarla y humedecerla con mis lágrimas, pues aquellos pocos caractéres me acordaban el amor que siempre me habia tenido, y su constante virtud que me habia inspirado.

¡Ay! hijos! ¡Qué cierto es que el buen padre, la buena esposa y el buen amigo, solo se conocen cuando la muerte cierra sus ojos! Yo sabia que mi padre era bueno; pero no lo conocia bien hasta que tu-

ve la noticia de su fallecimiento. Entónces á un golpe de vista ví su prudencia, su amor, su juicio, su afabilidad y todas sus virtudes, y al mismo tiempo eché de ver el maestro, el hermano, el amigo y el padre que habia perdido.

Al cabo de tres dias abrí la carta, cuyo contenido leí tantas veces que se me quedó en la memoria, y por sus documentos, digna herencia de vuestro abuelo, os la quiero dejar aquí escrita.

Amado hijo:—Al borde del sepulcro te escribo ésta, que segun mi órden te entregarán luego que esté mi cadáver sepultado.

No tengo mas bienes que dejar á tu pobre madre, que cuatro reales y los pocos muebles de casa para que pase sin ansias algunos dias de su triste viudedad; y á tí, hijo mio, ¿qué te podré dejar, sino escritas por mi mano trémula y moribunda, aquellas mismas máximas que he procurado inspirarte toda mi vida? Hazles lugar en tu corazon y procura traerlas á la memoria con frecuencia. Obsérvalas, que jamas te arrepentirás de su observancia.

Ama á Dios, témelo y reconócelo por tu Padre, tu Señor y tu benefactor.

Sé fiel á tu patria, y respeta á las autoridades establecidas.

Pórtate con todos como quisieras se portaran contigo.

A nadie hagas daño, y jamas omitas el bien que puedas hacer.

No aflijas á tu madre, ni exites su llanto; porque las làgrimas que derraman las madres por los malos hijos, claman ante Dios contra éstos por la venganza.

Jamas desprecies los clamores del pobre, y hallen sus miserias un abrigo *en tu corazon.*

No juzguez del mérito de los hombres por su esterior, que éste es engañoso las mas veces.

No te empeñes nunca en singularizarte en nada.

Si profesares en esa santa religion, no olvides en ningun tiempo los votos con que te has consagrado á Dios.

No te afanes por alcanzar los puestos honoríficos de la religion, ni

te entristezcas si no los alcanzares, que esto no es propio del verdadero religioso que ha abandonado el mundo y sus pompas.

Si fueres padre maestro ó prelado, no olvides la observancia de la regla; antes entonces debes ser más modesto en el hábito, más puntual en el coro, y más edificante en todo; pues no es razon que exijas de tus súbditos el estrecho cumplimiento de su obligacion, si tú les enseñas otra cosa con el ejemplo.

No te mezcles en los negocios y asambleas de los seglares, porque no los escandalice tu relajacion; pues tan bien parece un religioso en el coro, en el claustro, en el altar, púlpito ó confesonario, como mal en el paseo, tertulia, juego, baile, coliseo y estrados de visitas.

No uses copetes en el cerquillo á modo de faisan ó pavo, que esta sola divisa manifiesta el poco espíritu religioso, y declara bien lo apegado que está el que lo usa, al mundo y á sus modas.

Finalmente, si no profesas, guarda los preceptos del Decálogo en cualquiera que sea el setado de tu vida. Ellos son pocos, fàciles, útiles, necesarios y provechosos. Están fundados en el derecho natural y divino. Lo que nos manda es justo: lo que nos prohiben es en beneficio nuestro y de nuestros semejantes: nada tienen de violento sino para los abandonados y libertinos; y por último, sin su observancia es imposible lograr ni la paz interior en esta vida, ni la felicidad eterna en la otra.

Acuérdate, pues, de esto, y de que dentro de pocos dias seguirás el camino en que va á entrar tu padre, cuya bendicion con la de Dios te alcance por siempre. Adios, hijo amado. A las orillas de la eternidad, tu amante padre.—Manuel.

Esta carta no hizo mas efecto que entristecerme algunos ratos, pero sin profundizar sus verdades en mi corazon, porque á éste le faltaba disposicion para recibir tan saludable semilla.

Pasaron quince dias, en cuyo corto tiempo se me olvidaron en gran parte los sentimientos de la muerte de mi padre, los avisos de su carta (esto es, el primer espíritu de compuncion con que la leí), y solo me acordaba de mi apetecida libertad.

Al cabo de estos dias vino Januario y me trajo un recado de mi madre, diciéndome que estaba muy apesarada y triste en su soledad, y que ya era tiempo para que yo realizara mis proyectos, pues habiendo muerto mi padre, ya no habia cosa que embarazara mi salida; antes ésta podria servirle á mi madre de consuelo; y otras cosas á este modo, con que acabé yo de resolverme.

Le manifesté á Januario la carta de mi padre, y él luego que la leyó se echó á reir, y me dijo: está bueno el sermon, no hay que hacer. Tu padre, hermano, erró la vocacion de medio á medio. Era mejor para misionero que para casado; pero consejos y bigotes dicen que ya no se usan. La herencia está muy buena, aunque yo no daria por ella una peseta. Si como tu padre te dejó advertencias, te hubiera dejado monedas, se las deberias agradecer mas; porque amigo, un peso duro vale mas que diez gruesas de consejos. Guarda esta carta, y salte á ver qué haces con lo que ha dejado tu padre, porque tu madre ¿qué ha de hacer? En cuatro dias lo gasta y se acaba, y ni tú ni ella lo disfrutan.

Yo le agradecí aquellos que me parecian buenos consejos, y el dijo que le propusiera á mi madre mi salida, pretestándole mi enfermedad y lo útil qne yo le podia ser á su lado. Januario me ofreció desempeñar el asunto y volver al otro dia con la razon.

Inquietísimo me quedé yo esperando la resolucion de mi madre, no porque yo queria captar su vénia, pues no la juzgaba necesaria, sino para con esta hipocresía atarle la voluntad de modo que me franqueara, sin reserva, todos los mediecillos que mi padre habia dejado, y se fiara de mí, como si yo fuera un buen hijo.

Todo me salió segun me lo propuse, pues al dia siguiente volvió Januario y me dijo: que todo estaba corriente: que él habia ponderado mucho mi falsa enfermedad á mi madre, y díchole que yo lloraba mucho por ella; que tanto por mi salud como por servirla y acompañarla, deseaba salirme; pero que esperaba su parecer, porque era tan bueno su hijo, que sin su licencia no daria un paso. A lo que

mi madre le contestó: que saliera enhorabuena, pues mi salud valia más que todo, y en todas partes se podia servir á Dios.

Oidos que tales orejas. (1), dije yo al escuchar estas razones. Mañana comemos juntos, Januario...... y al instante vamos á visitar á Poncianita, me dijo él, que cada dia está más chula el diantre de la muchacha.

En conversaciones tan edificantes como éstas, pasamos el rato que me permitió la campana, á cuyo toque se despidió Januario, quedándome yo deseando llegara la noche para avisarle mi determinacion al padre maestro de novicios.

Llegó en efecto, y á mi parecer mas tarde que otras veces. Luego que tuve lugar me entré en su celda, y le dije que estaba enfermo, y á mas de eso, que mi madre habia quedado viuda, pobre y sin mas hijo que yo, y que así pensaba volverme al siglo: que me hiciera favor de facilitarme mi ropa.

El buen religioso me escuchó con santa paciencia, y me dijo: que viera lo que hacia; que esas eran tentaciones del demonio; si estaba enfermo, médicos y botica tenia el convento, y que allí me curarian con el mismo cuidado que en mi casa: que si mi madre habia quedado viuda y pobre, no habia quedado sin Dios, que es padre universal y no desampara á sus criaturas; y por último, que lo pensara bien. Ya lo tengo bien pensado, padre nuestro, le dije, y no hay remedio: yo me salgo, porque ni la religion es para mí, ni yo para la religion.

Enfadóse su paternidad con estas razones, y me dijo: la religion es para todos los que son para ella; mas su caridad dice bien, que no es para la religion, y así me lo ha parecido algunas veces. Vaya con Dios. Mañana temprano mandaré avisar á nuestro padre provincial, y se irá á su casa ó á donde le parezca.

Me retiré de su vista, y esa noche ya no quise ir á coro ni á refectorio (ni me hicieron instancia tampoco), y á otro dia entre nueve y diez

(1) *Oidos que tal oyen* dice la espresion familiar castellana: pero por el disparate de un estudiante se ha hecho comun decirse como en este lugar.—*E.*

de la mañana, me llamó el padre maestro de novicios, me despojó solemnemente de los hábitos, me dió mi ropa, y me marché para la calle, dirigiéndome inmediatamente para México.

Despues que descansé un rato en un asiento de la alameda y me sacudí el polvo del camino, que habia hecho desde Tacubaya, me dirigia á mi casa, é iba yo envuelto en mi capa, con mi pañuelo amarrado en la cabeza y lleno de confusion, pensando que estaba como excomulgado y separado de aquellos siervos de Dios. No sé qué pavor se apoderaba de mi corazon cada vez que volvia la cara y veia las sagradas paredes de San Diego, depósitos de la virtud y quietud, de donde yo me retiraba.

No hay duda, decia yo entre mí, yo acabo de dejar el asilo de la inocencia, yo he dejado la única tabla á que podia asirme en el naufragio de esta vida mortal. Dios me verá como un ingrato, y los hombres me despreciarán como un inconstante........¡Ah si pudiera yo volverme!

En estas sérias meditaciones iba yo embebecido, cuando me tiró de la capa uno de mis antiguos contertulianos que me conoció y acompañaba á una de las coquetillas mas desenvueltas que yo habia chuleado antes de entrar en el convento.

Luego que nos saludamos y reconocimos los tres, me preguntó él ¿cuándo me habia salido y por qué? Le respondí que aquel mismo dia, y por la muerte de mi padre y mi enfermedad. Me lo tuvieron á bien, y me llevaron á almorzar á un figon, donde comí á lo loco y bebí punto menos, con cuyos socorros se disiparon mis tristezas.

Despidiéronse de mí y me fuí para mi casa. Luego que mi madre me vió, comenzó á abrazarme y á llorar amargamente; pero me manifestó su contento por tenerme otra vez en su compañía. ¿Quién le habia de decir que sus trabajos comenzaban desde aquel dia, y que mi persona lejos de proporcionarle los consuelos y alivios que se prometia, la habia de ser funestamente gravosa? Pero así fué, como vereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO XIII.

Trata Periquillo de quitarse el luto, y se discute sobre los abusos de los funerales, pésames, entierros, lutos, etc.

ENTRAMOS á la época mas desarreglada de mi vida. Todos mis estravíos referidos hasta aquí, son frutas y pan pintado respecto á los delitos que se siguen. Ciertamente me horrorizo yo mismo, y la pluma se me cae de la mano al escribir mis escandalosos procederes, y al acordarme de los riesgos y lances terribles que á cada momento amenazaban mi honra, mi vida y mi alma: porque es evidente que el hombre mientras es mas vicioso está mas espuesto á mayores peligros. Ya se sabe que nuestra vida es un tejido continuo de sustos, miserias, riesgos y zozobras que por todas partes nos amagan; pero el hombre de bien con su conducta arreglada se libra de muchos de ellos, y se hace feliz en cuanto cabe en esta vida miserable; cuando por el contrario, el hombre vicioso y abandonado no solo no se libra de los males que naturalmente nos acometen, sino que con su misma relajacion se mete en nuevos empeños, y llama sobre sí una espantosa multitud de peligros y lacerías, que ni remotamente los experimentara si viviera como debia vivir; y de este fácil principio se comprende por qué los mas viciosos son los mas llenos de aventuras, y acaso los que lo pasan peor aun en esta vida. Yo fuí uno de ellos.

Seis meses estuve en mi casa haciendo una vida bien hipócrita porque rezaba el rosario todas las noches, segun la costumbre de mi difunto padre, salia muy poco á la calle, no asistia á ninguna diversion, hablaba de la virtud y de cosas de Dios con frecuencia, y en una palabra, hice tan bien el papel de hombre de bien, que la po-

bre de mi madre lo creyó y estaba conmigo loca de contenta: ¡qué mucho! si la tragó Januario siendo tan veterano en picardías, y tanto lo creyó, que un dia me dijo: Periquillo, me has admirado: ciertamente que tu naciste para fraile, pues cuando yo esperaba que salieras á cojer las primicias de tu libertad absoluta, y que nos daríamos los dos nuestros verdes muy razonables, te veo encerrado y hecho un anacoreta en tu casa. ¡Pobre de Januario! ¡Pobre de mi madre! ¡Y pobres de cuantos se persuadieron á que era virtud lo que solo era en mí una malicia muy refinada!

Trataba yo de conceptuarme bien con mi madre para que confiando en mí totalmente, no me escaseara los mediecillos que mi padre le hubiera dejado, lo que no me fué difícil conseguir con mis estratagemas maliciosas.

De facto, mi madre me descubrió y aun me hizo administrador de los bienecillos que habian quedado, y consistian en mil y seiscientos pesos en reales, como quinientos en deudas cobrables, y cerca de otros mil en alhajitas y muebles de casa. Cortos haberes para un rico; mas un principalito muy razonable para sostenerse cualquier pobre trabajador y hombre de bien; pero solo eso era lo que me faltaba, y así dí al traste con todo dentro de poco tiempo, como lo vereis.

Cualquier capitalito razonable florece en las manos de un hombre de conducta y aplicado al trabajo; pero ninguno es suficiente para medrar en las de un jóven como yo, que no solo era disipado, sino disipador.

El dinero en poder de un mozo inmoral y relajado es una espada en las manos de un loco furioso. Como no sabe hacer de él el uso debido, constantemente solo le sirve de perjudicarse así mismo y perjudicar á otros, abriendo sin reserva la puerta á todas las pasiones, facilitando la ejecucion de todos los vicios, y acarreándose por consecuencia necesaria, un sin número de enfermedades, miserias, peligros y desgracias.

Para precaver así la dilapidacion de los mayorazgos, como la total ruina de estos pródigos viciosos, meten la mano los gobiernos, y quitándoles la administracion y manejo del capital, les señalan tutores que los cuiden y adieten como á unos muchachos ó dementes, porque si no, en dos por tres tirarian los bancos de Lóndres si los hubieran á las manos.

¡Es una vergüenza que á unos hombres regularmente bien nacidos, y sin la desgracia de la demencia, sea menester qne las leyes los sujeten á la tutela y los reduzcan al estado de pupilos, como si fueran locos ó muchachos! Pero así sucede, y yo he conocido algunos de estos mayarazgos sin cabeza.

Si yo hubiera sido mayorazgo, no me hubiera quedado por corto para tirar todo el caudal en dos semanas, pues era *flojo, vicioso y desperdiciado*: tres requisitos que con solo ellos sobra para no quedar caudal á vida por opulento y pingüe que sea.

Atando el hilo de mi historia digo: que ya me cansaba yo de disimular la virtud que no tenia, y deseando romper el nombre y quitarme la máscara de una vez, le dije un dia á mi madre: señora ya no tarda nada el dia de San Pedro. ¿Y qué me quieres decir con eso? preguntó su merced. Lo que quiero decir, le respondí, es que ese dia es de mi santo, y muy propio para quitarme el luto. ¡Ay! no lo permita Dios, decia mi madre. ¿Yo quitarme el luto tan breve? ni por un pienso. Amé mucho á tu padre, y agraviaria su memoria si me quitara el luto tan presto.

¿Como tan presto, señora? decia yo, ¿pues ya no han pasado seis meses? ¿Y qué, decia ella toda escandalizada, seis meses de luto te parecen mucho para sentir á un padre y á un esposo? No, hijo, un año se debe guardar el luto riguroso por semejantes personas.

Ya vdes. verán que mi madre era de aquellas señoras antiguas que se persuaden á que el luto prueba el sentimiento por el difunto, y gradúan éste por la duracion de aquel; pero es una de las innu-

merables vulgaridades que mamamos con la primera leche de nuestras madres.

Es cierto que se debe sentir á los difuntos que amamos, y tanto más, cuanto mas estrechas sean las relaciones de amistad ó parentezco que nos unian con ellos. Este sentimiento es natural, y tan antiguo, que sabemos que las repúblicas más civilizadas que ha habido en el mundo, Grecia y Roma, no solo usaban luto, sino que hacian aun demostraciones mas tiernas que nosotros por sus muertos. Tal vez no os disgustará saberlas.

En Grecia á la hora de espirar un enfermo, sus deudos y amigos que asistian, se cubrian la cabeza en señal de su dolor para no verlo. Le cortaban la estremidad de los cabellos y le daban la mano en señal de la pena que les causaba su separacion.

Despues de muerto, cercaban el cadáver con velas (1): lo ponian en la puerta de la calle, y cerca de él ponian un vaso con agua lustral, con la que rociaban á los que asistian á los funerales. Los que concurrian al entierro y los deudos llevaban luto.

Los funerales duraban nueve dias. Siete se conservaba el cadáver en la casa, el octavo se quemaba, y el noveno se enterraban sus cenizas. Con poca diferencia hacian lo mismo los romanos.

Luego que espiraba el enfermo, daban tres ó cuatro alaridos para manifestar su sentimiento. Ponian el cadáver en el suelo, lo lavaban con agua caliente y lo ungian con aceite. Despues lo vestian y le ponian las insignias del mayor empleo que habia tenido.

Como aquellos gentiles creian que todas las almas debian pasar un rio del infierno que llamaban *Aqueronte*, para llegar á los Elíseos, y en este rio habia solo una barca, cuyo amo era un tal *Caron*, barquero interesable que á nadie pasaba si no le pagaban el flete, le ponian los romanos á sus muertos una moneda en la boca para el efecto.

(1) En los primeros dias del cristianismo se usaban ya los cirios ó hachas de cera; pero anteriormente no se conocian, pues que ni en pinturas, ni en grabados ó medallas se ve algo que se les parezca, y *candela* propiamente quiere decir luz.—*B.*

A seguida de esto, exponian el cadáver al público entre hachas y velas encendidas, sobre una cama en la puerta de la casa.

Cuando se habia de hacer el entierro, se llevaba el cadáver al sepulcro ó en hombros de gentes ó en literas [como nosotros antes de hoy los llevábamos en coches). Acompañaba al cadáver la música lúgubre y unas mugeres lloronas alquiladas, que llamaban por esta razon *Praeficae*, y en castellano se llaman plañideras, que con sus llantos forzados reglaban el tono de la música y el punto que habia de seguir en el suyo el acompañamiento.

Los esclavos, á quienes el difunto habia dado libertad en su testamento, iban con sombreros puestos y hachas encendidas. Los hijos y parientes con los rostros cubiertos y tendido el cabello. Las hijas con las cabezas descubiertas, y todos los demas amigos con el pelo suelto y vestidos de luto.

Si el difunto era ilustre, se conducia primero el cadáver á la plaza, y desde una columna que llamaban *de las arengas*, un hijo ó pariente pronunciaba una oracion fúnebre en elogio de sns virtudes. Tan antiguos así son los sermones de honras.

Despues de esto, se conducia el cadáver al sepulcro, sobre cuyo lugar hubo variacion. Algun tiempo se conservaban los cadáveres en las casas de los hijos. Despues, viendo lo perjudicial de este uso, se estableció por buen gobierno que se sepultasen eu despoblado; y ya desde entonces procuraba cada uno labrar sepulcros de piedra para sí y sú familia (1). Lo mismo observaron los griegos, con escepcion de los lacedemonios. Los pobres que no podian costear este lujo, se enterraban como en todas partes, en la tierra pelada.

Despues se acostumbró quemar á los héroes difuntos. Para esto

[1] ¡Bella providencia! que hemos visto imitada en México desde la peste de 1813, aboliéndose el envejecido abuso de sepultarse los cadáveres en las iglesias dándoles sepulcros en los campos santos suburvios, conforme á las determinaciones de los Concilios. ¡Ojalá no se olvide ni haya sus infracciones toleradas ó impunes.

ponian el cadáver sobre la *Pira* (1) que era un monton bien elevado de leña seca, la que rociaban con licores y aromas olorosos, y los parientes le pegaban fuego con las hachas que llevaban encendidas, volviendo en aquel acto la cara á la parte opuesta.

Mientras ardia el cadáver, los parientes echaban al fuego los adornos y armas del difunto, y algunos sus cabellos en prueba de dolor.

Consumido el cadáver, se apagaba el fuego con agua y vino, y los parientes recogian las cenizas y las colocaban en una urna entre flores y aromas. Despues el sacerdote rociaba á todos con agua para purificarlos, y al retirarse decian todos en alta voz: *Aeternum vale, ó que te vaya bien eternamente*, cuyo buen deseo esplica mejor nuestro *requiescat in pace. En paz descanse.* Hecho esto, se colocaba la urna en el sepulcro y grababan en él el epitafio y estas cuatro letras, S. T. T. I., que quiere decir: *Sit tibi terra levis. Seate la tierra leve,* para que los pasageros deseasen su descanso. Entre nosotros se ve una cruz en un camino ó un retablito de algun matado en una calle, á fin de que se haga algun sufragio por su alma.

Concluida la funcion se cerraba la casa del difunto y no se abria en nueve dias, al fin de los cuales se hacia una conmemoracion.

Los griegos cerca de la hoguera ó pira ponian flores, miel, pan, armas y viandas......¡Ay! ofrendas, ofrendas de los indios ¡qué antiguo y supersticioso es vuestro orígen! (2) Toda la funcion se concluia con una comida que se daba en casa de algun pariente. Hasta esto imitamos, acordándonos que los duelos con pan son menos.

¿Y acaso solo los griegos y romanos hacian estos estremos de sentimiento en la muerte de sus deudos y amigos? No, hijos mios. To-

[1] Esta costumbre remedan nuestras piras. Por esto se hacen elevadas, se colman de luces, se adornan con jarras que despiden aromas olorosos, se colocan los bustos de los difuntos en las cúpulas y se ponen con las insignias de sus empleos.

(2) Todavía hay pueblos donde los indios ponen á sus muertos un itacate, que es un envoltorio con cosas de comer y algunos realillos. En otros á mas de esto, les esconden un papel lleno de disparates para el Eterno Padre, y sus ofrendas son con igual supersticion. En otro lugar diremos quienes sostienen estos abusos.

das las naciones y en todos tiempos han expresado su dolor por esta causa. Los hebreos, los sirios, los caldeos y los hombres mas remotos de la antigüedad, manifestaban su sensibilidad con sus finados, ya de uno, ya de otro modo. Las naciones bárbaras sienten y expresan su sentimiento como las civilizadas.

Justo es sentir á los difuntos, y en los libros sagrados leemos estas palabras: Llora por el difunto, porque ha faltado su luz ó su vida. *Supra mortum plora, defecit enim, lux ejus.* (Eccl. Cap. 22 V. 10.) Jesucristo lloró la muerte de su querido Lázaro; y así seria un absurdo horroroso el llevar á mal unos sentimientos que inspira la misma naturaleza y blasfemar contra las demostraciones exteriores que los expresan.

Así es, que yo estoy muy lejos de criticar ni el sentimiento ni sus señales; pero en la misma distancia me hallo para calificar por justos los abusos que notamos en éstas, y creo que todo hombre sensato pensará de la misma manera; porque ¿quién ha de juzgar por razonables las *lloronas* alquiladas de los romanos, ni los *fletes* que ponian á sus muertos en la boca? ¿Quién no reirá la tontería de los Coptos, que en los entierros corren por las calles dando alaridos en compañía de las *plañideras*, echándose lodo en la cara, dándose golpes, arañándose, con los cabellos sueltos y representando todo el exceso de unos furiosos dementes? ¿Quién no se horrorizará de aquella crueldad con que en otras tierras bárbaras se entierran vivas las viudas principales de los reyes ó mandarines, etc?

Todos, á la verdad, criticamos, afeamos y ridiculizamos los abusos de las naciones estranjeras, al mismo tiempo que ó no conocemos los nuestros, ó si los conocemos, no nos atrevemos á desprendernos de ellos, venerándolos y conservándolos por respeto á nuestros mayores, que así los dejaron establecidos.

Tales son los abusos que hasta hoy se notan en órden á los pésames, funerales y lutos. Luego que muere el enfermo entre nosotros, *se dan sus alaridos* regularmente, para manifestar el sentimiento,

Si la casa es rica, es lo mas usado despachar al muerto al depósito; pero si es pobre, no se escapa el *velorio.* Este se reduce á tender en el suelo el cadáver ya amortajado en medio de cuatro velas, á rezar algunas estaciones y rosarios, á beber dos chocolates, y (para no dormirse) á contar cuentos y á entretener el sueño con boberías, y quizá con criminalidades. Yo mismo he visto quitar créditos y enamorar á la presencia de los difuntos. ¿Si serán estas cosas por vía de sufragios?

Algun tanto calman los gritos, llantos y suspiros en el intermedio que hay desde la muerte del deudo hasta el acto de sacarlo para la sepultura. Entonces, como si un cadáver nos sirviera de algun provecho, como si no nos hicieran un gran favor con sacarnos de casa aquella inmundicia, y como si al mismo muerto lo fueran á descuartizar vivo, se redobla el dolor de sus deudos: se esfuerzan los gritos; se levantan hasta el cielo los ayes: se dejan correr con ímpetu las lágrimas, y algunas veces son indispensables las pataletas y desmayos, especialmente entre las dolientes bonitas [1], unas veces originados de su sensibilidad y otras de sus monerias. Y cuidado, que hay muchachas tan diestras en fingir un acceso epiléptico, que parece la mera verdad. Por lo comun son unos remedios eficaces para hacer volver á algunas los consuelos y los chiqueos de las personas que ellas quieren.

Dejaremos á los dolientes en su zambra de gritos y desmayos mientras observamos el entierro.

Si el muerto es rico, ya se sabe que el fausto y la vanidad lo acompañan hasta el sepulcro. Se convidan para el entierro á los pobres del Hospicio, los que con hachas en las manos acompañan ¡cuántas veces! los cadáveres de aquellos que cuando vivos aborrecieron su compañía.

[1] Yo he observado que estos males casi nunca acometen á las viejas ni á las feas. Los médicos acaso sabrán la causa de este fenómeno, y sabrán por qué á una muchacha que conocí no le daba su mal cuando tenia las medias sucias.

No me parece mal que los pobres acompañen á los ricos cuando muertos; pero seria mejor, sin duda, que los ricos acompañasen á los pobres cuando vivos, esto es, en las cárceles, en los hospitales y en sus chozas miserables: y ya que por sus ocupaciones no pudieran acompañarlos ni consolarlos personalmente, siquiera que los acompañara su dinero aliviándoles sus miserias. Aquel dinero, digo, que mil veces se disipa en el lujo y en la inmoderacion. Entonces sí asistirian á sus funerales no los pobres alquilados, sino los socorridos. Estos irian sin ser llamados, llorando tras el cadáver de su bienechor. Ellos en medio de su afliccion dirian: ha muerto nuestro padre, nuestro hermano, nuestro amigo, nuestro tutor y nuestro todo. ¿Quién nos consolará? ¿Y quién sustituirá el lugar de este génio benéfico?

Esta sí fuera asistencia honrosa y los mayores elogios que pudiera lisongear el corazon de sus parientes; porque las lágrimas de los pobres en la muerte de los ricos, honran sus cenizas, perpetúan la memoria de sus nombres, acreditan su caridad y beneficencia, y aseguran con mucho fundamento la felicidad de su suerte futura con más solidez, verdad y energía que toda la pompa, vanidad y lucimiento del entierro. ¡Infelices de los ricos cuya muerte ni es precedida ni seguida de las lágrimas de los pobres.

Volvamos al entierro. Siguen metidos dentro de unos sacos colorados, unos cuantos viejos, que llaman trinitarios: despues van algunos eclesiásticos y con ellos otros muchos monigotes al modo de clérigos: á esta comitiva sigue el cadáver y tras él una porcion de coches.

La iglesia donde se hacen las exequias está llena de blandones con cirios, y la tumba magnífica y galana. La música es igualmente solemne aunque fúnebre.

Durante la vigilia y la misa, que para algunos herederos no es de *requiem* sino de *gracias*, no cesan las campanas de aturdirnos con su cansado clamoreo, repitiéndonos

Que ese doble de campana
No es por aquel que murió,
Sino porque sepa yo
Que me he do morir mañana.

Bien que está clase de recuerdos deben aprovecharse, especialmente los ricos, pues estos dobles solo por ellos se echan, y les acuerdan que tambien son mortales como los pobres, por los que no se doblan campanas, ó si acaso, es poco y de mala gana; y así los pobres son en la realidad *los muertos que no hacen ruido.*

Se concluye el entierro con todo el fausto que se puede ó que se quiere, cuidándose de que el cadáver se guarde en un cajon bien claveteado, forrado y aun dorado (como lo he visto), y tal vez que se deposite en una bóveda particular, ya que los mausoleos son privativos á los príncipes, como si la muerte no nos hiciera á todos iguales, verdad, que atestigua Séneca diciendo en el ep. 102, *que la ceniza iguala á todos.* ¿Quién distinguirá las cenizas de César ó Pompeyo de las de los pobres villanos de su tiempo?

Toda esta bamboya cuesta un dineral, y á veces en e[illegible] gastos tan vanos como inútiles se han notado abusos tan reprensibles que obligaron á los gobernantes á contenerlos por medio de las leyes, mandando éstas que siendo los gastos de los funerales excesivos, atendidos los haberes y calidad del difunto, los modifique el juez del respectivo domicilio.

Entra aquí la grave dificultad para saber cuando no hay exceso de estos gastos. Confieso que será muy rara la vez que el juez pueda decidir en este caso, porque casi siempre le faltarán los conocimientos interiores del estado de las cosas del finado; y así solo podrá determinar el exceso con atencion á su calidad. Supongamos: cuando un plebeyo conocido quiera sepultarse con la pompa de un conde, y aun entonces si tiene dinero con que pagarla, no sé si se burlará de las leyes; pero Horacio sí lo sabia cuando dijo: que todo,

la virtud......entiéndase, los elogios que á ella son debidos, la fama y esplendor obedecen á las hermosas riquezas, y el que las sepa acopiar será ilustre, valiente, justo, sabio y lo que quiera.

Mas hablando á lo cristiano, yo no me detendré en fijar la regla por donde se deba conocer cuándo hay exceso en los funerales.

Ya sé que parecerá nimiamente escrupulosa, pero aseguro que es infalible y muy sencilla. Se reduce á que lo que se gasta de lujo en funerales no haga falta á los acreedores ni á los pobres.

¿Y si los acreedores están pagados y á los pobres se les han dado algunas limosnas, no podrá el finado disponer á su voluntad del quinto de sus bienes? Si podrá, se responde: pero luego, luego pregunto: ¿lo que se gasta en lujo no estuviera mejor empleado en los pobres que siempre sobran? Es inconcuso. Pues en este caso ¿cuál es el lujo que se deberá usar lícitamente entre cristianos? Ninguno á la verdad. Digo esto si hablo con cristianos, que si hablara con paganos que afectaran profesar el cristianismo, seria menos escrupuloso en mis opiniones. Vamos á otra cosa.

A proporcion de los abusos que se notan en los entierros de los ricos, se advierten casi los mismos en los de los pobres; porque como éstos tienen vanidad, quieren remedar en cuanto pueden á los ricos. No convidan á los del Hospicio, ni á los trinitarios, ni á muchos monigotes, ni se entierran en conventos, ni en cajon compuesto, ni hacen todo lo que aquellos, no porque les falten ganas, sino reales. Sin embargo, hacen de su parte lo que pueden. Se llaman otros viejos contrahechos y despilfarrados que se dicen, *hermanos del Santísimo;* pagan sus siete acompañados: la cruz alta, su cajoncito ordinario, etc., y esto á costa del dinero, que antes de los nueve dias del funeral suele hacer falta para pan á los dolientes.

Es costumbre amortajar á los difuntos con el humilde zayal de San Francisco; pero si en su orígen fué piadosa, en el dia ha venido á degenerar en corruptela.

Estoy muy léjos de murmurar la verdadera piedad y devocion

y el ojeto de mi presente crítica recae únicamente sobre el simoniaco comercio [1] que se hace con las mortajas, y los perjuicios que resienten las gentes vulgares por vestir á sus muertos de azul y á tanta costa.

Las mortajas se venden á un precio excesivamente caro, cual es de doce pesos y medio, si es para hombre, y seis pesos dos reales si es para mujer. Los pobres, apenas muere el enfermo, tratan de solicitarle la mortaja, ¿y si no tienen dinero? Se empeñan, se endrogan y aun piden limosna para ello, haciendo falta para pan á las criaturas lo que gastan en un trapo inútil y asqueroso, pues no pasa de ahí la mejor mortaja, cuando se pone á un muerto, quien está en el caso de no poder ganar ninguna indulgencia; y como para gozar estas gracias espirituales se necesita estar en el estado de merecer, se sigue que en no vistiendo al enfermo la mortaja en vida, despues de muerto le valdrá tanto como el capisallo del gran chino.

Vosotros, si teneis en el discurso de vuestra vida algunos deudos, y sus fallecimientos acaecen en medio de vuestra indigencia, no os aflijais por el entierro ni por la mortaja. El entierro se facilita con tres pesos cuatro reales que distribuireis en esta forma. Doce reales de un cajon: un peso para los cargadores y otro para el sepulturero que les labre la casa en el campo santo.

La mortaja será mas barata si os conformais con vuestra pobreza. Los judíos acostumbraban liar á sus muertos con unas vendas que llamaban *sudarios*, y despues los envolvian en una sábana limpia. Así podeis hacerlo, y quedarán los vuestros tan amortajados como el mejor. Por cierto que no fué otra la mortaja de Jesucristo.

Acabados los entierros siguen los pésames. Para recibir éstos, se cierran las puertas: se colocan las señoras mujeres en los estrados, y los señores hombres en las sillas, todos enlutados y guardando un

(1) Si hubiese exactitud en esta expresion, podria decirse muy bien que las mortajas son bienes espirituales. Pero no es así, y es otro el nombre con que debe designarse lo que hay de abusivo en esta práctica.—E.

profundo silencio durante esta ceremonia ó cuando más, hablando en voz baja porque no les dé alferecía á los dolientes, cuya moderacion y respeto acaso no se observó tan escrupulosamente en la enfermedad del finado.

Tambien he notado como abuso en estos lances, que las conversaciones que se tienen con los dolientes se dirigen á celebrar y ponderar las virtudes del difunto: á traer á la memoria las causas que produjeron su enfermedad; lo que padeció en ella; los remedios que le administraron; lo que tardó en la agonía, y otras impertinencias semejantes, con cuya relacion atormentan mas los afligidos espíritus de sus parientes.

Esta costumbre de dar pésames se contrae á dos cosas. La primera, á manifestar que tomamos parte en el sentimiento de aquellas personas á quienes los damos, ya por razon de parentesco, ó ya por la amistad que teniamos con el difunto. La segunda, para consolar en lo posible á sus dolientes, ofreciéndoles nuestros arbitrios temporales, y asegurándoles que con los suyos uniremos nuestros votos para que se aumenten los sufragios de que consideramos á su alma necesitada.

Ya se ve que todo este ceremonial es casi siempre un embuste solemne, un cumplimiento de rutina, y una de las costumbres mas bien recibidas.

No parecerá muy avanzada esta proposicion á quien advierta, que no digo los parientes remotos y los amigos, pero los mas inmediatos y aun los mas favorecidos del difunto, pasado poco tiempo, no se vuelven á acordar de él; porque con el discurso de los dias el corazon se serena, las lágrimas se enjugan, la falta se suple, los beneficios se olvidan y todo se borra, á pesar de cuantos gritos, alharacas, lágrimas, pataletas y faramallas se prodigaron en la escena triste de su muerte.

Y si este olvido se nota en el hijo, en la esposa y en el hermano, *¿qué esperanza* podrán tener los pobres muertos en los sufragios tan

prometidos por los que solo van al velorio por beber el chocolate, y á dar el pésame porque les llevaron el convite, por mas que al despedirse digan *que no los olvidarán en sus oraciones, aunque malos*?

Este asunto es muy serio. Lo suspendemos mientras acabamos de refutar el abuso de hablar de los difuntos al tiempo de dar los pésames, porque si como hemos dicho, uno de los objetos de estos *pesamenteros* es aliviar el sentimiento de los dolientes, parece que es un error que puede calificarse de impolítico el renovar los motivos de dolor á las deudos al tiempo mismo que pretendemos consolarlos.

No puede menos que atormentarse el corazon de la muger ó hijo del difunto al oir decir: *¡qué bueno era D. Fulano! ¡Qué atento! ¡Qué afable! ¡Ay, mi alma!* dice otra: *tiene vd. mil razones de llorarlo; no hallará otro marido como el que perdió*; y otras sandeces de estas, que son otros tantos tornillos con que están apretando el corazon que quieren consolar. De modo que estas políticas lisonjas son unos indiscretos torcedores de los espíritus afligidos.

¿Cuánto mejor no fuera sustituir á esta fórmula imprudente de dar pésames, otra opuesta, en la que ó se trataran asuntos festivos é indiferentes, ó mas bien se redujera solo esta etiqueta à ofrecer con sinceridad sus haberes y proporciones á la voluntad de los dolientes, en caso de haberlos menester? Pues, pero en verdad, no con faramalla, y cuando los dichos dolientes estuvieren satisfechos de esta verdad, seguramente quedarian mas bien consolados que con todos los panegíricos que hoy dedican los *pesamenteros* á sus maestros.

Pero volviendo á éstos, digo: que pobre del que se muere si no ha procurado en vida facilitarse el camino de su salvacion, ateniéndose á los hijos, á los amigos y albaceas.

Vemos [y muy frecuentemente] que muchos, que tal vez tienen proporciones, mientras viven, ni dan limosna, ni se hacen decir una misa, ni pagan sus deudas, ni restituyen lo mal habido, ni practican ninguna obligacion de aquellas que nos impone la religion y nues-

tro mismo interes; pero llega la hora en que nuestros oidos no pueden menos que escuchar la verdad. Les intima el médico la sentencia de muerte: conocen ellos que puede no errar el pronóstico; porque su naturaleza se debilita por instantes mas y mas: se apodera de sus corazones el temor de la eternidad que los espera: se llama al confesor y al escribano: vienen los dos casi juntos: se hace la confesion de prisa y Dios sabe cómo: se sigue el testamento: se dispone todo: se declaran las deudas: se manda pagar: se nombran albaceas para el efecto: se ordena hacer las limosnas que llaman mandas forzosas: algunas á los pobres: decir algunas misas por su alma; y hecho todo esto, se recibe el sagrado Viático, los santos Oleos, y muere el enfermo muy consolado; pero ¡ha!......¡Cuánto hay que desconfiar de estas buenas disposiciones, cuando se hacen á la orilla misma del sepulcro.

Se dan limosnas y se mandan hacer restituciones (si se mandan hacer) en aquella hora, porque no se pueden llevar los caudales á la sepultura. Se mueren muy confiados en que los albaceas cumplirán el testamento, y ¿cuántas veces se engañan los testadores? ¿Cuántas veces se trasforman los albaceas en herederos, y los curadores *ad bona* en tenedores de bienes? Innumerables. No, no son raras las quejas que se oyen todos los dias á los pobres menores á quienes ha dejado por puertas ó la mala fé, ó la mala administracion de aquellos.

Todo lo dicho os enseña á no esperar, como dicen, á la hora de los gestos para disponer de vuestras cosas; porque entonces el susto y la precipitacion, rebajan mucha parte del acierto.

Llegamos á los lutos, en los que como visteis con mi madre, caben tambien los abusos. El luto no es mas que una costumbre de vestirse de negro para manifestar nuestro sentimiento en la muerte de los deudos ó amigos; pero este color, á merced de la dicha costumbre, es solo señal, mas no prueba del sentimiento. ¿Cuántos infelices no se visten luto en la muerte de las personas que mas aman

porque no lo tienen? Y su dolor es innegable. Al contrario, ¿cuantas viudas jóvenes, cuantos hijos y sobrinos malos é interesables, que desearon la muerte del difunto por entrar en la posesion de sus bienes, no se vestiran unos lutos muy rigurosos así por seguir la costumbre, como por persuadirnos que están penetrados del sentimiento que no conocen?

El color, dicen los físicos, que es un accidente que no altera la sustancia de las cosas; y así, el buen hijo sentirá á su padre, la buena esposa á su marido y los buenos amigos á sus amigos, ora se vistan de negro, ora de azul, ora de verde, encarnado ó cualquier color. Y al contrario: el deudo que no amaba á su pariente, ó que quizá deseaba que espirara por heredarlo, no lo sentirá mas que se heche encima cuantas bayetas negras hay en todas la luterías del mundo.

En algunas provincias del Asia, el color blanco es el que han adoptado para luto; y entre nosotros que se acostumbra vestirse de negro el Viernes Santo y el dia de Finados, se observa que no es por sentimiento, sino por lujo.

Despues de todo, no tengo por abuso el trage negro en semejantes casos; pero sí califico por tal, aquel determinado número de dias que se traen los lutos para denotar nuestro mayor ó menor sentimiento, segun las graduaciones de parentesco que se tiene con los difuntos.

Ya habeis visto que en tiempo de mi madre, un año era el prefijado para llevar el luto por los padres, hijos y consortes (1), seis meses por los hermanos, tres por los sobrinos, etc. Esta no puede menos que ser una bobera; porque si se amaba á los difuntos verdaderamente, y el luto es la prueba del sentimiento, en ningun tiempo se debia quitar, porque en ningun tiempo debia cesar el motivo; y si no se amaban, era indiferente llevarlo pocos ó muchos meses, pues que no prueba sentimiento el tragenegro.

(1) En la capital de México ya no se ve tanto de esto; pero en los pueblos, villas y otras ciudades del reino, aun observan religiosamente estos abusos.

Algunas de estas reflexiones hice á mi madre, hasta que la desentusiasmé de su capricho, y me ofreció que nos quitariamos el luto para el dia de San Pedro, que era cuanto yo deseaba, para quitarme tambien la máscara de la virtud que habia fingido, y correr á rienda suelta por toda la carrera de los vicios, disfrutando de mi libertad enteramente, y tirando con mis amigos los pocos mediecillos que mi padre habia economizado para la subsistencia de mi pobre madre.

Segun esta determinacion, se me hizo un vestido de petimetre para ese dia, y se dispuso su almuerzo, comida, y bailecito para esa noche.

Llegó el tan deseado para mí dia 29 de Junio: me quité los trapos negros que hasta entónces habian sido escolares, y me planté de gala á lo secular. Parece que con campana llamaron á todos los parientes y conocidos ese dia: muchos que no habian vuelto á casa desde el entierro de mi padre, y otros que ni aun el pésame habian ido á dar á mi madre, se encajaron entónces con la mayor confianza y poca vergüenza.

Ya se deja entender que en primer lugar fueron mis íntimos amigos Januario, Pelayo, y otros como ellos, que tambien llevaron al baile á sus madamas tituladas que lo eran tambien mias. En una palabra, el olor del guajolote y del pulque de piña acarreó ese dai à mi casa una porcion de amigos mios, parientes y conocidos de mi madre, que fueron á cumplimentarme. Dios se los pague.

Se lamieron el almuerzo, consumieron la comida, y á su tiempo alegraron el baile grandemente; porque cantaron, bailaron, retozaron, se embriagaron, ensuciaron toda la casa, y al fin, al fin, salieron unos murmurando el almuerzo, otros la comida, otros el baile, y todos alguna cosa de lo mismo que habian disfrutado.

¡Qué necedad es tener una diversion pública! Se gasta el dinero, se sufren mil incomodidades, se pierden algunas cosas, y siempre se queda mal con los amigos á quienes se pretende obsequiar; y se re*cibe en* murmuracion y habladurias, lo que se pretende recibir en *agradecimiento.*

Sin embargo de todo esto, como entonces yo no pensaba así, nada me daba cuidado, ni nada pensé sino en divertirme y holgarme á costa del dinero; aunque es verdad que en aquella hora me adularon bastante, especialmente las coquetas; con cuyos elogios dí por bien empleado el dinero que se gastó, y las incomodidades que sufrió mi madre.

CAPITULO XIV.

Critica Periquillo los bailes, y hace una larga y útil digresion hablando de la mala educacion que dan muchos padres á sus hijos, y de los malos hijos que apesadumbran á sus padres.


ANSADOS de bailar y de beber, se acabó el baile como todos se acaban. A las doce poco mas de la noche se fueron yendo los mas prudentes, ó los menos tontos que no trataban de desvelarse. Los demas que se quedaron, fuérase porque estrañaban el bullicio de los que se habian ido, ó porque se habian cansado ya, apenas se levantaban á bailar. Las velas estaban muy bajas y pidiendo su relevo, y los músicos (que no descuidan en empinar la copa en tales ocasiones) ya no atinaban á tocar bien el són que les pedian; y aun habia alguno de ellos que rascaba su bandolon abajo de la puente.

Januario, como tan diestro en estas escuelas, me dijo: hombre, ¡que entristecida se ha dado el baile y tan temprano! ¿Y qué hemos de hacer? Le dije yo. ¿Como qué? Alegrarlo, me respondió. Y con qué se alegra? Le pregunté. Con una friolera. ¿Hay aguardiente? Sí, le dije. ¿Y azúcar y limones? Tambien. Pues manda que lo pongan todo en la recámara. Hice lo que me dijo Januario, quien en un momento hizo una mezcla de aguardiente, azúcar y limon, que llaman ponche: mandó poner nuevas luces en las pantallas, y comenzó

á dar á los músicos y á los asistentes, de aquel brebaje condenado, á pasto y sin medida; con cuya diligencia se puso aquello de los demonios.

Al principio bailaban con algun órden, y sabian algunos lo que tocaban y otros lo que saltaban; pero en cuanto el aguardiente endulzado comenzó á hacer su operacion, se acabaron de trastornar las cabezas, se hizo á un lado tal cual respetillo y moderacion que habia habido, las mujeres escondieron la vergüenza, y los hombres el miramiento.

Entró segunda y tercera tanda de ponche, y ya no habia gente con gente, porque ya aquello no era baile, sino retozo y escándalo criminal.

Los que hacen bailes, y mas si son de la clase de éste [que pocos hay que no lo sean], son unos alcahuetes y solapadores de mil indecencias escandalosas. Tal vez no lo presumirán, no lo querrán y aun se disgustarán con ellas: pero todo esto no salva el que sean los consentidores y los motores principales de estas lúbricas desenvolturas; pues en buena filosofía se sabe que *lo que es causa de la causa es causa de lo causado*; y así los que hacen un baile deben tener consideracion de muchas cosas para evitar estos desenfrenos escandalosos; porque si no, pasarán la plaza de alcahuetes declarados á los ojos del mundo, y á los de Dios serán reos de cuantos pecados se cometan en sus casas.

Las principales consideraciones que debe tener presentes el que hace un baile, me parece que se pueden reducir á las siguientes:

1ª Que las mujeres concurrentes sean honestas, de buena vida, y nunca solteras ó mujeres libres, sino hijas de familia ó casadas, y que vayan con sus padres ó maridos, para que el respeto de éstos las contenga y contenga á los jóvenes libertinos.

2ª Que con conocimiento, jamas se convide á ninguno de éstos por esquisita que sea su habilidad; pues menos malo será que se *baile mal*; que no que se seduzca bien. Ordinariamente estos mozos

bailadores, ó como les dicen, *útiles*, son unos pícaros de buen tamaño: no llevan á un baile mas que dos obejetos: divertirse y *chonguear* (es su voz). Este *chongueo* no es mas que sus seducciones ó llanezas. Si pueden, pervierten á la doncella y hacen prevaricar á la casada, y todo esto sin amor, sino por un mero vicio ó pasatiempo.

Algunas ocasiones (¡ojalá no fueran tantas!) logran sus intentos, y apenas satisfacen su lujuria, cuando abandonan por nue vo objeto á aquellas infelices locas que prostituyeron su honor y su virtud á la verbosidad y arterias de un mozo inmoral, lascivo, necio y solo buen bailarin.

Pero aun cuando encuentran con pedernal, quiero decir, cuando por fortuna las muchachas todas de un baile son juiciosas, honestas y recatadas, que saben burlar sus intentonas y conservar su honor ileso en medio de las llamas, como la zarza que vió arder Moises sin quemarse, lo que ciertamente es nn milagro, aun en este caso tan remoto hacen estos *útiles* su negocio.

Ellos, á más no poder, y cuando se les cierran los oidos de las jóvenes, no se dan por vencidos ni se entristecen. Como sus adulaciones y diligencias en cualquier seduccion no son por amor sino por vicio, no se les da cuidado de los desaires, ni se entibian por no muy serenos, contentándose con lo que ellos llaman *caldo*.
hallar correspondencia. Nada ménos. Siguen brincando y saltando

Este *caldo*. . . . alerta, casados y padres de familia que sabeis lo que es el honor y lo quereis conservar como es debido: este *caldo* es el manoseo que tienen con vuestras hijas y mujeres (1); las licencias pasan mil veces de las manos á las bocas, convirtiéndose los manoseos claros en ósculos furtivos, que las menos escrupulosas no llevan á mal, y las que se llaman prudentes y honradas disimulan y sufren por evitar pendencias.

(1) Esto se facilita mas en la contradanza y *walses*, que no son otra cosa que lo que ántes se llamaba *alemanda*. La diferencia está en que aquella se bailaba despacio, y ésta retozando de prisa, y entre la mucha polvareda se esconden ó disimulan mejor las palabras, las citas, los pellizcos, los abrazos, los besos, y algo peor que callo por no ofender la modestia.

De suerte, que el marido ó padre pundonoroso que en su casa se espantaria de que su mujer ó hija le diese la mano á un hombre, en un baile de estos tolera á su vista que se las abracen, tienten, estrujen y manoseen mas que las ancas de un caballo gordo.

Lo peor es, que estos manoseos y tentadas acompañadas de las risas y dichitos que se acostumbran, son para muchas mujeres como el pecado venial para las almas, con la diferencia que el pecado venial *entibia* y dispone á las almas para el pecado mortal, y los manoseos ó *caldos* de que hablamos, *encienden* y disponen á algunas jóvenes para dar al traste con su honor, el de sus padres y maridos. Ningun escrúpulo está por demás para evitar estos excesos.

La tercera consideracion que podían tener los que hacen ó dan un baile, era que no hubiera en ellos licor aspirituoso. En caso de ser preciso, por costumbre ó cariño, obsequiar á los concurrentes, seria ménos malo hacerlo con zoletas y nieve de leche, limon, tamarindo, etc. de esta clase, que no con *merendatas* y vino, aguardiente, ponche y otros licores semejantes, que ofuscando el cerebro facilitan el trastorno de la razon, y alteran la constitucion física de ambos sexos, cuyas resultas, cuando ménos, no escapan de ser deseos, pensamientos consentidos, y delactaciones amorosas, y en tal y tal persona algo más, y más pecaminoso.

Mucho de esto se evitaria con la reglita que os dejo señalada; pues es cierto el dicho antiguo de que *sine Cerere et Baccho friget Venus*: que equivale á esta coplita:

> Poco manjar y ninguna
> Espirituosa bebida,
> Si la lujuria no apagan,
> A lo ménos la mitigan.

La cuarta y última consideracion que se debia tener, era que los bailes durasen cuando mas hasta las doce de la noche. Esta es una *hora mas que regular* para irse á recoger cada uno á su casa bas-

tante divertido, si es racional; porque lo que pasa de esa hora ya no debe llamarse diversion, sino vicio, incomodidad y tontería.

A solas estas cuatro reglillas quisiera yo que se sujetaran los que dan un baile, y me parece [bien que no lo aseguro] que no se arrepentirian de su observancia.

Ultimamente, yo no declamo contra los bailes, sino contra los escándalos de los bailes. Quítese de ellos todo lo que los hace pecaminosos y peligrosos, y dejándolos en una clase de diversion indiferente, ellos serán malos para quien quiera ser malo en ellos, y serán honestos para el honesto; pero miéntras así no se haga, el baile, sea por sus abusos, sea por su ocasion, nó podrá librarse de la definicion de un padre de la Iglesia, que dice: que *el baile es un círculo, cuyo centro es el demonio.*

Bailar no es malo: lo malo es el modo con que se baila, y el objeto porque se baila. David bailó delante del arca del Señor, y los israelitas delante del becerro de Belial. Todos bailaron; pero ¡con qué diverso modo, y con qué diverso objeto! Por eso tambien fueron diversas las retribuciones.

Hay moralistas tan austeros, que no consideraban baile sin ocasion próxima voluntaria; y segun esto, no juzga lícito ninguno. Yo, despues de respetar su opinion, no me conformo con ella. Soy más indulgente, y digo que puede haber, y de hecho habrá, no siendo como los que se usan, algunos bailes donde falten estas ocasiones, estos escándalos, cantares lascivos, manoseos, embriagueces y demas abusos que se notan en los mas de ellos. ¿Y cuales serán estos? Los que se debieran usar entre gente de buena conciencia.

Si todos los concurrentes lo son, el baile será una diversion honesta. La dificultad estriba en que se dé un baile con tanto arreglo.

Dejando á todos que hagan lo que quieran en sus casas, volviendo á la mia, digo: que ya fatigados de saltar, beber y charlar, se fueron poniendo en quietud á más no poder, porque los mas no se podian tener en pié.

Los músicos arrumbaron sus instrumentos junto á las sillas y ellos se acostaron en ellas lo mejor que pudieron: las mujeres se amontonaron en el estrado, y los hombres se pusieron á contar cuentos y á hablar ociosidades para no dormirse, pues no tardaba en amanecer, como deseaban, para irse á tomar café.

Las disposiciones no eran muy malas; pero ellos ni éllas éran dueños de sí, sino el aguardiente que los narcótizaba mas y mas á cada minuto.

Con esto, unos hablando y otros oyendo simplezas, se fueron quedando dormidos unos por un lado y otros por otro, siendo de los primeros Januario.

La señora mi madre ya se habia recogido bien temprano encargándome que cuidara la casa, como lo hice, pues aunque tenia sueño como el mejor, no me atreví á dormir temeroso de que no se fuera alguno á llevar alguna cosa. Es un demonio el interes. En el estado de la salud pocas cosas desvelan á los hombres mas que él.

Alerta estaba yo velando á todos y oyéndolos roncar y vaciar el estómago cual mas cual menos. No me era muy grata esta música ni estos colores; y á mas de eso, ya no podia sufrir el sueño.

Es verdad que el zaguan estaba cerrado y yo tenia la llave, por lo que bien me podia haber acostado; pero me detenia el considerar que en casa no habia mas que mi madre, yo y una criada buena, pero vieja y dormilona, que no madrugaba si el mundo se volcara de arriba á bajo. Mi madre no era justo que se levantara á abrir á aquellos bribones á la hora que á cada uno se le quitara la borrachera y quisiera marcharse para la calle, y así no habia otro centinela mas que yo; que para no dormirme me puse á divertir con los dormidos á mi entera satisfaccion, como que sabia que dormian, los mas, con dos sueños, el natural y el del aguardiente.

Uno de los perjuicios que la embriaguez acarrea al que la tiene, es esponerlo á la irricion de cualquiera, como les sucedió á éstos conmigo; pues á unos les tizné las caras, á otros les escondí varias cosas,

á otros los cosí unos con otros, y á todos les hice mil maldades.

Amaneció el dia, corrió el ambiente fresco, abrí el balcon, y á vista de la luz, y al sonido de las campanas y del ruido de la gente que andaba por las calles, fueron despertando; y mirándose unos á otros las caras llenas de jazpes y labores, no podian contener la risa, especialmente las mujeres, las que lo mismo fué levantarse que oir, con dolor de su corazon, tronar sus vestidos y aun verlos hechos pedazos.

Unas disimulaban su pesar, mas otras renegaban del pícaro ocioso que las habia inferido tal daño, que ciertamente lo era; pero los tunantes como yo, no reparan en eso: el caso es divertirse á costa agena, y como esto se logre, nada les imperta hacer una maldad que perjudique el interes y aun la salud de los demas.

Pasado el primer fervor del enojo, limpiás unas, remendadas otras y todos mas serenos, se marcharon para el café ó sus casas, menos Januario y tres ó cuatro amigos suyos y mios, que como mas gorrones y sinvergüenzas, se quedaron hasta apurar en el almuerzo las reliquias del dia anterior; pero por fin almorzaron, y viendo que ya no quedaba mas que repelar de la fiesta, se fueron á la calle y yo á mi cama.

Dormí como un podenco hasta las doce del dia, á cuya hora me levanté y hallé á la pobre vieja cocinera hecha un Bernardo contra los bailadores. Señora, decia á mi madre, no es ¿brava sinrazon la de estos perdularios, que despues de haber tragado y divertídose todo el dia, pusieran la casa como la han puesto? Mire vd. señora, todo el dia se me ha ido en limpiar sus porquerías; porque ¡Jesus! ¡cómo estaba todo! era un asco. Un vómito por el corredor, una suciedad por la escalera, otra por otro lado: hasta la sala, señora, hasta la sala estaba hecha una zahurda. ¡Ah, fú! ¡qué gente tan sucia y tan grosera! Pero lo que yo mas he sentido, señora, han sido las macetas. Mire su merced cómo las han puesto. Todas están destrozadas. ¡Ay, qué gentes van á los bailes de tan mal natural, que no conten-

tas con tragar, divertirse, emborracharse y emporcar la casa, todavía hacen mil maldades como esta.

Mi madre consoló á la viejecita diciéndole: dice vd. bien, nana Felipa, son unos pícaros, indecentes, groseros y malcriados los que hacen tanto mal en las mismas casas en que se divierten; pero ya por ahora, no hay remedio. Ya vd. sabe que mi marido no era amigo de estas jaranas, y así yo no tenia esperiencia de semejantes groserías; pero le empeño á vd. mi palabra, en que será la primera y última.

No me gustó mucho esta sentencia, porque como ni yo gastaba el dinero, ni trabajaba en nada de la funcion, hubiera querido que siguieran los bailecitos en mi casa, á lo menos tres veces á la semana.

Sin embargo, no me metí por entonces en otra cosa mas que en reirme de la vieja, y á la tarde á buena hora tomé mi sombrero y me salí para la calle.

Volví por la primera á las nueve de la noche, y hallé á mi madre algo séria, pues me dijo: ¿que dónde habia estado? Que estrañaba en mí tanta licencia: que yo era su hijo, y que no pensara que porque habia muerto mi padre ya era yo dueño absoluto de mi libertad, y otras cosas á este modo, á las que respondí que ya ese tiempo se habia acabado: que ya yo no era muchacho: que ya me razuraba, y que si salia y me detenia en la calle, era para ver de qué cosa nos habiamos de mantener.

Semejantes respostadas entristecieron á mi madre bastante, y desde luego conoció lo que iba á suceder, que fué quitarme la máscara y perderla el respeto enteramente, como sucedió.

Quisiera pasar este poco tiempo de maldades en silencio, y que siempre ignorarais, hijos mios, hasta donde puede llegar la procacidad de un hijo insolente y malcriado; pero como trato de presentaros un espejo fiel en que veais la virtud y el vicio segun es, no debo disimularos cosa alguna.

Hoy sois mis hijos, y no pasais de unos muchachos juguetones; pero mañana sereis hombres y padres de familia, y entonces la lectura de mi vida os enseñará cómo os debeis manejar con vuestros hijos, para no tener que sufrirles lo que mi pobre madre tuvo que sufrirme á mí.

Dos años sobrevió mi madre á la muerte de mi amado padre, y fué mucho, segun las pesadumbres que le dí en ese tiempo, y de que me arrepiento cada vez que me acuerdo.

Constantemente disipado, vago y mal entretenido, no pensando sino en el baile, en el juego, en las mujeres, y en todo cuanto directamente propendia á viciar mis costumbres mas y mas.

El dinerito que habia en casa no bastaba á cumplir mis deseos. Pronto concluyó. Nos vimos reducidos á mudarnos á una viviendita de casa de vecindad; pero como ni aun ésta se pudo pagar, á pocos dias puse á mi madre en un cuarto bajo é indecente, lo que sintió sobremanera, como que no estaba acostumbrada á semejante trato.

La pobre de su merced me reprendia mis estravíos; me hacia ver que ellos eran la causa del triste estado á que nos veiamos reducidos: me daba mil consejos persuadiéndome á que me dedicara á alguna cosa útil, que me confesara y que abandonara aquellos amigos que me habian sido tan perjudiciales, y que quizá me pondrian en los umbrales de mi última perdicion. En fin la infeliz señora hacia todo lo que podia para que yo reflexionara sobre mí; pero ya era tarde.

El vicio habia hecho callos en mi corazon: sus raíces estaban muy profundas y no hacian mella en él ni los consejos sólidos, ni las reprensiones suaves, ni las ásperas. Todo lo escuchaba violento y lo despreciaba pertinaz. Si me exhortaba á la virtud, me reia; y si me afeaba mis vicios, me exasperaba; y no solo, sino que entonces le faltaba al respeto con unas respuestas indignas de un hijo cristia-

no y bien nacido, haciendo llorar sin consuelo á mi pobre madre en estas ocasiones.

¡Ah, lágrimas de mi madre, vertidas por su culpa y por la mia! Si á los principios, si en mi infancia, si cuando yo no era dueño absoluto de los resabios de mis pasiones, me hubiera corregido los primeros ímpetus de ellas, y no me hubiera lisonjeado con sus mismos consentimientos y cariños, seguramente me hubiera acostumbrado á obedecerla y respetarla; pero fué todo lo contrario: ella celebraba mis primeros deslices y aun los disculpaba con la edad, sin acordarse que el vicio tambien tiene su infancia en lo moral, su consistencia y su senectud lo mismo que el hombre en lo físico. El comienza siendo niño ó trivial, crece con la costumbre y fenece con el hombre, ó llega á su decrepitud cuando al mismo hombre en fuerza de los años se le amortiguan las pasiones.

¿Qué provecho no hubiera resultado á mi madre y á mí, si no se hubiera opuesto tantas veces á los designios de mi padre, si no le hubiera embarazado castigarme, y si no me hubiera chiqueado tanto con su imprudente amor? ¡Ah! yo me habria acostumbrado á respetarla, me hubiera criado timorato y arreglado, y bajo este sistema, no hubiera yo padecido tantos trabajos en el mundo, ni mi madre hubiera sido víctima de mis desobediencias y vilipendios.

Lo mas sensible es que este funesto caso no carece de ejemplares. Hijos de viudas consentidoras, casi siempre son hijos perdidos y malcriados; y madres de semejantes hijos ¿qué han de ser sino unas mujeres desgraciadas?

Sucede por lo comun que el padre es un hombre regular que procura inspirar al niño unos sentimientos cristianos, morales y políticos y segun ellos desviarlo de todas aquellas bajezas á que el hombre se inclina naturalmente. Esto hace llorar al niño, y la madre se aflige y lo embaraza. Hace alguna travesura, se le celebra; usa alguna malacrianza, se le disculpa; produce algunas palabras indecentes, ó *porque las* oyó á los criados, ó en la calle, y se festejan: el padre se

tuesta de estas cosas, y teme empeñarse y reprenderlas y castigarlas al hijo; porque cuando lo hace, sabe que salta la madre como una leona; y ya sea porque la ama demasiado, ya porque no se vuelva aquel matrimonio un infierno, condesciende con ella, no se castiga el delito del muchacho, éste se queda riendo y satisfecho en la impunidad que le asegura su mamá, dá rienda á sus vicios, que entonces como dijimos, son vicios niños, puerilidades, frioleras, pero en la edad adulta son crímenes y delitos escandalosos.

Sin embargo, rara vez deja de servir de cierto freno la presencia del padre; pero si éste muere, todo se acaba de perder. Roto el único dique que habia, aunque debil, se sale de caja el rio de las pasiones, atropellando con cuanto se pone por delante.

Entonces la viuda reconoce lo feroz de un corazon entregado á la libertad, quiere oponerse por la primera vez, pero es tarde: el torrente es impetuoso, y sus fuerzas incapaces de contenerlo: Prueba los consejos, emplea las caricias, compila las reprensiones, tienta las amenazas, agota las lágrimas, solicita castigos y acaso desesperada, prorumpe en maldiciones contra su hijo [1]; más nada basta. El jóven endurecido, obstinado y acostumbrado á no obedecer ni respetar á su madre, desprecia los consejos, se mofa de las caricias, burla las reprensiones, se rie de las amenazas, se divierte con las lágrimas, elude los castigos y retorna las imprecaciones con otras tales, si no se desacata, como se ha visto, á poner sus viles manos en la persona de su madre (2).

Toda esta lastimosa catástrofe se escusaría con educar bien y escrupulosamente á los niños. ¿Y á cuántos puntos se pueden reducir las principales obligaciones de los padres acerca de la buena educacio de sus hijos? A tres, en sentir de un varon apostólico, que floreció en México (3). A saber: á enseñarles lo que deben saber, á cor-

(1) Muchas veces se han visto cumplidas estas maldiciones. Los hijos deben guardarse de merecerlas y los padres de proferirlas. Todo es malo.
(2) Crímen atroz, pero que no carece de ejemplares.
(3) El padre Juan Martinez de la Parra, de la Compañía de Jesús.

regirles lo mal que hacen, y á darles buen ejemplo. Tres cosas muy fáciles al decirse, pero muy difíciles al practicarse, atendiendo la multitud de hijos mal criados y llenos de vicios que notamos; mas no porque sean difíciles de observarse, porque el yugo del Señor es suave; sino porque los tales padres y madres, ni remotamente se aplican á practicar los tres preceptos insinuados, antes parece que al propósito se desvian de ellos cuanto pueden.

Si es en la instruccion, se contentan con darles la muy superficial por medio de unos maestros ó ayos mercenarios [1], que acaso, viendo el chiqueo de los padres, no tratan mas que de lisonjear al pupilo con harto daño de él y de sus conciencias.

Si es en la correccion, ya hemos dicho el abandono de estos padres, y especialmente de las madres.

Ultimamente, si es en el ejemplo, ¿cuál es el ordinario que ven los hijos en sus casas? Lujo en las personas, excesos en la mesa, orgullo con los criados, altanería y desprecio con los pobres.

Esto es, cuando menos, que cuando mas, ya se sabe lo que ven y oyen los niños en muchas casas. Y siendo el ejemplo el aliciente mas poderoso para formar bien ó mal el corazon del niño en aquella

[1] Hablamos aquí de los padres decentes y bien nacidos que obran de este modo, no de la gente vulgar que no abriga ningunos sentimientos regulares; pues á estos no los corrige la crítica ni la persuacion. Estos bárbaros que llevan al hijo á que los cuide cuando el aguardiente los arroja por las calles; otros que los llevan al juego, y aun juegan con ellos: otros en cuyas pocilgas jamás se oyen sino maldiciones, juramentos, riñas y obcenidades, etc., éstos no solo no pueden dar á sus hijos buena educacion ni buen ejemplo, porque son unos brutos racionales, sino que por esta misma razon, siempre los imbuyen en sus errores y preocupaciones, y con sus perversos ejemplos les forman un carazon de demonios. Esta es una triste verdad, pero verdad que si se quisiera desmentir, hablarán en su favor las pulquerías; tabernas, billarcitos, cárceles y calles de esta ciudad, que no están llenas de otra polilla que de estos haraganes y viciosos. ¡Qué cosa tan grande fuera el hacerlos útiles al estado y á sí mismos! ¿Qué providencias mas conducentes para el caso, que encargarse de sus hijos, proporcionándoles por amor y por fuerza la buena educacion? ¿Y qué arbitrio, á mí parecer, mas fácil para ello que el proyecto de las escuelas gratuitas que propuse en el tomo tercero de mi Pensador mexicano núms. 7, 8 y 9? Yo aseguro que practicado en todas sus partes, dentro de diez años nuestra plebe no fuera tan nécia, viciosa é inútil como hoy. Esto seria hacer de las piedras hijos de *Abraham.*

edad, ¿cómo será éste con tales ejemplos? Los resultados nos lo dicen: niño engreido, grande soberbio: niño consentido, grande nécio: niño abandonado, grande perdido, y así lo demás.

Todo esto se remediaba con la buena educacion y ésta desde temprano. El consejo es del Espíritu Santo, que dice: *tienes hijos instrúyelos desde su niñéz*; (Eccl. cap. 7). El árbol se ha de enderezar cuando es vara, no cuando se robustece y es tronco. Los médicos dicen que los remedios se deben aplicar al principio de las enfermedades, antes que tomen cuerpo, antes que se vicie toda la sangre y corrompa los humores. Los diestros cirujanos componen el hueso luego que se disloca, y lo entablan luego que advierten la fractura, porque si no cria *babilla* y se imposibilita la cura.

Así, ni mas ni menos, debe ser la educacion de los niños desde pequeños, antes que sean troncos. Se han de corregir sus deslices luego que se les noten, porque si no crian babilla.

Estas verdades son mas claras que el agua, mas repetidas que los dias, no hay quien diga que las ignora; y con todo eso no se ven sino muchachos malcriados y nécios, que despues son unos hombres vagos, viciosos y perdidos.

Esto no puede estar en otra cosa, sino en que obramos contra lo mismo que sabemos. Consentimos á los muchachos por serlo y por tenerlos demasiado amor: ellos cuando jóvenes nos llenan de pesadumbres y disgustos, y entonces son los ojalás y los malhayas, pero sin fruto.

¿Cuánto mejor y mas facil no es domar al caballo de potro que de viejo? Tienen los padres un freno y un azicate muy oportuno para el caso, y que sabiéndolos manejar con prudencia, es casi imposible que deje de producir buenos efectos. El freno es la ley evangélica bien inspirada; y el acicate el buen ejemplo practicado constantemente.

Los campistas de nuestra tierra dicen, que el mejor caballo necesita las espuelas; así podemos decir, que el niño mas dócil y el me

jor natural, ha menester observar buenos ejemplos para formar su corazon en la sana moral, y no corromperse. Esta es la espuela mas eficaz para que los niños no se estravien.

El buen ejemplo mueve mas que los consejos, las insinuaciones, los sermones y los libros. Todo esto es bueno, pero por fin son palabras que casi siempre se las lleva el viento. La doctrina que entra por los ojos, se imprime mejor que la que entra por los oidos. Los brutos no hablan, y sin embargo, enseñan á sus hijos; y aun á los racionales con su ejemplo. Tanta es su fuerza.

No hay que admirarse de que el hijo del borracho sea borracho: el del jugador, tahur: el del altivo, altivo, etc., etc.; porque si eso aprendió de sus padres, no es maravilla que haga lo que vió hacer. *El hijo del gato caza raton*, dice el refran.

Lo que sí es maravilla, ó por mejor decir, cosa de risa, es que como apunté poco há, cuando el hijo ó hija son grandes, y grandes pícaros; cuando cometen grandes delitos y dan grandes disgustos, entonces los padres y las madres se hacen de las nuevas y exclaman: ¡quién lo pensara de mi hijo! ¡Quién lo creyera de fulana! ¡Tontos! ¿Quién lo ha de creer, quién lo ha de pensar? Todo el mundo; por que todo el mundo ha visto cuál ha sido vuestro modo, de criarlos. El milagro fuera que educándolos bien y dándoles buenos ejemplos, ellos salieran indóciles y perversos; pero que salgan malos cuando la doctrina que han mamado ha sido ninguna, y los ejemplos que han visto han sido pésimos, es una cosa muy natural; porque todos los efectos corresponden á sus causas. ¿Quién se ha admirado hasta hoy de que un poco de algodon arda si se aplica al fuego? ¿Ni que se manche un pliego de papel si se mete en una olla de tinta? Nadie, porque todos saben que es propio del fuego quemar lo combustible, y de la tinta, teñir lo susceptible de su color. Pues tan natural así es, que los niños ardan con la mala educacion y se contaminen con los malos ejemplos. Lo que importa es no darles una ni otros.

Por esto entre los lacedemonios se acostumbraba castigar en los

padres los delitos de los hijos, disculpando en ellos la falta de advertencia, y acriminando en aquellos la malicia ó la indolencia.

Wenceslao y Boleslao, príncipes de Bohemia, fueron hermanos, hijos de una madre: el primero fué un santo, á quien veneramos en los altares, y el segundo un tirano cruel que quitó la vida á su mismo hermano. Distintos naturales, distintas suertes; pero ¿á que se atribuirán sino á las distintas educaciones? Al primero lo educó su abuela Ludmila, mujer piadosísima y santa, y al segundo, su madre Draomira, mujer loca, infame y torpísima. ¡Tal es la fuerza de la buena ó mala educacion en los primeros años!

Cuando ponderamos lo mal que hacen los padres cuando faltan á las obligaciones que tienen contraidas respecto de los hijos, no disculpamos á estos de sus desacatos é inobediencias. Unos y otros hacen mal, y unos y otros trastornan el órden natural, infringen la ley y perjudican las sociedades en que viven; y no enmendándose, unos y otros se condenan, pues como se lee en los sagrados libros (1); los hijos recojen la leña y los padres encienden el fuego.

Es verdad que Dios dice que *el hijo malcriado será el oprobio y la confusion de sus padres;* pero tambien están llenas de anatemas las divinas letras contra tales hijos. Oid algunas que constan en los Proverbios y en el Eclesiastico. *Se extinguirá la vida del que maldice á su padre, y pronto quedará entre las tinieblas del sepulcro. Mala será la fama, ó se verá deshonrado el que menosprecia á su madre. El que aflige á su padre ó huye de su madre, será ignominioso é infeliz. La maldicion de ésta destruye hasta los cimientos de la casa de los malos hijos,* y por último: *Devoren los cuervos carniceros el cadáver, y sáquenle los ojos al que se atreve á burlarse de su padre.*

Horrorizan estas maldiciones; pero y qué ¿habrá hijos tan inícuos, ingratos y desalmados, que las merezcan? Esto mismo dudó Solón, y por éso cuando dió leyes á los atenienses y les señaló castigo á to-

[1] Jerem. 7, v. 18.

dos los delitos, no lo señaló al hijo ingrato y parricida (1), diciendo que no se persuadia pudiera haber tales hijos. ¡Ah! nosotros no podemos fingirnos esta duda, porque vemos mil hijos que ni merecen este nombre, segun son de perversos é ingratos con sus padres.

Por el contrario, prodiga Dios las vendiciones de los hijos buenos, amantes y obedientes á sus generadores. Dice, *que vivirán largo tiempo sobre la tierra: que la vendicion del padre afirma las casas de los hijos*, esto es, su felicidad temporal. *Que de la honra que tributaren al padre, resultará la gloria del hijo ó su buen nombre. Que el Señor se acordará del buen hijo en el dia de su tribulacion: que atenderá sus oraciones: que les perdonará sus pecados;* y en fin, *que les acompañará la bendicion de Dios eternamente.*

Es tan justo, debido y natural el amor, respeto y gratitud que los hijos deben á los padres, que los mismos paganos que no conocieron al verdadero Dios, ni se impusieron en sus bendiciones y amenazas, nos lo dejaron recomendado, no solo con sus plumas, sino con sus obras.

¡Qué amor el de aquella jóven romana, que estando su padre preso y sentenciado á morir de hambre, se dió arbitrio para alimentartarlo por una rendija de la puerta de la cárcel! Y ¿con qué? Con la leche de sus pechos. Accion tan tierna que sabida por los jueces, le grangeó el indulto al infeliz anciano.

¡Qué respeto el de aquellos dos nobles hijos Cleoves y Vitón, que faltando los caballos, ellos tiraron la carroza y condujeron hasta las puertas del templo á su madre la sacerdotiza! Accion que elogió Ciceron, y la aplaudieron tanto los romanos que veneraron como á dioses á aquellos dos tan reverentes hijos.

¡Qué piedad la de Eneas, que ardiendo la ciudad de Troya en la noche fatal de su esterminio, cuando todo era espanto, terror y confusion, y no tratando todos sino de librarse de la muerte, él corre

[1] Parael caso lo mismo es matarlos á pesadumbres, que con veneno ó un puñal. Todo es quitarles la vida.

donde estaba su viejo padre Anchises, lo pone sobre sus hombros, vuela con él por entre las llamas, y le asegura la vida diciéndole:

Ea, ven á mi cervis, que ya en mis hombros
Te tengo de librar, oh padre amado,
Sin que tan dulce carga en ningun tiempo
Me agrave ni la estime por trabajo.
Sea despues lo que fuere, que hora el riesgo
O la dicha será comun á entrambos.—Virg. En. 2.

Estos heroicos ejemplos, ¿no embelesan, no encantan, no enternecen á los buenos hijos? Y á los malos ¿No los averguenzan y confunden? Estas brillantes acciones no fueron hechas por unos santos cristianos, ni por unos anacoretas del Yermo, sino por unos gentiles, por unos paganos que no gozaron la luz del Evangelio, ni tuvieron noticia de sus infalibles promesas, y sin embargo, amaban, veneraban y socorrian á sus padres hasta el estremo que habeis visto, sin más guia que la naturaleza, y sin más interés que la complacencia interior, que es uno de los frutos de la virtud.

Pero los malos hijos no sólo no veneran á sus padres, sino que los insultan, y lejos de considerarlos y alimentarlos, les disipan cuanto tienen y les dejan perecer en la miseria. ¡Ay de tales hijos! y ¡ay de mí! que fuí uno de ellos, y á fuerza de disgustos y sinsabores dí con mi pobre madre en la sepultura, como lo vereis en el capítulo primero del tomo que sigue.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

EL

PERIQUILLO SARNIENTO

POR

EL PENSADOR MEXICANO.

SEGUNDA EDICION
Corregida, ilustrada con notas, y adornada con 30 láminas finas.

TOMO II.

MEXICO.

J. Valdes y Cueva,
Calle del Refugio, núm. 12.

R. Araujo,
Calle de Cadena, núm. 13.

1885.

. . . . .Nadie diga que es suyo el retrato, sino que hay muchos diablos que se parecen unos á otros. El que se hallare tiznado, procure lavarse, que eso les importa más que hacer crítica y exámen de mi pensamiento, de mi locucion, de mi idea, ó de los demás defectos de la obra.

TORRES VILLARROEL *en su prólogo de la Barca de Aqueronte.*

Tip. de Clarke y Macias, Arco de San Agustin, 19.

PROLOGO

EN

TRAJE DE CUENTO.

HA de estar vd. para saber, señor lector, y saber para contar, que estando yo la otra noche solo en casa, con la pluma en la mano, anotando los cuadernos de esta obrilla entró un amigo mio de los pocos que merecen este nombre, llamado *Conocimiento*, sujeto de abonada edad y profunda esperiencia, á cuya vista me levanté de mi asiento para hacerle los cumplidos de urbanidad que son corrientes.

El me los correspondió, y sentándose á mi derecha me dijo: continúe vd. en su ocupacion si es que urge, que yo no mas venia á hacerle una visita de cariño.

No urge, señor, le dije, y aunque urgiera, la interrumpiria de buena gana por dar lugar á la grata conversacion de vd., ya que tengo el honor de que me visite de cuando en cuando; y aun esta vez lo aprecio demasiado por aprovechar la ocasion de suplicarle

me informe qué se dice por ahí de *Periquillo Sarniento*, pues vd. visita á muchos sabios, y aun á los más rudos suele honrarlos algunas veces como á mí.

Vd. me habla de esa obrita reciente, cuyo primer tomo ha dado vd. á luz? Sí Señor, le respondí, y me interesa saber que juicio forma de ella el público, para continuar mis tareas si lo forma bueno, ó para abandonarlas en el caso contrario.

Pues oiga vd. amigo, me dijo el *Conocimiento*, es menester advertir que el público es todos y ninguno: que se compone de sabios é ignorantes: que cada uno abunda en su opinion: que es moralmente imposible contentar al público, esto es, á todos en general, y que la obra que celebra el necio, por un accidente merece la aprobacion del sabio, así como la que éste aplaude, por maravilla la celebra el necio.

Siendo éstas unas verdades de Pero Grullo, sepa vd. que su obrita corre en el tribunal del público casi los mismos trámites que han corrido sus compañeras, quiero decir, las de su clase. Unos la celebran más de lo que merece: otros no la leen para nada; otros la leen y no la entienden: otros la leen y la interpretan: y otros, finalmente, la comparan á los Anales de Volusio, ó al espinoso cardo que sólo puede agradar al áspero paladar del jumento.

Estas cosas debe vd. tenerlas por sabidas, como que no ignora que es más fácil que un panal se libre de la golosina de un muchacho, que la obra más sublime del agudo colmillo del Zoylo.

Es verdad, señor, que lo sé, y sé que mis obrillas no tienen cosa que merezca el más ligero aplauso; y esto lo digo sin gota de hipocresía, sino con la sinceridad que lo siento; y admiro la bondad del público cuando lee con gusto mis mamarrachos á costa de su dinero, disimulando benigno lo comun de los pensamientos, lo mal limado del estilo, y tal vez algunos yerros groseros, y entónces no puedo ménos que tenerlos á todos por más prudentes que á Horacio, pues

este decia en su arte poética que en una obra buena perdonaria algunos defectos: *Non ego paucis offendar maculis;* y tambien dijo que hay defectos que merecen perdon: *Sunt delicta tamen quibus ignovisse velimus;* pero mis lectores á cambio de tal cual cosa que les sale á gusto en mis obritas, tienen paciencia para perdonar los innumerables defectos en que abundan. Dios se los pague y les conserve esa docilidad de carácter.

Tampoco soy de los que aspiran á tener un sinnúmero de lectores, ni apetesco los víctores de la plebe ignorante y novelera. Me contento con pocos lectores, que siendo sabios no me haria daño su aprobacion; y para no cansar á Vd., cuando le digó esto me acuerdo del sentir de los señores Horacio, Juan Owen é Iriarte, y digo con el último en su fábula del Oso bailarin:

Si el sabio no oprueba, malo;
Y si el necio aplaude, peor.—Fáb. III.

Es verdad que apeteceria tener, no ya muchos lectores, sino muchos compradores: á lo ménos tantos cuantos se necesitan para costear la impresion y compensarme el tiempo que gasto en escribir. Con esto que no faltara me daria por satisfecho, aunque no tuviera un alabador, acordándome de que acerca de ellos y los autores dice el célebre Owen en uno de sus epígramas.

Bastan pocos (1), *basta uno*
En quien aplausos desee,
Y si ninguno me lee,
Tambien me basta ninguno.

Mas sin embargo de estas advertencias, yo quisiera saber cómo se opina de mi obrita, para hacer las cuentas con mi bolsa, pues no vaya vd. á pensar que por otra cosa.

Pues amigo, me dijo el *Conocimiento,* tenga vd. el consuelo que

1 Elogiadores.

hasta ahora yo más he oido hablar bien de ella que mal. ¿Luego tambien hay quien hable mal de ella? le pregunté.

¿Pues no ha de haber? me dijo; hay ó ha habido quien hable mal de las mejores obras, ¡y se habia de quedar *Periquillo* riendo de los habladores!—Pero ¿qué dicen de Perico? le pregunté; y él me contestó: dicen que este Perico habla más que lo que se necesita: que lleva traza de no dejar títere con cabeza á quien no le corte su vestido: que á título de crítico es un murmurador eterno de todas las clases y corporaciones del estado, lo que es una grandísima bellaquería: que ¿quién lo ha metido á pedagogo del público para, so color de declamar contra los abusos, satisfacer su carácter mordaz y maldiciente? Que si su fin era euseñar á sus hijos, por qué no lo hizo como Caton Censorino,

Que doctrinaba á su hijo
Con buen corazon,

y no con sátiras, críticas y chocarrerías: que si el publicar tales escritos es por acreditarse de editor, con ellos mismos se desacredita, pues pone su necedad de letra de molde; y si es por lucro que espera sacar de los lectores, es un arbitrio odioso é ilegal, pues nadie debe solicitar su subsistencia á costa de la reputacion de sus hermanos; y por último, que si el autor es tan celoso, tan arreglado y opuesto á los abusos, ¿por qué no comienza reformando los suyos, pues no le faltan?

¡Ay, señor *Conocimiento*! exclamé lleno de miedo. ¿Es posible que todo eso dicen?—Sí amigo: todo eso dicen.

¿Pero quién lo dice, hermanito de mi corazon?

Quién lo ha de decir, contestó el *Conocimiento*, sino aquellos á quienes amargan las verdades que vd. les hace beber en la copa de la fábula. ¿Quiere vd. que hable bien de *Periquillo* un mal padre de familia, una madre consentidora de sus hijos, un preceptor inepto, un eclesiástico relajado, una coqueta, un flojo, un ladron, un

fullero, un hipócrita, ni ninguno de cuantos vd. pinta? No, amigo, éstos no hablarán bien de la obra ni de su autor, en su vida; pero tenga vd. entendido que de esta clase de rivales saca un grandísimo partido, pues elllos mismos, sin pensarlo, acreditan la obra de vd. y hacen ver que no miente en nada de cuanto escribe; y así, siga vd. su obrita, despreciando esta clase de murmuraciones (porque no se llaman ni pueden llamarse críticas). Repita de cuando en cuando lo que tantas veces tiene protestado y estampado, esto es, que no retrató jamas en sus escritos á ninguna persona determinada: que sólo ridiculiza el vicio con el mismo loable fin que lo han ridiculizado tantos y tan valientes ingenios de dentro y fuera de nuestra España; y para que más lo crean, repitales con el divino canario Iriarte

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan:
Qnien las siente se culpa,
El que no que las oiga.
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.—Fáb. I.

Diciendo esto, se fué el Conocimiento, (porque era el *Conocimiento Universal*), añadiendo que estaba haciendo falta en algunas partes; y yo tomé la pluma y escribí nuestra conversacion, para que vd, amigo lector, haga boca y luego siga leyendo la historia del famoso *Periquillo*.

VIDA Y HECHOS

DE

PERIQUILLO SARNIENTO

ESCRITA POR EL

PARA SUS HIJOS.

CAPITULO PRIMERO.

Escribe PERIQUILLO la muerte de su madre, con otras cosillas no del todo desagradables.

¡Con qué constancia no está la gallina lastimándose el pecho veinte dias sobre los huevos! Cuando los siente animados, !con qué proligidad rompe los cascarones para ayudar á salir á los pollitos! Salidos éstos, ¡con qué eficacia los cuida! ¡con qué amor los alimenta! ¡con que ahinco los defiende! ¡con qué cacha za los tolera, con qué cuidado los abriga!

Pues á proporcion hacen esto mismo con sus hijos la gata, la perra, la yegua, la vaca, la leona y todas las demas madres brutas. Pero cuando ya sus hijos han crecido, cuando ya han salido (diga-

moslo así) de la edad pueril, y pueden ellos buscar el alimento por sí mismos, al momento se acaba el amor y el chiqueo, y con el pico, dientes y testas, los arrojan de sí para siempre.

No así las madres racionales. ¡Qué enfermedades no sufren en la preñez! ¡Qué dolores y á que riesgo no se esponen en el parto! !Qué achaques, qué cuidados y desvelos no toleran en la crianza! Y despues de criados, esto es, cuando ya el niño deja de serlo, cuando ya es jóven, y cuando puede subsistir por si solo, jamas cesan en la madre los afanes ni se amortigua su amor, ni fenecen sus cuidados. Siempre es madre, y siempre ama á sus hijos con la misma constancia y entusiasmo.

Si obraran con nosotros como las gallinas, y su amor solo durara á medida de nuestra infancia, todavía no podiamos pagarlas el bien que nos hicieron, ni agradecerlas las fatigas que les costamos, pues no es poco el deberlas la existencia fisica y el cuidado de su conservacion.

No son ciertamente otras las causales porque nos persuade el Eclesiástico nuestro respeto y gratitud hácia los padres. *Honra á tu padre, dice en el cap. 7°, honra á tu padre y no olvides los gemidos de tu madre. Acuérdate que si no fuera por ellos no existirias, y pórtate con ellos con el amor que ellos se portaron contigo.* Y el Santo Tobías el viejo le dice á su hijo: *Honrarás á tu madre todos los dias de tu vida, debiéndote acordar de los peligros y trabajos que padeció por tí cuando te tuvo en su vientre.* Tob. cap. IV.

En vista de esto, ¿quién dudará que por la naturaleza y por la religion estamos obligados no solo á honrar en todos tiempos, sino á socorer á nuestros padres en sus necesidades y bajo culpa grave?

Digo en todos tiempos, porque hay un abuso entre algunas personas, que piensan que en casándose se exoneran de las obligaciones de hijos, y que ni se hallan estrechadas á obedecer ni respetar á sus padres como antes, ni tienén el mas mínimo cargo de socorrerlos.

Yo mismo he visto á muchos de éstos y éstas que despues de

haber contraido matrimonio, ya tratan á sus padres con cierta indiferiencia y despego que enfada. No (dicen), ya estoy emancipado, ya sali de la patria potestad, ya es otro tiempo: y la primera accion con que toman posesion de esta libertad es con chupar ó fumar tabaco delante de sus padres (1). A seguida de esto, les hablan con cierto entono, y por último; aunque estén necesitados no los socorren.

Cuanto á lo primero, esto es, cuanto al respeto y la veneracion, nunca quedan los hijos eximidos de ella, sea cual fuere el estado en que se hallen colocados, ó la dignidad en que estén puestos. Siempre los padres son padres, y los hijos son hijos, y en éstos lejos de vituperarse, se alaba el respeto que manifiestan á aquellos. Casado y rey era Salomon, y bajó del trono para recibir con la mayor sumision á su madre Betsabé: lo mismo hizo el señor Bonifacio VIII con la suya, y hace todo buen hijo, sin que estas humillaciones les hayan acarreado otra cosa que gloria, bendiciones y alabanzas.

Por lo que toca al socorro que deben impartirles en sus necesidades; aun es mas estrecha la obligacion. No se escusa la mujer, teniéndolo, con decir: mi marido no me lo da; pedírselo, que si él fué buen hijo, él lo dará; y si no le diere, economizarlo del gasto y del lujo; pero que haya para galas, bailes y otras estravagancias, y no haya para socorrer á la madre, es cosa que escandaliza: bien que apenas cabe en el juicio que haya tales hijas.

Mas frecuentemente se ve esto en los hombres, que luego dicen: ¡oh! yo socorreria á mis padres; pero soy un pobre, tengo mujer é

(1) El fumar no es malo, es un vicio de los tolerables, y aunque él por sí es muchas veces pernicioso á la salud y gravoso á la bolsa, ya la costumbre lo tiene favorecido; pero ¿el chupar delante de los padres? Tampoco es malo; es tan lícito como delante de los que no lo son. Ningun padre se escandalizará si ve que su hijo toma polvos en su precencia; mas con todo eso la misma costumbre que sufre que se tome tabaco aun en la iglesia, por las narices, no lo tolera por la boca, ni delante de los padres y superiores. Ello es una preocupacion, pero pasadera, y con la que probamos nuestro respecto á algunas personas y lugares.

hijos á quien mantener, y no me alcanza. ¡Hola! Pues tampoco esa es disculpa justa. Consulten á los teólogos, verán cómo están en obligacion de partir el pan que tengan con sus padres, y aun hay quien diga (1) que en caso de igual necesidad, bajo de culpa grave primero se ha de socorrer á los padres que á los hijos.

No favorecer á los padres en un caso estremo, es como matarlos: delito tan cruel, que asombrados de su enormidad los antiguos, señalaron por pena condigna á quien lo cometiera, el que lo encerraran dentro de un cuero de toro, para que muriera sofocado, y que de este modo lo arrojaran á la mar, para que su cadáver ni aun hallara descanso en el sepulcro.

¿Pues cuántos cueros se necesitarán para enfardelar á tantos hijos ingratos como escandalizan al mundo con sus vilezas y ruindades? En aquel tiempo yo no me hubiera quedado sin el mio; porque no solo no socorrí á mi madre, sino que le disipé aquello poco que mi padre le dejó para su socorro.

¡Qué caso! De las cinco reglas que me enseñaron en la escuela, unas se me olvidaron enteramente con la muerte de mi padre, y en otras me ejercité completamente. Luego que se acabaron los mediecillos y se vendieron las alhajitas de mi madre, se me olvidó el *sumar*, porque no tenia qué; *multiplicar* nunca supe; pero *medio partir* y *partir por entero*, entre mis amigos, y las amigas mias de ellos, todo lo que llegaba á mis manos, lo aprendí perfectamente; por eso se acabó tan pronto el principalito; y no bastó, sino que siempre quedaba *restando* á mis acreedores, y sacaba esta cuenta de memoria: quien debe á uno cuatro, a otro seis, á otro tres, etc., y no les paga, les debe. Eso sabia yo bien, deber, destruir, aniquilar, endrogar y no pagar á nadie de esta vida; y estas son las cuentas que saben los perdidos de *pe* á *pá*. Sumar no saben porque no tienen qué; multiplicar, tampoco, porque todo lo disipam; pero restar á quien se des-

(1) Santo Tomás.

cuida, y partir lo poco que adquieren con otros haraganes petardistas que llaman sus amigos, eso sí saben como el mejor, sin necesitar las reglas de aritmética para nada. Así lo hice yo.

En estas y las otras, no quedó en casa un peso ni cosa que lo valiera. Hoy se vendia un cubierto: mañana otro: pasado mañana un nicho; otro dia un ropero; hasta que se concluyó con todos los muebles y menage. Despues se siguió con toda la ropita de mi madre, de la que breve dieron cuenta en el Montepio y en las tiendas, pues como no habia para sacarla, todas las prendas se perdieron en una bicoca.

Es verdad que no todo lo gasté yo, algo se consumió entre mi madre y nana Felipa. Eramos como aquel loco de quien refiere el padre Almendia (1) que habia dado en la tontera de que era la Santísima Trididad, y un dia le pregunto uno ¿que cómo podia ser eso andando tan despilfarrado y lleno de andrajos? A lo que el loco contestó: *¿que quiere vd.? si somos tres al romper.* Así sucedia en casa, que éramos tres al comer y ninguno al buscar. Bien, que cuando hubo, yo gastaba y tiraba por treinta, y así á mí solo se me debe echar la culpa del total desbarato de mi casa.

La pobre de mi madre se cansaba en persuadirme solicitara yo algun destino para ayudarnos; pero yo en nada menos pensaba. Lo uno, porque me agradaba mas la libertad que el trabajo, como buen perdido, si acaso hay perdidos que sean buenos; y lo otro, porque ¿qué destino habia de hallar que fuera compatible con mi inutilidad y vanidad que fundaba en mi nobleza y en mi retumbante título hueco de bachiller en artes, que para mí montaba tanto como el de conde ó marqués?

Al pié de la letra se cumplió la prediccion de mi padre; y mi mamadre entónces, á pesar de su cariño, que nunca le faltó hácia mí,

(1) Recreac. Filos. Tom. 4º Tarde 19.

conoció cuánto habia errado en oponerse á que yo aprendiese algun oficio.

El saber hacer alguna cosa útil con las manos, quiero decir, el saber algun arte ya mecánico, ya liberal, jamas es vituperable, ni se opone á los principios nobles, ni á los estudios ni carreras ilustres que estos proporcionan; ántes suele haber ocasiones donde no vale al hombre ni la nobleza mas ilustre, ni el haber tenido muchas riquezas, y entonces le aprovechan infinito las habilidades que sabe ejercitar por sí mismo.

La deshonra, dice un autor que escribió casi á fines del siglo pasado (1), la deshonra ha de nàcer de la ociosidad ó de los delitos, no de las profesiones. Todos los individuos del cuerpo político, deben reputarse en esta parte hijos de una familia.

¿Qué hubiera sido de Dionisio, rey de Sicilia, cuando habiendo perdido el reino y andando prófugo é incógnitó por sus tíranias, no hubiera tenido alguna habilidad para mantenerse? Hubiera perecido seguramente en las garras de la mendicidad, ya que no en las manos de sus enemigos; pero sabia leer y escribir, bien sin duda, pues emprendió ser maestro de escuela, y con este ejercicio se mantuvo algun tiempo.

¿Qué suerte hubiera corrido Aristipo si cuando aportó á la isla de Rodas, habiendo perdido en un naufragio todas sus riquezas, no hubiera tenido otro arbitrio con que sostenerse por sí mismo? Hubiera perecido; pero era un excelente geómetrà, y conocida su habilidad, le hicieron tan buen acogimiento los isleños, que no extrañó ni su patria ni sus riquezas; y en prueba de esto les escribió á sus paisanos estas memorables razónes; *dad á vuestros hijos tales riquezas que no las pierdan aun cuando salgan desnudos de un naufragio.* ¡Qué bien tocaba este consejo á muchas madres y á muchos noblecitos!

(1) El Lic. D. Francisco Xavier Peñaranda en su "Sistema económico y político mas conveniente á España.

Si uno de nuestros abogados, teólogos y canonistas arribara náufrago á Pekin ó Constantinopla, ¿hallara que comer con su profecion? No; porque en esas capitales ni reina nuestra religion, ni rigen nuestras leyes; y así, si no sabia coser una camisa, tejer un jubon, hacer unos zapatos ó cosa semejante con sus manos, sus conclusiones, argumentos, sistemas y ereduccion, servirian tanto para subsistir, como á un médico sus aforismos en una isla desierta é inhabitable.

Esta es una verdad; pero por desgracia el abuso que contra ella se comete es casi general en los ricos, y en los que se tienen por de la sangre azul.

Dije *casi*, y dije una bobera: sin casi. Es abuso generalísimo, y tanto que está apadrinado por la vieja y grosera preocupacion de *quelos oficios envilecen al que los ejercita*, y de este herror se sigue otro mas maldito, y es aquel desprecio con que se ve y se trata á los pobres oficiales mecánicos. Fulano es hombre de bien; pero es sastre: citano es de buena cuna; pero es barbero: mengano es v rtuoso; pero es zapatero. ¡Oh! ¿Quién le ha de dar el lado? ¿Quién lo ha de sentar á su mesa? ¿Ni quién lo ha de tratar con distincion ni aprecio? Sus cualidades personales lo recomiendan; pero su oficio lo abate.

Así se esplican muchos, á quienes yo diria: señores, ¿si no tuviérais riquezas ni otro modo de subsistir sino de hacer zapatos, coser chaquetas, aparejar sombreros, etc, no es verdad que entónces renegariais de los ricos que os trataran con la necia vanidad con que ahora tratais vosotros á los menestrales y artesanos? Eslo sin duda.

Y si por un caso imposible, aun siendo ricos, si un dia se conjuraran contra vosotros todos estos y no os quisieran servir á pesar de vuestro dinero, ¿no andaríais descalzos? Sí, porque no sabeis hacer zapatos. ¿No andaríais desnudos y muertos de hambre? Sí, porque no sabeis hacer nada para vestiros, ni cultivar la tierra para alimentaros con sus frutos.

Con que si en la realidad sois unos inútiles, por mas que desem-

peñais en el mundo el papel de los actores de aquella comedia titulada; *Los hijos de la fortuna*, ¿por qué son esas altiveces, esos dengues, y esos desprecios con aquellos mismos que habeis menester y de quienes depende vuestra brillante suerte? (1) Si lo haceis porque son pobres los que se ejercitan en en estos oficios para subsistir, sois unos tiranos, que solo por ser pobres mirais con altivez á los que os sirven, y quizá á los que os dan de comer (2): y si solamente lo haceis así ó los tratais con este modo orgulloso porque viven de su trabajo, á mas de tiranos sois unos necios; y si no, pregunto: vosotros ¿de qué vivis? Tú, minero; tú, hacendero; tú, comerciante; te murieras de hambre y perecieras entre la indigencia si Juan no trabajara tu mina, si Pedro no cultivara tus campos, y si Antonio no consumiera tus géneros, todos á costa del sudor de sus rostros, mientras tú, hecho un holgazan, acaso, acaso no sirves sino de escándalo y peso á la república.

Así hablára yo á los ricos soberbios y tontos (3), al mismo tiempo que á vosotros, óh pobres honrados (4), os alentara á sufrir sus improperios y baldones, á resignaros en la Divina Providencia, y á continuar en vuestros afanes honradamente, satisfechos de que no hay oficio vil como el hombre no lo sea, ni hay riqueza ni distincion alguna que descargue de las notas de necio ó vicioso á quien las tiene.

¿Cuantas veces irá un hombre lleno de ignorancia ó de delitos dentro del dorado coche que hace estremecer vuestros humildes talleres? ¿Y cuántas la salsa que sazona los pichones y perdices de su

(1) Es constante que los pobres son feudatarios de los ricos y los que aumentan sus riquezas.

(2) Los miserables jornaleros que cultivan las haciendas, los operarios que trabajan las minas, y los artifices que labran los tejidos, etc, dan de comer y sostienen el lujo de los ricos.

(3) Con esos se habla.

(4) A esos se dirige el apóstrofe; no á los pobres viciosos, pues á estos si los ultrajan por su mala conducta, bien se lo merecen. Ser pícaro á mas de pobre es gran desgracia.

mesa será la intriga, el crimen y la usura, mientras que vosotros comeis con vuestros hijos y con una dulce tranquilidad tal vez una tortilla humedecida con el sudor de vuestra frente?

No son, hijos mios, los oficios los que envilecen al hombre (no me cansaré de repetir esta verdad); el hombre es el que se envilece con sus malos procederes: ni menos es estorvo la pobre cuna, ni las artes mecánicas para lograr entre los apreciadores del mérito, el lugar que uno se sepa merecer con su virtud, habilidad y ciencia. Buenos testigos de esta verdad son tan ingeniosos poetas, diestros pintores, excelentes músicos, escultores insignes y otros habilísimos profesores de las artes ya liberales, ya mixtas, á quienes el mundo ha visto visitados, enriquecidos y honrados por los pontífices y emperadores de la Europa. Prueba clara de que el mérito distinguido y la sobresaliente habilidad no solo no es barrera que imposibilita los honores, sino que muchas veces es el imán que los atrae hácia sus profesores. Ya se ha dicho en esta misma obrita que Sixto V antes de gobernar la Iglesia católica como pontífice, fué porquerizo (1).

(1) Este pontífice nació en un pueblo en la marca de Ancona á 13 de Diciembre de 1521. Fué su padre un pobre labrador, como dice Moreri, ó viñadero, como dice el autor del Diccionario de hombres ilustres, llamado Peretti y su madre Mariana. Cuidaba puercos ó lechones, y pasando un religioso franciscano por donde él estaba, ignorando el camino, lo llevó de guia, y enamorado de la agudeza de sus respuestas lo condujo á su convento. A poco tiempo tomó el hábito de la órden seráfica, y correspondiendo sus ascensos á su aplicacion y talento, logró sentarse en la silla de S. Pedro. Restableció á la pureza de su orígen la edicion de la Vulgata [Biblia]: canonizó á S. Diego, religioso franciscano español: agregó á los DD. de la Iglesia á S. Buenaventura: mandó celebrar la fiesta de la presentacion de la Santísima Vírgen: hizo muchas otras cosas excelentes. En tiempo de una grande hambre que padeció Roma, por cuya causa hubo una sublevacion, construyó varios edificios, abrió algunos caminos y promovió el famoso templo ó cúpula de San Pedro, que se creia inacabable, en la que mantuvo diariamente á 600 operarios. Ultimamente, erigió un obelisco en la plaza de S. Pedro de 72 piés de altura. No solo este pontífice fué de hmuilde y pobre ascendencia. Sin nombrar á S. Pedro, S. Dionisio, Juan VIII, Dámaso II, Nicolás I y otros se cuentan de oscuro linaje. Adrian IV y Alejandro V de niños se alimentaron de limosna; Urbano IV, fué hijo de otro porquerizo; Benedicto XI, fué hijo de una lavandera de paños; Benedicto XII, hijo de un molinero, etc. [véase la historia de los pontífices]. Lo que prueba bien, que ni lo oscuro del nacimiento, ni la última miseria, obstan para lograr los empleos más honoríficos, cuando la ciencia y la virtud hacen á los hombres dignos de ella.

Ejemplar que vale por otros muchos que recuerdan las historias eclesiástica y profána. Bien que la vanidad ha hecho que en nuestros dias no sean estos ejemplos muy comunes.

Pero es menester decirlo todo. No sé si es mas admirable ver á un hombre elevarse desde la basura á un puesto alto, ó ver á otros que colocados en él, no olviden la humildad de sus principios. Yo creo que esto así como es lo mas justo, así es lo mas difícil, atendida la soberbia humana; y siendo lo mas difícil de suceder, debe ser lo mas admirable.

Que un hombre pase del estado de pobre al de rico: del de plebeyo al de noble; y del de pastor al de rey, como se ha visto, puede ser efecto de la casualidad en la que el mismo hombre no tiene parte; pero que viendose encumbrado sobre los demas, lejos de ensoberbecerse ni endiosarse, se manifieste humano, afable y cortés con sus inferiores, acordándose de lo que fué, esto sí es admirable, porque prueba una grande alma capaz de tener á raya sus pasiones en cualquier estado de vida; lo que no hace el hombre muy fácilmente.

Lo comun es que vemos infinitos que nacieron ricos y grandes, y estos son orgullosos y altivos por naturaleza, esto es: así vieron el manejo de sus casas desde los primeros dias: la lisonja les meció la cuna y respiraron la vanidad con el primer ambiente. Heredaron, por decirlode una vez, la nobleza, el dinero, los títulos, y con esto la altivez y la dominacion que ejercitan con los que estan debajo de ellos.

Esto es malo, malísimo; porque ningun rico debe olvidarse de que es hombre, ni de que es semejante al pobre y al plebeyo; sin embargo, si se pueden disculpar los vicios, parece que la soberbia del rico merece alguna indulgencia, si se considera que jamás ha visto la cara á la miseria, ni le han faltado lisonjeros que lo anden incensando á todas horas de rodillas. Es menester ser un Alejandro para no caer en la tentacion de dejarse adorar como Nabuco.

Pero los pobres que nacieron entre los terrones de una aldea ó

mísero pueblecico: que sus padres fueron unos infelices y sus primeros refajos unas mantas: que así se criaron y así crecieron luchando con la desdicha y la indigencia: no sólo ignorando los ecos de la adulacion, sino familiarizándose con desprecios; éstos, digo, ¿porqué si á la Providencia le place elevarlos á un puesto brillante, al momento se desvanecen y se desconocca hasta el punto no sólo de menospreciar á los pobres, no sólo de no socorrer á sus parientes, sino ¡lo más execrable! de negar su estirpe enteramente? Esta es una soberbia imperdonable.

No son éstas ficciones de mi pluma; el mundo es testigo de estas verdades. ¿Cuantos al tiempo de leer estos renglones dirán: mi hermano el doctor no me habla: otros, mi hermana la casada no me saluda: otros, mi tio el prebendado no me conoce, y así muchos?

No quisiera decirlo; pero quizá por este vicio é ingratitud se inventó aquel trillado refran que dice: *¿quieren ver á un ruin, dénle un corgo.* Ello es una vileza de espíritu (1) degenerar de su sangre y dejar perecer en la miseria á los deudos, sólo por pobres, al tiempo uue se podian favorecer con facilidad á merced del puesto encumbrado que se ocupa [2].

Pero aunque sea soberbia, villanía ó lo que se le quiera llamar, así lo vemos practicar. Y si esta clase de personas son tan altivas con su sangre, ¿qué no serán con sus dependientes, súbditos y otros pobres á quienes consideran muy indignos de su afabilidad y cortesía?

Se ve, y no con rareza, que muchos de estos que eran atentos, cariñosos y bien criados con todo el mundo en la esfera de pobres,

[1] Así como puede haber una alma noble en un plebeyo, así puede haber una alma ruin dentro de un noble, y á ésta llamamos alma vil ó vileza de espíritu

[2] Se entiende sin perjuicio de la justicia, pues entónces no resultara del beneficio virtud, sino agravio.

luego que cambia su suerte y se levantan de entre la ceniza, se hacen soberbios, hinchados, fastidiosos y detestables.

El célebre padre Murillo en su Catecismo, citando á Plinio y Estrabon, dice: que el Bucéfalo ó caballo de Alejandro cuando estaba en pelo, se dejaba manosear y tratar de cualquiera; pero en cuanto lo ensillaban y enjaezaban ricamente, se volvia indomable y no se sujetaba sino al jóven macedon. El dicho padre hace sobre este cuentecillo una reflexion muy oportuna, que la he de poner al pié de la letra. *Hay algunos* (dice) *que son tratables cuando están en pelo, pero viéndose adornados con una garnacha, una borla, una dignidad, y aun iba a decir con una mortaja de religioso, no hay quien se averigüe con ellos,*

No, hijos, por Dios no aumenteis el número de estos ingratos soberbios. Si mañana la suerte os colocare en algun puesto brillante, que es lo que se dice *estar en candelero*; ó si teneis riquezas y valimientos, dispensad vuestros favores á cuantos podais sin agravio de la justicia, que eso es ser verdaderamente grandes. Mientras mayor sea vuestra elevacion, tanto mayor sea vuestra beneficencia. Ciceron en la defensa de Q. Ligario, dice: *Que con ninguna cosa se parecen los hombres mas á Dios, que con esta virtud.* Siempre respetará el mundo los augustos nombres de Tito y Marco Aurelio. Este llenó de glorias y de felicidades á Roma, y aquel fué tan inclinado á hacer el bien, que el dia que no hacia uno, decia que lo habia perdido: *diem perdidimus.*

Por otra parte, jamas os desvanescais con las riquezas ni con los empleos de distincion; porque esta será la prueba más segura de que no los mereceis ni habeis jamas disfrutado de aquellas. Si vemos que uno al entrar en un coche ó subir á un barco se desvanece y le acometen vértigos frecuentes, fácilmente conocemos, aunque él no lo diga, que aquella es la primera vez que pisa semejantes muebles. No sin razon dice nuestro vulgar adagio que: *A herradura que chapalea, clavo le falta*, y es por esto.

¡Qué diferente juicio no hace el mundo de aquellos que habiendo nacido pobres ú oscuros, y hallándose de repente con riquezas ó empleos sobresalientes, ni se desvanecen con la altura de éstos, ni se deslumbran con el brillo de aquellas, sino que inalterables en el mismo grado de sencillez y de bella índole que ántes tenian, conquistan cuantos corazones tratan! ¿No es preciso confesar que el corazon de estos hombres es magnánimo, que no se aturde ni se inflama con el oro, y que si nació sin empleos y sin honores, á lo ménos fué siempre digno de ellos?

Y si estos mismos hombres en vez de abusar de su poder ó su dinero para oprimir al desvalido ó atropellar al pobre, en cada uno de estos desgraciados reconocen un semejante suyo, lo halagan con su dulce trato, lo alientan con sus esperanzas y lo favorecen cuando pueden, ¿no es verdad que en vez de murmuradores, envidiosos y maldicientes, tendrian un sinnúmero de amigos devotos que los llenarian de bendiciones, les desearian sus aumentos y glorificarán su memoria, aun más allá del término de sus dias? ¿Quién lo duda?

Ni es prenda ménos recomendable en un rico de los que hablo, una ingenuidad sincera y sin afectacion. El saber confesar nuestros defectos nosotros mismos, es una virtud que trae luego la ventaja de ahorrarnos el bochorno de que otros nos los refrieguen en la cara; y si el nacer pobres ó sin ejecutorias es defecto (1), confesándolo nosotros, le damos un fuerte tapaboca á nuestros enemigos y envidiosos.

El no negar el hombre lo humilde de sus principios cuando se halla en la mayor elevacion, no sólo no lo demerita, sino lo ensalza en el concepto de los virtuosos y sabios, que son entre quienes se

[1] No son defectos. El mundo mira con desprecio á los pobres y á los que no brillan con la nobleza; pero esta es una de las locuras de que está el mundo lleno. Los defectos que no penden del arbitrio del hombre, no son vituperables ni se deben echar en cara. Hacerlo es necedad.

ha de aspirar á tener buen concepto, que entre las necios y viciosos poco importa no tenerlo.

Bien conoció esta verdad un tal Wigiliso, que habiendo sido hijo de un pobre carretero, por su virtud y letras llegó a ser arzobispo de Maguncia en Alejandría, y ya para no engreirse con su alta dignidad, ó como dijimos, para no dar que hacer á sus émulos, tomó por armas y puso en su escudo una rueda de un carro con este mote: *Memineris quid sis et quid fueris*. Acuérdate de lo que eres y de lo que fuiste.

Tan léjos estuvo esta humildad de disminuirle su buen nombre, que ántes ella misma lo ensalzó en tanto grado, que despues de su muerte mandó el emperador Enrico II que aquella rueda se perpetuase por armas del arzobispado de Maguncia.

Agatocles, como rey y rey rico, tenia oro y plata con que servirse á la mesa, y sin embargo, comia en barro, para acordarse que fué hijo de un alfarero.

Y por último: el Sr. Bonifacio VIII fué hijo de padres muy pobres; ya siendo pontífice romano, fué á verlo su madre; entró muy aderezada, y el santo papa nó la habló siquiera, ántes preguntó: *¿quién es esta señora?*—Es la madre de V. Santidad. *No puede ser eso*, dijo, *si mi madre es muy pobre*. Entónces la señora tuvo que desnudarse las galas, y volvló á verlo en un traje humilde, en cupa ocasion el papa la salió á recibir, y lá hizo todos los honores de madre como buen hijo (1).

¡Ya veis, pues, queridos mios, cómo ni los oficios ni la pobreza

(1) Del Sr. Benedicto XI se sabe que siendo un pobre hijo de una lavandera de paños, exaltado al pontificado, fingió tambien no conocerla, porque iba vestida de seda, y así que fué á visitarlo con su humilde traje de lana, la conoció y obsequió,

Del Sr. Benedicto XII dice la historia que habiendo sido hijo de un molinero, no quizo jamas reconocerlo sino en su propio traje de molinero. Estos heróicos ejemplos de humildad han quedado escritos para realzar más el mérito y la virtud de tales personajes. [Véase el Onomásticon de Guillermo Burio, sec. x. fol. 858].

envilecen al hombre, ni le son estorbo para obtener los más brillantes puestos y dignidades, cuando él sabe merecerlos con su virtud ó sus letras? En estas verdades os habeis de empapar, y estos son los ejemplos que debeis seguir constantemente y no los de vuestro mal padre, que habiéndose connaturalizado con la holgazanería y la libertad, no se queria dedicar á aprender un oficio ni á solicitar un amo á quien servir, porque era noble; como si la nobleza fuera el apoyo de la ociosidad y del libertinaje.

La pobre de mi madre se cansaba en aconsejarme, pero en vano. Yo me empeoraba cada dia, y cada instante le daba nuevas pesadumbres y disgustos, hasta que acosada de la miseria y oprimida con el peso de mis maldades, cayó la infeliz en una cama de la enfermedad de que murió.

En este tiempo, ¡qué trabajos para el médico! ¡Qué ánsias para la botica! ¡Qué congojas para el alimento no costó, no á mí, sino á la buena de tia Felipa! porque yo, pícaro como siempre, apenas iba á casa al medio dia y á la noche á engullir lo que podia, y á preguntar como por cumplimiento cómo se sentia mi madre.

Ya han pasado muchos años; ya he llorado muchas lágrimas y mandado decir muchas misas por su alma, y aun no puedo acallar los terribles gritos de mi conciencia, que incesantemente me dicen: tú mataste á tu madre á pesadumbres; tú no la socorriste en su vida despues de sumergirla en la miseria; y tú, en fin, no le cerraste los ojos en su muerte. ¡Ay, hijos mios! no quiera Dios que experimenteis estos remordimientos! Amad, respetad y socorred siempre á vuestra madre, que esto os manda el Criador y la naturaleza.

Por fortuna, la fiebre que le acometió fué tan violenta, que en el mismo dia la hizo disponer el médico, y al siguiente perdió el conocimiento del todo.

Dije que esto fué por fortuna, porque si hubiera estado sin este *achaque*, habria padecido doble con sus dolencias y con la pena

que le deberia haber causado el vil proceder de un hijo tan ingrato y para nada.

En los seis dias que vivió, todo su delirio se redujo á darme consejos y á preguntar por mí, segun me dijeron las vecinas y yo cuando estaba en casa no le oia decir sino ¿ya vino Pedro? ¿Ya está allí? Déle vd. de cenar, tia Felipa. Hijo, no salgas, que ya es tarde, no te suceda una desgracia en la calle; y otras cosas á este tenor, con las que probaba el amor que me tenia. ¡Ay, madre mia! ¡Cuánto me amaste y qué mal correspondí á tus caricias!

Finalmente, su merced espiró cuando yo no estaba en casa. Súpelo en la calle, y no volví á aquella ni puse un pié por sus contornos sino hasta los tres dias, por no entender en los gastos del entierro y todos sus anexos, porque estaba sin blanca como siempre y el cura de mi parroquia no era muy amigo de fiar los derechos.

A los tres dias me fuí apareciendo y haciéndome de las nuevas, contando cómo habia estado preso por un pleito, y con el credo en la boca por saber de mi madre, y qué sé yo cuantas más mentiras, con las que, y cuatro lagrimillas, les quité el escándalo á las vecinas y el enojo á nana Felipa, de quien supe que viendo que yo no parecia y que el cadáver ya no aguantaba, barrió con cuanto encontró, hasta con el colchon y con mis pocos trapos, y los dió en lo que primero le ofrecieron en el baratillo, y así salió de su cuidado.

No dejó de afligirme la noticia por lo que tocaba á mi persona, pues con el rebato que tocó me dejó con lo encapillado y sin una camisa que mudarme, porque cuantas yo tenia se encerraban en dos.

A seguida me contó que debia al médico no sé cuantas visitas, y al boticario que sé yo que recetas, que como nunca tuve intencion de pagarlas no me impuse de las cantidades.

Despues de todo, yo no pude acordarme sin ternura de la buena vieja de tia Felipa. Ella fué criada, hermana, amiga, hija y madre

de la mia en esta ocasion. Fuérase de droga, de limosna ó como se fuese, ella la alimentó, la medicinó, la sirvió, la veló y la enterró con el mayor empeño, amor y caridad, y ella desempeñó mi lugar para mi confusion, y para que vosotros sepais de paso que hay criados fieles, amantes y agradecidos á sus amos, muchas veces más que los mismos hijos; y es de advertir que luego que mi madre llegó al último estado de pobreza, le dijo que buscara destino, porque ya no podia pagarle su salario; á lo que la viejecita llorando le respondió que no la dejaria hasta la muerte, y que hasta entónces le serviria sin interes, y así lo hizo, que en todas partes hay criados héroes como el calderero de San German.

Pero yo no me tenia tan bien grangeado el amor de nana Felipa á pesar de que me crió, como dicen. Aguantó como las buenas mujeres los nueve dias de luto en casa, y no fué lo más el aguantarlos, sino el darme de comer en todos ellos, á costa de mil drogas y mil bochornos, pues ya no habia quedado ni estaca en pared.

Pero viendo mi sinvergüenzería me dijo: Pedrito, ya ves que yo no tengo de donde me venga ni un medio: yo estoy en cueros, y he estado sin conveniencia por servir y acompañar al alma mia de señora, que de Dios goce; pero ahora, hijito, ya se murió, y es fuerza que vaya á buscar mi vida, porque tú no lo tienes ni de donde te venga, ni yo tampoco; y asina ¿qué hemos de hacer? Y diciendo esto, llorando como una niña, y mudándose para la calle fué todo uno sin poderla yo persuadir á que se quedara por ningun caso. Ella hizo muy bien. Sabia el pan que yo amasaba, y la vida que le habia dado á mi pobre madre; ¿qué esperanzas le podian quedar con semejante vagamundo?

Cátenme vdes. solo en mi cuarto mortuorio, que ganaba veinte reales cada mes, y no se pagaba la renta siete: sin mas cama, sábanas ni ropa que la que tenia encima; sin tener que comer ni quien me lo diera; y en medio de estas cuitas, va entrando el maldito casero

apurándome con que le pagara: haciéndome la cuenta de veinte por siete son ciento cuarenta, que montan diez y siete pesos cuatro reales; y que si no le pagaba ó le daba prenda ó fiador, veria á un juez y me pondria en la cárcel.

Yo, temeroso de esta nueva desgracia, ofrecí pagarle á otro dia, suplicándole se esperara miéntras cobraba cierto comunicado de mi madre.

El pobre lo creyó y me dejó. Yo no perdí tiempo, le escribí un papel en que le decia: que al buen pagador no le dolian prendas, y que en virtud de eso, le hacia cesion de bienes de todos los trastos de mi casa, cuya lista quedaba sobre la mesa.

Hecha la carta, cerrada con oblea y entregada con la llave á la casera, me salí á probar nuevas aventuras y á andar mis estaciones, como vereis en el capítulo que sigue.

Pero ántes de cerrar éste, sabreis como al otro dia fué el casero á cobrar: preguntó por mí: diéronle el papel: lo leyó: pidió la llave: abrió el cuarto para ver los trastos, y se fué hallando con el papel prometido, que decia:

*Lista de los muebles y alhajas de que hago cesion á **Don Pánfilo Pantoja**, por el arendamiento de siete meses que debo de este cuarto.* A saber:

Dos canapés y cuatro silletas de paja, destripados y llenos de chinches.
Uua cama vieja que en un tiempo fué verde, tambien con chinches.
Una mesita de rincon, quebrada.
Una idem grande ordinaria, sin pié.
Un estantito sin llave y con dos tablas ménos.
Un petate de á cinco varas, y en cada vara cinco millones de chinches.

Un nichito de madera ordinaria con un pedazo de vidrio, y der
un santo de cera, que ya no se conoce quien es, por las inju
del tiempo.

Dos lienzos grandes que por la misma causa no descubren ya
pinturas; pero sí el cotense en que las pusieron.

Dos pantallitas de palo, viejas, doradas una con su luna quebrac
otra sin nada.

Una papelera apolillada.

Una caja grande, sin fondo ni llave.

Un baúl tiñoso, de pelo y muy anciano.

Una silla poltrona, coja.

Una guitarra de tejamanil sorda.

Unas despaviladeras tuertas.

Una pileta de agua bendita, de Puebla, despostillada.

Un rosario de Jerusalen, con su cruz embutida en concha, sin
defecto, que tres ó cuatro cuantas ménos en cada diez.

Un tomo trunco del Quijote, sin estampas.

Un Lavalle viejito y sin forro.

Un promontorio de novenas viejas.

Un candelero de cobre.

Una palmatória sin cañon.

Dos cucharas de peltre y un tenedor con un diente.

Dos posillos de Puebla, sin asa.

Dos escudillas de idem y cuatro platos quebrados.

Una baraja embijada.

Como veinte relaciones y romances, y otros impresos sueltos.

Entre ollitas y cazuelas buenas y quebradas, doce piezas.

Un casito agujerado.

Un pedazo de metate,

Un molcajete sin mano.

La escobita del vasin.

La olla del agua.

El cántaro del pozo.
El palito de la lumbre.
La tranca de la puerta.
Una borcelana cascada.
Dos servicios útiles poco vacíos.

Todo esto para el Sr. casero, encargándole que si sobrare algun dinero, despues de pagada su deuda, lo invierta por bien de la difunta.

México, 15 de Noviembre de 1789.—*Pedro Sarmiento.*

Se daba al diablo el triste casero con semejante lista, mientras yo, segun os dije, me ocupaba en otras atenciones más precisas.

CAPITULO II

Solo, pobre y desamparado PERIQUILLO de sus parientes, encuentra con Juan Largo, y por su persuasion abraza la carrera de los pillos en clase de *cócora* de los juegos.



IENDOME solo, huérfano y pobre, sin casa, hogar ni domicilio como los maldecidos judíos, pues no reconocía feligresía ni vecindad alguna, traté de buscar, como dicen, madre que me envolviera; y medio roto, cabizbajo y pensativo salí para la calle luego que entregué á la casera la lista de mis esquisitos muebles.

El primer paso qus dí fué ir á tentar de paciencia á mis parientes paternos y maternos, creyendo hallar entre ellos algun consuelo en mis desgracias; pero me engañé de medio á medio. Yo les contaba la muerte de mi madre y mi horfandad y desamparo, rematando el cuento con implorar su proteccion; y unos me decian que no habian sabido la muerte de su hermana; otros se hacian de

las nuevas: todos fingian condolerse de mi suerte; pero ninguno me facilitó el más mínimo socorro.

Despechado salia yo de cada casa de las de ellos, considerando que no habia tenido ningun pariente que tomara interes en mi situacion, sino mi difunta madre, á quien comencé á sentir con más viveza; al mismo tiempo que concebí un ódio mortal contra toda la caterva de mis desapiadados tios.

¿Es posible, decia yo, que estos son los parientes en el mundo? ¿Tan poco se les da de ver perecer á un deudo suyo y tan cercano? ¿Estas son las leyes que se guardan en la naturaleza? ¿Así respeta el hombre los derechos de la sangre? ¿Y así hay locos que se fien en sus parientes?

Cuando vivia mi padre, cuando tuvo alguna proporcion é iban á casa á que los sirviera, estos mismos me hacian mil fiestas, y aun me daban mis mediecillos para fruta, y si habia alguna diversioncita ó era, como dicen, dia de manteles largos, todos, todos iban de monton, y muchos sin esperar el convite; pero cuando estas cosas se acabaron, cuando la pobreza se apoderó de mi casa y ya no hubo que raspar, se retiraron de ella, y ni á mí ni á mi madre nos volvieron á ver para nada. No es mucho, pues, que ahora sàlga yo con tan mal expediente de sus casas. Todavia me debo dar las albricias de que no me han negado, ni me han echado á rodar las escaleras.

Si algun dia tengo hijos, les he de aconsejar que jàmas se atengan á sus parientes, sino al peso que sepan adquirir. Este sí es el pariente más cercano, el más liberal, el más pronto y el más útil en todas ocasiones. Quesotros parientes al fin son de carne y hueso como cualquier animal, ingratos, vanos, interesables é insensibles. Cuando su deudo tiene para servirlos lo visitan y lo adulan sin cesar; pero si es pobre como yo, no solo no lo socorren, sino que hasta se avergüenzan del parentesco.

Embebecido iba yo en estas consideraciones y temblando de có-

lera contra mis indignos deudos, cuando al volver una esquina ví venir á lo léjos á mi amigo Juan Largo. Un vuelco me dió el corazon de gusto, creyendo que tal encuentro no podia ménos que serme feliz.

Luego que nos vimos cerca, me dijo él: ¡oh Periquillo, amigo! ¿qué haces? ¿Cómo estás? ¿Qué es de tu vida? Yo le conté mis cuitas en un instante, concluyendo con hartar de maldiciones á mis tios. ¿Pues y qué te han hecho esos señores, me dijo, que estas con ellos de tan mal talante? ¿Qué me han de hacer, contesté yo, sino despreciarme y no favorecerme ninguno, olvidando que tengo sangre suya, y que á mi padre debieron mil favores?

Tienes razon, dijo Juan Largo: los parientes del dia son unos malditos y ruines. A mi me acaba de suceder un poco peor con el perro viejo de mi tio D. Martin. Has de saber, que desde que falto de esta ciudad, que ya es cerca de un año, me he estado con él en la hacienda; pues un vaquero condenado me levantó el falso testimonio habrá quince dias, de que yo habia vendido diez novillos, y te puedo jurar, hermano, que solo fueron siete; pero hay gentes que se saldrán de misa por decir una mentira y quitar un crédito.

Ello es que el tio lo creyó de buenas á primeras, y me achacó todo lo que se habia perdído en la hacienda desde que yo estaba allá: me conjuró y me amenazó para que lo confesara; pero yo jamás he sido mas prudente, ni he tenido mas cuenta con mi lengua. Callé y callará por toda la eternidad, si por toda ella me exijieran estas confesiones; por lo cual enfadado el D. Martin, me encerró en un cuarto y con un bejuco de estos de los cabos de regimiento, me dió un tarea de palos que hasta hoy no puedo volver en mí; y no paró en esto, sino que quitándome todos los trapillos regulares que tenia yo, y mis dos caballitos, me hechó á la calle, quiero decir al camino que era la calle mas inmediata á su casa, jurándome por toda la córte del cielo, que si me volvia á ver por todos aquellos

contornos, me volaria de un balazo; añadiendo que era un pícaro, vagamundo, ladron y mal agradecido, que lo estaba saqueando despues de comerle medio lado. Y así, noramala, pícaro, me decía, noramala, que tú no eres mi sobrino como has pensado, sino un arrimado miserable y vicioso: por eso eres tan indigno, que yo no tengo sobrinos ladrones.

Hasta este punto llegó el enojo de mi tio, y viéndome abandonado, pobre, apaleado y en la mitad del camino, resolví venirme á esta capital como lo verifiqué. Habrá ocho dias ó diez que llegué: luego luego fuí á buscarte á tu casa y no te hallé en ella ni quien me diera razondonde vivias. He encontrado á Pelayo, á Sebastian, á Casiodoro, al mayorasgo y á otros amigos, y todos me han dicho que cuanto ha que no te ven. He preguntado por tí á Chepa la Guaja, á la Pisaflores, á Pancha la Larga, á la Escobilla y á otras, y todas me han contestado diciéndome que no saben donde vives. En fin, en este corto tiempo no he perdido momento por saber de tí, y todo ha sido en vano. Dime, pues, ¿por qué les has escusado tu casa?

Yo le respondí que lo uno porque no me fueran á cobrar algunos picos que debia, y lo otro porque mi casa era un cuartito miserable y tan indecente que me daba vergüenza que me visitaran en él.

Aprobó mi arbitrio Januario, á quien le dije: y tú ahora ¿en qué piensas? ¿De qué te mantienes? *De cócora en los juegos*, me respondió, y si tú no tienes destino y quieres pasarlo de lo mismo, puedes acompañarme, que espero en Dios [1] que no nos moriremos de hambre, pues mas ven cuatro ojos que dos. El oficio es fácil de poco trabajo, divertido y de utilidad. ¿Con que quieres?

Tres mas, dije. Pero dime: ¿qué cosa es ser *cócora* de los juegos, ó á quiénes les llaman así. A los que van á ellos, me dijo Januario,

[1] Desatino craso, aunque no nuevo en algunas bocas. Nunca se debe esperar en Dios para tomar una venganza ni satisfacer ninguna pasion pecaminosa, porque esto fuera ultrajar su bondad y su justicia creyéndolo capaz de coincidir con nuestros vicios. Dios permite el pecado, pero no lo quiere.

sin blanca, sino solo é *ingeniarse*, y son personas á quienes los jugadores les tienen algun miedo, porque no tienen que perder, y con una ingeniada muchas veces les hacen un agugero.

Cada vez, le dije, me agrada mas tu proyecto; pero dime: ¿qué es eso de *ingeniarse?* (1) Ingeniarse, me contestó Januario, es hacerse de dinero sin arriesgar un ochavo en el juego. Esto debe de ser muy dificil, dije yo, porque segun he oido decir, todo se puede hacer sin dinero, menos jugar.

No lo creas, Perico. Los *cócoras* tenemos esa ventaja, que nos ingeniamos sin blanca; pues para tener dinero llevando resto al juego, no es menester habilidad sino dicha y adivinar la que viene por delante. La gracia es tenerlo sin puntero.

Pues siendo así, *cócora* me llamó desde este punto; pero dime, Juan, ¿cómo se ingenia uno? Mira, me respondió: se procura tomar un buen lugar [pues vale mas un asiento delantero en una mesa de juego, que en un plaza de toros], y ya sentado uno allí está *vigilando* al montero (2) para cogerle un *zapote* (3) ó verle una puerta (4), y entonces se da un *codazo* (5), que algo le toca al denunciante en estas topadas. O bien procura uno *dibujar* las paradas (6), *marcar* un naipe (7), *arrastrar* un muerto (8), ó cuando no se pueda nada de esto, *armarse* con una apuesta (9) al tiempo que la paguen, y entonces se dice yo soy hombre de bien: á nadie vengo á estafarle nada; y voto á este santo, y juro al otro, y los diablos me lleven si esta apuesta no es

(1) Aunque, como se ha dicho, Perico era un perdido, todavía ignoraba muchas cosas y términos de la escuela de los tunos. Januario fué el que lo acabó de adiestrar.
(2) Espiando sus manejos.—*E.*
(3) Advertirle alguna trampa.—*E.*
(4) Observar cuál es la carta primera.—*E*
(5) Se avisa á los concurrentes.—*E.*
(6) Dividir las apuestas de modo que no les toque por completo la rebaja de lo que el montero quita por estar la carta que gana á la puerta.—*E.*
(7) Doblar la punta, ó hacer alguna otra señal á una carta para ver donde queda despues que se baraje.—*E.*
(8) Cobrar la parada ó apuesta del que se descuida.—*E.*
(9) Cobrar y porfiar que es cosa suya.—*E.*

mia; y se acalora la cosa mas, añadiendo: ¿es verdad D. Fulano? Dígalo vd. D. Citano; de suerte que al fin se queda en duda de quién es el dinero, y el que tiene la apuesta gana. Esta ingeniada es la mas arriesgada, porque puede uno topar con un atravesado que se la saque á palos; pero esto no es lo corriente, y así en las apuradas es menester arriesgarse. Ello es que yo nunca me quedo sin comer ni sin cenar, pues como no hayan pegado las otras diligencias y el juego esté para acabarse, me llevara yo seis ú ocho reales en la bolsa cogiéndome una parada, mas que fuera de mi madre. Pero has de advertir desde ahora para entonces, que nunca te atrevas á arrastrar muertos, ni te armes con paradas que pasen ni aun lleguen á un peso, sino siempre con muertos chiquillos, y paraditas de tres á cuatro reales, que pagados siempre son dobles, y como el interés es corto se pasan, no se advierte en cual de los dos que disputan está el dolo, y uno sale ganancioso; lo que no tiene con las paradas grandes, porque como que interesan, no se descuidan con ellas, sino que están sus amos pelando tantos ojos sobre su dinero, y ahí va uno muy espuesto.

Yo te agradezco, amigo Januario, tus deseos de que yo tenga algun modito con que comer, que cierto que lo necesito bien; asi mismo te agradezco, le dije, tus consejos y tus advertencias; pero tengo algun temorcillo de que no me valla á tocar una paliza ó cosa peor en una de estas; porque, la verdad, soy muy tonto y no veterano como tú, y pienso que al primer tapon he de salir, tal vez, con las zurrapas que me cuesten caro, y cuando piense que voy á traer lana, salga trasquilado hasta el cogote.

Se medio enfado Jannario con este miedo mio, y me dijo: anda bestia, eres un para nada. ¡Qué paliza ni qué broma! ¿pués que luego luego te han de coger la mácula? Yo no me espantaré de que al principio te temblará la mano para cogerte medio real; pero todo es hacerse, y despues te sopláras hasta los quince y veinte pesos, que-

dándote muy fresco (1) y yo te diré cómo. Ya sabes que los principios son dificultosos: vencidos estos, todo se hace llevadero. Entra con valor á la carrera de los *cócoras*, que en verdad que es demasiado socorrida, sin temer palizas ni trompadas de ninguno, pues ya has oido decir que á los atrevidos favorece la fortuna, y á los cobardes los repele: tú ya estás no solo abandonado de ella, sino bien repelado; ¿quieres verte peor? Fuera de que, supon que á tí ó á mí nos arman una campaña al cabo de tres ó cuatro meses que hayamos comido, bebido, y gastado á costa de los tahures; ¿luego nos han de dar? ¿No pueden recibir tambien de nuestras manos? Y por último, pon que salimos rotos de cabeza, ó una costilla desencajada: con algun riesgo se alquila la casa, no todo ha de ser vida y dulzura, y en ese caso quedan los recursos de los médicos y de los hospitales. Con que, Perico, manos á la obra: sal de miserias y de hambre, que el que no se arriesga no pasa la mar.

A mas de que en la clase de ingeniadas hay otros arbitrios mas provechosos, y quizá con menos peligros. Dímelos por tu vida, le dije, que ya reviento por saberlos.

Uno de ellos, me dijo Januario, es comedirse á *tallar* ó ayudar á barajar á otros, y este arbitrio suele proporcionar una buena gratificacion ó *gurupiada*, (2) si el amo es liberal y gana; y aunque no sea franco ni gane, el gurupié no puede perder nunca su trabajo como no sea tonto, pues en sabiendo *irse á profundis* seguido, sale la cuenta y muy bien; pero es menester hacerlo con salero, pues si no, va uno muy expuesto.

¿Cómo es eso, le pregunté, de *irse á profundis*, que no entiendo muy bien los términos facultativos de la profesion? Irse á *profundis*,

[1] Estos eran los amigos de Perico y sus consejos. Cierto que el demonio no podia aconsejarle peor. Por esto dijo muy bien el padre Geronimo Dutari, que los malos amigos son los diablos que no espantan.
Ese modo con que aquí lo induce al robo y la fullería es el que se usa prácticamente, y en la realidad es así: al principio se comienza con miedo; pero despues se hace el vicio familiar. Por eso es lo mejor no comenzar.
[2] Véase la nota del primer tomo sobre esta palabra.—*E*.

dijo mi maestro, es esconderse el dinero del monte que se pueda, poco á poco, miéntras baraja el compañero, fingiendo que se rasca, que se saca el polvero, que se saca un cigarro, que se compone el pañuelo, y haciendo todas las diligencias que se juzgen oportunas para el caso, pero esto ya dije, es menester hacerlo con mucho disimulo, y haciéndolo así, la menor gurupiada te valdrá ocho ó diez pesos.

Tambien es otro arbitrio que tengas en el juego un amigo de confianza, como yo, y sentándose éste junto á tí, á cada vez que se descuide el dueño del dinero, le das cuatro pesetas fingiendo que le cambias un peso. Este dinero lo juega el compañero con valor; si se le arranca, lo vuelves á habilitar con nuevas pesetas: cuando le pagues le das siempre dinero de mas para engordar la polla, sin miedo ninguno, pues como el dueño del monte te tenga por hombre de bien, harás de él cera y pabilo. Si está ganando, el dinero lo deslumbrará; y si está perdiendo, la misma pérdida lo cegará: de manera que jamás reflexionará en tu diligencia, que mil veces es excelente, pues yo he visto otras tantas desmontar entre el gurupié y el *palero* (que así se llaman estos compañeros), con el mismo dinero del monte. En este caso no salen los dos juntos, sino separados para no despertar la malicia y en cierto lugar se unen, se parten la ganancia y aleluya.

El tercero, más liberal y pronto arbitrio, es entregar todo el monte en un albur, si el compañero tiene plata para pagarlo; y si no la tiene, en distintos albures, que al fin resulta el mismo efecto que es desmontar. Pero para esto es preciso que así el gurupié como el palero sean muy diestros; y todo consiste en la friolera de amarrar los albures, poner la baraja al mismo en disposicion de que conociendo por donde está el mollete, alce por él y salgan los albures puestos, teniendo entre los dos compactado con anticipacion si se ha de apostar á la judía ó á la contrajudía, á la de fuera ó á la de den-

tro, ó á la una y una, para no equivocarse y perder el dinero tontamente, que eso se llama *hacer burro con bola en mano.*

Para entrar en esta carrera y poder hacer progresos en ella, es indispensable que sepas *amarrar, zapotear, dar boca de lobo, dar rastrillazo, hacer la hueca, dar la empalmada, colearte, espejearte,* y otras cositas tan finas y curiosas como estas, que aunque por ahora no las entiendas poco importa, (1) yo te las enseñaré dentro de quince ó veinte dias, que como tú te apliques y no seas tonto, con ese tiempo basta para que salgas maestro con mis lecciones.

Mas es de advertir que para salir con aire en las mas ocasiones, es necesario que trabajes con tus armas; y así es indispensable que sepas hacer las barajas. Esa es otra, dije yo muy admirado; ¿pues no ves que eso es un imposible, respecto á que me falta lo mejor que es el dinero? Pero ¿para qué quieres dinero para eso? me preguntó Januario. ¿Cómo para qué? le dije: para moldes, papel, pinturas, engrudo, prensas, oficiales y todo lo que es menester para hacer barajas; y fuera de esto, aunque lo tuviera no me arriesgaria á hacerlas, ¿no ves que donde nos cogieran nos despacharian á un presidio por contrabandistas?

Rióse á carcajada suelta Juan Largo de mi simplicidad, y me dijo: se echa de ver que eres un pobre muchacho inocente, y que todavia tienes la leche en los labios. Camote, para hacer las barajas como yo te digo, no son menester tantas cosas ni dinero como tú has pensado. Mira, en la bolsa tengo todos los instrumentos del arte; y diciendo esto me manifestó unos cuadrilonguitos de hoja de lata, unas tijeritas finas, una poquita de cola de boca y un panecito de tinta de China.

Quedéme yo azorado al ver tan poca herramienta, y no acababa

[1] Bien pudo Periquillo haber esplicado aquí el mecanismo de estas fullerías; pero sin duda las calló con estudio, deseando prevenir á los lectores incautos en los peligros del juego, sin enseñarlos á maliciosos. Es bueno saber que hay drogas, pero no saber hacerlas.

de creer que con solo aquello se hiciera una baraja; pero mi maestro me sacó de la suspension, diciéndome: tonto, no te admires: el hacer las barajas en el modo que te digo no consiste en pegar el papel, abrir los moldes, imprimirlas y demas que hacen los naiperos: ese es oficio aparte. Hacerlas al modo de los jugadores, quiere decir hacerlas floreadas; esto se hace sin más que estos pocos instrumentitos que has visto, y con solo ellos se recortan ya anchas, ya angostas, ya con esquinas que se llaman *orejas*, ó bien se pintan, se raspan (que dicen baciar) ó se trabajan de *pegues*, ó se hacen cuantas habilidades uno sabe ó quiere, todo con el honesto fin de dejar sin camisa al que se descuide.

La verdad, hermano, dije yo, todos tus arbitrios están muy buenos; pero son unos robos y declarados latrocinios, y creo que no habrá confesor que los absuelva. ¡Vaya, vaya, dijo Januario meneando la cabeza, pues estás fresco! ¿Con que ahora que andas allí todo descarriado, sin casa, sin ropa, sin que comer y sin almena de que colgarte, vas dando en escrupuloso? ¡Majadero! ¿pues si eres tan virtuoso para qué te saliste del convento? ¿No fuera mejor que te estuvieras allí comiendo de coca y con seguridad, y no andar ahora de aquí para allí y muriéndote de hambre?

Vamos, que ciertamente he sentido la saliva que he gastado contigo y las luces que te he dado por tu bien, y por no verte perecer. Bestia, si todos pensaran en eso; si reflexionaran en que el dinero que así ganan es robado, que debe restituirse, y que si no lo hicieren así se los llevará el diablo; ¿crees tú que hubiera tanto haragan que se mantuviera del juego como se mantienen? ¿Te parece que estos juegan suerte y verdad, y así se mantienen? No, Perico: estos juegan con la larga (1) y siempre con su pedazo de diligencia, si nó ¿cómo se habian de sostener? Ganarian un dia del mes y perderian

(1) Alusion al juego del billar ó al del truco, pues que el primero no estaba en aquella época muy generalizado.—*E.*

veintinueve, pues ya has oido decir que el juego más quita que dá, y esto es muy cierto en queriendo ser muy escrupuloso; porque el que limpio juega, limpio se va á su casa; pero por esta razon, estos señoritos mis camaradas y compañeros, ántes de entrar en el giro de la fullería, lo primero que hacen es esconder la conciencia debajo de la almohada, echarse con las petacas y volverse corrientes. Bien que no he conocido uno que no tenga su devocion. Unos rezan á las Animas, otros á la Santísima Vírgen, éste á San Cristóbal aquel á Santa Gertrudis, y finalmente, esperamos en el señor que nos ha de dar buena muerte (1). Con que no seas tonto, Periquillo, elige tu devocion particular, y anda, hombre, anda, no tengas miedo; peor será que pegues la boca á una pared (2); porque donde tú no lo busques, está seguro que haya quien te dé ni un lazo para que te ahorques. Ya has visto lo que te acaba de pasar con tus tios, Con que si entre los tuyos no hallas un pedazo de pan, ¿qué esperanzas te quedan en adelante? Ahora estoy yo en México, que soy tu amigo y te puedo enseñar y adiestrar; si dejas pasar esta ocasion, mañana me voy y te quedas á pedir limosna; porque no á todos los *hábiles* les gusta enseñar sus habilidades, temarosos de criar cuervos que á ellos mismos tal vez mañana ú otro dia les saquen los ojos. En fin, Perico, harto te he dicho. Tú sabrás lo que harás que yo lo hago nomás de pura caridad (3).

Como por una parte yo me veia estrechado de la necesidad, y sin ser útil para nada, y por otra, los proyectos de Januario eran demasiado lisonjeros, pues me facilitaba nada ménos que tener dinero sin trabajar, que era á lo que yo siempre habia aspirado, no me fué

(1) Esperanza pésima. No se debe esperar en Dios para ofenderlo, ni valen para esto las devociones de los santos, ántes es una injuria el invocarlos, creyéndo que intercederán con Dios por los que lo ofenden en esa confianza.

[2] No es peor estar pobre que ser ladron; pero en la práctica se ve que muchos por no ser pobres son ladrones y cuanto malo hay.

[3] ¡Buena caridad! Así son muchas caridades que se ven èn el mundo.

difícil resolverme; y así le dí las gracias á mi maestro, reconociéndolo desde aquel instante por mi protector, y prometiéndole no salir un punto de la observancia de sus preceptos, arrepentido de mis escrúpulos y advertencias, como si debiera el hombre arrepentirse jamas de no seguir el partido de la iniquidad; pero lo cierto es que así lo hacemos muchas veces.

Durante esta conversacion, advirtió Januario que yo tenia los labios blancos, y me dijo: tú, segun me parece, no has almorzado. Ni tampoco me he desayunado, le respondí; y cierto que ya serán las dos y media de la tarde. Ni la una ha dado, dijo Januario; pero el reloj de los estómagos hambrientos siempre anda adelantado; así como se atrasa el de los satisfechos. Por ahora no te aflijas: vamos á comer.

¡Santa palabra! dije yo entre mí, y nos marchamos.

Aquel era el primer dia que yo experimentaba todo el terrible poder del hambre, y quizá por eso luego que puse el pié en el umbral de la fonda, y me dió en las narices el olor de los guisados, se me alegró el corazon de manera que pensé que entraba por lo ménos en el paraiso terrenal.

Sentámonos á la mesa, y Januario pidió con mucho garbo dos comidas de á cuatro reales y un cuartillo de vino. Yo me admiré de la generosidad de mi amigo, y temeroso no fuera á salir con alguna de las suyas despues de haber comido, le pregunté si tenia con que pagar, porque lo que habia pedido valia siquiera un par de pesos. El se sonrió y me dijo que sí, y para que comiese yo sin cuidado, me mostró como seis pesos en dinero doble y sencillo.

En esto fueron trayendo un par de tortas de pan con sus cubiertos: dos escudillas de caldo: dos sopas, una de fideo y otra de arroz, el puchero, dos guisados, el vino, el dulce y el agua; comida ciertamente frugal para un rico, pero á mí me pareció de un rey, ó por lo ménos de un embajador, pues si á buena hambre no hay mal pan

aunque sea malo, cuando el pan es de por si bueno, debe parecer inmejorable por la misma regla. Ello es que yo no comia, sino que engullia, y tan aprisa, que Januario me dijo: despacio, hombre, despacio, que no nos han de arrebatar los platos de delante.

Entre la comida menudeamos los dos el vino, lo que nos puso bastante alegres; pero se concluyó, y para reposarla sacamos tabaco y seguimos platicando de nuestro asunto.

Yo con más curiosidad que amistad le pregunté á mi mentor ¿que donde vivia? A lo que el me respondió que no tenia casa ni la habia menester, porque todo el mundo era su casa.

¿Pues dónde duermes? le dije. Donde me coge la noche; me respondió: de manera que tú y yo estamos iguales en esto y en ajuar y ropa; porque yo no tengo más que lo encapillado.

Entónces asombrado le dije: ¿pues cómo has gastado con tanta liberalidad? Eso, respondió, no lo extrañes; así lo hacemos todos los *cócoras* y jugadores cuando estamos de *vuelta:* quiero decir, cuando estamos ganánciosos, como yo, que anoche con una parada con que me armé y la *fleché* con valor, hice doce pesos; porque yo soy trepádor cuando me toca, esto es, apuesto sin miedo, como que nada pierdo aunque se me arranque, y tengo la puerta abierta para otra ingeniada.

Quizá por esto, dije yo, he oido decir á los monteros que más miedo tienen á un real dado ó arrastrado en mano de los *cócoras* como tú, que á cien pesos de un jugador. Por eso es, dijo Juan Largo; porque nosotros como siempre *vamos en la verde,* esto es, no arriesgamos nada, poco cuidado se nos dá que despues de acertar ocho albures con cuatro reales á la dobla, en el noveno nos ganen ciento veinte pesos; porque si lo ganamos, hacemos doscientos cincuenta y seis, y si lo perdemos, nada perdemos nuestro, y en este caso ya sabemos el camino para hacer nuevas diligencias.

No así los que van al juego á *flechar* (1) el dinero que les ha costado su sudor y su trabajo; pues como saben lo que cuesta adquirirlo, le tienen amor, lo juegan con *conducta,* y estos son siempre cobardes para apostar cien pesos, aun cuando ganan, y por eso les llaman *pijoteros.*

Esta misma es la causa de que nosotros, cuando estamos de vuelta somos liberales, y gastamos y triunfamos francamente, porque nada nos cuesta, ni aquel dinero que tiramos es el último que esperamos tener por ese camino.

Tú desengáñate: no hay gente mas liberal que los mineros, los dependientes que manejan abiertamente el dinero de sus amos, los hijos de familia, los tahures como nosotros, y todos (2) los que tienen dinero sin trabajar ó manejan el ageno cuando es dificultoso hacerles un cargo exacto.

Pero hombre, le dije: yo no dudo de cuanto dices, pero ¿has comprado siquiera una sábana ó frazada para dormir? Ni por un pienso me meteré yo en eso por ahora, me respondió Januario: no seas tonto, si no tengo casa, ¿para que quiero sábana? ¿Dónde la he de poner? ¿La he de traer á cuestas? Tú te espantas de poco. Mira: los jugadores como yo, hacemos el papel de cómicos; unas veces andamos muy decentes, y otras muy trapientos: unas veces somos casados, y otras viudos: unas veces comemos como marqueses, y otras como mendigos, ó quizá no comemos: unas veces andamos en la calle, y otras estamos presos: en una palabra, unas veces la pasamos bien, y otras mal; pero ya estamos hechos á esta vida: tanto se nos dá por lo que vá como por lo que viene. En esta profesion lo que importa es hacer á un lado el alma y la vergüenza, y creeme que haciéndolo así se pasa una vida de ángeles.

Algo me mosquié yo con una confesion tan ingenua de la vida arrastrada que iba á abrazar, y mas considerando que debia ser verda-

[1] Arriesgar.—*E.*
(2) No todos, sino todos los que proceden mal,

dera en todas sus partes, como que Januario hablaba inspirado del vino, que rara vez es oráculo mentiroso, antes casi siempre, entre mil cualidades malas, tiene la buena de no ser lisongero ni falso; pero aunque segun el inspirante, debia variar de concepto como varié, no me dí por entendido, ya por no disgustar á mi bienhechor, y ya por esperimentar por mí mismo si me tenia cuenta aquel género de vida; y así solo me contenté con volverle á preguntar ¿que dónde dormia? A lo que él sin turbarse, me dijo redondamente.— .

Mira: yo unas veces me quedo de postema en los bailes y paso el resto de las noches en los canapés: otras me voy á una fonda y allí me hago piedra, y otras, que son las m[illegible] la paso en los *arrastraderitos*, Así me he manejado en pocos dias que llevo en México, y así espero manejarme hasta que no me junte con quinientos ó mil pesos del juego, que entonces será preciso pensar de otra manera.

Y ¿cuales son los *arrastraderitos*, le pregunté, y con que te tapas en ellos? A lo que el me contestó: los *arrastraderitos* son esos truquitos indecentes é inservibles (1) que habrás visto en algunas accesorias. Estos no son para jugar, porque de puro malos no se puede jugar en ellos ni un real; pero son unos pretestos ó alcahueterias para que se juegen en ellos sus albures, y se pongan unos montecitos miserables.

En estos *socuchos* juegan los pillos, *cuchareros* y demas gente de última brosa. Aquí se juega casi siempre con droga; y luego que se mete allí algun inocenton le mondan la *picha* (2) y hasta los calzones si los tiene. A estos jugadores bizoños y que no saben la malicia de la carrera, les llaman *pichones*, y como tales, los descañonan en dos por tres. En fin, en estos dichos arrastraderos, como que todos los concurrentes son gente perdida, sin gota de educacion ni crianza, y aun si tienen religion, sábelo Disos, se roba, se bebe, se

(1) De muchos años á esta parte los han sustituido en unos billarcitos de la misma clase.—*E.*

(2) Frazada ó sábana vieja y raida para cubrirse.—*E.*

juega, se jura, se maldice, se reniega, etc., sin el mas mínimo respeto; porque no tienen ninguno que los contenga como en los juegos mas decentes.

En uno de estos me quedo las mas noches, á costa de un realito que le doy al coime, y si tengo dos me presta la carpeta ó un capotito ó frazada llena de piojos de las que hay empeñadas, y así la paso. Con que ya te respondí, y mira si tienes otra cosa que saber, porque preguntas mas que un catecismo.

Si antes estaba yo cuidadoso con la pintura que me hizo de la videta cocorina, despues que le dió los claros y las sombras que le faltaban con lo de los arrastraderos, me quedé frio, pero con todo, no le manifesté mal modo, y me hice el ánimo de acompañarlo hasta ver en que paraba la comedia de que iba yo tan pronto á ser actor.

Salimos de la fonda y nos anduvimos azotando las calles (1) toda la tarde. A la noche á buena hora nos fuimos al juego. Januario comenzó á jugar sus mediecillos que le habian sobrado, y se le arrancaron en un abrir y cerrar de ojos; pero á él no se le dió nada. Cada rato lo veia yo con dinero, y ya suyo, ya ageno, el no dejaba de manejar monedas; ello, á cada instante tambien tenia disputas, reconvenciones y reclamos, mas el sabia sacudirse y quedarse con bola en mano.

Se acabó el juego como á las once de la noche, y nos fuimos para la calle. Yo iba pensando que leiamos el Concilio *Niceno* por entónces; pero salí de mi equivocacion cuando Juan Largo tocó una accesoria, y despues que hizo nó sé que contraseña, nos abrieron; entramos y cenamos no con la decencia que habiamos comido, pero lo bastante á no quedarnos con hambre.

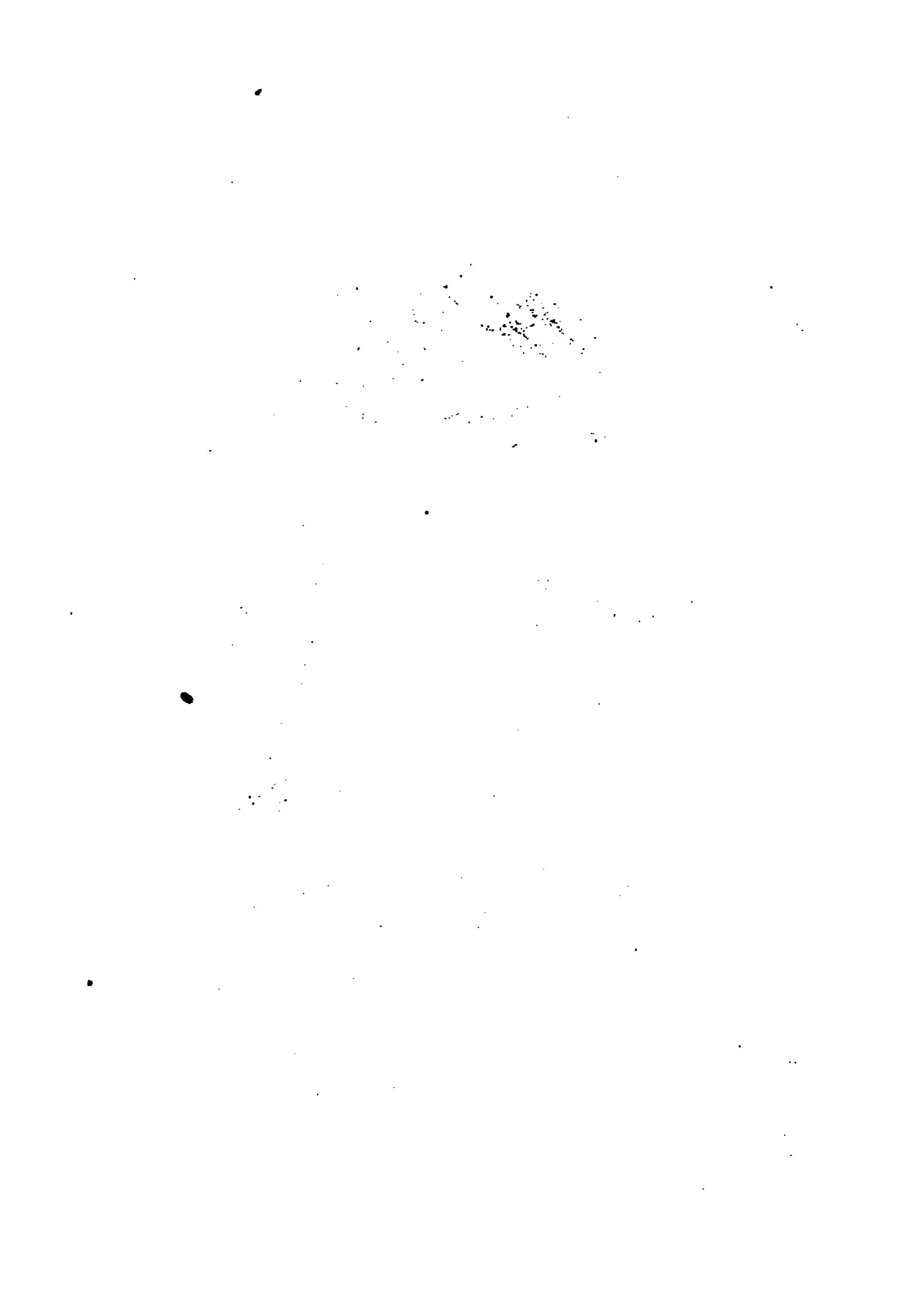
Acabada la cena, pagó Januario y nos salimos á la calle. Entónces le dije: hombre, estoy admirado, porque ví que se te arrancó (2)

[1] Paseando por ellas sin objeto y por solo andar ó pasar el tiempo.—*E.*
[2] Arrancársele, quier decir entre jugadores, quedarse sin blanca.—*E.*

Pagª 42.



A cada instante tenia disputas y reclamos, mas el sabía sacudirse y quedarse con bola en mano.



luego que entramos al juego, y aunque estuviste manejando dinero, jurara que habias salido sin blanca; y ahora veo que has pagado la cena: no hay remedio tú eres brujo.

No hay mas brujeria que la que te tengo dicho. Yo lo primero que hago es reundir y esconder seis ú ocho realillos para la amanezca (1), de la primera ingeniada que tengo. Asegurado estó, las demas ingeniadas se juegan con valor á si trepan. Si trepa alguna, bien; y si nó, ya se pasó el dia, que es lo que importa.

En estas pláticas llegamos á otra accesoria mas indecente que aquella donde cenamos. Tocó mi Mentor, hizo su contraseña, le abrieron, y á la luz de un cabito que estaba espirando en un rincon de la pared, ví que aquel era el *arrastraderito* de que ya tenia noticia.

Habló Januario en voz baja con el dueño de aquel infernal garito, que era un mulato envuelto en una manga azul, y ya se habia encerrado para acostarse, y éste nos sacó dos frazadas muy sucias y rotas y nos las dió diciendo: solo por ser vd. mi amigo, me he levantado á abrir, que estoy con un dolor de cabeza que el mundo se me anda: y sería cierto, segun la borrachera que tenia.

No eramos nosotros los únicos que hospedaba aquella noche el tuno empelotado. Otros cuatro ó cinco pelagatos, todos encuerados, y á mi parecer medio borrachos, estaban tirados como cochinos por la banca, mesa y suelo del truquito.

Como el cuarto era pequeño, y los compañeros gente que cena sucio y frio, y bebe pulque y chinguirito (2), estaban haciendo una salva de los demonios, cuyos pestilentes ecos sin tener por donde salir remataban en mis pobres narices, y en un instante estaba yo con una jaqueca que no la aguantaba, de modo que no pudiendo mi estómago sufrir tales incensarios, arrojó todo cuanto habia cenado pocas horas antes.

Januario advirtió mi enfermedad, y percibiendo la causa me dijo:

[1] Para tener con que amanecer.—*E.*
[2] Aguardiente de caña.—*E.*

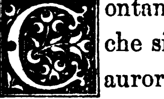
pues amigo, estás mal; eres muy delicado para pobre. No está en mi mano, le respondí, y él me dijo: ya lo veo; pero no te haga fuerza, todo es hacerse, y esto es á los principios, como te dije esta mañana, pero vámonos á acostar á ver si te alivias.

A la ruidera de la evacuacion de mi estómago, desperto uno de aquellos *léperos*, y asi como nos vió comenzó á echar sapos y culebras por aquella boca de demonio, Qué rotos tales de m...... decia; por qué no irán á vomitarse sobre la tal que los parió, ya que vienen borrachos, y no venir á quitarle á uno el sueño á estas horas.

Januario me hizo seña que me callara la boca, y nos acostamos los dos sobre la mesita del billar, cuyas duras tablas, la jaqueca que yo tenia, el miedo que me infudieron aquellos encuerados, á quienes piadosamente juzgué ladrones, los innumerables piojos de la frazada, las ratas que se paseaban sobre mí, un gallo que de cuando en cuando aleteaba, los ronquidos de los que dormian, los estórnudos traseros que disparaban, y el pestífero zahumerio que resultaba de ellos, me hicieron pasar una noche de los perros.

CAPITULO III

Prosigue PERIQUILLO contando sus trabajos y sus bonanzas de jugador. Hace una séria crítica del juego, y le sucede una aventura peligrosa que por poco no la cuenta.



ontando las horas y los cantos del gallo estuve toda la noche sin poder dormir un rato, y deseando la venida de la aurora para salir de aquella mazmorra, hasta que quiso Dios que amaneció, y fueron levantandose aquellos bribones encuerados.

Sus primeras palabras fueron desvergüenzas, y sus primeras solicitudes se dirigieron á *hacer la mañana*. Luego que los oí, los tube por locos, y le dije á Januario: estos hombres no pueden menos que estar sin gota de juicio, porque todos ellos quieren hacer la mañana.

¡Qué locura tan graciosa! ¿Pues qué piensan que no esta hecha? ¿O se creen ellos capaces de una cosa que es privativa de Dios?

Se rió Januario de gana, y me dijo: se conoce que hasta hoy fuiste tunante á medias, pillo decente y zángano vergonzante. En efecto; ignoras todavía muchos de los términos mas comunes y trillados de la dialéctica leperuna; pero por fortuna me tienes á tu lado, que no perderé ningunas ocasiones que juzgue propias para instruirte en cuanto pueda conducir á sacarte un diestro veterano, ya sea entre los pillos decentes, ya sea entre los de la chichi pelada, (1) como son éstos.

Por ahora sábete que *hacer la mañana* entre esta gente, quiere decir desayunarse con aguardiente, pues estan reñidos con el chocolate y el café, y mas bien gastan un real ó dos á estas horas en *chinguirito* malo, que un posillo del mas rico chocolate.

Apenas salí de esa duda, cuando me puso en otras nuevas uno de aquellos zaragates que, segun supe, era oficial de zapatero; pues le dijo á otro compañero suyo: Chepe, (2) vamos á hacer la mañana y vámonos á trabajar, que el sábado quedamos con el maestro en que hoy habiamos de ir, y nos estará esperando. A lo que Chepe respondió: vaya el maestro al tal, que yo no tengo ni tantitas ganas de trabajar hoy por dos motivos. El uno porque es *San Lunes*, y el otro porque ayer me emborraché y es fuerza curarme hoy.

Suspenso estaba yo escuchando aquellas cosas, que para mí eran enigmas, cuando mi maestro me dijo: has de saber que es un abuso muy viejo y casi irremediable entre los mas de los oficiales mecánicos no trabajar los lunes, por razon de lo estragados que quedan con la

(1) Echada la sábana ó frazada sobre el hombro izquierdo y terciada bajo el brazo derecho como acostumbran esas gentes, queda descubierta la teta derecha cuando no hay camisa ú otra ropa: y como *chichi* en mexicano quiere decir *teta* ó pecho, la frase se aplica á los que tienen el pecho de fuera ó andan sin camisa por no usarla.—*E.*

(2) Lo mismo que Pepe ó José.—*E.*

embriagada que se dan el domingo, y por eso le llaman *San Lunes* no porque los lunes sean dias de guarda por ser lunes, como tú lo sabes, sino porque los oficiales abandonados se abstienen de trabajar en ellos por *curarse* la borrachera, como ésto dice.

¿Y cómo se cura la embriaguez? pregunté. Con otra nueva, me respondió Januario. Pues entonces, dije yo: debiendo el exceso del aguardiente hacer el mismo efecto el domingo que el lunes, se sigue que, si una emborrachada del domingo ha de menester otra para curarse del lunes, la del lunes necesitará la del martes, la del martes la del miércoles, y así venimos á sacar por consecuencia que se alcanzarán las embriagueces unas á otras, sin que en realidad se verifique la curacion de la primera con tan descabellado remedio. La verdad, esa me parece peor locura en esta gente que la de hacer la mañana; porqué pensar que una tranca (1) se cura con otra es como creer que una quemada se cura con otra quemada, una herida con otra, etc., lo que ciertamente es un delirio.

Tú dices muy bien, contestó Januario; pero esta gente no entiende de argumentos. Son muy viciosos y flojos: trabajan por no morirse de hambre, y acaso por tener con que mantener su vicio dominante, que casi generalmente entre ellos es el de la embriaguez, de manera que en teniendo que beber, poco se les dá de no comer ó de comer cualquiera porquería; y esta es la razon de que por buenos artesanos que sean, y por mas que trabajen, jamás medran, nada les luce, porque todo lo disipan, y así los ves desnudos como á estos dos, que quizá serán los mejores oficiales que tendrá el maestro en su taller.

¡Qué lastima de hombres! esclamé; y si son casados ¡qué vida les darán á sus pobres mujeres, y qué mal ejemplo á sus hijos! Considéralo, me dijo Januario. A sus mujeres las traen desnudas, hambrientas y golpeadas, y á los hijos en cueros, sin comer y malcriados.

En esto nos salimos de aquella pocilga y fuimos á tomar café. Lo

(1) Estar con la tranca quiere decir, estar borracho.—*E*

restante del dia, que lo pasamos en visitas y andar calles hasta las doce, me anduve yo cuzqueando (1) y rascando. Tal era la multitud de piojos que se me pegaron de la maldita fruza. (2) Y no fué eso lo peor, sino que tube que sufrir algunas chanzonetas pesadas que me dijeron los amigos, porque los animalitos me andaban por encima, y eran tan gordos y tan blancos que se veian de á legua; y cada vez que alguno se ponia donde lo vieran, decia uno: eso no, á mi amigo Periquillo no, que aquí estoy yo. Otros decian: hombre, eso tiene buscar novias de á medio. Otros, ¡qué buenas fuerzas tienes, pues cargas un animal tan grande! Y así me chuleaban todos á su gusto, sin quedarse por cortos con mi compañero, que tambien estaba nadando.

Por fin, dieron las doce, y me dijo éste, vámonos al juego, porque yo no tengo blanca para comer, y no seas tonto, vete aplicando. Donde tú puedas, afianza una apuesta y dí que es tuya, que yo juraré por cuantos santos hay que te la ví poner; pero ya te he advertido que sea apuesta corta que no pase de dos á tres reales; porque si vas á hacer una tontera nos esponemos á un codillo.

En efecto entramos al juego, tomamos buenos lugáres, se calentó aquello, como dicen, y yo ya le echaba el ojo á una apuesta, ya á otra, ya á otra; y no me determinaba á tomar ninguna de puro miedo. Queria estender la mano, y parece que me la contenian y me decian en secreto: *¿Que vas á hacer? Deja eso ahí que no es tuyo......* La conciencia ciertamente nos avisa y nos reprende secreta, pero eficazmente cuando tratamos de hacer el mal: lo que sucede es que no queremos atender á sus gritos.

Januario no mas me veia, y yo conocia que me queria comer de cólera con los ojos. A lo menos si ha tenido ponzaña en la vista, como cuentan los mentirosos que la tiene el Basilisco, no me levanto vivo de la mesa; tal era su feroz mirar. Hay gentes que parece to-

(1) Satisfaciendo la curiosidad, ó mirando todo lo que ocurre.—*E.*
(2) Frazada.—*E.*

man empeño en hacer que otros salgan tan perversos como ellos, y este condenado era uno de tantos.

Por último, yo mas temeroso de su enojo que de Dios, y mas bien por contemporizar con su gusto que con el mio, que es lo que sucede en el mundo diariamente, resolví armarme con una peseta al tiempo que la pagaron. Cuando el pobre dueño del dinero iba à estirar la mano para coger sus cuatro reales, yo ya los tenia en la mia. Allí fué lo de *ese dinero es mio; no sino mio: yo digo verdad, y yo tambien;* con su poco que mucho de *está muy bien: ahí lo veremos: donde vd. quiera,* y todas las bravatas corrientes en semejantes lances, hasta que Januario con un tono de hombre de bien, dijo al perdidoso: amigo, vd. no se caliente. Yo ví poner á vd su peseta; pero la que el señor ha tomado [no le quede á vd. duda] es suya, que yo se la acabo de prestar.

Con esto se serenó la riña, quedándose aquel infeliz sin sus mediecillos y yo habilitado con ellos.

Ya se me derritian en la mano sin acabar de ponerlos á un albur, no por que me faltara valor para apostar cuatro reales, pues ya sabeis que yo, aunque sin habilidad, sabia jugar y habia jugado cuanto tenia mi madre; sino porque temia perderlos y quedarme sin comer. ¡Tal era el miedo que la hambre me habia infundido el dia anterior.!

Januario me lo conoció y me hizo señas para que los jugara con franqueza pues el ya tenia segura la mamuncia.

Con esta satisfaccion los jugué en cinco albures á la dobla, y cuando me ví con diez y seis pesos, creí tener un mayorazgo; ya se ve como aquel que en muchos dias no habia tenido un real.

Mi compañero me hizo seña de que los rehundiera, como lo verifiqué, pensando que nos íbamos á comer; mas Januario en nada menos pensaba, antes se quedó allí hecho un postema, hasta que se acabó la partida grande, á cuyo instante me pidió el dinero, sacó él

cuatro pesos y una de sus barajas y se puso á tallar (1) diciendo: tírenle á este *burlotito*.

Los tahures fuertes así que vieron el poco fondo, se fueron llendo; pero los pobretes se apuntaron luego luego, que es lo que se llama *entrar por la punta*.

El montecillo fué engrosando poco á poco, de modo que á las dos de la tarde ya tenia aquella *zanganada* como setenta pesos.

A esa hora fueron entrando dos payitos muy decentes y bien rellenos de pesos. Comenzaron á apuntarse de gordo, de á veinte y veinticinco pesos, y comenzaron á perder del mismo modo. En cada albur que yo los veia poner los chorizos de pesos se me bajaba la sangre á los talones, creyendo que en dos albures que acertaran se perderia todo nuestro trabajo y nos saliamos sin blanca soñando que habiamos tenido, lo que á mí se me hacia intolerable, segun el axioma de los tahures, de que *mas se siente lo que se cria que lo que se pare*.

Pero aquellos hombres estaban, segun entendí entónces, erradísimos, porque el albur en que ponian diez ó doce pesos, lo ganaban; pero aquel en donde apostaban entre los dos cuarenta ó cincuenta lo perdian, así podian jugarlo con mil precauciones.

De este modo se les arrancó á los dos casi á un tiempo; y uno de ellos, al perder el último albur que iba interesado y siendo de un caballo contra un as, vino el as; sacó los cuatro caballos, y mientras estuvo rompiendo los demas naipes, se los comió, como quien se come cuatro soletas, y hecha esta importante diligencia, se salió con su compañero, ambos encendidos como una grana y sudando la gota gorda. ¡Tales eran los vaperes que habian recibido!

Januario con mucha socarra contó trescientos y pico de pesos: le dió una gratificacion al dueño de la casa, y lo demas lo amarró en su pañuelo.

[1] Barajar.

Ya se lo comian los otros tahures pidiéndole barato; pero á nadie le dió medio, diciendo: cuando á mí se me arranca ninguno me da nada, y así cuando gane tampoco he de dar yo un cuarto.

No me pareció bien esta duresa, porque aunque tan malo he tenido un corazon sensible.

Nos salimos á la calle, y nos fuimos á la fonda que estaba cerca: comimos á lo grande, y concluida la comida, me dijo mi protector: ¿Qué tal, señor Perico, le gusta á vd. la carrera? ¿Si no se hubiera determinado á armarse con aquella apuesta, contara con ciento y mas pesos suyos? Vaya: toma tu plata y gástala en lo que quieras, que es muy tuya y puedes disponer de ella á tu gusto con la bendicion de Dios [1], aunque pienso que lo que conviene es que apartemos cincuenta pesos por ambos para puntero, y vayamos ahora mismo al Parian, ó mas bien al Baratillo, á comprar una ropilla decente, con cuyo auxilio la pasaremos mejor, nos darán mejor trato en todas partes, y se nos facilitarán más bien las ocasiones de tener; porque te aseguro, hermano, que aunque el hábito no hace al monje, yo no sé que tiene en el mundo esto de andar uno decente, que en las calles, en los paseos, en las visitas, en los juegos, en los bailes y hasta en las templos mismos se disfruta de ciertas atenciones y respetos. De suerte que más vale ser un pícaro bien vestido que un hombre de bien trapiento [2]; y así vamos.

No lo dijo á sordo: me levanté al momento, cogí mi dinero que era ménos del que le tocó á Januario; pero yo lo disimulé, satisfecho de que en asunto de intereses el mejor amigo quiere llevar su ventajita.

Fuimos al Baratillo, compramos camisas, calzones, chalecos, casa-

(1) Sólo eso le faltaba, porque no puede ser bendito de Dios lo que se adquiere malamente.

(2) No hay tal. Es verdad que el mundo abunda de gentes necias que califican á la persona por su exterior, y así tal vez honran al pícaro decente, pero al *primer* chasco que llevan se desengañan.

cas, capas, sombreros, pañuelos, zapatos y hasta unas cascaritas de reloj ó relojes cáscaras ó maulas, pero que parecian algo.

Ya habilitados, fuimos á tomar un cuarto en un meson, mientras hallábamos una vivienda proporcionada. En esto de camas no habia nada; y aunque se lo hice advertir á Januario, este me dijo: ten paciencia, que despues habrá para todo. Por ahora lo que importa es presentarnos bien en la calle, y mas que comamos mal y durmamos en las tablas, eso nadie lo ve. ¿Qué te parece que todos los guapos ó currutacos que ves en el público tienen cama ó comen bien? No, hijo: muchos andan como nosotros: todo se vuelve apariencia, y en lo interior pasan sus miserias bien crueles. A estos llaman *rotos*.

Yo me conformé con todo, contentísimo con mis trapillos, y con que ya no volvia á pasar otra noche en el *arrastraderito* condenado.

Llegamos al meson, tomamos nuestro cuarto y nos encajamos en él locos de contento. Aquella noche no quiso Januario que fuéramos á jugar, porque segun él decia, se debia reposar la ganancia. Nos fuimos á la comedia, y cuando volvimos, cenamos muy bien y nos acostamos en las tablas duras, que algo se ablandaron con los capotes viejos y nuevos.

Dormí como un niño, que es la mejor comparacion, y á otro dia hicimos llamar al barbero, y despues de aliñados, nos vestimos y salimos muy planchados á la calle.

Como nuestro principal objeto era que nos vieran los conocidos, la primera visita fué á la casa del Br. Martin Pelayo; pero ¿cual fué nuestra sorpresa cuando creyendo encontrar el Martin antiguo encontramos un Martin nuevo y en todo diferente del que conociamos? pues aquel era un jóven tan perdulario como nosotros; y éste era un cleriguito ya muy formal, virtuoso y asentado.

Luego que entramos á su cuarto, se levantó y nos hizo sentar con mucha urbanidad; nos contó como era diácono y estaba para dero-

narse de presbítero en las próximas témporas. Nosotros le dimos los parabienes; pero Januario trató de mezclar sus acostumbradas chocarrerías y facetadas, á las que Pelayo en un tono bien sério contestó: ¡Válgame Dios, Señor Januario! ¿Siempre hemos de ser muchachos? ¿No se ha de acabar algun dia ese humor pueril? Es menester diferenciar los tiempos: en unos agradan las travesuras de niños, en otros la alegría de jóvenes, y ya en el nuestro es menester que apunte la seriedad y macisez de hombres, porque ya nos hacen gasto los barberos.

Yo no soy viejo, ni aunque lo fuera me opondria á un genio festivo. Me gustan en efecto los hombres alegres y joviales, de quienes se dice: *donde él está no hay tristeza.* Sí, amigos: para mí no hay cosa mas fastidiosa que un genio regañon, tétrico y melancólico: huyo de ellos como de unos misántropos abominables: los juzgo soberbios, descontentos, murmuradores, insociables y dignos de acompañar á los osos y á los tigres.

Al contrario, ya dije, estoy en mis glorias con un hombre atento, afable, instruido y alegre. La compañía de uno de ellos me deleita, me engolosina, me amarra, y seré capaz de estarme con él los dias y las semanas; pues, pero ha de ser de este estambre; porque en siendo un necio, hablador, arrogante y faceto ¿quién lo ha de sufrir?

Estos genios no son festivos sino juglares: su carácter es ruin y sus costumbres groseras. Cuando platican, golpean; cuando quieren divertir, fastidian con sus frialdades; porque hombres sin talento ni educacion no pueden parir buenos, alegres ni razonados conceptos; ántes las chanzas de éstos ofenden las honras y las personas, y sus agudezas punzan la fama ó el corazon del prójimo.

Esto digo, amigos, deseando que eviten ese genio chocarrero á todas horas. Todo tiene su tiempo. Las matracas de Semana Santa

parecerán mal á los muchachos en la Pascua de Navidad, y la lama de Noche Buena no la pondrán en sus monumentitos.

Así me lo ha hecho creer la experiencia, y algunos desaires que les he visto correr á muchos facetos.

A poco rato de decir esto el padre Pelayo, mudó de conversacion con disimulo; pero mi compañero que lo habia entendido y estaba como agua para chocolate, no aguantó mucho. Se despidió á poco rato y nos fuimos.

En la calle me dijo: ¿qué te parece de este mono? ¡Quien no lo hubiera conocido! Ahora porque está ordenado de evangelio quiere hacer del formal y arreglado; pero á otro perro con ese hueso, que ya sabemos que todas esas son hipocresías.

Yo le corté la conversacion, porque me repugnaba murmurar algunas veces, y nos fuimos á otras visitas donde nos recibieron mejor, y aun nos dieron de almorzar.

Así se pasó la mañana hasta que dieron las doce, á cuya hora nos fuimos al meson: sacamos veinticinco pesos del puntero, y nos fuimos al juego.

En el camino dije á Januario: hombre si van los payos, donde nos acierten un albur nos lleva Judas. No nos llevará, me dijo: ¡ojalá vayan! ¿Pues tú piensas que está en ellos el errar ó acertar? No, hijo, está en mis manos. Yo los conosco y sé que juegan la apretada figura; y así les amarro los albures de manera que si ponen poco, dejo que venga la figura; y si pone harto, se las sube al lomo del naipe Eso malo tiene el jugar cartas de aficion ó una regla fija.

¿Pues qué, tiene reglas el juego? le pregunté, y me dijo: lo que los tahures llaman reglas no es sino un accidente continuado (en barajando bien), porque que venga el cuatro contra la sota, es un accidente: que venga despues el siete contra el rey, es otro accidente: que venga el cinco contra el caballo, es otro; y así aunque se hagan diez ó veinte contrajudios, no son mas que diez ó veinte accidentes

ó un accidente continuado. No hay mejor regla ni mas segura, que los *zapotes, deslomadas, rastrillazos,* y otras diligencias de las que yo hago, y aun estas tienen su ecepçion, que es cuando se la advierten á uno y le ganan con su juego; por eso dice uno de nuestros refranes: que *contra viigata no hay regla.* Lo demas de *judia, contrajudia pares y nones, lugar,* y todas esas que llaman reglas, son entusiasmos, preocupaciones y vulgaridades, en que vemos que incurren todos los dias hombres, por otra parte, nada vulgares; pero parece que en el juego nadie es dueño de su juicio.

Ten, pues, entendido, que no hay mas que dos reglas: *la suerte y la droga.* Aquella es mas lícita pero ésta es mas segura.

En esto llegamos al juego; y Januario se sentó como siempre; pero no jugó mas que un peso, por que iba con intencion de poner el monte, pues segun el decia, así llevaba nuestro dinero mas defensa; porque *de enero á enero el dinero es del montero.*

Así que se acabó la partida pusimos nuestro burlotillo, y ganamos diez ó doce pesos, porque no fueron los poyos gordos que esperaba; sin embargo, nos dimos por contentos y nos fuimos.

Así pasamos con esta vuelta como seis meses, ganando casi todos los dias, aunque fuera poco. En este tiempo aprendí cuantas fullerias me quiso enseñar Januario: compramos camas, alguna ropa mas, y la pasamos como unos marqueses.

Nada me quedó que observar en dicho tiempo en asunto de juego Conocí que es una verdad que *es el crisol de los hombres,* porque allí descubren sus pasiones sin rebozo, ó á lo menos es menester estar muy sobre sí para no descubrirlas, lo que es muy raro, pues el interes ciega, y en el juego no se piensa en mas que en ganar.

Allí se observa el que es malcriado, ya porque se echa en la mesa, se pone el sombrero, no cede el asiento ni al que mejor lo merece, le echa el humo del cigarro en la cara á cualquiera que está á su lado, por mas que sea persona de respeto ó de carácter, y hace

cuantas groserías quiere sin el menor miramiento. Lo peor es que hay un axioma tan vulgar como falso, que dice: que *en el juego todos son iguales;* y con este parco ni los malcriados se abstienen de sus groserías, ni muchas personas decentes y de honor se atreven á hacerse respetar como debieran.

De la misma manera que el grosero descubre en el juego su falta de educacion, con sus majaderías y ordinarieses, descubre el inmoral su mala conducta con sus votos y disparates: el embustero su carácter con sus juramentos: el fullero su mala fé con sus drogas. el ambicioso su codicia con la voracidad que juega; el mezquino su miseria con sus poquedades y cicaterías: el desperdiciado su abandono con sus garbos imprúdentes: el sinvergüenza su descoco con el arrojo con que pide á su sombra: el vago...... pero ¿qué me canso? Si allí se conocen todos los vicios porque se manifiestan sin disfraz. El provocativo, el truhan, el soberbio, el lisonjero, el irreligioso, el padre consentidor, el marido lenon, el abandonado, la buscona, la mala casada, y todos, todos confiesan sin tormento el pié de que cojean; y por hipócritas que sean en la calle, pierden los estribos en el juego, y suspenden toda la apariencia de virtud, dándose á conocer tales como son.

Malditas son las nulidades del juego. Una de ellas es la torpe decision que reina en él. Al que lleva dinero hasta le proporcionan el asiento, y cuando acierta, lo alaban por un buen punto y diestro jugador; pero al que no lo lleva ó se le arranca, ó no le danlugar ó se lo quitan, y de mas á mas dicen que es un *creston,* término con que algunos significan que es un tonto.

En fin, yo aprendí y observé cuanto habia que aprender y observar en la carrera. Entonces me sirvió de perjuicio, y ahora me sirve de haceros advertir todos sus funestos resultados para apartaros de ella.

No os quisiera jugadores, hijos mios; pero en caso de que jugueis

alguna vez, sea poco, sea lo vuestro, sea sin droga; pues menos malo será que os tengan por tontos, que no que paseis plaza de ladrones, que no son otra cosa los fulleros.

Muchos dicen, que juegan *por socorrer su necesidad*. Este es un error. De mil que van al juego con el mismo objeto, los novecientos noventa y nueve vuelven á su casa con la misma necesidad, ó acaso peores, pues dejan lo poco que llevan, acaso se comprometen con nuevas drogas, y sus familias perecen mas aprisa.

Habreis oido decir, ú oireis cuando séais grandes, que muchos se sostienen del juego. Yo apenas puedo creer que éstos sean otros que los que juegan con la larga, como dicen, esto es, los tramposos y ladrones, que merecian los presidios y las horcas mejor que los pillos Maderas y Paredes (1); por que de un ladron conocido por tal, pueden los hombres precaverse; pero de éstos no.

Semejantes sujetos sí creo que se sostengan del juego alguna vez; pero los hombres de bien, los que trabajan, y los que juegan, como dicen, *á la buena de Dios*, lo tengo por un imposible físico, porque el juego hoy da diez y mañana quita veinte. Yo sé de todo, y os hablo con experiencia.

Otra clase de personas se sostienen del juego, especialmente en México......¿Nos oye alguno?......Pues sabed que estos son ciertos señores que teniendo dinero con que buscar la vida en cosas mas honestas, y no queriendo trabajar, hacen comercio y grangería del juego; poniendo su dinero en distintas casas para que en ellas se pongan montes, que llaman partidas.

Como este modo de jugar es tan ventajoso para el que tiene fondo, ordinariamente ganan; y á veces ganan tanto que algunos conosco que ruedan coche y hacen caudales. ¿Qué tal será la cosa, pues para acomodarse de *talladores ó gurupiés* con sus mercedes, se hacen mas

(1) Dos famosos ladrones que hubo en México.

empeños que para entrar de oficial en la mejor oficina, y con razon, porque el lujo que estos ostentan y la franqueza con que tiran un peso, no lo puede imitar un empleado ni un coronel. Ya se ve, como que hay señores de estos que tienen de sueldo diariamente seis, ocho. y diez pesos, amen de sus buscas, que esas serán las que quisieren.

Tambien menudean los empeños y las súplicas para que los señores monteros envien dinero á las casas para jugar, por interés de las gratificaciones que les dan á los dueños de ellas, que cierto que son tales que bastan á sostener regularmente á una familia pobre y decente

Estas son las personas que yo no negaré que se mantienen del juego; pero ¡qué pocas son! y si desmenuzamos el cómo, es menester considerarlas criminales aun á estas pocas, y despues de creer de buena fé que juegan con la mayor limpieza. Y si nó, pregunto! ¿se debe reputar el juego como ramo de comercio y como arbitrio honesto para subsistir de él? O sí, ó nó. Sí sí, ¿porque lo prohiben las leyes tan rigurosamente? Y si nó, ¿cómo tiene tantos patronos que lo defienden por lícito con todas sus fuerzas? Yo lo diré.

Si los hombres no pervirtierán el órden de las cosas, el juego lejos de ser prohibido por malo, fuera tan lícito que entrara á la parte de aquella virtud moral que se llama Eutropelia; pero como su codicia traspasa los límites de la diversion, y en estos juegos de que hablamos se arruinan unos á otros sin la mas mínima consideracion ni fraternidad, ha sido necesario que los gobiernos ilustrados metan la mano, procurando contener este abuso tan pernicioso, bajo las severas penas que tienen prescrisas las leyes contra los infractores.

El que tenga patronos que lo defiendan y prosélitos que lo sigan no es del caso. Todo vicio los tiene, sin que por eso pueda calificarse de virtud: y tanto menos vigor tienen sus apologías, cuanto que no las dicta su razon, sino lá sórdido interes y declarado egoismo.

¿Quiénes son las gentes que apoyan el juego y lo defienden con

tanto ahinco? Examínese y se verá que son los fulleros, los inútiles y los holgazanes, ora considérense pobres, ora ricos; y de semejante clase de abogados es menester que se tenga por sospechosa la defensa, siquiera porque son las partes interesadas.

Decir que el juego es lícito porque es útil á algunos individuos, es un desatino. Para que una cosa sea lícita no basta que sea útil, es menester que sea honesta y no prohibida. En el caso contrario, podria decirse que eran lícitos el robo, la usura y la prostitucion, porque le traen utilidad al ladron, al usurero y á la ramera. Esto fuera un error; luego defender el juego por lícito con la misma razon, es tambien el mismo error.

Pero sin ahondar mucho, se viene á los ojos que esta decantada utilidad que perciben algunos, no equivale á los perjuicios que causa á otros muchos. ¿Qué digo no equivale? Es enormemente perjudicialísima á la sociedad.

Contemos los tunos, fulleros y ladrones que se sostienen del juego: agreguemos á estos aquellos que sin ser ladrones hacen caudal del juego: añadamos sus dependientes: numeremos las familias que se socorren con las gratificaciones que les dan por razon de casa: no olvidemos lo que se gasta en criados y *armadores* (1) advirtamos lo que unos entalegan, lo que otros tiran, lo que estos comen y lo que gastan todos, sin pasar en blanco el lujo con que gasta, viste, come y pasea cada uno á proporcion de sus arbitrios: despues de hecha esta cuenta, calculemos el numerario cotidiano que chuparán estas sanguijuelas del estado para sostenerse á costa de él, y con la franqueza que se sostienen; y entonces se verá cuantas familias es menester que se arruinen para que se sostengan estos ociosos.

Para conocer esta verdad no es necesario ser matemático, basta irse un dia á informar de juego en juego, y se verá que los mas que

[1] Este nombre damos á aquellos que andan reclutando tahures para los juegos. A estos tambien se les paga su diligencia.

ganan son los monteros (1). Pregúntese á cada uno de los tahures ó puntos ¿qué tal le fué? y por cuatro ó seis que digan que han ganado, responderán cuarenta que perdieron hasta el último medio que llevaban.

De suerte que esta proposicion es evidente: *tantos cuantos se sostienen del juego, son otras tantas esponjas de la poblacion que chupan la sustancia de los pobres.*

Todas estas reflexiones, hijos mios, os deben servir para no enredaros en el laberinto del juego, en el que, nna vez metidos, os tendreis que arrepentir quizá toda la vida; porque á carrera larga rara vez deja de dar tamañas pesadumbres; y aun los gustos que dá se pagan con un crecido rédito de sinsabores y disgustos, como son las desveladas, las estragadas del estómago, los pleitos, las enemistades, los compromisos, los temores de la justicia, las multas, las cárceles, las vergüenzas y otros á este modo.

De todas estas cosas supe yo en compañía de Januario, y de algo más; porque por fin se nos arrancó. Comenzamos ávender la ropita y todo cuanto teniamos: *á estar de malas,* como dicen los hijos de Birjan: á mal comer: á desvelarnos sin fruto: á pagar multas, etc., hasta que nos quedamos como ántes, y peores, porque ya nos conocian por fulleros, y nos miraban á las manos con mas atencion que á la cara.

En medio de esta triste situacion, y para coronár la obra, el pícaro Januario enredó á un payo para que pusiera un montecito, diciéndole que tenia un amigo muy hábil, hombre de bien, para que le tallara su dinero. El pobre payo entró por el aro y quedó en po-

[1] Y los banqueros de los *Imperiales.* Este es otro juguetito peor que el monte, porque incita mas la codicia con el exceso del premio que ofrece. He visto á los hombres andar como locos, con el lápiz y el papel haciendo cábulas y cálculos imaginarios. ¡Caramba en el juego que despues de dejar á uno sin blanca, puede despacharlo imperialmente á buscar un número á San Hipólito!

nerlo al dia siguiente. Januario me avisó lo que habia pasado, diciéndome que yo habia de ser el tallador.

Convenimos en que habia de amarrar los albures de fuera para que él alzara, y otro amigo suyo que habia vendido un caballo para apuntarse, pusiera y desmontara, y que concluida la diligencia nos partiriamos el dinero como hermanos.

No me costó trabajo decir que sí, como que ya era tan ladron como él.

Llegó el dia siguiente: fué Juan Largo por el payo: me dió éste cien pesos y me dijo: amito, cuídelos, que yo le daré una buena gala si ganamos. Quedamos en eso, le respondí, y me puse á tallar á mi modo y segun y como los consejos de mi endemoniadisimo maestro,

En dos por tres se acabó el monte, porque el dinero del caballo vendido eran diez pesos, y así en cuatro albures que amarré y alzó Januario, se llevó el dinero el tercero en discordia.

Este se salió primero para disimular, y á poco rato Januario, haciéndome señas que me quedara. El pobre payo estaba lelo, considerando que ni visto ni oido fué su dinero; solo decia de cuando en cuando: ¡mire señor qué desgracia! ni me divertí. Pero no faltó un miron que nos conocia bien á mí y á Januario: advirtió los zapotes que yo habia hecho, y le dijo al payo con disimulo y á mis excusas que yo habia entregado el dinero.

Entónces el barbajan, con mas viveza para vengarse que para jugar, me llevó á su meson con pretexto de darme de comer. Yo me resistia, no temiendo lo que me iba á suceder, sino deseando ir á cobrar el premio de mis gracias, pero no pude escaparme: me llevó el payo al meson, se encerró conmigo en el cuarto, y me dió tan soberbia tarea de trancazos, que me dislocó un brazo, me rompió la cabeza por tres partes, me sumió unas cuantas costilas, y á no ser porque al ruido forzaron los demas huéspedes la puerta y me quitaron de sus manos, seguramente yo no escribo mi vida, porque allí llega

su último fin. Ello es que quedé á sus pies privado de sentido, y fuí á despertar á donde vereis en el capítulo que sigue.

CAPITULO IV

Vuelve en sí PERICO y se encuentra en el hospital. Critica los abusos de muchos de ellos. Visítalo Januario. Convalece. Sale á la calle. Refiere sus trabajos. Indúcelo su maestro á ladron, él se resiste y discuten los dos sobre el robo.



O aseguro que si el payo me hubiera matado, se hubiera visto en trapos pardos, pues la ley lo habria acusado de alevoso, como que pensó y premeditó el hecho, y me puso verde á palos sin defensa, cuya venganza por su crueldad y circunstancias fué una vileza abominable; pero no se quedó atras la mia de haberle entregado á otro su dinero en cuatro albures.

Alevosía y traicion indigna fué la suya, y la mia fué traicion y vileza endiablada; mas con esta diferencia, que él cometió la suya irritado y provocado por la mia, y la que yo hice no solo fué sin agravio, sino despues de ofrecida por él una buena gala.

De modo que, vista sin pasion, la vileza que yo cometí fué peor, y más vergonzosa que la de él; y así si me matara en aquel dia muerto me habria quedado y con razon; porque si no debemos dañar ni defraudar á nadie, mucho menos á aquel que hace confianza de nosotros.

Casi de esta misma manera discurria yo conmigo dos horas despues

que volví en mí y me hallé en una cama del hospital de San Jácome (1), á donde me condujeron de órden de la justicia.

A poco rato llegó un escribano con sus correspondientes satélites á tomarme declaracion del hecho. Ya se deja entender que yo estaba rabiando y en un puro grito, así por los dolores agudísimos que me causaban la dislocacion y fracturas, como por los que sufrí en la curacion, que fué un poco tosca y *tamajona*, como de hospital al fin.

Estar yo de esta manera y entrar el escribano conjurándome y amenazàndome para que confesara con él mis pecados y delante de tanta gente que allí habia, fué un nuevo martirio que me atormentó el espíritu, que era lo que me faltaba que doler.

Por último, yo juré cuanto él quiso; pero dije lo que convenia, ó á lo menos lo que no me perjudicaba. Referí el hecho omitiendo la circunstancia del *entrego*, y dije con verdad que yo no conocia á mi enemigo, ni lo habia visto otra vez en toda mi vida. De este modo se concluyó aquel acto, firmé la declaracion con mil trabajos, y se marchó el señor escribano con su comitiva.

Como las heridas de la cabeza eran muchas y bien dadas, no se podia restañar la sangre fácilmente: cada rato se me soltaba, y con tanta pérdida me debilité en términos que me acometian frecuentes desmayos, y tantos, que se creyó que eran síntomas mortales, ó que bajo alguna contusion hubiese rota alguna entraña.

Con estos temores trataron de que viniese el capellan, como sucedió en efecto. Me confesé con harto miedo, porque al ver tanto preparativo yo tambien tragué que me moria; pero mi miedo no hizo mejor mi confesion. Ya se vé, ella fué de prisa, sin ninguna disposicion y entre mil dolores: ¿qué tal saldria ella? Mala de fuerza. Confesion de apaga y vámonos. Apenas se acabó, trajeron el Viáti-

(1) No hay hospital de este título en México. Este disimulo es para que la crítica no recaiga sobre ningun hospital determinado.
Los abusos que se critican son ciertos. ¡Ojalá se remedien!

co, y yo cometí otro nuevo sacrilegio, y conocí cuan contingentes son las últimas disposiciones cristianas, cuando se hacen en un lance tan apurado como el mio.

En estas cosas serian ya las once de la noche. Yo no habia querido tomar nada de alimento, porque no lo apetecia, ni menos podia conciliar el sueño por los agudos dolores que padecia, pues no tenia, como dicen, hueso sano; pero sin embargo, la sangre se detuvo, y un practicante me tomó el pulso, me hizo morder una cuchara y hacer no sé que faramallas, y decretó que no moria en la noche.

Con esta noticia se fueron á acostar los enfermeros, dejándome junto á la cama una escudilla con atole y un jarrito con bebida, para que yo lo tomara cuando quisiera.

No dejó de consolarme un tanto el pronóstico favorable del mediquin, y yo mismo me tomaba el pulso de cuando en cuando por si estaba muy débil, y hallándolo así y mas de lo que yo queria, me resolví á la una de la mañana a tomar mi atole y mi trusco de pan, aunque con repugnancia y por fortalecerme un poco mas.

Con mil trabajos tomé la taza, y rempujando los tragos con la cuchara, embaulé el atolillo en el estómago.

Muchas consideraciones hice sobre la causa de mi mal, y siempre concedia la razon al payo. No hay duda, decia yo: él me ha puesto á la muerte; pero yo tuve la culpa por pícaro, por traidor. ¡Cuántos merecen iguales castigos por iguales crímenes!

Cansado de filosofar funestamente y á mala hora, pues ya no habia remedio, me iba quedando dormido; cuando los ayes de un moribundo que estaba junto á mí, interrumpieron mi sueño, pude percibir que con una lánguida voz que apenas se oia, se auxiliaba solo el miserable, diciendo: Jesus, Jesus, ten misericordia de mí.

El temor y la lástima que me causó aquel triste espectáculo me hicieron esforzar la voz cuanto pude, y les grité á los enfermeros: ¡hola! amigos, levántense que se muere un pobre. Cuatro ó cinco

veces grité, y ó no me oian aquellos pícaros, ó se hacian dormidos, que fué lo que tuve yo por más cierto; y así, enfadado de su flojera, á pesar de mis dolores, les tiré con el jarro de la bebida con tan buen tino, que los bañé mal de su grado.

No pudieron disimular, y se levantaron hechos unos tigres contra mí, hartándome de desvergüenzas; pero yo valiéndome del sagrado de mi enfermedad, los enfrené diciéndoles con el garbo que no esperaban: pícaros, indolentes, faltos de caridad, que os acostais á roncar debiendo alguno quedar en vela para avisar al padre capellan de guardia si se muere algun enfermo como ese pobrecito que está espirando. Yo mañana avisaré al señor mayordomo, y si no os castiga, vendrá el escribano y le encargaré avise estos abusos al Exmo. señor virey y le diga de mi parte que estábais borrachos.

Se espantaron aquellos flojos con mis amenazas y cabilosidades, y me suplicaron que no avisara al superior: yo se los ofrecí con tal que tuviesen cuidado de los pobres enfermos.

Entretanto teniamos este coloquio murió el infeliz por quien me incomodé, de suerte que cuando fueron á verlo, ya era ánima.

En cuanto aquellos enfermadores ó enfermeros vieron que ya no respiraba, lo echaron fuera de la cama calientito como un tamal, lo llevaron al depósito casi en cueros y volvieron al momento á rastrear los trevejos que el pobre difunto dejó; y se reducian á un coton y unos calzones blancos viejos, sucios y de manta: un eslaboncito, un rosario y una cajilla de cigarros que no creo que la probó el infeliz.

En tanto que el aire, se hizo la hijuela y particion de bienes, tocándole á uno (de los dos que eran) los calzones y el rosario, y al otro el coton y el eslaboncito; y sobre á quien le habia de tocar la cajilla de cigarros, trabaron una disputa tan altercada, que por poco rematan á porrazos, hasta que otro enfermo les aconsejó que se partieran los cigarros y partieran el papel de la cubierta.

Aprobaron el consejo, lo hicieron así, se fueron á acostar y yo me

quedé murmurando la cicatería é intéres de semejantes *muebles;* pero como á las tres de mañana me dormí, y tan bien, que fue señal evidente que habian calmado mis dolores.

A otro dia me despertaron los enfermeros con mi atole, que no dejé de tomar con mas apetencia que el anterior. A poco rato entró el médico á hacer la visita acompañado de sus aprendices. Habiamos en la sala como setenta enfermos, y con todo eso no duró la visita quince minutos. Pasaba toda la cuadrilla por cada cama, y apenas tocaba el médico el pulso al enfermo, como si fuera ascua ardiendo, lo soltaba al instante, y seguia á hacer la misma diligencia con los demas, ordenando los medicamentos segun era el número de la cama, v. g. decia, núm, 1. sangría: núm. 2, id: núm. 3, régimen ordinario: núm. 4, lavativas emolientes: núm. 5, bebida diaforética: núm. 6, cataplasma anodina; y así no era mucho que durara la visita tan poco.

Por un yerro de cuenta me pusieron á mí en la sala de medicina, debiéndome haber zampado en la de cirugia, y esta casualidad me hizo advertir los abusos que voy contando. Sin duda en mi cama, que era la 60, habia muerto el dia antes algun pobre de fiebre, y el médico sin verme ni examinarme, solo vió el recetario y el número de la cama, y creyendo que yo era el febricitante, dijo: núm. 60, cáusticos y líquidos. ¡Cáusticos y líquidos! exclamé yo. Por María Santísima que no me martiricen ni me lastimen mas de lo que estoy. Ya que ayer no me mató el payo á palos, no quieran vdes., señores, matarme hoy de hambre ni á quemadas.

A mis lamentos hicieron advertir al doctor que yo no era el febricitante sino un herido. Entonces cargándose de razon para cubrir su atolondramiento, preguntó: ¿pues qué hace aquí? A su sala, á su sala.

Así se concluyó la visita y quedamos los enfermos entregados al brazo secular de los practicantes y curanderos. De que yo ví que á las once fueron entrando dos con un cántaro de un misma bebida y les fueron dando su jarro á todos los enfermos, me quedé frio.

¿Cómo es posible, decia yo, que una misma bebida sea á propósito para todas las enfermedades? Sea por Dios.

Despues entró el cirujano y sus oficiales y me curaron en un credo; pero con tales estrujones y tan poca caridad, que á la verdad ni se los agradecí, porque me lastimaron mas de lo que era menester.

Llegó la hora de comer y comí lo que me dieron, que era...... ya se pueden considerar. A la noche siguió la cena de atole, y á otro pobre del núm. 36 que estaba casi agonizando, le pusieron frente de la cama un Crucifijo con una vela á los piés, [1] y se fueron á dormir los enfermeros dejando á su cuidado que se muriera cuando se se le diera la gana.

Dos meses estuve mirando cosas que apenas se pueden creer, y que seria de desear se remediara.

Ya estaba convaleciendo, cuando un dia entró á verme Januario envuelto en uu zarape roto, con un sombrero de mala muerte, en pechos de camisa [2], con un calzoncillo roto y mugriento, y unos zapatos de vaqueta abotinados y mas viejos que el sombrero.

Como yo no lo dejé tan mal parado, ni lo habia conocido tan trapiento, me asusté pensando que habia una gran novedad y que por eso venia disfrazado mi amigo; pero él me sacó del temor que me habia infundido, diciéndome, que aquel trage era el propio y el único que tenia, porque los cuidados le habian seguido como á los perros los palos: que desde el dia de mi desgracia no habia podido alzar cabeza: que todo el asunto se puso entre los jugadores, y que ya no le daban lugar en ningun juego, porque todos lo trataban de entrega dor: que el mismo dia luego que echó menos y supo que habia ido con el payó, temió lo que pasó, y á la noche fue á informarae al meson donde le dijeron que mi heridor así como se recobró de la cólera

(1) A esta ceremonia de indolencia y poca caridad llaman en los mas hospitales "poner el Tecolete."

(2) Este modo de hablar es vulgar. Ya se sabe que quiere decir que no tenia ***chupa ni chaleco.***

y advirtió el desaguisado que habia hecho, temeroso de la justicia, ensilló su caballo y tomó las de Villadiego, con tal ligereza, que cuando los alguaciles fueron á buscarlo, ya él estaba lejos de México: que el pícaro del compañero que apostó los albures se marchó tambien con el dinero sin saberse adónde, de suerte que no le tocó al dicho Januario un real de su diligencia (1), que á pié y andando fué éste en su busca hasta Chilapa, donde le dijeron que se habia ido: que hizo su viaje en vano: que se juntó con otros hábiles y se fué de mision (2) á Tixtla pensando hacer algo porque habia fiesta; pero que el subdelegado era opuestísimo á los juegos, y no pudo hacer nada: que de limosna se mantuvo y se volvió á México: que dos dias antes habia llegado, y luego que se informó que todavía estaba yo en el hospital me vino á ver: que estaba pereciendo; y últimamente, que deseaba que yo saliera para que entre los dos viéramos lo que haciamos.

Toda esa larga relacion me hizo Januario, y no en compendio. Yo le conté el pormenor de mis desgracias, y él me contestó: hermano, ¡qué se ha de hacer! el que está dispuesto á las maduras, ha de estarlo tambien á las duras. Así como estuviste conforme y gustoso con los pesos que ganaste, así lo debes estar con los palos que has llevado. Eso tiene nuestra carrera, que tan pronto logramos nuestras aventuras, como tenemos que sufrir otras malas. Lo mismo dijera si hubiera sucedido conmigo; pero no te desconsueles, acaba de sanar, que no siempre ha de estar la mar en calma.

(1) Muchas veces sucede esto mismo á algunos que se esponen y previenen un robo, y otros son los aprovechados.

(2) Los tunos llaman *ir á mision ó ir de mision* á cierats viajatas que hacen fuera de las ciudades á robar con la baraja á los infelices que se descuidan y caen en sus manos. En rara entrada de cura ó subdelegado, ó fiestecita, no hay de estos misioneros malditos. Son la polilla de los pueblos. Suelen mil vces ir sin un real, desnudos y á pata, y volver á caballo, vestidos y con muchos pesos que han robado. Seria bueno que todos los jueces hiciesen lo que el de Tixtla, esto es, no consentirlos en sus territorios.

Si salieres cuando yo no lo sepa, búscame en el *arrastraderito* de aquella noche, porque no tengo otra casa por ahora; pero ni tú tampoco. Ya sabes que somos amigos viejos. Con esto se despidió Januario dejándome en el hospital, en donde me dieron de alta á los tres dias como á los soldados.

Salí sano segun el médico; pero segun lo que rengueaba, todavía necesitaba mas agua de calahuala y mas parchazos; mas ¿qué habia de hacer? El facultativo decia que ya estaba bueno, y era menester creerlo, á pesar de que mi naturaleza decia que no.

Salí por fin todo entelerido y entrapajado; pero ¿adónde salí? A la calle, porque casa no la conocia, y salí peor de lo que entré, porque mis trapillos estabàn malos á la entrada; pero salieron desahuciados. No sé en qué estubo.

Pobre y trapiento, solo, enfermo y con harta hambre, me anduve asoleando todo el dia en pos de mi protector Januario, á cuyas migajas estaba atenido, sin embargo de que lo consideraba punto menos miserable que yo.

Mis diligencias fueron vanas, y era la una del dia y yo no tenia en el estómago sino el poquito de atole que bebí en el hospital por la mañana, por señas de que al tomarlo me acordé de aquel versito que dice:

Este es el postrer atole
Que en tu casa he de beber.

Ello es que ya no veia de hambre, pues así por la pérdida de sangre que habia sufrido, ccmo por el mal pasage del hospital, estaba debilísimo.

No hubo remedio: á las tres de la tarde me quité la chupa en un zaguan y la fuí á empeñar. ¡Qué trabajo me costó que me fiaran sobre ella cuatro reales! Pues no pasaron de ahí, porque decian que ya no valia nada; pero por fin los prestaron, me habilité de cigarros, y me fuí á comer á un bodegon·

Algo se contentó mi corazon luego que se satisfizo mi estómago. Anduve toda la tarde en la misma diligencia que por la mañana, y saqué de mis pasos el mismo fruto, que fué no hallar á mi compa-

ñero; pero despues que anocheció y dieron las ocho, me entró mucho miedo pensando que si me quedaba en la calle estaba tan de vuelta que podria ser que me encontrara una ronda ó una patrulla y fuera á amanecer á la cárcel.

Por estos temores me resolví á irme al *arrastraderito*, que se me hacia tan duro como el hospital mismo; pero la necesidad atropella por todo.

Llegué á la maldita zahurda con real y medio (pues antes me cené medio de frijoles en el camino). Entré sin que nadie me reconviniera, y ví que estaba la mesita del juego como cuadro de ánimas, pero de condenados.

Como catorce ó diez y seis gentes habia allí y entre todos no se veia una cara blanca ni uno medio vestido. Todos eran lobos y mulatos encuerados, que jugaban sus medios con una baratija que solo ellos la conocian segun estaba de mugrienta.

Allí se pelaban unos á otros sus pocos trapos, ya empeñándolos y ya jugándolos al remate, quedándose algunos como sus madres los parieron, sin mas que un *maxtle* como le llaman, que es un trapo con que cubren sus vergüenzas, y habiendo pícaro de éstos que se enredaba con una frazada en compañía de otro á quien le llamaba su *valedor*.

Abundan en aquel infierno abreviado los juramentos, obsenidades y blasfemias. El juego, la concurrencia, la estrechez del lugar y el chinguirito, tenian aquello ardiendo en calor, apestando á sudor y hecho...... ya lo comparé bien, un infierno.

Luego que vieron que me arrimé á la mesa á ver jugar, pensando que tenia dinero me proporcionaron por asiento la esquina de un banco que tenia una estaca salida y se me encajaba por mala parte, dejandome hecho monito de vidrio.

Sin embargo de mi incomodidad no me levanté considerando que entre aquella gente era demasiada cortesía. Saqué mediecillo y comencé á jugar como todos.

No tardé mucho en perderlo, y seguí con otro que corrió la misma suerte en menos minutos; y no quise jugar el tercero por reservarlo para pagar la posada.

Ya me iba á levantar cuando el coime me conoció y me dijo: vd. ¿á quién venia á buscar? Yo le dije que á Don Januario Carpeña (que así se apellidaba mi compañero). Rieron todos alegremente luego que respondí, y viendo que yo me habia ciscado con su risa me dijo el coime: ¿acaso vd. buscará á Juan Largo el entregador, aquel con quien vino la otra noche? No lo pude negar: dije que al mismo, y me contestó: amigo, pues ese no es don ni doña; cuando mas y mucho será D. Petate y D. Encuerado como nosotros......

A este tiempo fué entrando el susodicho, y luego que lo vieron comenzaron todos á darle broma, diciéndole: ¡oh D. Januario! ¡Oh Sr. D. Juan Largo! pase su merced. ¿Dónde ha estado? Y otras sandeces, que todas se reducian á mofarlo por el tratamiento que yo le habia dado.

El no me habia visto, y como lo ignoraba todo, estaba como tonto en vísperas, hasta que uno de los encuerados para sacarlo de la duda le dijo: aquí ha venido preguntando por el caballero D. Januario Garrapiña ó Garrapeña, el señor; y diciendo esto me señaló.

No bien me vió Januario, cuando exaltado de gusto no tuvo su amistad expresiones mas finas conque saludarme que echarse á mis brazos y decirme: *¿es posible Periquillo Sarniento, que nos volvemos á ver juntos?* En cuanto aquellos hermanos oyeron mi sobrenombre, renovaron los caquinos, y comenzaron á indagar su etimología, cuya explicacion no les negó Januario.

Aquí fué el mofarme y el *periquearme* todos á cual mas, como que al fin eran gente soez y grosera; yo, por mas que me incomodé con la burla, no pude menos sino disimular y hacerme á las armas, como dicen vulgarmente; porque si hubiera querido ser tratado de aquella canalla segun merecian mis principios, les hubiera dado mayor mo-

tivo de burlarme. Estos son los chascos á que se expone el hombre flojo, perdido y sinvergüenza.

Cuando me vieron tan jovial, y que lejos de amohinarme les llevaba el barreno, se hicieron todos mis amigos y camaradas, marcándome por suyo, pues segun decian, era yo un muchacho corriente, y con esta confianza nos comenzamos todos á *tutear* alegremente. Costumbre ordinaria de personas malcriadas, que comienza en son de cariño y las mas veces acaba con desprecios, aun entre sujetos decentes (1).

Seis ú ocho dias estuve entre aquella familia, y en ellos me dejó Januario sin capote, pues un dia me lo pidió prestado para hacer no sé qué diligencia, se lo llevó y me dejó su zarape. A las cuatro de la tarde vino sin él, quedándome yo muerto de susto cuando me contó mil mentiras, y remató conque el capote estaba empeñado en cinco pesos. ¡En cinco pesos, hombre de Dios! ¿Cómo puede ser eso, si está tan roto y remendado que no vale veinte reales? ¡Oh, qué tonto eres! me contestó: si vieras los lances que hice con los cinco pesos, te hubieras azorado: ya sabes que soy trepador. Me llegué á ver como con:..... yo te diré. Quince y siete son veintidos, y ¿nueve? treinta y uno...... ¿y doce? en fin, como con cincuenta pesos, por ahí. ?Y qué es de ellos? pregunte. ¿Qué ha de ser? dijo Januario: que estaba yo jugando la *contrajudía* cerrada: le puse todo el dinero á un tres contra una sota, y...... Acaba de reventar, le dije: vino la sota y se llevo el diablo el dinero, ¿no es eso? Sí hermano, eso es; pero si vieras ¡qué tres tan chulo! *chiquito, contrajudío, nones lugar de afuera*...... (1) vamos, si todas las lleva el maldito. Maldito seas

[1] El tratamiento de *tú*, léjos de aumentar la amistad como se creen algunos vulgares, la disminuye; porque á la demasiada confianza ordinariamente sigue el menosprecio; á éste el sentimiento, y al sentimiento el enojo, y ¡adios amistad! Un tratamiento político y cariñoso conserva los buenos amigos.

[2] Llaman *regla* los jugadores á cualquier órden de cartas ó combinaciones que eligen para jugar. Así es que grande y chica es una regla, y ésta no tiene que explicar, pues que dos cartas que se echan sobre la mesa, una tiene tantos superiores, y esa es grande, así como la que tiene tantos menores es chica. Si una, por ejemplo es 4 y la otra 3, la primera será grande y la segunda chica.

tú, y el tres, y el cuatro, y el cinco, y el seis, y toda la baraja, que ya me dejaste sin capote. ¡Voto á los diablos! ser la única alhaja que yo tenia, mi colchon, mi cama, y todo, y ¿dejarme tú ahora hecho un *pilhuanejo?* No te apures, me dijo Januario, yo tengo un proyecto muy bien pensado que nos ha de dar á los dos mucho dinero, y puede sea esta noche; pero has de guardar el secreto. Por ahora ahí tenemos el *zarape*, que bien puede servirnos á ambos.

Yo le pregunté ¿qué cosa era? Y él llevándome á un rincon del cuartito, me dijo: mira, es menester que cuando uno está como nosotros, se arroje y se determine á todo; porque peor es morirse de hambre. Sábete, pues, que cerca de aquí vive una viuda rica, sin otra compañía que una criada no de malos bigotes, á la que yo le he hechado mis polvos, aunque nada he logrado. Esta viuda ha de ser la que esta noche nos socorra, aunque no quiera. ¿Y cómo? le pregunté. A lo que Januario me dijo: aquí en la pandilla hay un compañero que le dicen *Culás* el *Pípilo*, que es mulatito muy vivo, de bastante espíritu y grande amigo mio. Este me ha proporcionado el que esta misma noche entre diez y once vayamos á la casa, sorprendamos á las dos mujeres, y nos habilitemos de reales y de alhajas, que de uno y otro tiene mucho la viuda.

Todo está listo: ya estamos convenidos, y tenemos una ganzúa que

Judía quiere decir la mas grande en las figuras y la mas chica en las cartas blancas. Contrajudia vice versa. Pares y nones: los números pares ó impares; pero la gracia está en saber distinguirlos cuando las dos cartas son de una misma clase, (v. g.) salieron 2 y 4, ambos son pares: ¿cuál será el par y cuál el non? Salieron 7 y 5, ¿cuál de los dos es el par? Esto lo explican con alguna confusion: pero sabiéndose que la *mayor conserva su valor* se aclara todo. Así es que en el primer caso, el 4 es par y el 2 es non. En el segundo caso 7 es non y 5 par. En las figuras hoy la sota representa 8, el caballo 9 y el rey 10; pero en la época de que se habla en la obra, como las barajas tenian ochos y nueves, la sota representaba 10, el caballo 11 y el rey 12. Así es que siempre para los pares y nones quedan sujetos á la regla general de *la mayor, etc.—Lugar de dentro y de fuera.* El primero es en el que se echa la primera carta que sale ó el que en las carpetas ó cueros está marcado con el número 1, y el segundo con el número 2.

Hay otras muchísimas reglas que se inventan segun el capricho de cada jugador; pero esta nota debe reducirse á aquellos de que hace mencion la obra en *este lugar.—E.*

hace á la puerta perfectamente. Solo nos falta un compañero que se quede en el zaguan mientras que nosotros avanzamos. Ninguno mejor que tú para el efecto. Conque aliéntate, que por una chispa de capote que te perdí, te voy á facilitar una porcion considerable de dinero.

Asombrado me quedé yo con la determinacion de Januario no pudiendo persuadirme que fuera capaz de prostituirse hasta el extremo de declararse ladron: y así lejos de determinarme á acompañarlo, le procuré disuadir de su intento, ponderándole lo injusto del hecho, los peligros á que se esponia, y el vergonzoso paradero que le esperaba si por una desgracia lo pillaban.

Me oyó Januario con mucha atencion, y cuando hice punto, me dijo: no pensaba que eras tan hipócrita ni tan necio, que te atrevieras á fingir virtud, y á darle consejos á tu maestro. Mira, mulo, ya yo sé que es injusto el robo, y que tiene riesgos el oficio; pero dime: ¿qué cosa no los tiene? Si un hombre gira por el comercio, puede perderse: si por la labor del campo, un mal temporal puede desgraciar la mas sazonada cosecha; si estudia, puede ser un tonto, ó no tener créditos: si aprende un oficio mecánico, puede echar á perder las obras: pueden hacerle drogas ó salir un *chambon;* si gira por oficinista, puede no hallar proteccion y no lograr un ascenso en toda su vida: si emprende ser militar, pueden matarlo en la primera campaña; y así todos.

Con que si todos tuvieran miedo de lo que puede suceder, nadie tendria un peso, porque nadie se arriesgaria á buscarlo. Si me dices que solicitarlo de los modos que he pintado es justo, tanto como es inícuo el que yo te propongo, te diré que el robar no es otra cosa que quitarle á otro lo suyo sin su voluntad; y segun esta verdad el mundo está lleno de ladrones. Lo que tiene es que unos roban con apariencias de justicia, y otros sin ellas. Unos pública, otros privadamente. Unos á la sombra de las leyes, y otros declarándose con-

tra ellas. Unos exponiéndose á los balazos y á los verdugos, y otros paseando y muy seguros en sus casas. En fin, hermano, unos roban á lo divino y otros á lo humano; pero todos (1) roban. Con que así esto no será motivo poderoso que me aparte de la intencion que tengo hecha; porque *mal de muchos etc.*

¿Qué mas tiene robar con plumas, con varas de medir, con romanas, con recetas, con aceites, con papeles, etc., etc., etc., que robar con ganzúas, cordeles y llaves maestras? Robar por robar, todo sale allá; y ladron por ladron, lo mismo es el que roba en coche que el que roba á pié; y tan dañoso á la sociedad ó mas es el asaltador en las ciudades, que el salteador de caminos.

No me arrugues las cejas ni comiences á escandalizarte con tus mocherías. Esto que te digo no es solo porque quiero ser ladron; otros lo han dicho primero que yo, y no solo lo han dicho, sino que lo han impreso, y hombres de virtud y de sabiduría, tales como el padre jesuita Pedro Murillo Velarde, en su Catecismo. Oye lo que se lee en el lib. II. cap. XII, fol. 177.

"Son innumerables los modos, géneros, especies y maneras que "hay de hurtar (*dice este padre*). Hurta el chico, hurta el grande, hurta el oficial, el soldado, el mercader, el sastre, el escribano, el "juez, el abogado; y aunque no todos hurtan, todo género de gente "hurta. Y el verbo *rapio* se conjuga por todos modos y tiempos (2).

[1] Solo Januario podia podia hablar con tanta generalidad, porque era un perdido. De la abundancia del corazon se vienen á la boca las palabras. No todos roban; pero son tantos los ladrones y puede tanto el interés, que apénas hay de quien fiar. Se pierden los hombres de bien entre los que no lo son, y en asuntos de intereses no son comunes los que hacen mucho escrúpulo ya de defraudar, ó ya de quedarse con lo ageno. Esta es una verdad amarga, pero es una verdad. Examinémosla sin pasion.

(2) Como decir de presente: yo hurto, tú hurtas, aquel hurta, nosotros hurtamos, vosotros hurtais, aquellos hurtan. De pretérito, yo hurté, tú hurtaste, aquel hurtó, etc. De futuro: yo hurtaré, tú hurtarás; y así todos los demás tiempos y personas. ¡Qué desgracia! muchos no saben ni leer, y conjugan este verbo sin turbarse.

'Húrtase por activa y por pasiva, por circunloquio y por participio "de futuro en *rus*." Hasta aquí dicho autor.

¿Qué te parece, pues? Y donde hay tanto ladron, ¿qué bulto haré yo? Ninguno ciertamente, porque un garbanzo mas no revienta una olla. ¿Tú sabes los que se escandalizan de los ladrones y de sus robos? Los de su oficio, tonto. Esos son sus peores enemigos; por eso dice el refran: qué *siente un gato que otro arañe.*

No me acuerdo si en un libro viejo titulado: *Deleite de la discrecion*, ó en otro llamado *Floresta española*, pero seguramente en uno de los dos, he leido aquel cuento gracioso de un loco muy agudo que habia en Sevilla, llamado Juan García, el cual viendo cierta ocasion que llevaban un ladron al suplicio, comenzó á reir á carcajada tendida, y preguntado ¿que de qué se reia en un espectá culo tan funesto respondió: *me rio de ver que los ladrones grandes llevan á ahorcar al chico.* Aplique vd., señor Pêrico.

Todo lo que saco por conclusion, le respondí, es que cuando un hombre está resuelto como tú, á cualquiera cosa por mala que sea, interpreta á su favor los mismos argumentos que son en contra. Todo eso que dices tiene bastante de verdad. Que hay muchos ladrones ¿quién lo ha de negar si lo vemos? Que el hurto se palía con diferentes nombres, es evidente; y que las mas veces se roba con apariencias de justicia, es mas claro que la luz; pero todo esto no prueba que sea lícito el hurtar. ¿Acaso porque en las guerras justas ó injustas se matan los hombres á millares, se probará jamas que es lícito el homicidio? La repeticion de actos engendra costumbre; pero no la justifica, si ella no es buena de por sí.

Tampoco prueba nada lo que dice el padre Murillo, porque lo dijo satirizando y no aplaudiendo el robo. Pero por no deberte nada, te he de pagar tu cuentecito con otro que tambien he leido en un libro de jesuita, y tiene la recomendacion de probar lo que tú dices, y lo

que yo digo, esto es, que muchos roban; pero no por eso es lícito robar. Atiéndeme.

"Pintó uno en medio de un lienzo un príncipe, y á su lado un mi-
"nistro que decia: *sirvo á este solo, y de este me sirvo.* Despues un
"soldado que decia: *miéntras yo robo, me roban estos.* A seguida un
"labrador diciendo: *yo sustento, y me sustento de estos tres.* A su lado
"un oficial que confesaba: *yo engaño, y me engañan estos cuatro.* Lue-
"go un mercader que decia: *yo desnudo cuando visto á estos cinco.*
"Despues un letrado: *yo destruyo cuando amparo á estos seis.* A poco
"trecho un médico: *yo mato cuando curo á estos siete.* Luego un con-
"fesor: *yo condeno cuando obsuelvo á estos ocho.* Y á lo último un
"demonio estendiendo la garra y diciendo: *pues yo me llevo á todos estos*
"*nueve.* Así unos por otros encadenados los hombres van estudiando
"los fraudes contra el sétimo precepto, y bajando encadenados al in-
"fierno." Hasta aquí el cristiano, celoso y erudito padre Juan Martinez de la Parra, en su plática moral 44, fol 239 de la edicion 24ª hecha en Madrid el año de 1788.

Con que ya ves como aunque todos roban, segun dices, todos hacen mal, y á todos se los llevará el diablo, y yo no tengo ganas de entrar en esta cuenta.

Estás muy mocho, me dijo Januario, y á la verdad esa no es virtud sino miedo. ¿Cómo no escrupulizas tanto para hacer una droga, para arrastrar un muerto ni armarte con una parada, que ya lo haces mejor que yo? ¿Y cómo no escrupulizaste para entregar los cien pesos del payo? pues bien sabes que todos esos son hurtos con distintos nombres.

Es verdad; le respondí, pero si lo hice fué instigado de tí, que yo por mí solo no tengo valor para tanto. Conozco que es robo, y que hice mal; y tambien conozco que de estas estafas, trampas y drogas se vá para allá, esto es, para ladrones declarados. Yo, amigo, no quiero que me tengas por virtuoso. Supon que me recelo de puro

miedo; mas cree infaliblemente que no tengo ni tantitas apetencias de morir ahorcado.

Así estuvimos departiendo un gran rato, hasta que nos resolvimos á lo que sabreis si leis el capítulo que viene detras de éste.

CAPITULO V.

En el que nuestro autor refiere su prision, el buen encuentro de un amigo que tuvo en ella, y la historia de éste.

Despues de muchos debates que tuvimos sobre la materia antecedente, le dije á Januario: Ultimamente, hermano, yo te acompañaré á cuanto tú quieras como no sea á robar; porque á la verdad no me estira ese oficio; y antes quisiera quitarte de la cabeza tal tontera.

Januario me agradeció mi cariño; pero me dijo que si yo no queria acompañarlo, que me quedara; pero que le guardara el secreto, porque él estaba resuelto á salir de miserias aquella noche, topara en lo que topara: que si la cosa se hacia sin escándalo, segun tenian pensado él y el Pipilo, á otro dia me traeria un capote mejor que el que me habia jugado, y no tendriamos necesidades.

Yo le prometí guardarle el mas riguroso silencio, dándole las gracias por su oferta, y repitiéndole mis consejos con mis súplicas; pero nada bastó á detenerlo. Al irse me abrazó y me puso al cuelló un rosario diciendome: por si tal vez por un accidente no nos viéremos, ponte este rosarito para que te acuerdes de mí. Con esto se marchó y yo me quedé llorando, porque lo queria á pesar de conocer que era un pícaro. No sé que tiene la comunicacion contraida y mantenida desde muchachos, que engendra un cariño de hermanos.

Fue esmi amigo, y yo pasé tristísimo lo restante de la tarde, sin-

tiendo su abandono y temiendo una funesta desgracia, A las nueve de la noche no cabia yo en mí estrañando al compañero; y al modo de los enamorados me salí á rondarlo por aquella calle donde me dijo que vivia la viuda.

Embutido en una puerta y oculto á la merced del poco alumbrado de la calle, observé que como á las diez y media llegaron á la casa destinada al robo dos bultos, que al momento conocí eran Januario y el Pipilo: abrieron con mucho silencio, emparejaron la puerta, y yo me fuí con disimulo á encender un cigarro en la vela del farol del sereno que estaba sentado en la esquina.

Luego que llegué lo saludé con mucha cortesía: él me correspondió con la misma, le dí cigarro, encendí el mio; y apenas empezaba yo á enredar conversacion con él esperando el resultado de mi amigo, cuando oimos abrir un balcon y dar unos gritos terribles á una muchacha, que sin duda fué la criada de la viuda: *señor sereno, señor guarda ladrones: corra vd. por Dios que nos matan.*

Así gritaba la muchacha, pero muy seguido y muy recio. El guarda luego luego se levantó, chifló lo mejor que pudo, y echó unas cuantas bendiciones con su farol en medio de las bocas calles para llamar á sus compañeros, y me dijo; amigo, deme vd. auxilio, tome mi farol y vamos.

Cogí el farol, y él se terció su capotito y enarboló su chuzo; pero mientras hizo estas diligencias se escaparon los ladrones. El Pípilo, á quien conocí por su sombrero blanco, pasó casi junto á mí, y por mas que corrió el sereno y yo (que tambien hice que corria) fué incapaz darle alcance, porque le nacieron alas en los piés. No le valíó al sereno gritar *atájenlo, atájenlo,* pues aquellas calles son poco acompañadas de noche y no habia muchos atajadores.

Ello es que el Pípilo se escapó, y con menos susto Januario que tomó por la otra boca calle, por donde no hubo sereno ni quien lo molestara para nada.

Entre tanto, llegaron otros dos guardas, y casi tras ellos una patrulla. La muchacha todavia no cesaba de dar gritos en el balcon, pidiendo *un padre*, asegurando que habian matado á su ama. A sus voces acudimos todos y entramos en la casa.

Lo primero que encontramos fué á la dicha muchacha llorando en el corredor, diciéndonos: ¡ay señores! un padre y un médico que ya mataron á mi ama esos indignos.

El sargento de la patrulla con dos soldados, los serenos y yo que no dejaba el farol de la mano, entramos á la recámara donde estaba la señora tirada en su cama, la cual estaba llena de sangre y ella sin dar muestras de vida.

La vista horrorosa de aquel espectáculo sorprendió á todos, y á mí me llenó de susto y de lástima: de susto, por el riesgo que corria Januario si lo llegaban á descubrir; y de lástima, considerando la injusticia con que habian sacrificado aquella víctima inocente á su codicia.

A poco rato llegaron casi juntos el médico y el confesor, á quienes fué á llamar un soldado por órden del sargento, luego que éste desde la calle oyó los gritos de la muchacha.

En cuanto llegaron se acercó el sacerdote á la cama, y viendo que ni por moverla ni por hablarla se movia, la absolvió bajo de condicion, y se retiró á un lado.

Entonces se acercó el médico, y como mas práctico, advirtió que estaba privada, y que aquella sangre era un achaque mujeril. Salímonos á la sala ya consolados de que no era la desgracia que se pensaba, mientras entre el médico y la moza curaron caseramente á la enferma.

Concluida esta diligencia y vuelta en sí del desmayo, llamó el sargento á la criada para que viera lo que faltaba en la casa. Ella la registró toda, y dijo que no faltaba mas que el cubierto con que estaba cenando su ama, y el hilito de perlas que tenia en el cuello;

porque luego que uno de los ladrones cargó con ella para la cama, el otro se embolsó el cubierto; y sin ser bastante ó sin advertir á detener á la que daba esta razon, salió al balcon y comenzó á gritar al sereno, á cuyos gritos no hicieron los ladrones mas que salirse á la calle corriendo.

Yo estaba con el farol en la mano, desembozado el zarape y con aquella serenidad que infunde la inocencia; pero la malvada moza, mientras estaba dando esta razon, no me quitaba un instante la vista repasándome de arriba á abajo. Yo lo advertí, pero no se me daba nada, atribuyéndolo á que no le parecia muy malote.

Preguntóle el sargento si conocia á alguno de los ladrones, y ella respondió: sí señor, conozco á uno que se llama señor Januario, y le dicen por mal nombre Juan Largo, y no sale de este truquito de aquí á la vuelta, y este señor lo ha de conocer mejor que yo. A ese tiempo me señaló, y yo me quedé mortal, como suelen decir. El sargento advirtió mi turbacion y me dijo: si amigo, la muchacha tiene razon sin duda. Vd se ha inmutado demasiado, y la misma culpa lo está acusando. ¿Vd. será quizá el sereno de esta calle? No señor, le dije yo, antes cuando la señora salió al balcon á gritar, estaba yo chupando un cigarro con el sereno, y nosotros fuimos los primeros que venimos á dar auxilio. Que lo diga el señor.

Entonces el sereno confirmó mi verdad; pero el sargento en vez de convencerse, prosiguió: sí, sí; tan buena maula será vd, como el sereno. ¿Serenos? ¡ah! ahorcados los vea yo á todos por alcahuetes de los ladrones; si estos no tuvieran las espaldas seguras con vdes., si vdes. no se emborracharan ú se durmieran, ó se alejaran de sus puestos, era imposible que hubiera tantos robos.

El sereno se apuraba y juraba atestiguando conmigo, que no estaba retirado ni durmiendo; pero el sargento no le hizo caso, sino que preguntó á la muchacha: ¿y tú hija, en qué te fundas para asegurar que éste conoce al ladron? ¡Ay señor! dijo la muchacha: en

mucho, en mucho. Mire su *mercé*, ese *zarape* que tiene el señor es el mismo del señor Juan Largo, que yo lo conozco bien, como que cuando salia á la tienda ó á la plaza nomas me andaba atajando, por señas que ese rosario que tiene el señor es mio, que ayer me agarró ese pícaro del desgote de la camisa y del rosario, y me queria meter en un zaguan, y yo estiré y me zafé, y hasta se rompió la camisa, mire su *mercé*, y mi rosario se le quedó en la mano y se reventó: por señas que ha de estar *añidido* y le han de faltar cuentas, y es el cordon nuevecito; es de cuatro, y de seda rosada y verde, y en esa bolsita que tiene ha de tener dos estampitas, una de mi amo señor San Andres Avelino y otra de Santa Rosalía.

Frio me quedé yo con tanta seña de la maldita moza, considerando que nada podia ser mentira, como que el rosario habia venido por mano de Januario, y ya él me habia contado la aficion que le tenia.

El sargento me lo hizo quitar; descosió la bolsita, y dicho y hecho; al pié de la letra estaba todo conforme habia declarado la muchacha. No fué menester mas averiguacion. Al instante me trincaron codo con codo con un portafusil, sin valer mis juramentos ni alegatos, pues á todos ellos contestó el sargento: bien, mañana se sabrá cómo está eso.

Con esto me bajaron la escalera, y la moza bajó tambien á cerrar la puerta, y viendo que no podia meter la llave, advirtió que el embarazo era la ganzúa que habian dejado en la chapa. La quitó y se la entregó al sargento. Cerró su puerta, y á mí me llevaron al vivac principal.

Luego que me entregaron á aquella guardia, preguntaron sus soldados á mis conductores que ¿por qué me llevaban? Y ellos respondieron que por *cuchara*, esto es, por ladron. Los preguntones me echaron mil tales, y como que se alegraron de que hubiera yo caido, á modo que fueran ellos muy hombres de bien. Escribieron no sé

que cosa, y se marcharon; pero al despedirse dijo el sargento á su compañero: tenga vd. cuidado con ese, que es reo de consecuencia.

No bien oyó el sargento de la guardia tal recomendacion, cuando me mandó poner en el cepo de las dos patas.

La patrulla se fué: los soldados se volvieron á encojer en su tarima: el centinela se quedó dando el *quien vive* á cuantos pasaban, y yo me quedé batallando con el dolor del cepo, el molimiento del envigàdo, una multitud de chinches y pulgas que me cercaron, y lo peor de todo, un confuso tropel de pensamientos tristes que me acometieron de repente.

Ya se deja entender que noche pasaria yo. No pude pegar los ojos en toda ella, considerando el terrible y vergonzoso estado á que me veia reducido sin comerla ni beberla, solo por haber conservado la amistad de un pícaro (1).

Amaneció por fin: se tocó la diana: se levantaron los soldados echando votos, como acostumbran, y cuendo llegó la hora de dar el parte, lo despacharon al mayor de plaza, y á mí amarrado como un cohete entre los soldados para la cárcel de corte.

Luego que entré del boquete al patio tocaron una campana, que segun me dijeron despues, era diligencia que se hacia con todos los presos, para que el alcaide y los guardianes de arriba estuviesen sobre aviso de que habia preso nuevo.

En efecto, á poco rato oí que comenzó uno á gritar: *ese nuevo, ese nuevo para arriba.* Advirtiéronme los compañeros que á mí me llamaban, y el presidente, que era un hombreton gordo, con un chirrion amarrado en la cintura, me llevó arriba y me metió en una sala larga, donde en una mesita estaba el alcaide, quien me pre—

[1] A muchos les sucede lo mismo, y no enmiendan á los jóvenes estos ejemplos. El amigo bueno se debe conservar á toda costa, y el malo se debe huir *luego que se* conoce, porque mas vale andar solo, etc.

guntó cómo me llamaba, de donde era y quién me habia traido preso. Yo por no manchar mi generacion, dije que me llamaba *Sancho Perez*, que era natural de Ixtlahuaca, y que me habian traido unos soldados del Principal.

Apuntaron todo esto en el libro y me despacharon. Luego que bajé me cobró el presidente dos y medio, y no sé cuanto de *patente*. Yo que ignoraba aquel idioma, le dije que no queria asentarme en ninguna cofradía en aquella casa, y así, que no necesitaba de patente. El comitre maldito, que pensó que me burlaba de él, me dió un bofeton que me hizo escupir sangre, diciéndome: so tal [y me lo encajó], nadie se mofa de mí, ni los hombres, *contimas* un mocoso. La patente se le pide, y si no quieres pagarla, harás la limpieza, so cucharero. Diciendo esto se fué y me dejó, pero me dejó en un mar de aflixiones.

Habia en aquel patio un millon de presos: Unos blancos, otros prietos: unos medio vestidos, otros decentes: unos empelotados, otros enredados en sus pichas; pero todos pálidos, y pintada su tristeza y su desesperacion en los macilentos colores de sus caras

Sin embargo, parece que nada se les daba de aquella vida, porque unos jugaban albures: otros saltaban con los grillos: otros cantaban: otros tejian medias y puntos: otros platicaban, y cada cual procuraba divertirse; menos unos cuantos mas fisgones que se rodearon de mí a indagar cual era el motivo de mi prision.

Yo les contesté ingenuamente, y así que me oyeron se separaron riendo, y en un momento ya me conocian entre todos por *cuchara*.

Nadie me consolaba, y todo el interes que manifestaron por saber la causa de mi arresto, fué una simple curiosidad. Pero para que se vea que en el peor lugar del mundo hay hombres buenos, atended.

Entre los que escucharon el exámen que me hacian los presos fizgones, estaba un hombre como de cuarenta años, blanco y no de

mala presencia, vestido con solo su camisa, unos calzones de pana azul, una manga morada, botas de campo ó campaneras, como llamamos, zapatos abotinados y sombrero blanco tendido. Este, luego que me dejaron solo, se acercó á mí, y con una afabilidad nueva en aquellos lugares me dijo: amiguito ¿gusta vd. de un cigarro? Y me lo dió sentándose junto á mí. Yo lo tomé, agradeciéndole su comedimiento, y él me instó para que fuera á su calabozo á almorzar de lo que tenia. Torné á manifestarle mi gratitud y me fuí con él.

Luego que llegamos á su departamento, descolgó un *tompeate* que tenia en la pared, sacó un *trusco* (1) de queso y una torta de pan y lo puso en mis manos, diciéndome: la posada no puede ser peor, ni hay cosa mejor que ofrecerle á vd.; pero ¿qué hemos de hacer? Comamos esto poco que Dios nos da, estimando vd. mi afecto y no el agasajo; porque este es bastante corto y grosero.

Yo me admiraba de escuchar unos comedimientos semejantes á un hombre, al parecer tan ordinario, y entre asombrado y enternecido le dije: le doy á vd. infinitas gracias, señor, no tanto por el agasajo que me hace, cuanto por el interes que manifiesta en mi desgraciada suerte. A la verdad que estoy atónito y no acabo de persuadirme cómo puede hallarse un hombre de bien, como vd. debe ser, en estos horrorosos lugares, depósitos de la iniquidad y la malicia.

El buen amigo me contestó: es cierto que las cárceles son destinadas para asegurar en ellas á los pícaros y delincuentes; pero algunas veces otros mas pícaros y mas poderosos se valen de ellas para oprimir á los inocentes, imputándoles delitos que no han cometido, y regularmente lo consiguen á costa de sus cábalas y artificios, engañando la integridad de los jueces mas vigilantes; pero segun el dictámen de vd., sin duda yo me he engañado en el mio.

(1) *Trosco ó trusco.* Voz corrompida que usa la gente vulgar en vez de trozo, si no es sincopada de trocisco.—*E.*

¿Pues cuál es el de vd? le dije. El mio, me contestó, es el que acabo de decir, esto es, que aunque el instituto de las cárceles sea asegurar delincuentes, la malicia de los hombres sabe torcer este fin, y hacer que sirvan para privar de su libertad á los hombres de bien en muchos casos, de lo que tenemos abundancia de ejemplares, que nos eximen de mas pruebas.

Conforme á este mi parecer, y no sé por qué particular simpatía, me compadeció vd. luego que ví el mal tratamiento que le hizo el presidente, y formé idea de que era vd. un hombre de bien, y que tal vez lo habia sepultado en esta mazmorra algun enemigo poderoso como á mí; mas ya vd. me ha hecho variar de pensamiento, pues cree que en las cárceles no puede haber sino reos criminales, y así me persuado que vd. como jóven sin experiencia habrá delinquido, mas por miseria humana que por malicia; pero cuando así sea, hijo mio, no crea vd. que me escandalizo, ni menos que lo dejo de amar y de compadecer; porque en el hombre se debe aborrecer el vicio pero nunca la persona. Por tanto, pídale vd. licencia al presidente para venirse á este calabozo, y si le tiene miedo, yo se la pediré y pondrá vd. su cama cuando se la traigan, junto á la mia, así para servirse de mí en lo poco que sea útil, como para que se libre de las mofas de los demas presos, que como gente muy vulgar, sin principios ni educacion alguna, se entretienen siempre burlándose con los pobres nuevos que vienen á ser inquilinos de estas cuadras.

Yo le retorné mis agradecimientos, añadiendo: no puedo menos que considerar en vd. un hombre muy sensible y muy de bien, ó mas propiamente, un genio bienhechor, que se digna dedicarse á ser mi ángel tutelar en el desamparo en que me hallo, y me he avergonzado de haberme esplicado con tanta necedad, que pude persuadir á vd. que creia que cuantos están en las cárceles son pícaros, pues ciertamente cuando vd. no fuera una de las excepcio-

nes de esta regla, yo mismo soy una prueba contraria al mal juicio que habia formado de las cárceles......

Segun eso, interrumpió el amigo, ¿vd. no ha venido aquí por ningun delito? Ya se ve que no, dije, y en seguida le conté punto por punto mi vida y milagros, hasta la época infeliz de mi prision.

El compañero me atendió con mucha cortesía, y luego que hube concluido, me dijo: amigo, la sencillez con que vd. me ha referido sus aventuras, me confirma en el primer concepto que hice luego que lo ví; esto es, que vd. era un mozo bien nacido, y que habia venido por una desgracia imprevista; aunque es constante que no padece sin delito. No robó ni cooperó al robo; pero ¡ay amigo! tiene vd. sobre sí las lágrimas que arrancó á su madre, y tal vez la muerte que probablemente le anticipó con sus extravíos; y los delitos que se cometen contra los padres claman al cielo por la venganza. Por ahora no hay mas que conocer esta verdad, arrepentirse y confiar en la divina Providencia, que aun cuándo castiga, siempre dirige sus decretos á nuestro bien.

Por lo que toca á mí, ya le dije, cuente con un amigo y con mis infelices arbitrios, que los emplearé gustosísimo en servirlo.

Por tercera vez le dí las gracias, conociendo que su oferta no era de boca, como las que se usan comunmente; y picándome la curiosidad de saber quien seria aquel hombre amable, no pude contenerme, sino que con pocos circunloquios le supliqué me hiciera el favor de imponerme de sus infortunios. A lo que él me contestó con mucho agrado diciéndome: Don Pedro, cuando no fuera por corresponder á la confianza que vd. ha usado conmigo, contándome sus tragedias, haria de buena gana lo que me suplica, porque es sabido y cierto que las penas comunicadas cuando no sanan se alivian. En esta inteligencia, ha de saber vd. que yo me llamo Antonio Sanchez: mis padres fueron de buena cuna y arreglada conducta, y ambos tuvieron un florido capital, del que yo habria disfrutado si

la Providencia no me hubiera destinado á padecer desde que ví la luz primera; bien que no me quejo de mi suerte cuando recuerdo mis desgracias, pues seria un blasfemo si hablara con resentimiento de un Dios que me ama infinitamente mas que yo mismo, y quien infaliblemente todo lo dispone para mi beneficio; pero solo en tono de la relacion de mi vida digo: que desde que nací fuí desgraciado, porque mi madre murió en el momento que salí de sus entrañas, y ya se sabe que esta horfandad desdo el nacimiento acarrea una larga série de fatalidades á los que hemos tenido esta desventura.

Mi buen padre no perdonó fatigas, gasto ni cuidado para suplir esta falta; y así entre nodrizas, ayas y criadas pasé mi puerilidad, con aquella alegria propia de la edad, sin dejar de aprender aquellos principios de religion, urbanidad y primeras letras, en que no se descuidó de instruirme mi amante padre, con aquel esmero y cariño con que se tratan por los buenos padres los primeros y únicos hijos.

Quince años contaba yo cuando el mio me puso en el colegio, donde permanecí tres muy contento y lleno de inocentes satisfacciones, que se me acabaron con el fallecimiento de su merced, quedando bajo la tutela del albacea, cuyo nombre dejo en silencio por no descubrir enteramente al autor de mis desgracias. Ya vd. conocerá por esta expresion que mi albacea en poco tiempo concluyó con mis bienes, dejándome en las garras de la indigencia, y cuando ya no tuvo que hacer, se fugó de Orizaba de donde soy natural, sin dejarme siquiera recomendado á su corresponsal que tenia en México.

Este luego que supo su ausencia y el funesto motivo que la habia ocasionado, fué al colegio, borró colegiatura, me llevó á su casa, me impuso de mi triste situacion, concluyendo con decirme, que él era un pobre cargado de familia, que se compadecia de mi desgracia;

pero que no podia hacerse cargo de mí, y así que solicitara la proteccion de mis parientes y viera lo que hacia.

Considere vd. que tal me quedaria con semejante noticia. Tenia entonces diez y ocho años y ninguna experiencia; pero por especial favor de Dios ni habia contraido ningun vicio vergonzoso ni pensaba á lo muchacho; y así le dije que dentro de ocho dias resolveria lo que habia de hacer y le avisaria.

En el momento fuí á ver á un estudiante pobre y hombre de bien, á quien despues de contarle mis desgracias, le encargué que me vendiese mi cama, libros, manto, turca, reloj y cuanto consideré que podia valer algo.

En efecto, mi amigo hizo la diligencia con eficacia y prontitud, y al segundo dia me trajo ciento y picó de pesos. Le dí su gratificacion, y cambié la mayor parte en oro, comprando con el resto una manga y unas botas semi-viejas.

Hecha esta diligencia, fuí á los mesones á buscar un pasagero que estuviera de viaje para mi tierra. Por fortuna no fué vana mi solicitud; hallé un arriero que iba á llevar cigarros y traer tabaco. y por diez pesos ajusté con él mi marcha. Entonces avisé mi determinacion al corresponsal de mi albacea, quien me la aprobó, y despidiéndome de él y de su familia, me fuí al meson y á los dos dias paztimos para Orizaba.

No me pareció este viaje como los anteriores que habia hecho por el mismo camino cuando iba á vacaciones, especialmente en vida del señor mi padre; mas era otro tiempo y era forzoso acomodarme á las circunstancias.

Llegué por fin á la expresada villa sin novedad, y recelando algun despego en uno que otro pariente que tenia acomodado, determiné ir á apearme en casa de unas tias viejas que conocia me amaban, y no se desdeñarian de hospedarme.

No salió falso mi modo de pensar; porque luego que me vieron

las pobrecillas comenzaron á llorar, como que sabian primero que yo mis infortunios, me abrazaron y me internaron á la casita, asegurándome que la mirara como mia.

Les manifesté mi gratitud lo mejor que pude, diciéndoles pensaba en acomodarme en alguna tienda, hacienda ó cosa semejante, para comenzar á aprender á ganar el pan con el sudor de mi frente, que era ya lo único á que podia aspirar.

Las benditas viejas se enternecian con estas cosas, y yo redoblaba mis agradecimientos á sus sentimientos expresivos.

Seis dias contaba yo de hospedaje en su casa, cuando una tarde entró en ella un señor muy decente á quien yo no conocia, y mis tias trataban con confianza, porque le lavaban y cosian su ropa, cuando transitaba por allí, y valiéndose de su comunicacion le dijeron: señor Don Francisco, ¿conoce vd. à este niño? señalándome.

El caballero dijo que no, y ellas añadieron: es nuestro sobrino Antoñito, el hijo de su amigo de vd., nuestro difunto Lorenzo Sanchez, que en paz descanse.

¿Es posible, dijo el caballero, que este jóven desgraciado es el hijo de mi amigo? ¿Y qué hace aquí en este trage tan indecente? ¿No estaba en el colegio? Sí señor, respondieron mis tias; pero como su albacea echó por ahí todo su patrimonio, se halla el pobrecillo reducido á buscar en qué ganar la vida con su trabajo, y mientras, se ha venido con nosotras.

Ya tenia yo noticia de la fechoría de ese bribon, dijo el caballero, pero no lo queria creer. ¿Y qué, amiguito, nada le dejó á vd? Nada, señor, le contesté, de suerte que para poder trasladarme á esta villa tuve que vender manto, cama, libros y otras frioleras.

¡Válgame Dios! ¡pobre jóven! prosiguió Don Francisco. ¡Ah pícaros, pícaros albaceas, que tan mal desempeñais los encargos de los testadores, enriqueciéndoos con lo ageno y dejando por puertas á los miserables pupilos!

Amiguito, no se desanime vd., sea hombre de bien, que no todos los que tienen que comer han heredado, así como las horcas no suspenden á cuantos ladrones hay, que si así lo hicieran, no se pasearan riendo tantos albaceas ladrones como el de su padre de vd. ¿Sabe vd. escribir razonablemente? Señor, le dije verá vd. mi letra, y en seguida escribí en un papel no sé qué.

Le gustó mucho mi letra, y me examinó en cuentas, y viendo que sabia alguna cosa, me propuso que si queria irme con él á tierradentro, donde tenia una hacienda y tienda, que me daria quince pesos cada mes el primer año, mientras me adiestraba, á mas de plato y ropa limpia.

Yo ví el cielo abierto con semejante destino, que entonces me pareció inmejorable, como que no tenia ninguno ni esperanza de lograrlo; y así admití al instante, dándole yo y mis tias muchas gracias.

El caballero debia partir al dia siguiente á su destino; y así me dijo que desde aquella hora corria yo por su cuenta, que me despidiera de mis tias y me fuera con él á su posada.

Resolví hacerlo así, y saqué de la faltriquera cuatro onzas de oro que me habian quedado de la realizacion de mis haberes, dándoles tres de ellas á mis tias, que no querian admitir, por mas que yo porfiara en que las recibieran, asegurándolas que no las habia reservado con otro objeto que el dárselas luego que me acomodara; que ya habia llegado ese caso, y de consiguiente el de que yo les manifestara mi gratitud.

Co todo esto rehusaban mis tias el admitirlas, hasta que mi amo (que ya es menester nombrarlo así), les dijo que las recibieran, pues yo á su lado nada necesitaria.

Tomáronlas, por fin, y despedímonos entre lágrimas, abrazos y propósitos de escribirnos. A otro dia salimos de Orizaba, y al mes *y dias* llegamos á Zacatecas, donde estaba la ubicacion de mi amo.

Antes de ponerme en su tienda, hizo llamar al sastre y á la costurera, y con la mayor presteza se me hizo ropa blanca y de color, ordinaria y de gala, comprándoseme cama, baúl y todo lo necesario.

Yo estaba contento, pero azorado al ver su munificencia, considerando que segun lo que habia gastado en mí y mi ruin sueldo de quince pesos, ya estaba yo vendido por cuatro ó cinco años cuando menos.

Ya habilitado de esta suerte, y recomendándome con el título de su ahijado, me entregó en la tienda á disposicion del cajero mayor.

No acabaria si circunstanciadamente quisiera contar á vd. los favores que le debí á este mi nuevo padre, pues así lo amaba y el me quiso como á hijo; porque era viudo y no tuvo sucesion. Baste decir á vd. que en doce años que viví con él, me apliqué tanto, trabajé con tal teson y fidelidad, y le gané de tal modo la voluntad, que yo fuí no solo el cajero mayor y el árbitro de sus confianzas, sino que llenaba la boca llamándome hijo, y yo le correspondia tratándolo de padre.

Pero como los bienes de esta vida no permanecen, llegó el tiempo de que se me acabara el poco que habia logrado de descanso.

Un sugeto á quien habia fiado en la administracion de real hacienda, quebró y cubrió mi amo esta falta con la mayor parte de sus intereses, y á seguida le acometió una terrible fiebre de la que falleció al cabo de quince dias, dejándome lleno de dolor, que procuraba desahogar en vano con mis lágrimas, las que no enjugué en mucho tiempo, sin embargo de verme heredero de todo cuanto le habia quedado, que despues de realizado se redujo á ocho mil pesos.

Traté de separarme de aquella tierra, así para no tener á la vista objetos que me renovasen cada dia el sentimiento de su falta,

como para atender y recojer á una de mis pobres tias que habia quedado.

Con esta determinacion me hice de una libranza para Veracruz, y me marché con dos mozos y mi equipaje para mi tierra. Llegué en pocos dias, tomé una casa, la equipé, y á la primera visita que hice á mi bienhechora tia, me la llevé á ella.

Fuí despues á Veracruz, empleé mis mediecillos y me dediqué á la viandancia, en la que no me fué mal, pues en seis años ya mi capitalito ascendia á veinte mil pesos.

La que llaman fortuna parece que se cansaba pronto de serme favorable. Contraje amistad estrecha con dos comerciantes ricos de Veracruz, y estos me propusieron que si queria entrar á la parte con ellos en cierta negociacion de un contrabando interesante que estaba á bordo de la fragata Anfitrite. Para esto me mostraron las facturas originales de Cádiz, sobre cuyos precios designaba el dueño para sí una muy corta utilidad, pues siendo todos los efectos ingleses, escogidos y comprados tambien por lo alto, el interesado se contentaba con un quince por ciento; pero con la condicion de que antes de desembarcarlos se debia poner el dinero en su poder, siendo el desembarque de cuenta y riego de los compradores.

Yo me mosquié un poco con tal condicion; pero los compañeros me animaron, asegurándome que eso era lo de menos, pues ya estaban comprados los guardas: que una noche se verificaria el desembarco por la costa en dos botes ó lanchas del mismo puerto.

Como la codicia agitada por el interes atropella por todo, fácilmente convine con mis camaradas, creyendo hacerme de un principal respetable en dos meses.

Con esta resolucion procuré realizar cuanto tenia, y puse mi plata en poder de mis amigos, quienes celebraron el trato con el marino, poniendo todo el importe de la memoria á su disposicion.

Todo estaba facilitado para desembarcar seguramente el contra-

bando, y se hubiera verificado, si uno de los mismos guardas comprados no hubiera hecho una de las suyas, dando al vireinato la mas cabal y circunstanciada noticia del desembarque clandestino, con cuya diligencia se tomaron contra nosotros las precauciones y providencias que exige el caso, de modo que cuando lo supimos, fué cuando el cargamento estaba en tierra y decomisado.

No nos valió diligencia para rescatarlo, y tomamos escapar las personas. Yo era de los tres el mas pobre, y sin duda el mas codicioso; porque invertí todo mi capital en la negociacion, por cuya razon lo perdí todo.

Cáteme vd. de la noche á la mañana sin blanca, y perdido en una hora todo lo que habia adquirido en diez y ocho años de trabajo.

Poco faltó para desesperarme, y mas cuando murió la pobre de mi tia, que no pudo resistir este golpe; pero en fin, procuré hacer, como dicen, de tripas corazon, y vendiendo lo poco que me quedó, y cobrando algunos picos que me debian, me junté con cerca de dos mil pesos, y con ellos comencé de nuevo á trabajar; pero ya con tan poco puntero lo mas que hacia era mantenerme.

En este tiempo (¡locuras de los hombres!) en este tiempo se me antojó casarme, y de heche lo verifiqué con una niña de la villa de Jalapa, quien á una cara peregrina reunia una bella índole y un corazon sencillo: en fin, era una de aquellas muchachas que vdes. los mexicanos llaman payas.

Las muchas prendas que poseia y el conocimiento que yo tenia de ellas, me la hacian cada dia mas amable, y por tanto, le procuraba dar gusto en cuanto ella queria.

Entre lo que quiso, fué venir á México para ver lo que le habian contado de esta ciudad, á donde jamas habia venido. No necesitó más que insinuármelo para que yo dispusiera el traerla...... ¡Ojalá y nunca lo hubiera pensado!

Serian como dos mil y trescientos pesos con los que emprendí mi marcha para esta capital, á donde llegué con mi esposa muy contento, pensando gastar los trescientos pesos en pasearla, y emplear los dos mil en algunas maritatas, volviéndome á mi tierra dentro de un mes, satisfecho de haber dado gusto á mi mujer y con mi capitalito en ser; ¡pero qué errados son los juicios de los hombres! Diversos planes tenia trazados la Providencia para castigar mis excesos y acrisolar el honor de mi consorte.

Posamos en el meson del Angel, y luego luego mandé llamar al sastre para que le hiciese trajes del dia, en cuya operacion, como bien pagado, no se tardó mucho tiempo; porque las manos de los artesanos se mueven á proporcion de la paga que han de recibir.

A los dos dias trajo el sastre los vestidos, que le venian á mi mujer como pintados; pues era tan hermosa de cara como gallarda de cuerpo. Fuera de que, aunque era payita, no era de aquellas payas silvestres y criadas entre las vacas y cerdos de los ranchos: era una de las jalapeñas finas y bien edûcadas, hija de un caballero que fué capitan de una de las compañías del regimiento de Tres Villas; y por aquí conocerá vd. cuan poco tendria que aprender de aquel garbo, ó lo que llaman *aire de taco* las cortesanas.

Efectivamente, luego que comencé á presentarla en los paseos, bailes, coliseo y tertulias, advertí con una necia complacencia que todos celebraban su mérito, y muchos con demasiada expresion· ¿Quién creerá que era yo tan abobado que pensaba que no habia ningun riesgo en las adulaciones y lisonjas que la prodigaban? Así era, y yo las correspondia con gratitud; y aun hacia mas en mi daño, que era franquearla en cuantos lugares públicos podia, congratulándome de que festejaran su mérito y envidiaran mi dicha. ¡Necio! Yo ignoraba que la mujer hermosa es una alhaja que exita muy vivamente la codicia del hombre, y que el honor en estos ca-

sos se aventura con exponerla con frecuencia á la curiosidad comun; mas......

Aquí llegaba la conversacion de mi amigo, cuando la interrumpieron unos gritos que decian: *ese nuevo; anda Sancho Perez, anda cucharero, anda hijo de p.........* Mi amigo me advirtió que sin duda á mí me llamaban. Era así, y yo tuve que dejar pendiente su conversacion.

CAPITULO VI.

Cuenta PERIQUILLO lo que le pasó con el escribano, y Don Antonio continúa contándole su historia.

USPENDI la conversacion de mi amigo, segun dije, para ir á ver que me querian. Subí lleno de cólera, al ver el tratamiento tan soez que me daba aquel *meco, mulato* ó demonio de griton (que era un preso destinado al efecto de llamar á los demas), que fué el que me condujo á la misma sala ó cuadra donde me asentó el alcaide; pero no me llevó á su mesa sino á otra, donde estaba un figuron prietusco y regordete, que por los ojos centelleaba el fuego que abrigaba su corazon.

Luego que llegamos allí, me dijo el picaron: este es el señor secretario que llama á vd. El tal escribano entonces volvió la cara, y echándome una mirada infernal, me dijo: espérate ahí. El griton se fué, y yo me quedé un poco retirado de la mesa y muy fruncido, esperando que acabara de moler á un pobre indio que tenia delante.

Luego que despachó á este me llamó, y haciéndome poner la señal de la cruz, me dijo: ¿que si sabia lo que era jurar? Que por ningun caso debia mentir ni quebrantar el juramento, sino decir la verdad en lo que supiere y fuere preguntado, aunque me ahorcaran. ¿Que si juraba hacerlo así? Yo respondí afirmativamente, y él añadió con una gravedad de un varon apostólico: si así lo hicieres Dios te ayude, y si no, te lo demande.

Concluida esta formalidad, comenzó á preguntarme: ¿quién era yo? ¿cómo me llamaba? ¿qué calidad, cuántos años, qué oficio y estado tenia? ¿de dónde era? De manera que ya estaba yo desesperado con tantas preguntas, creyendo que llevaba traza de preguntarme de qué color eran las primeras mantillas que me pusieron.

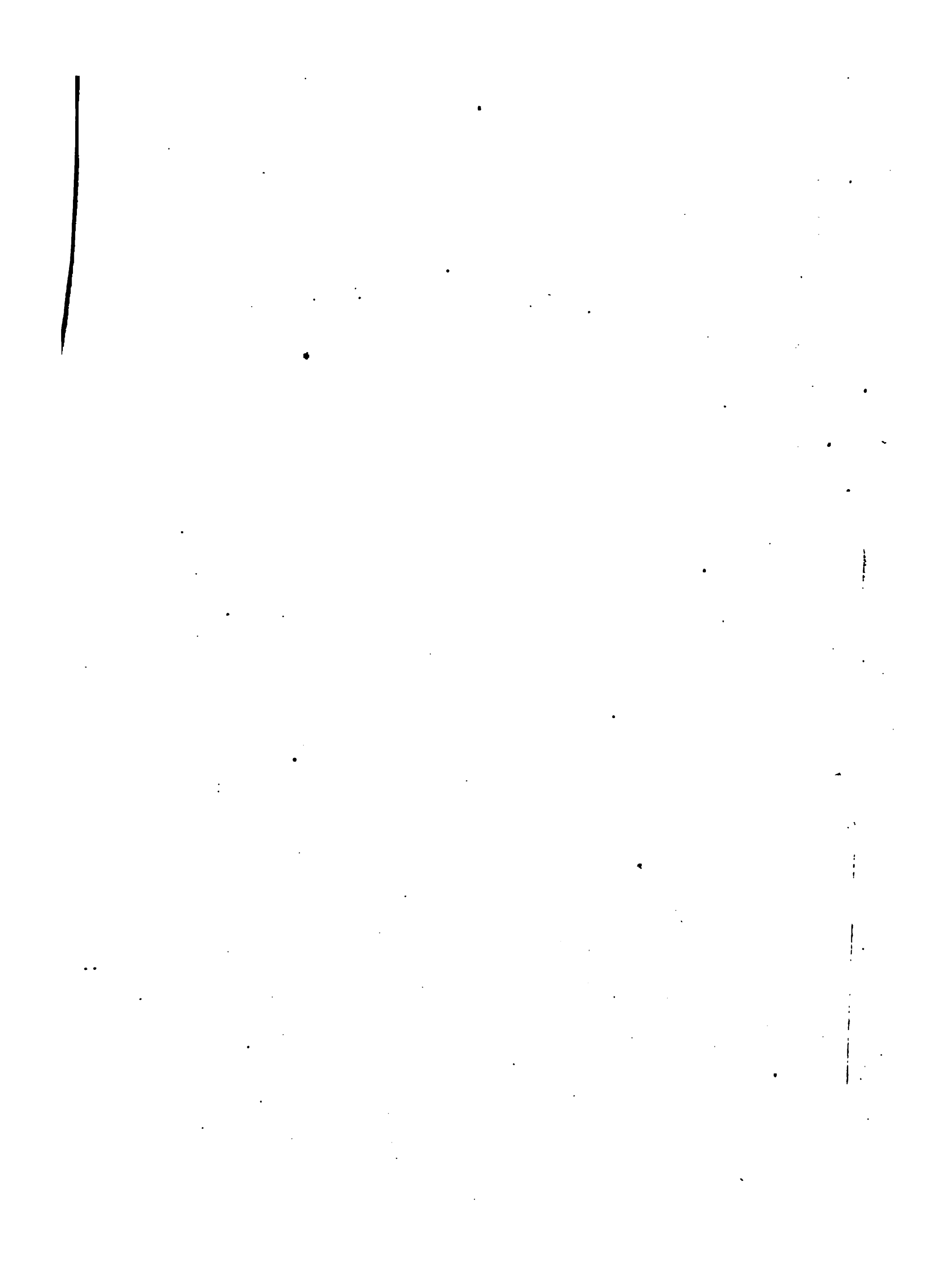
Tantas preguntas y repreguntas pararon en que me hizo contarle cuanto quiso acerca del modo con que habia adquirido el rosario de la moza, de la amistad que llevaba con Januario, de los conocidos del truquito y de otras cosillas de estas, que á mí entonces me parecieron menudencias.

Así que escribió como dos pliegos de papel, me hizo que firmara, despues de lo cual me envió á mi destino.

Bajéme muy contento, deseando acabar de oir la tragedia de mi amigo, á quien hallé recostado en su cama, divertido con la lectura de un libro.

Luego que me vió, cerrólo, y sentándose en la cama me preguntó que cómo me habia ido. Yo le respondí que ni bien ni mal; pues la llamada se redujo á hacerme mil preguntas el escribano y á escribir dos pliegos de papel, los que firmé, y quedé espedito para volver á gustar de su amable conversacion.

El me contestó con urbanidad, y me dijo: esas preguntas que han hecho á vd. se llama tomar la declaracion preparatoria. Es menester que tenga vd. muy presente lo que ha respuesto, para que no se enrede ó se contradiga cuando le tomen la confesion con car-



dosas, ejecutivas ó agitadas por partes) andan con pies de plomo. ¿No ha oido vd. por ahí un axioma muy viejo que dice que en entrando á la cárcel se detienen los reos en si es ó no es un mes; si es algo, un año; y si es cosa grave, solo Dios sabe? Pues de esto conocerá vd. que aquí se eternizan los hombres.

¿Pero en siendo inocentes? pregunté. No importa nada, respondió el amigo. Aunque vd. esté inocente (como no tiene dinero para agitar su causa ni probar su inocencia) mientras que ello no se manifiesta de por sí, y á pasos tan lentos, pasa una multitud de tiempo.

Esa es una injusticia declarada, esclamé, y los jueces que tal consienten son unos tiranos disimulados de la humanidad; pues que las cárceles que no se han hecho para oprimir, sino para asegurar a los delincuentes, mucho menos son para martirizar á los inocentes privándolos de su libertad!

Vd. dice muy bien, dijo mi amigo. La privacion de la libertad es un gran mal; y si á esta privacion se agrega la infamia de la cárcel, es un mal no solo grande sino terrible, y tanto, que tenemos leyes que quieren que en ciertos casos y á tales personas se les admitan fianzas de estar á derecho, pagar, etc., y no se sepulten en estos horrorosos lugares; pero sepa vd. que los jueces no tienen la culpa de las morosidades de las causas, ni de los perjuicios que por ellas sufren los miserables reos. En los escribanos consiste este y otros daños que se experimentan en las cárceles; porque en ellos está el agitar ó echar á dormir los negocios de los reos; y ya le dije á vd. que las causas de oficio andan espacio, porque no ofrecen mucho lugar á las tenidas.

Eso es decir, repuse yo, que los mas escribanos son venales, y que solo se afanan, trabajan y dan curso á cualquier negocio por interés; pero si este falta, no hay que contar con ellos para maldita la cosa de provecho.

A lo menos, respondió mi amigo, yo no daria tanta extension á la proposicion, si no oyera lamentarse de sus morosidades á tantos infelices que hay en nuestra compañía; pero Don Pedro, es mucho el influjo que tienen los escribanos sobre la suerte de los reos. De manera que si ellos quieren endulzan, y si no agrian las causas; siendo esta una verdad tan triste como sabida. Hasta los niños dicen que *en el escribano está todo,* y los no niños se consuelan cuando tienen al escribano de su parte, especialmente en las causas criminales. Segun eso, dije yo, ¿los escribanos tienen facilidad de engañar á los jueces cuando quieren?

Y ya se ve que la tienen, me respondió mi amigo, y que toda la responsabilidad que cargaria sobre los magistrados ó jueces, carga sobre ellos por el abuso que hacen de la confianza que los dichos jueces depositan en ellos.

No piense vd. que es avanzada la proposicion. Si me fuera lícito contaria á vd. casos modernos y originales de que soy buen testigo, y en algunos tambien parte; pero ahí se irá vd. comunicando con otros presos que son menos escrupulosos que yo, y ellos informarán á vd. por menor de cuanto le digo.

La lástima es que los malos escribanos, los mas venales y corrompidos, son los mas hipócritas y los que se saben captar mas que otros la confianza y benevolencia de los jueces, y á vueltas de ésta, cometen sus intrigas y sus picardías, con tanta mayor satisfaccion, cuanto que están seguros de que se crea su mala fé.

Vuelvo á decir que estas son verdades duras para los malos; pero para estos, ¿qué verdades hay suaves? Los jueces mas íntegros y timoratos, si están dominados del escribano, ¿cómo sabrán el estado de malicia ó de inocencia que presenta la causa de un reo, cuando el escribano solo ha tomado la declaracion? ¿Y cuando al darle cuenta con ella añade criminalidades ó suprime defensas, segun le conviene? En tal caso, y descansando su conciencia en la del es-

cribano, claro es que sentenciará segun el aspecto con que éste le manifieste el delito del reo.

De esto se ve con mucha frecuencia en los pueblos, y tambien en las ciudades, especialmente sobre delitos comunes, y que no llevan un agregado horroroso. Supongamos en los delitos de juego, hurtos rateros, embriaguez, incontinencia y otros así; que en los crímenes de estado, asesinatos, robos cuantiosos, sacrílegos, etc., ya sabemos que no se fian los jueces de los escribanos, sino que asisten á las declaraciones, confesiones, careos y demas diligencias que exigen tales causas.

Confieso á vd., señor, le dije, que estas noticias me desconsuelan demasiado, ya porque el delito que se me supone es cabalmente de aquellos cuya averiguacion se sujeta á la férula de los escribanos, ya porque yo no tengo plata con que agitar, y ya en fin, porque no me atrevo á poner la menor duda en lo que vd. me dice.

Ni la debe vd. poner, me contestó; porque cuando no hubiera aquí dentro tantos tèstigos de mi verdad, yo mismo soy una prueba de ella. Sí, amigo: dos años cuento de prision, por una injusta calumnia, y mi enemigo no hubiera hallado tanta facilidad para perderme, si no hubiera contado con un escribano venal y traca lero.

Pues ya que ha tocado vd. ese punto, le dije, sírvase continuar la conversacion de sus desgracias ,que si mal no recuerdo, quedamos en que tenia vd. mucha complacencia en lucir á su madama en las mejores concurrencias de México.

Es verdad, dijo Don Antonio, y esa necia complacencia la he pagado con una série no interrumpida de trabajos. Mi esposa sabia bailar diestramente, y aun danzar; pero no por arte como se suele decir, de aficion. Yo, deseando que sobresaliera su mérito en todo, y que no la notasen en los bailes de mera aficionada, la solicité un buen maestro, cuyas lecciones aprovechó ella muy bien, y en poco

tiempo salió tan adelantada, que podia competir con las mejores bailarinas del teatro; y como su garbo y su hermosura natural la favorecian, se llevaba las atenciones en todas partes, y recogia en víctores, lisonjas y palmoteos el fruto de su habilidad.

Encantado estaba yo con mi apreciable compañera, creyendo que aunque todos me la envidiaran ninguno se atreveria á seducírmela; y aun en este caso, su constante honor y virtud burlaria las solicitudes inicuas de mis rivales.

Con esta confianza me franqueaba con ella á cualquiera parte donde me convidaban, que era casi á los mejores bailes de México. En estas concurrencias ¡qué cumplimientos y obsequios nos dispensaban! ¡Qué destinos y acomodos lucrosos no me brindaban! ¡Què protecciones no se me facilitaron, y qué de regalitos y visitas no me hacian! ¿Y que fuera yo de tan poco mundo y tan majadero que pensaba que todas aquellas adoraciones eran á mí? ¡Ah! bien podia haber cargado la albarda mejor que el jumento de la imágen!

Cierta noche, una señora de respeto, con motivo de ser dia de su santo, convidó á mi mujer al baile de su casa. Yo la llevé muy contento, segun tenia de costumbre. Fué mi esposa de las primeras que danzaron, sacándola un sujeto de distincion, porque era rico y noble (si es que se dá verdadera nobleza donde falta la virtud), á quien conoceremos con el título de marques de T. Este caballero se enloqueció desde aquel momento por mi esposa; pero supo disimular su loca pasion.

Acabó de danzar, y como ya mi esposa y yo éramos conocidos de la casa, le fué fácil informarse de quiénes éramos, de qué tierra, del estado de nuestra suerte y de cuanto quiso y pudo saber; y ya con estas noticias se sentó junto á mí, y con la mayor cortesía comenzó á enredar conversacion conmigo, y de unas en otras mate-

rias vino á caer la plática sobre el comercio y las grandes ventajas que ofrecia.

Con este motivo le conté el atraso que habia padecido por el contrabando que me decomisaron. Mostró él afligirse mucho y condolerse de mi desgracia, y mas cuando supo lo poco que me habia quedado de principal. Pero por fin me preguntó: ¿vd. qué giro piensa tomar con tán escaso dinero? Yo le respondí: pienso volverme á Jalapa dentro de quince dias, llevar empleados en algunas maritatas los pocos medios que han quedado, dejar á mi mujer en casa de su madre y continuar en la viandancia. Amigo, esa es una bobera, dijo el marques: creo que por mucho que vd. trabaje nada medrará; porque un puntero tan miserable ha de dejar mas miserables utilidades, las que vd. ha de consumir precisamente en gastos de camino y en subsistir, y jamas se juntará con diez mil pesos suyos ni se podrá prometer ningun descanso.

Ya lo veo así, le dije; mas es forzoso trabajar para comer, y cuando solo esto consiga no haré poco. Bien, dijo el marques; pero cuando al hombre de bien se le facilita una proporcion ventajosa, no debe ser omiso ni despreciarla. Esa es la que á mí no se me facilita, le contesté ¿Luego si á vd. se le facilitara, dijo el marques, admitiria? Precisamente, señor, le respondí; no habia de ser tan necio. Pues amigo, añadió: alegrarse que la situacion de vd. y los infortunios que ha sufrido me compadecen demasiado. Vd. nació para rico; pero la suerte siempre es cruel con los buenos. No obstante, mi compasion no se queda en palabras: amo á vd. por una oculta simpatía: soy rico...... últimamente, quiero hacerlo hombre. ¿Dónde vive vd? Le contesté que en el meson. Pues bien, añadió, mañana espéreme vd. entre once y doce, y crea que no le pesará la visita. ¿Ya me conoce vd? No señor, le dije, solo para servirle. Pues soy, prosiguió, su amigo el marques de T. que tengo proporciones y deseo emplearlas en favorecer á vd.

Le dí las debidas gracias, añadiendo: que si S. S. no gustaba incomodarse en pasar á mi casa, yo pasaria á la suya á la hora que mandase. No, no, me contestó: si yo gusto mucho de visitar á los pobres, y á mas de que estos pasos los doy tambien en obsequio de mi salud, porque me conviene hacer algun ejercicio á pié.

Diciendo esto, se comenzaron á levantar algunos para bailar contradanza, y llegando á convidar al marques, se levantó éste y fué á sacar á mi mujer, á tiempo que un capitan estaba en la misma solicitud. Cate vd. que sobre quién de los dos habia de bailar se trabó una disputa reñidísima, alegando cada uno las excepciones que le parecian; pero como á ninguno de los dos satisfacian los alegatos del contrario, pues cada uno decia que no podia quedar desairado ni permitir que su honor se atropellase en público (1), se fueron excediendo de unas palabras en otras, hasta decírselas tan injuriosas, que á no alborotarse las mujeres y mediar varios sujetos de respeto, se afianzan á bofetadas; pero las señoras les tenian bien guardados los espadines.

En fin, ellos, quisieron que no quisieron, se sosegaron, concluyéndose la cuestion con que mi mujer no bailara con ninguno, como debia ser, y de este modo quedaron algo satisfechos; aunque toda la gente se disgustó, y yo mas que nadie, al ver la ridiculez de los contendientes, que no parecia sino que disputaban una cosa suya.

(1) Rigurosamente hablando no es otra cosa el honor sino el conato de conservar la virtud, esto es, que cualquier hombre puede decir con razon que le ofenden su honor cuando lo calumnian de ladron, le seducen á su mujer, ó le imputan algun vicio; y en este caso, esto es, estando inocente, le es muy lícito el defenderse y vindicar su honor segun el orden de la justicia· pero por desgracia esta palabra honor se ha corrompido, y se la ha hecho sinónima de la venganza, vanidad y demas eaprichos de los hombres. Muchos hacen consistir su honor en el lujo, aunque para sostenerlo se valgan de unos medios indecorosos v prohibidos: otros en vengar la mas mínima ofensa, y los fueros siempre fueron canonizados por el honor: otros quieren que su honor consista en salirse con cuanto quieren, como el marques: otros exigen con puntualidad la mas minuciosa veneracion de sus súbditos; y otros en tales cosas como éstas; pero á la verdad nada de esto es honor.

El marques con algun entono de voz me dijo: vámonos Don Antonio; y yo, no atreviéndome á oponerme á mi presunto protector, le obedecí, y me salí con él y mi esposa, dejando sin duda harta materia para que se ejarcitara la crítica maliciosa de los que se quedaron.

Salimos para la calle: el marques nos hizo lugar en su coche, y mandó que parase en una fonda.

Yo y mi esposa lo resistiamos; pero él insistió en que cenara mi esposa alguna cosita, y que si queria divertirse aquella noche, que se buscaria otro baile, y caso de no hallarse lo haria en su misma casa. Nosotros agradecimos su favor, suplicándole no se empeñara en eso, pues ya era tarde.

En esto llegamos á la fonda, donde el marques hizo poner una mesa espléndida, al modo de fonda, quiero decir mas abundante que limpia ni curiosa; pero así, y siendo solo tres los cenadores, tuvo que pagar dos onzas de oro, que tanto le cobró el marmiton.

Así que salimos de la fonda, traté yo de despedirme; pero el marques no lo consintió, sino que nos llevó al meson en su coche, y se volvió á su casa.

Yo tenia un criado muy fiel llamado Domingo, que hace papel en esta historia, y éste tenia cuidado de abrirnos á la hora que veniamos, como lo hizo esa noche.

Nosotros, que ya habiamos cenado, no tuvimos mas que hacer que acostarnos; aunque yo no cabia en mí de gusto, considerando la fortuna que me aguardaba con la proteccion de aquel caballero. Mi esposa advirtió mi desasosiego, me preguntó la causa, y le referí cuanto me habia pasado con el marques, de lo que la pobrecilla se alegró mucho, no creyendo, como ni yo tampoco, que los fines de tal proteccion eran contra su honestidad y mi honor.

Hay en el mundo muchos protectores como éste, que no saben

dar un real de limosna, y sacrifican sus respetos y su dinero por satisfacer una pasion. Nos recogimos y dormimos el resto de la noche tranquilamente.

Al dia siguiente, á la hora prefijada por el marques, estaba éste en casa. Justamente era dia de años del rey, ó no sé qué; ello es que mi gran protector fué en un famoso coche y vestido de gala.

Nos saludó con mucho cariño y cortesía, y despues de haber hecho una ligera crítica del pasaje de la noche anterior, me dijo: amigo, he venido á cumplir mi palabra, ó mas bien, á asegurar a vd. en mi palabra; porque el marques de T. lo que una vez dice, lo cumple como si lo prometiera con escritura. Diez mil pesos tengo destinados para habilitar á vd. con una memoria bien surtida para que vaya vd. á la Feria de San Juan de los Lagos, con el bien entendido de que todas las utilidades serán para vd. Con que manos á la obra. ¿Qué determina vd? Yo le dí las gracias por su generosidad, ofreciéndole que dentro de doce ó catorce dias recibiria la memoria y marcharia para San Juan.

¿Pero porqué hasta entonces? preguntó el marques; y yo le díje que porque queria ir á llevar á mi esposa con su madre, pues en México no tenia casa de confianza donde dejarla, ni me parecia bien se quedara sola, fiada únicamente al cuidado de una criada.

Muy bien pensado está lo segundo, dijo el marques; pero tampoco puede ser lo primero, porque yo trato de favorecer á vdes.; mas no de perder mi dinero, como sucederia seguramente si difiriera mandar mis efectos hasta cuando vd. quiere; porque vea vd.: se necesitan lo menos seis dias para buscar mulas y arrieros, para recibir la memoria y acondicionarla. A mas de esto, son menester siquiera doce dias para que llegue vd á su destino; la feria no tarda en hacerse, y yo quiero que el sujeto que vaya, si vd. no se deter-

mina, no pierda tiempo, sino que aligere, para que logre las mejores ventajas siendo de los primeros. Esta es mi resolucion; mas no es puñalada de cobarde que no da tiempo. Voy al besamanos, y de aquí á una hora daré la vuelta por acá. Entre tanto, vd. vea lo que determina con despacio, y me avisará para mi gobierno. Diciendo esto se fué.

¿Quién habia de pensar que cuando el marques mostraba mas indiferencia en que me fuera ó no me fuera pronto de México, era cuando puntualmente apuraba todos sus arbitrios para violentar mi salida? ¡Ah pobreza tirana, y cómo estrechas á los hombres de bien á aventurar su honor por sacudirte!

En un mar de dudas nos quedamos yo y mi esposa, pensando en el partido que deberiamos tomar. Por una parte, yo advertia que si dejaba pasar aquella ocasion favorable, no era tan fácil esperar otra semejante, y mas en mi edad; y por otra, no sabia que hacer con mi esposa ni donde dejarla, porque no tenia casa de mi satisfaccion en México, para el efecto.

Mil cálculos estuvimos haciendo sin acabar de determinarnos, y en esta ansiedad y vacilacion nos halló el marques cuando volvia de su cumplido. Entró, se sentó y me dijo: por fin, ¿qué han resuelto vdes? Yo le respondí de un modo que conoció el deseo que tenia de aprovecharme de su favor, y el embarazo que pulsaba para admitirlo, y consistia en no tener donde dejar á mi esposa. A lo que él con mucho disimulo me contestó: es verdad. Ese es un motivo tan poderoso como justo, para que un hombre del honor de vd. prescinda de las mayares conveniencias; porque en efecto, para ausentarse de una señora del mérito de la de vd. es menester pensarlo muy despacio, y en caso de decidirse á ello, es necesario dejarla en una casa de mucha honra y de no menos seguridad; pues no porque la señorita no se sepa guardar en cualquier parte; sino por la ligereza con que piensa el vulgo malicioso de una mujer sola y

hermosa; y tambien por las seducciones á que queda espuesta; porque, no nos cansemos, y vd. dispense señorita, el corazon de una dama no es invencible: nadie puede asegurarse de no caer en un mundo sembrado de lazos; y el mejor jardin necesita de cerca y de custodia; y luego en este México...... en este México donde sobran tantos pícaros y tantas ocasiones. Así que, yo le alabo á vd. su muy justo reparo, y desde luego soy el primero que le quitaré de la cabeza todo contrario pensamiento. Este era el camino único que yo tenia de favorecer á vd.; pero Dios me libre de ser una causa ni remota de su desasosiego, ó tal vez...... No amigo, no: piérdase todo, que el honor es lo primero.

Aquí hizo punto el marques en su conversacion, y yo y mi esposa nos quedamos sin poder disimular el sentimiento que nos causó ver frustradas en un momento las esperanzas que habiamos concebido de mudar de fortuna en poco tiempo. ¡Ah maldito interes, á qué no espones á los miserables mortales!

Mi piadoso protector era muy astuto, y así fácilmente conoció en nuestros semblantes el buen efecto de su depravada maquinacion, la que tuvo lugar de llevar al cabo, á merced de la sencillez de mi esposa.

Fué el caso, que adolorida al ver que aunque sin culpa, ella era el obstáculo a mi ventura, me dijo: pero mira, Antonio, si lo que te detiene para recibir el favor del señor, es no tener donde dejarme, es fácil el remedio. Me iré contigo, que á bien que sé andar á caballo...... No, no, dijo el marques, eso menos que nada. ¡Qué disparate! ¿Cómo habia yo de querer que vd. se expusiera á una enfermedad en una caminata tan larga? Ni era honor del Sr. Don Antonio el permitirlo. ¿No ve vd. que los hombres de bien si trabajan es porque sus mujeres disfruten algunas comodidades? ¿Cómo habia de entregar á vd. á los soles, desveladas, malas comidas y demas penurias de un camino largo? No señorita, ni pensarlo.

Mejor es el medio que voy á proponer. y siempre que vdes. se conformen con él me parece que no tendrán por qué arrepentirse.

Con tanta ansia como boberia le rogamos que nos lo declarara, y el marques sin hacerse del rogar, dijo:

Pues señores, yo tenge una tia que no solo es honrada, sino santa, si puedo decirlo. Ella es una pobre vieja, beata de San Francisco, doncella, que se quedó para vestir santos y regañar muchachos; es muy rezadora y escrupulosa, de las que frecuentan el confesonario cada dos dias. Su casa es un convento; pero ¿qué digo? es un poco peor. Allí apenas va una ú otra visita, y eso de viejas, como dice ella; porque *calzonudos*, segun dice, no pisarán su estrado por cuanto el mundo tiene. A las òraciones de la noche ya está cerrada la casa y la llave bajo la almohada. Sus mayores paseos son á la iglesia y á los hospitales el domingo, á consolar á las enfermas. En una palabra, su vida es de lo mas arreglada, y su casa puede servir de modelo al mas estrecho monasterio.

Pero no piense vd., señorita, por esto, que es una vieja tétrica y ridícula. Nada de eso. Es de lo mas apacible y cariñosa, y tiene una conversacion tan suave y tan divertida, que con sola ella entretiene á cuantos la visitan.

En fin, si vd. es capaz de sujetarse á una vida tan recóndita por dos ó tres meses que podrá dilatarse su esposo de vd. cuando mas, me parece que no hay cosa mas á propósito.

Mi esposa, á quien en realidad yo habia sacado de sus casillas, como dicen, porque ella estaba criada en igual recogimiento que el que acababa de pintar el marques, no dudó un instante responder: que ella iba á los bailes y á los paseos porque yo la llevaba; pero que siempre que quisiera dejarla en esa casa. se quedaria muy contenta y no extrañaria otra cosa mas que mi ausencia. Yo me alegré mucho de su docilidad, y acepté el nuevo favor del marques,

dándole las gracias y quedando contentísimo de ver resucitaas mis esperanzas y tan asegurada mi mujer.

El marques manifestó igual contento, segun decia, por haberme servido, y se despidió, quedando en volver al otro dia, así para darme á conocer en el almacen donde me habian de surtir y entregar la memoria, como para llevarnos á la casa de la buena señora su tia.

El resto de aquel dia lo pasamos yo y mi esposa muy alegres haciendo mil cuentas ventajosas, paseándonos en el jardin de los bobos.

Al siguiente ya el marques estaba en el meson muy temprano. Me hizo entrar en su coche y me llevó al almacen, donde dijo se me surtiera la memoria de que habia hablado el dia anterior, y se me entregase segun los ajustes que yo hiciera y como quisiera, y que él no era mas que un comisionado para responder por mí y darme aquel conocimiento.

El comerciante al oir esto, creyendo que era verdad lo que decia el marques, me hizo mil zalemas y se despidió de mí con mas cariño y cortesía que la que usó cuando entré en su casa. Ya se vé, no era por mí, sino por los pesos que pensaba desembolsarme.

Corrido este paso, volvimos al meson, y el marques hizo vestir á mi esposa, y nos fuimos á Chapultepec (1), donde tenia dispuesto un famoso almuerzo y comida.

Pasamos allí una mañana de campo bien alegre en aquel bosque, que es hermoso por su misma naturaleza. A la tarde, como á las cuatro, nos volvimos á la ciudad, y fuimos á parar á la casa de la señora tia.

[1] Un hermoso bosque extramuros de Mèxico, aunque sin cosa mas notable que el palacio que fabricó en él el Sr. Don Bernardo de Galvez, virey que fué de Nueva España; sin embargo, suele servir de paseo.

Apeámonos, entró el marques, tocó la campanilla del zaguan, bajó una criada preguntando quién era. Respondió el marques que él. Pues voy á avisar á la señora, dijo la criada, que aquí no se le abre á ningun señor, si mi ama no lo ve por el escotillon de la sala Espere vd.

En efecto, nos estuvimos esperando ó desesperando como un cuarto de hora, hasta que oimos sonar una ventanita en el techo del mismo zaguan. Alzamos la vista, y vimos entre tocas á la venerable vieja con sus anteojos, mirándonos muy despacio, y volviendo á preguntar que quien era. El marques como enfadado le dijo: yo, tia, yo, Miguel. ¿Abren ó no? A lo que la vieja respondió: ¡ah! sí, Miguelito, ya te conozco mi alma; ya te van á abrir; pero ese otro señor ¿viene contigo, hijo? ¡Oh porra! dijo el marques, ¿pues con quién ha de venir? Pues no te enojes, dijo la vieja, van.

Cón esto cerró el escotilloncito, y el marques nos dijo: ¿qué les parece á vdes? ¿Han visto clausura mas estrecha? Pero no se aturda vd., niña, no es tan bravo el leon como se pinta.

A este tiempo llegó la vieja criada y abrió el postigo. Entramos: subimos las escaleras, y ya estaba esperándonos en el porton la señora tia, vestida con su hábito azul y sus tocas reverendas, con sus anteojos puestos, un paño de rebozo fino de algodon, y su rosario en la mano. Como le debí tantos favores á esta buena señora, conservo su imágen muy viva en la memoria.

Nos recibió con mucho cariño, especialmente á mi esposa, á quien abrazó con demasiada expresion, llenándola de *mi almas y mi vidas*, como si de años atras la hubiera conocido. Entramos adentro, y á poco nos sacaron muy buen chocolate.

El marques la dijo el fin de su visita, que era ver si queria que aquella niña se quedara unos dias en su casa. Ella mostró que en eso tendria el mayor gusto; pero que no tenia mas defecto que no *ser amiga* de paseos ni visitas, porque en eso peligraban las almas;

y en seguida nos habló como media hora de virtud, escándalo, reatos, muerte, eternidad, etc., amenizando su plática con mil ejemplos, con los que tenia á mi mujer enamorada y divertida, como que era de buen corazon.

Aplazado el dia de su entrada en aquel pequeño monasterio, nos dijo: sobrino, señores, vengan vdes. á ver mi casita, y que venga mi novicia á ver si le gusta el convento.

Condescendimos con la reverenda, y á mi esposa le agrado mucho la limpieza y curiosidad de la casa, particularmente los cristales, pajaritos y macetas.

En esto se pasó la tarde, y nos despedimos, saliendo mi mujer prendadísima de la señora.

Nosotros nos quedamos en el meson, y el marques se fué á su casa. En los seis dias siguientes recibí la memoria, solicité mulas y dejé listo mi viaje; pero en todo este tiempo no se descuidó mi protector en obsequiar y pasear á mi esposa, porque decia que era menester divertir á la nueva monja.

Es verdad que yo, mirando el estremo del marques con ella, no dejaba de mosquearme un poco; pero como tenia tanta satisfaccion en el amor y buena conducta de mi esposa, no tuve embarazo para comunicarla mis temores: á lo que ella me contestó que los depusiera, lo uno porque me amaba mucho y no seria capaz de ofenderme por todo el oro del mundo; y lo otro, porque el marques era el hombre mas caballero que habia conocido, pues aun cuando salia con mi permiso con él y una criada en su coche, jamas se habia tomado la mas mínima licencia, sino que siempre la trataba con decoro. Con esta seguridad me tranquilicé, y traté de salir de esta capital á mi destino:

Díjele un dia al marques como todo estaba corriente, y él que no deseaba otra cosa que verse libre de mí, me dijo que á la tarde ven-

dria para llevarme á la casa de su deuda, y yo podria salir la mañana siguiente.

Mi esposa me suplicó le dejase al mozo Domingo, para tener un criado de confianza á quien mandar si se le ofrecia alguna cosa. Yo accedí á su gusto sin demora, y el marques no puso embarazo en ello; antes dijo: mejor, se le dará un cuarto abajo á Domingo, y les podrá servir de portero y compañía.

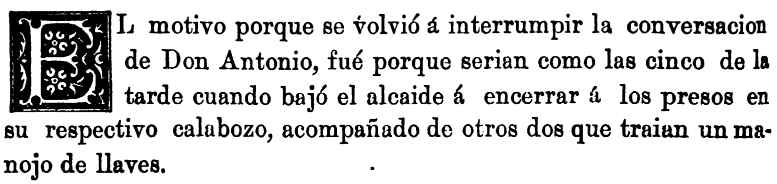
Mientras que el marques se fué á comer compuse el baúl de mi esposa, dejándola mil pesos en oro y plata, por si se le ofreciere algo.

Cuando el marques vino, no habia mas que hacer que la llevada de mi esposa, cuya separacion le costó, como era regular, muchas lágrimas; pero al fin se quedó, y yo marché en la misma tarde á dormir fuera de garita.

Aquí llegaba Don Antonio, cuando uno de los reglamentos de la cárcel volvió á interrumpir su conversacion.

CAPITULO VII.

Cuenta PERIQUILLO la pesada burla que le hicieron los presos en el calabozo, y Don Antonio concluye su historia.



EL motivo porque se volvió á interrumpir la conversacion de Don Antonio, fué porque serian como las cinco de la tarde cuando bajó el alcaide á encerrar á los presos en su respectivo calabozo, acompañado de otros dos que traian un manojo de llaves.

Luego que encerró á los del primer patio pasó al segundo, y el

feroz presidente, aun amostazado contra mí, sin razon, me separó de la compañía de Don Antonio y me llevó al calabozo mas pequeño, sucio y lleno de gente. Entré el último, y cerrando con los candados, quedamos allí como moscas en cárcel de muchachos.

Por mi desgracia, entre tanto hijo de su madre como estaba encerrado en aquel sótano, no habia otro blanco mas que yo, pues todos eran indios, negros, lobos, mulatos y castas, motivo suficiente para ser en la realidad, como fuí, el blanco de sus pesadas burlas.

Como á las seis de la tarde encendieron una velita, á cuya triste luz se juntaron en rueda todos aquellos mis señores; y sacando uno de ellos sus asquerosos naipes, comenzaron á jugar lo que tenian.

Me llamaron á acompañarlos; pero como yo no tenia ni un ochavo, me escusé confesando lisa y llanamente la debilidad de mi bolsa; mas ellos no lo quisieron creer, antes se persuadieron á que ó era una ruinada mia, ó vanidad.

Jugaron como hasta las nueve, hora en que ya apenas tenia la vela cuatro dedos, y no habia otra; y así determinaron cenar y acostarse.

Se deshizo la rueda, y comenzaron á calentar sus ollitas de alberjones en un pequeño brasero que ardia con cisco de carbon.

Yo esperaba algun piadoso que me convidara á cenar, así como me convidó Don Antonio á comer; pero fué vana mi esperanza, porque aquellos pobres todos parecian de buen diente y mal comidos, segun que se engullian sus alverjones casi frios.

Durante el juego yo me habia estado en un rincon, envuelto en mi zarape y rezando el rosario con una devocion que tiempo habia que no lo rezaba: ya se vé, ¿qué navegante no hace votos al tiempo de la borrasca?

Las maldiciones, juramentos y palabrotas indecentes que aquella familia mezclaba con las disputas de juego, eran innumerables y

horrorosas, y tanto, que aunque para mis oidos no eran nuevas, no dejaban de escandalizarme demasiado. Yo estaba prostituido; pero sentia una genial repugnancia y hastío en estas cosas. No sé que tiene la buena educacion en la niñez, que en la mas desbocada carrera de los vicios suele servir de un freno poderoso que nos contiene; y ¡desdichado de aquel que en todas ocasiones se acostumbra á prescindir de sus principios!

Así que cenaron, cada uno fué haciendo su cama como pudo, y yo que no tenia petate ni cosa que lo valiera, viendo la irremediable, doblé mi sarape haciendo de él colchon y cubierta, y de mi sombrero almohada.

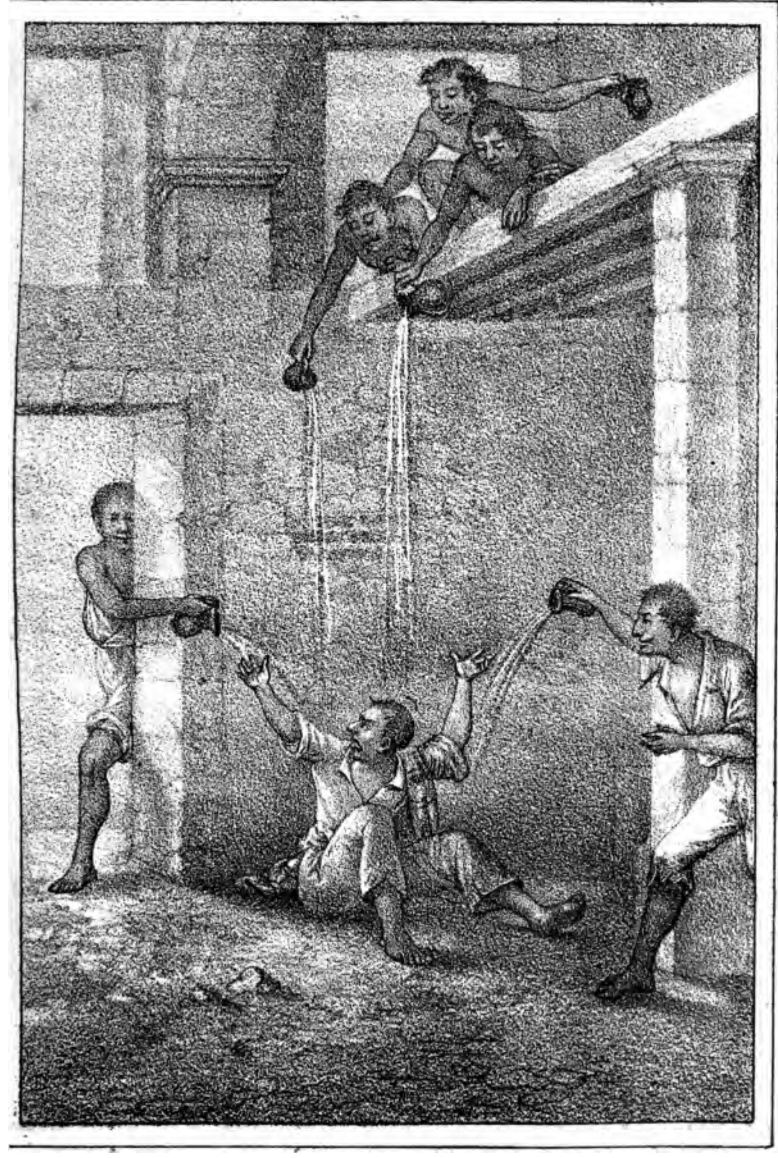
Habiéndose acostado mis concubicularios, comenzaron á burlarse de mí con espacio, diciéndome: ¿con que amigo, tambien vd. ha caido en esta ratonera por *cucharero*? ¡Buena cosa! ¿Con que tambien los señores españoles son ládrones? Y luego dicen que eso de robar se queda para la gente ruin.

No te canses, Chepe, decia otro, para eso todos son unos, los blancos y los prietos; cada uno mete la uña muy bien cuando puede. Lo que tiene es que yo y tú robaremos un rebozo, un capote ó alguna cosa ansí; pero estos cuando roban, roban de á gordo.

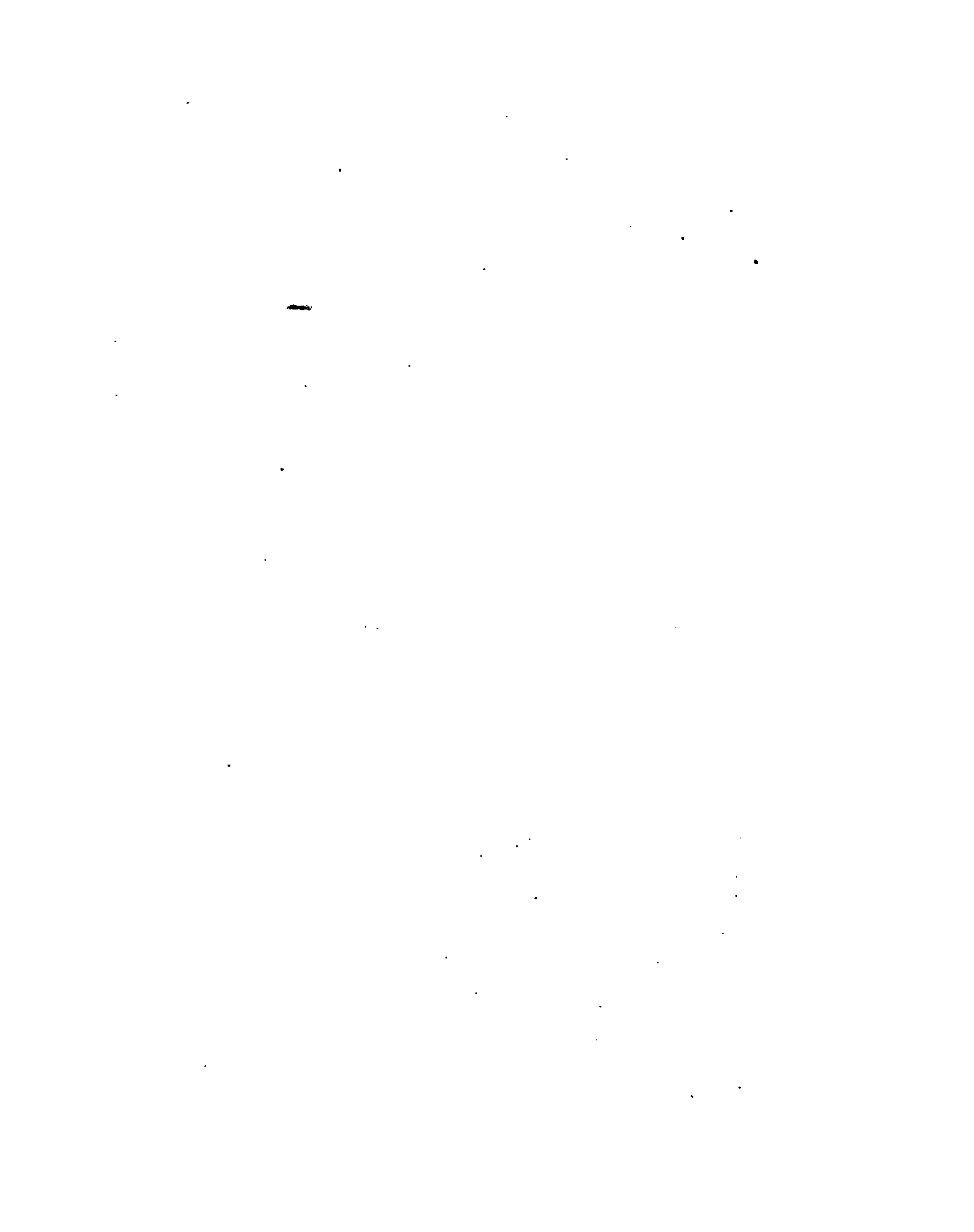
Y como que es ansina, decia otro; yo apuesto á que mi camarada lo ménos que se jurtó jueron doscientos ó quinientos: y ¿á qué compone, he? ¿á qué compone?

Así, y á cual peor, se fueron produciendo todos contra mi, que al principio procuraba disculparme, mas mirando que ellos se burlaban mas de mis disculpas, hube de callar, y encogiéndome en mi zarape al tiempo que se acabó la velita, hice que me dormí, con cuya diligencia se sosegó por un buen rato el habladero, de suerte que yo pensé que se habian dormido.

Pero cuando estaba en lo mejor de mi engaño, he aquí que comienzan á disparar sobre mí unos jarritos con orines; pero tantos



He aquí que comienzan á disparar sobre mí unos jarritos con orines.



tan llenos, y con tan buen tino, que en menos que lo cuento ya estaba yo hecho una sopa de meados, descalabrado y dado á Judas.

Entonces sí perdí la paciencia, y comenzé á insultarlos á desvergüenzas; mas ellos en vez de contenerse ni enojarse, empezaron de nuevo su diversion, hartándome á cuartazos don no sé qué, porque yo que sentí los azotes no ví á otro dia las disciplinas.

Finalmente, hartos de reirse y maltratarme, se acostaron, y yo me quedé en cuclillas junto á la puerta, desnudo y sin poderme acostar, porque mi zarape estaba empapado, y mi camisa tambien.

¡Válgame Dios! y qué acongojado no sentí mi espíritu aquella noche al verme en una cárcel, enjuiciado por ladron, pobre, sin ningun valimiento, entre aquella canalla, y sin esperanza de descansar siquiera con dormir, por las razones que he referido; mas al fin, como el sueño es valiente, hubo de rendirme, y poco á poco me quedé dormido, aunque con sobresalto, junto á la puerta; y apenas habia comenzado á dormir, cuando saltó una rata sobre mí, pero tan grande, que en su peso á mí se me representó gato de tienda; ello es que fué bastante para despertarme, llenarme de temor y quitarme el sueño, pues aun creia que los diablos y los muertos no tenian mas que hacer de noche que andar espantando á los dormidos. Lo cierto del caso fué que ya no pude dormir en toda la noche acosado del miedo, de la calor, de las chinches que me cercaban en ejércitos, de los desaforados ronquidos de aquellos pícaros y de los malditos efluvios que exhalaban sus groseros cuerpos, junto con otras cosas que no son para tomadas en boca, pues aquel sótano era sala, recámara, asistencia, cocina, comunes, comedor y todo junto. ¡Cuántas veces no me acordé de las ingratas noches que pasé en el *arrastraderito* de Januario!

Al fin quiso Dios echar su luz al mundo, y yo que fuí el prime-

ro que la ví, comenzó á reconocer mis bienes, que estaban todavia medio mojados, por mas que los habia esprimido; ya se vé, tal fué el aguacero de orines que sufrieron; pero por último, me vestí la camisa y calzoncillos, y trabajo me costó para ponerme los calzones, porque mis amados compañeros, creyendo que los botones eran de plata, no se descuidaron en quitárselos.

A las seis de la mañana vinieron á abrir la puerta, y yo fuí el primero que, muerto de hambre y desvelado, me salí para afuera, tanto para quejarme con mi amigo Don Antonio, cuanto por esperar el sol que secara mis trapos.

En efecto, el buen Don Antonio se condolió de mi mala suerte, y me consoló lo mejor que pudo, prometiéndome que no volveria á pasar otra noche semejante entre aquellos pícaros, pues él le suplicaria al presidente que me dejara en su calabozo.

¡Ay amigo! le dije, que me parece que se avergonzará vd. en vano; porque ese comitre es muy duro é incapaz de suavizarse con ningunos ruegos del mundo.

No se aflija vd., me contestó, porque yo sé la lengua con que se le habla á esta gente, que es con el dinero; y así, con cuatro ó seis reales que le demos, verá vd. como todo se consigue.

Aun no acababa yo de darle las gracias á mi amigo, cuando me gritaron, y yo pensaba que era para otra declaracion, salí corriendo, y ví que no era la llamada sino para ayudar á la limpieza del calabozo, en donde me hicieron tantos daños la noche anterior; ésta se reducia á sacar el barril de las inmundicias, vaciarlo en los comunes y limpiarlo.

No sé cómo no volqué las tripas en tal operacion. Allí no me valieron ruegos y promesas; porque el maldito vejancon que lo mandaba viendo mi resistencia, ya comenzaba á desatarse el látigo que tenia en la cintura: y así, yo por excusarme mayor pesadumbre, quise que no quise, desempeñé aquel asqueroso oficio, concluido el

cual me fuí otra vez al calabozo de mi buen amigo, que era mi paño de lágrimas.

Luego que lo ví me salieron éstas á los ojos, y le volví á referir mi nuevo castigo. El no se hartaba de consolarme y procurarme mi alivio de cuantas maneras podia.

Lo primero que hizo fué hacerme acostar en su pobre cama, me dió un posillo de chocolate, cigarros, y despues salió á buscar al feroz presidente, de quien consiguió cuanto quizo, pagando por mí los injustos derechos que estos bribones llaman *patente* (1), y dándole no sé que otra gratificacion, con lo que gracias á Dios me dejaron en paz.

Yo no tenia palabras con que significar mi gratitud á Don Antonio, despues que entendí (porque me lo dijo otro preso) todo lo que habia hecho por mí; pues él apenas me aseguró que no me mortificarian mas. Este es el verdadero carácter de un buen amigo y de un caritativo, no jactarse del beneficio que hace, hacerlo sin mérito, y tratar aun de que no lo sepa el agraciado, para que no le cueste el trabajo de agradecerlo. Pero ¡qué pocos amigos hay de éstos! y ¡qué pocas caridades se hacen con tanta perfeccion! Ordinariamente las mas caridades ó favores que llevan este nombre, suelen hacerse mas bien por pasar plaza de generosos y buenos cristianos (lo que á la verdad es hipocresia), que por hacer un beneficio, y esto es puntualmente contra el órden mismo de la caridad, pues Jesucristo dijo que lo que dé la mano derecha no lo sepa la izquierda. Es decir, que todo bien que haga el hombre lo haga

(1) Parece que la tal gavela impuesta por la codicia fuera razonable en el reino para eximirse con una corta cantidad del pesado oficio de hacer la limpieza; pero esto deberia ser en el caso de que no hubiese reos destinados por castigo al servicio de la cárcel; mas habièndolos, claro es que éstos lo hacen, y así jamas deberian obligar á esto á los infelices que no tienen para pagar esta contribucion injusta, que siempre para en la bolsa de los mas criminales, como por lo ordinario son los presidentes que las cobran. Aun se le verá peor cara á este abûso si se considera que cobrar tales pechos á los presos está prohibido por las leyes.

por Dios, sin esperar premio del hombre; porque si éste lo paga, ya Dios no debe nada, para que nos entendamos; y es bastante premio del beneficio publicarlo en nuestro obsequio, ó compulsar tácitamente al beneficiado á que nos viva reconocido con su agradecimiento.

Era Don Antonio muy prudente, y como sabía que no habia yo dormido en toda la pasada noche, me hizo acostar y no me despertó hasta la una del dia para que lo acompañara á comer.

Me levanté harto de sueño, pero necesitado del estómago, cuya necesidad satisfice á espensas del piadoso preso, quien luego que se concluyó nuestra mesa frugal, me dijo: amigo, creeré que á pesar de los trabajos que ha sufrido vd. aun le habrá quedado gana de acabar de saber el orígen de los mios. Yo le dije que sí, porque á la verdad su plática era un suave bálsamo que curaba mi espíritu afligido, y Don Antonio continuó el hilo de su historia de esta suerte:

"Me acuerdo, dijo, que quedamos en que salí de esta ciudad con mis mulas y arrieros, quedándose en ella mi esposa en casa de la tia vieja, sin mas compañía de su parte que el mozo Domingo.

Quisiera no acordarme de lo que sigue, porque sin embargo del tiempo que ha pasado, aun sienten dolor al tocarlas las llagas de mis agravios, que ya se van cicatrizando; mas es preciso no dejar á vd. en duda del fin de mi historia, tanto porque se consuele al ver que yo sin culpa he pasado mayores trabajos, cuanto porque aprenda á conocer el mundo y sus ardides.

Nada particular ocurre que decirle á vd. tocante á mí, porque nada tiene de particular el viaje de un viandante, ni su residencia en el paraje de su destino: á lo menos yo caminé y llegué al mio sin novedad, mientras que á mi honrada esposa se le preparaba la mas terrible tempestad.

Luego que el pícaro del marques...... perdóneme este epíteto

indecoroso, ya que yo le perdono los agravios que me ha hecho. Luego, pues, que conoció que yo ya me habia alejado de México, trató de descubrir sus pérfidas intenciones.

Comenzó á frecuentar á todas horas la casa de la hipócrita vieja, que no tenia ni la virtud que aparentaba ni el parentesco que decia, y no era otra cosa que una alcahueta refinada, y con semejante auxilio, considere vd. lo fácil que le pareceria la conquista del corazon de mi mujer; pero se engañó de medio á medio, porque cuando las mujeres son honradas, cuando aman verdaderamente á sus maridos y están penetradas de la sólida virtud, son mas inexpugnables que una roca.

Tal fué esta heroina de la fidelidad conyugal. Las astucias del marques, sus dádivas, sus halagos, sus respetos, sus seducciones, sus promesas y aun sus amenazas, juntas con las repetidas y vehementes diligencias de la maldita vieja, fueron inútiles. Con todas ellas no sacaba el marques mas jugo de mi esposa que el que puede dar un pedernal; y ya desesperado, advirtiendo por tan repetidas experiencias que aquel corazon no era de los que él estaba hecho á conquistar, sino que necesitaba de armas mas ventajosas, se determinó á usar de ellas y á satisfacer su apetito á pura fuerza.

Con esta resolucion, una noche determinó quedarse en casa para poner en práctica sus inícuos proyectos, pero apénas lo advirtió mi fiel esposa, cuando con el mayor disimulo, aprovechando un descuido, bajó al patio al cuarto de Domingo, y le dijo: el marques dias ha que me enamora: esta noche parece que se quiere quedar acá, sin duda con malas intenciones: la puerta del zaguan está cerrada: no puedo salirme aunque quisiera: mi honor y el de tu amo están en peligro: no tengo de quien valerme ni quien me libre del peligro que me amenaza, mas que tú. En tí confio, Domingo; si eres hombre de bien y estimas á tus amos, hoy es el tiempo en que lo acredites.

El pobre Domingo todo turbado la dijo: y bien, señora: dígame su merced que quiere que haga, que yo le prometo el hacer cuanto me mande.

Pues hijo, le dijo mi esposa: yo lo que quiero es que te ocultes en mi recámara, y que si el marques se desmandare, como lo temo, me defiendas, suceda lo que sucediere.

Pues no tenga su merced cuidado. Váyase, no la echen menos y lo malicien; que yo le juro que solo que me mate el marques conseguirá sus malos pensamientos. Con esta sencilla promesa se subió mi muger muy contenta, y tuvo la fortuna de que no la habian estrañado.

Llegó la hora de cenar, y entró Domingo á servir la mesa como siempre. El marques procuraba que mi esposa se cargara el estómago de vino; pero ella sin faltar á la urbanidad, se escusó lo mas que pudo.

Acabada la cena, mi rival por sobremesa apuró toda la elocuencia del amor para que mi esposa condescendiera con sus torpes deseos; pero ésta, acostumbrada á resistir tales asaltos, no hizo mas que reproducir los desengaños que mil veces le habia dado aunque en vano, pues el marques estaba ciego y cada desengaño lo obstinaba.

Esta contienda duraria como una hora, tiempo bastante para que la criada se durmiera, y Domingo sin ser sentido se hubiera ocultado bajo la misma cama de su ama, la que viendo que su apasionado la llevaba larga, se levantó de la mesa diciéndole: señor marqués, yo estoy un poco indispuesta, permítame Vd. que me vaya á recojer que es bien tarde. Con esto se despidió y se fué á su recámara, cuidadosa de si Domingo se habria olvidado de su encargo; pero luego que entró, el criado fiel le avisó donde estaba, diciéndole que estuviera sin miedo.

Sin embargo de esta compañía, mi esposa no quiso desnudarse

ni apagar la vela, segun lo tenia de costumbre, recelosa de lo que podia suceder, como sucedió en efecto.

Serian las doce de la noche cuando el marques abrió la puerta y fué entrando de puntillas, creyendo que mi esposa dormia; pero ésta, luego que lo sintió, se levantó y se puso en pié.

Un poco se sobresaltó el caballero con tan inesperada prevencion; pero recobrado de la primera turbacion, le preguntó: señorita, ¿pues qué novedad es esta que tiene á vd. en pié y vestida á tales horas de la noche? A lo que mi esposa con gran socarra respondió: señor marques, luego que advertí que vd. se quedaba en casa de esta santa señora, presumí que no dejaria de querer honrar este cuarto á deshora de la noche, á pesar de que yo no me he granjeado tales favores, y por eso determiné no desnudarme ni dormirme, porque no era decente esperar de esa manera una visita semejante.

Parece que era regular que el marques hubiera desistido de su intento al verlo prevenido y reprochado tan á tiempo; mas estaba ciego, era marques, estaba en su casa, y segun á él le pareció, no habia ni testigos, ni quien embarazara su vileza; y así, despues de probar por última vez los ruegos, las promesas y las caricias, viendo que todo era inútil, abrazó á mi mujer que se paseaba por la recámara, y dió con ella de espaldas en la cama; pero aun no habia acabado ella de caer en el colchon, cuando ya el marques estaba tendido en el suelo; porque Domingo luego que conoció el punto crítico en que era necesario, salió por debajo de la cama, y abrazando al marques por las piernas, lo hizo medir el estrado de ella con las costillas.

Mi esposa me ha escrito que á no haber sido el motivo tan serio, le hubiera costado trabajo moderar la risa, pues no fué el paso para menos. Ella se sentó inmediatamente en el borde de la cama, y vió tendido á sus piés al enemigo de mi honor, que no osaba levantar-

se ni hablar palabra; porque el jayan de Domingo estaba hincado sobre sus piernas, sujetándolo del pañuelo contra la tierra, y amenazando su vida con un puñal, diciéndole á mi esposa lleno de cólera: ¿lo mato, señora? ¿lo mato? ¿qué dice? Si mi amo estuviera aquí ya lo hubiera hecho, conque *ansina* nada se puede perder por *orrarle* ese trabajo; antes cuando lo sepa, me lo agradecerá *muncho*.

Mi esposa no dió lugar á que acabara Domingo de hablar, sino que, temerosa no fuera á suceder una desgracia, se echó sobre el brazo del puñal, y con ruegos y mandatos de ama, á costa de mil sustos y porfías, logró arrancárselo de la mano y hacer que dejara al marques en libertad.

Este pobre se levantó lleno de enojo, vergüenza y temor, que tanto le impuso la bárbara resolucion del mozo. Mi esposa no tuvo mas satisfaccion que darle sino mandar á Domingo que se retirara á la segunda pieza y no se quitara de allí, y luego que éste la obedeció, le dijo al marques: ¿ve vd., señor el riesgo á que lo ha espuesto su inconsideracion? Yo presumí, segun le insinué poco hace, que se habia de determinar á mancillar mi honor y el de mi esposo por la fuerza, y para impedirlo, hice que este criado se ocultara en mi recámara. Llegó el caso temido, y este pobre payo que no entiende de muchos cumplimientos, le pareció que el modo de embarazar el designio de vd. era tirarlo al suelo y asesinarlo, como lo hubiera verificado, á no haber yo tomado el justo empeño que me tomé en impedirlo.

Yo conozco que él se excedió bárbaramente, y suplico á vd. que lo disculpe; pero tambien es forzoso que vd. conozca y confiese que ha tenido la culpa. Yo le he dicho á vd. mil veces que le agradezco muy mucho y le viviré reconocida por los favores que tanto á mí como á mi marido nos ha dispensado, mucho mas, cuando advierto que ni el uno ni la otra lo merecemos; pero señor, no puedo pagarlos en la moneda que vd. quiere. Soy casada, amo á mi mari-

do mas que á mí, y sobre todo, tengo honor, y éste, si una vez se pierde, no se restaura jamás. Vd. es discreto: conozca la justicia que me asiste: trate de desechar ese pensamiento que tanto le molesta y me incomoda, y como nó sea en eso, yo me ofrezco á servirle como la última criada de su casa.

El marques guardó un profundo silencio mientras que habló mi esposa, pero luego que concluyó, se levantó diciendo: señorita, ya quedo impuesto en el motivo que ocasionó á vd. pretender quitarme la vida alevosamente, y quedo medio persuadido á que si nó tuviera esposo me amaria, pues yo no soy tan despreciable. Yó trataré de quitar este embarazo, y si vd. no me correspondiere, se acordará de mí, se lo juro.

Diciendo esto, sin esperar respuesta, se salió de la recámara, y mirando á Domingo en la puerta, le dijo: has procedido como un villano vil de quien no me es decente tomar una satisfaccion cuerpo á cuerpo; mas ya sabrás quien es el marques de T.

Mi esposa, que me escribió estas cosas tan pormenor como las estoy contando á vd., no entendió que aquellas amenazas se dirijieran contra mí y la existencia de mi criado.

Ella esperaba la aurora para tratar de librarse de los riesgos á que su honor se hallaba expuesto en aquella casa prostituida, y mucho mas cuando el criado le contó lo que le habia dicho el marques, añadiendo que él pensaba partir á otro dia de la ciudad, porque temia que lo hiciera asesinar.

Mi esposa aprobó su determinacion; pero le rogó que la dejara en salvo y fuera de aquella casa, y mi mozo se lo prometió solemnemente, para que se vea que entre esta gente que llamamos *ordinaria* sin razon, se hallan tambien almas nobles y generosas (1).

[1] Verdad es que á los criados se les llama enemigos domésticos, que por lo regular ni tienen buena crianza ni educacion, y que casi siempre mas sirven por el salario que por amor; pero no es menos cierto que esta no es regla general. Hay de todo: así como hay amos altaneros y soberbios cuyo trato duro no

Rasgó el sol los velos de la aurora y manifestó su resplandeciente cara á los mortales, y mi esposa al instante trató de mudarse de la casa; pero ¿á donde, si carecia absolutamente de conocimiento en México? Mas ¡oh lealtad de Domingo! El le facilitó todo, y le dijo: lo que importa es que su mereéd no esté aquí y mas que esté en medio de la plaza. Voy á llamar los cargadores.

Diciendo esto se fué á la calle, y á poco rato volvió con un par de indios á quienes imperiosamente mandó cargar la cama y baúl de mi esposa, que ya estaba vestida para salir, y aunque la vieja hipócrita procuró estorbarlo, diciendo que era menester esperar al señor marques, el mozo lleno de cólera le dijo: ¡qué marques ni qué talega! El es un pícaro y vd. una alcahueta, de quien ahora mismo iré á dar cuenta á un alcalde de corte.

Ni fué menester mas para que la vieja desistiera de su intento, y á los quince minutos ya mi esposa estaba en la calle con Domingo y los dos cargadores; pero quando vencian una dificultad hallaban otra de nuevo que vencer.

Se hallaba mi esposa fatigada en medio de la calle con los cargadores ocupados y sin saber á donde irse, cuando el fiel Domingo se acordó de una nana Casilda que nos habia lavado la ropa cuando estábamos en el meson; y sin pensar en otra cosa, hizo dirigir allá á los cargadores.

En efecto, llegaron, y descargados los muebles, le comunicó á la lavandera cuanto pasaba, añadiéndole que él dejaba á mi esposa á su cuidado, porque su vida corria riesgo en esta capitai: que la señorita su ama tenia dinero: que de nada necesitaba, sino de quien la librara del marques; y que su amo era muy honrado y muy hombre de bien, que no se olvidaria de pagar el favor que se hiciera por su esposa. La buena vieja ofreció hacer cuanto estuviera de su

merece el amor de sus domésticos. Trátense los criados con cariño y humanidad, y rara vez dejarán de corresponder á sus señores con amor, gratitud y respeto.

parte en nuestro obsequio; mi fiel consorte le dió cien pesos á Domingo para que se fuera á su tierra y nos esperara en ella, con lo cual él, llenos los ojos de lágrimas, marchó para Jalapa, advertido de no darse por entendido con la madre de mi esposa.

Luego que el mozo se ausentó, la viejita fué en el momento á comunicar el asunto con un eclesiástico sabio y virtuoso á quien lavaba la ropa, y éste, despues de haber hablado con mi esposa, dispuso las cosas de tal manera, que á la noche durmió mi mujer en un convento, desde donde me escribió toda la tragedia.

Dejemos á esta noble mujer quieta y segura en el claustro, y veamos los lazos que el marques me dispuso, mucho mas vengativo cuando no halló á mi esposa en casa de la vieja, ni aun pudo presumir en donde se ocultaba de su vista.

Lo primero que hizo fué ponerme un propio avisándome estar enfermo, y que luego, leida la suya, enfardelara las existencias y me pusiera en camino á la lijera para México, porque así convenia á sus intereses.

Yo inmediatamente obedecí las órdenes de mi amo y traté de ponerme en camino; pero no sabia la red que tenia prevenida.

Esta fué la siguiente. En una de las ventas donde yo debia de parar tenia mi amo apostados dos ó tres bribones mal intencionados [que todo se compra con el oro], los cuales, sin poder yo prevenirlo, se me dieron por amigos, diciéndome iban á cumplimentarme de parte del marqués.

Yo los creí sincerísimamente, porque el hombre mientras menos malicioso, es mas fácil de ser engañado, y así me comuniqué con ellos, sin reserva. En la noche cenamos juntos y brindamos amigablemente, y ellos no perdiendo tiempo para su intriga, embriagaron á mis mozos, y á buena hora mezclaron entre los tercios de ropa una considerable porcion de tabaco y se acostaron á dormir.

A otro dia madrugamos todos para venirnos á la capital, á la que

llegamos en el preciso dia á marchas forzadas. Pasaron mis cargas de la garita sin novedad y sin registro; bien es verdad, que no sé qué diligencia hicieron con los guardas, porque como no todos los guardas son íntegros, se compran muchos de ellos á bajo precio.

Yo no hice alto en esto, pensando que mis camaradas iban á platicar con ellos, porque tal vez serian conocidos; y así con esta confianza llegamos á México y á la misma casa del marqués.

Luego que me apeé, mandó éste desaparejar las mulas y embodegar las cargas, haciéndome al mismo tiempo mil espresiones.

En vista de ellas, aunque ya tenia en el cuerpo las malas noticias de mi esposa que habia recibido en el camino, no pude escusarme de admitir sus obsequios, y aunque deseaba ir á verla al convento, me fué forzoso disimular y condescender con las instancias del marqués.

A pesar de la molestia y cansancio que me causó el camino, no pude dormir aquella noche pensando en mi adorada Matilde, que este es el nombre de mi esposa; pero por fin, amaneció y me vestí, esperando que despertara el marqués para salir de casa.

No tardó mucho en despertar; pero me dijo que en la misma mañana queria que concluyéramos las cuentas, porque tenia un crédito pendiente y deseaba saber con que contaba de pronto para cubrirlo.



Como yo, aunque lo veia con tedio, no presumia que trataba de aprovechar aquellos momentos para perderme, y á mas de esto, anhelaba tambien para entregarle su ancheta y romper de una vez todas las conexiones que me habian acarreado su amistad, no me costó mucho trabajo darle gusto.

En efecto, comenzé á manifestarle las cuentas y á ese tiempo entraron en el gabinete dos ó tres amigos suyos, cuyas visitas suspendieron nuestra ocupacion, bien á mi pesar, que estaba demasiado violento por quitarme de la presencia de aquel pérfido; pero no fué dable, porque el pícaro pretestando urbanidad y cariño, sacó al co-

medor á sus amigos sin dejarme separar de ellos; ántes tratándome con demasiada familiaridad y espresion, y de esta suerte nos sentamos juntos á almorzar.

Aun no bien habiamos acabado, cuando entró un lacayo con un recado del cabo del resguardo que esperaba en el patio con cuatro soldados.

¡Soldados en mi casa? preguntó el marques fingiendo sorprenderse. Sí señor, respondió el lacayo: soldados y guardas de la aduana. ¡Válgate Dios! ¿Qué novedad será ésta? Vamos á salir del cuidado.

Diciendo esto, bajamos todos al patio, donde estaban los guardas y soldados. Saludaron á mi amo cortezmente, y el cabo ó superior de la comparsa preguntó; ¿quién de nosotros era su dependiente que acababa de llegar de tierra adentro? El marques contestó que yo, é inmediatamente me intimaron que me diese preso, rodeándose de mí al mismo tiempo los soldados.

Considere vd. el sobresalto que me ocuparia al verme preso y sin saber el motivo de mi prision; pero mucho mas sofocado quedé cuando preguntándolo el marques, le dijeron que por contrabandista, y que en achaque de géneros suyos habia pasado la noche antecedente una buena porcion de tabaco entre los tercios, que aun debian de estar en su bodega: que la denuncia era muy derecha, pues no menos venia que por el mismo arriero que enfardeló el tabaco, por señas que los tercios mas cargados eran los de la marca T; y por último, que de órden del señor director prevenian al señor marques contestase sobre el particular y entregase el comiso.

El marques con la mas pérfida simulacion decia: si no puede ser eso; sobre que este sujeto es demasiado hombre de bien, y en esta confianza le fio mis intereses sin mas seguridad que su palabra, cómo era posible que procediera con tanta bastardía que tratase de

abochornarme y de perderse? ¡Vamos, que no me cabe en el juicio!

Pues señor, decian los guardas, aquí está el escribano que dará fé de lo que se halle en los tercios: registrémoslos y saldrémos de la duda.

Así será, dijo el marques, y como lleno de cólera mandó pedir las llaves. Trajéronlas, abrieron la bodega, desliaron los tercios y fueron encontrándolos casi rellenos de tabaco.

Entonces el marques, revistiendo su cara de indignacion y echándome una mirada de rico enojado, me dijo: so bribon, trapacero, villano y mal agradecido: ¿este es el pago que ha dado á mis favores? ¿Así se me corresponde la ciega é imprudente confianza que hice de él? ¿Así se me recompensan mis servicios que en nada me los tenia merecidos? Y por fin, así se retorna aquella generosidad con que le dí mi dinero para que él solo se aprovechara de sus utilidades, sin que conmigo partiera ni un ochavo, cosa que tiene pocos ejemplares? ¿No le bastaba al muy pícaro robarme y defraudarme; sino que trató de comprometer á un hombre de mi honor y de mi clase? Muy bien está que él pague el fraude hecho contra la real hacienda, bogando en una galera ó arrastrando una cadena en un presidio por diez años; pero á mí, ¿quién me limpiará de la nota en que me ha hecho incurrir, á lo menos entre los que no saben la verdad del caso? Y ¿quién restaurará mis intereses, pues es claro que cuanto tienen de tabaco los tercios, tanto les falta de géneros y existencias? Mi honor yo lo vindicaré y aquilataré hasta lo último; pero ¿cómo resarciré mis intereses?

Vamos, no calle, ni quiera hacerse ahora mosca muerta. Diga la verdad delante del escribano. Yo lo mandé á comerciar en tabaco? ¿O tengo interes en este contrabando?

Yo, que habia estado callado á semejante inicua reprension, atur-

dido no por mi culpa, que ninguna tenia (1), sino por la sorpresa que me causó aquel hallazgo y por las injurias que escuchaba de la boca del marques, no pude menos que romper el silencio á sus preguntas, y confesar que él no tenia la mas mínima parte en aquello, pero que ni yo tampoco, pues Dios sabia que ni pensamiento habia tenido de emplear un real en tabaco. A esto se rieron todos, y despues de emplazar al marques para que contestara, cargaron con los tercios para la aduana y conmigo para esta prision, sin tener el ligero gusto de ver á mi querida esposa, causa inocente de todas mis desgracias.

Dos años hace que habito las mansiones del crímen, reputado por uno de tantos delincuentes: dos años hace que sin recurso lidio con las perfidias del marques, empeñado en sepultarme en un presidio, que hasta allá no ha parado su vengativa pasion; porque despues que con infinito trabajo he probado con las declaraciones de los arrieros que no tuve ninguna noticia del tabaco, él me ha tirado á perder demandándome el resto que dice falta á su principal: dos años hace que mi esposa sufre una horrorosa prision; y dos años hace que yo tolero con resignacion su ausencia y los muchos trabajos que no digo; pero Dios que nunca falta al inocente que de veras confia en su alta Providencia, ha querido darse por satisfecho, y enviarme los consuelos á buen tiempo; pues cuando ya los jueces, engañados con la malicia de mi poderoso enemigo y con los enredos del venal escribano de la causa, que lo tenia comprado con doblones, trataban de confinarme á un presidio, asaltó al marques la enfermedad de la muerte, en cuya hora, convencido de su iniquidad, y temiendo el terrible salto que iba á dar al otro mundo, entregó á

(1) No siempre la turbacion prueba delito. Esta es una prueba muy equívoca; antes el hombre de bien se aturdirá mas presto que el pícaro procaz cuando se vea acusado de un delito que no ha cometido. El inmutarse, desfigurarse el semblante y balbucir las palabras, probará terror ó vergüenza; pero no siempre la realidad del delito.

su confesor una carta escrita y firmada de su puño, en la que despues de pedirme un síncero perdon, confiesa mi buena conducta, y que todo cuanto se me habia imputado habia sido calumnia y efecto de una desordenada y vengativa pasion.

De esta carta tengo copia, y se les ha dado á los jueces privadamente para que no pare en perjuicio del honor del marques; de manera que de un dia á otro espero mi libertad y el resarcimiento de mis intereses perdidos.

Esta, amigo, es mi trágica aventura. Se la he contado á vd. para que no se desconsuele, sino que aprenda á resignarse en los trabajos, seguro de que si está inocente, Dios volverá por su causa.

Aquí llegaba Don Antonio, cuando fué preciso separarme para rezar el rosario y recogernos. Sin embargo, despues de cenar y cuando estuvimos mas solos le dije lo siguiente.

CAPITULO VIII.

Sale Don Antonio de la cárcel: entrégase PERIQUILLO á la amistad de los tunos sus compañeros, y lance que le pasó con el Aguilucho.

CUANDO estuvimos acostados le dije á Don Antonio: ciertamente, querido amigo, que en este instante he tenido un gusto y un pesar. El gusto ha sido saber que su honor de vd. quedó ileso, tanto de parte de su fidelísima consorte, cuanto de parte del marques, en virtud de la tan pública y solemne retractacion que ha hecho, segun la cual vd. será restituido brevemente á su libertad, y disfrutará la amable compañia de una

esposa tan fiel y digna de ser amada; y el pesar ha sido por advertir el poco tiempo que gozaré la amable compañía de un hombre generoso, benéfico y desinteresado.

Reserve vd. esos elogios, me dijo Don Antonio para quien los sepa merecer. Yo no he hecho con vd. mas que lo que quisiera hicieran conmigo, si me hallara en su situacion; y así, solo he cumplido en esta parte con las obligaciones que me imponen la religion y la naturaleza; y ya vé vd. que el que hace lo que debe, no es acreedor ni á elogios ni á reconocimiento.

Oh señor! le dije, si todos hicieran lo que deben, el mundo seria feliz; pero hay pocos que cumplen con sus deberes, y esta escasez de justos hace demasiado apreciables á los que lo son, y vd. no lo dejará de ser para mí en cuanto me dure la vida. Apeteceria que mi suerte fuera otra para que mi gratitud no se quedara en palabras, pues si segun vd. el que hace lo que debe no merece elogios, el que se manifiesta agradecido á un favor que recibe, hace lo que debe justamente; porque ¿quién será aquel indigno que recibiendo un favor como yo, no lo confiese, publique y agradezca, á pesar de la modestia de su benefactor? Mi padre, señor, era muy honrado y dado á los libros, y yo me acuerdo haberle oido decir que el que inventó las prisiones fué el que hizo los primeros beneficios: ya se ve que esto se entiende respecto de los hombres agradecidos; pero ¿quién será el infame que recibiendo un beneficio no lo agradezca? En efecto, el ingrato es mas terrible que las fieras. Vd. ha visto la gratitud de los perros, y se acordará de aquel leon, á quien habiéndole sacado un caminante una espina que tenia clavada en la mano, siendo éste despues preso y sentenciado á ser víctima de las fieras en el circo de Roma, por suerte, ó para leccion de ingratos, le tocó que saliese á devorarlo aquel mismo leon á quien habia curado de la mano, y éste, con admiracion de los espectadores, luego que por el olfato conoció á su benefactor, en vez de arremeterle y despeda-

zarlo como era natural, se le acerca (1), lo lame, y con la cola, boca y cuerpo todo, lo agasaja y halaga, respetando á su favorecedor. ¿Quién, pues, será el hombre que no sea reconocido? Con razon las antiguas leyes no prescribieron pena á los ingratos, pensando el legislador que no podia darse tal crimen; y con igual razon dijo Ausonio, *que no producia la naturaleza cosa peor que un ingrato.*

Con que vea vd., amigo Don Antonio, si podré yo escusarme de agradecer á vd. los favores que me ha dispensado.

Yo jamas hablo contra lo que me dicta la razon, me respondió, conozco que es preciso y justo agradecer un beneficio; yo así lo hago y aun lo publico, pues á mas no poder, es una media paga el publicar el bien recibido, ya que no se pueda compensar de otra manera; pero con todo eso, desearia que no lo hicieran conmigo, porque no apetezco la recompensa de tal cual beneficio que hago, del que lo recibe, sino de Dios y del testimonio de mi conciencia; porque yo tambien he leido en el autor que vd me citó que *el que hace un beneficio no debe acordarse de que lo hizo.*

Conque así, dejando esta materia, lo que importa es que vd. no desmaye en los trabajos, ni se abata cuando yo le falte, pues le queda la Providencia, que acudirá á sostenerlo en ese caso, así como lo hace ahora por mi medio, pues yo no soy mas que un instrumento de quien á la presente se vale.

En estas amistosas conversaciones nos quedamos dormidos, y á otro dia, sin esperarlo yo, me llamaron para arriba. Subí sobresaltado, ignorando para que me necesitaban; pero pronto salí de la duda, haciéndome entender el escribano que me iba á tomar la *confesion con cargos.*

(1) Es de advertir que cuando los romanos echaban fieras á los delincuentes, les cercenaban el alimento para hacerlas mas feroces con el hambre.

Me hicieron poner la cruz, y me conjuraran cuanto pudieron para que confesara la verdad, so cargo del juramento que habia prestado.

Yo en nada menos pensaba que en confesar ni una palabra que me perjudicara, pues ya habia oido decir á los léperos que en estos casos *primero es ser mártir que confesor;* pero sin embargo, yo juré decir verdad, porque decir que sí no me perjudicaba.

Comenzaron á preguntarme mucho de lo que ya se me habia preguntado en la declaracion preparatoria, y yo repetí las mismas mentiras á muchas de las mismas preguntas, que sospechaba no me eran favorables, y así negué mi nombre, mi patria, mi estado, etc. añadiendo acerca del oficio, que era labrador en mi tierra: confesé, porque no lo podia negar, que era verdad que Januario era mi amigo, y que el zarape y rosario eran suyos, pero no dije como habian venido á mi poder, sino que me los habia empeñado.

A seguida se me hicieron varios cargos; pero nada valió para que yo declarara lo que se queria, y en vista de mi resistencia, se concluyó aquella formalidad, haciéndome firmar la declaracion y despachándome al patio.

Yo obedecí prontamente, como que deseaba quitarme de su presencia. Bajéme á mi calabozo, y no hallándome en él á Don Antonio, salí al patio á tomar sol.

Estando en esta diligencia, se juntaron cerco de mí unos cuantos cofrades de Birjan, y tendiendo una frazadita en el suelo, se sentaron á jugar á la redonda en buena paz y compañía, la que por poco les deshace el presidente, si no le hubieran pagado dos ó cuatro reales de licencia, que tanto llevaba de pitanza con el nombre de licencia, por cada rueda de juego que se ponia, y tal vez mas, segun era la cantidad que se jugaba.

Yo me admiraba al ver que en la cárcel se jugaba con mas libertad y á menos costo que en la calle; envidiando de paso las bus-

cas de los presidentes, pues á mas de las generales, éste de quien hablo tenia otras que no le dejaban poco provecho, porque por tercera persona metia aguardiente y lo vendia como se le antojaba, prestaba sobre prendas con dos reales de logro por peso, y hacia otras diligencias tan lícitas y honestas como las dichas.

Deseaba yo mezclarme con los tahures á ver si me *ingeniaba* con alguna de las gracias que me habia enseñado Juan Largo; pero no me determiné por entonces, porque era nuevo y veia la clase de gente que jugaba, que cada uno podia darme lecciones en el arte de la fullería; y así me contenté con divertirme mirándolos.

Pasado un largo rato de ociosidad, como todos los que se pasan en nuestras cárceles, repetí mi viaje al calabozo y ya estaba Don Antonio esperándome. Le conté todo mi acaecimiento con el escribano, y él mostró admirarse diciéndome: me hace fuerza que tan presto se haya evacuado la confesion con cargos; pues ayer le dije á vd. que podia esperar este paso de aquí á tres meses, y en efecto, puedo citarle muchos ejemplares de estas dilaciones. Bien es verdad que cuando los jueces son activos y no hay embarazo que lo impida, ó urge mucho la conclusion del negocio, se determina pronto esta diligencia.

Pero vamos á esto: ¿ha hecho vd. muchas citas? Porque siendo así, se enreda ó se demora mas la causa. No sé lo que son citas, le respondí; á lo que Don Antonio me dijo: citas son las referencias que el reo hace á otros sugetos, poniéndolos por testigos, ó citándolos con cualquiera ingerencia en la causa, y entonces es necesario tomarles á todos declaracion, para examinar por esta la verdad ó falsedad de lo que ha dicho; y esto se llama evacuar citas. Ya verá vd. que naturalmente estas diligencias demandan tiempo.

Pues amigo, le dije, mal estamos; porque yo para probar que no salí con Januario la noche del robo, atestigüé que me habia estado en el truquito con todos los inquilinos de él, y estos son muchos.

En verdad que hizo vd. mal, me dijo D. Antonio; pero si no habia prueba mas favorable, vd. no podia omitirla. En fin, si con la prisa que ha comenzado el negocio, continúa, puede vd. tener esperanza de salir pronto.

En estas y otras conversaciones entretuvimos el resto de aquel dia, en el que mi caritativo amigo me dió de comer, y en los quince ó veinte mas que duró en mi compañía, no solo me socorrió en cuanto pudo, sino que me doctrinó con sus consejos. ¡Ah, si yo los hubiera tomado!

Cuando me veia adunarme con algunos presos, cuya amistad no le parecia bien, me decia: mire vd. D. Pedrito, dice el refran *que cada oveja con su pareja*. Podia vd. no familiarizarse tanto con esa clase de gente como N. y Z., pues, no porque son pobres ni morenos; estos son accidentes por los que solamente no debe despreciarse al hombre ni desecharse su compañía, en especial si aquel color y aquellos trapos rotos cubren, como suele suceder, un fondo de virtud; sino porque esto no es lo mas frecuente; ántes la ordinariez del nacimiento y del despilfarro de la persona suelen ser los mas seguros de su ninguna educacion ni conducta; y ya ve vd. que la amistad de unas gentes de esta clase no pueden traerle ni honra ni provecho; y ya se acuerda de que, segun me ha contado, los estravíos que ha padecido y los riesgos en que se ha visto, no los debe á otros que á sus malos amigos, aun en la clase de bien nacidos, como el señor Januario.

A este tenor eran todos los consejos que me daba aquel buen hombre, y asi con sus beneficios como con la suavidad de su carácter, se hizo dueño de mi voluntad, en términos que yo lo amaba y lo respetaba como á mi padre.

Esto me acuerda que yo debí á Dios un corazon noble, piadoso y dócil á la razon. La virtud me prendaba, vista en otros: los delitos atroces me horrorizaban, y no me determinaba á cometerlos; y la

sensibilidad se excitaba en mis entrañas á la presencia de cualquiera escena lastimosa.

Pero ¿qué tenemos con estas buenas cualidades si no se cultivan? ¿Qué, con que la tierra sea fértil, si la semilla que en ella se siembra es de zizaña? Eso era cabalmente lo que me sucedia. Mi docilidad me servia para seguir el ímpetu de mis pasiones y el ejemplo de mis malos amigos; pero cuando lo veia bueno, pocas veces dejaba de enamorarme la virtud, y si no me determinaba á seguirla constantemente, á lo menos me sentia inclinado á ello, y me refrenaba miéntras tenia el estímulo á la vista.

Así me sucedió mientras tuve la compañía de D. Antonio, pues léjos de envilecerme ó contaminarme mas con el perverso ejemplo de aquellos presos ordinarios, que conocemos con el nombre de *gentalla,* segun me aconteció en el truquito, léjos de esto, digo, iba yo adquiriendo no sé qué modo de pensar con honor, y no me atrevia á asociarme con aquella broza por vergüenza de mi amigo, y por la fuerza que me hacian sus suaves y eficaces persuaciones. ¡Qué cierto es que el ejemplo de un amigo honrado contiene, á veces mas que el precepto de un superior, y mas si éste solo da preceptos y no ejemplos!

Pero como yo apénas comenzaba á ser aprendiz de hombre de bien con los de mi buen compañero, luego que me faltaron, rodó por tierra toda mi conducta y señorío, á la manera que un cojo irá á dar al suelo luego que le falta la muleta.

Fué el caso: que una mañana que estaba yo solo en mi calabozo leyendo en uno de los libros de D. Antonio, bajó éste de arriba, y dándome un abrazo, me dijo muy alborozado: querido D. Pedro, ya quiso Dios, por fin, que triunfara la inocencia, de la calumnia, y que yo logré el fruto de aquella en el goce completa de mi libertad. Acababa el alcaide de darme el correspondiente boleto. Yo trato de no perder momentos en esta prision para que mi buena esposa

tenga cuanto ántes la complacencia de verme libre y á su lado; y por este motivo resuelvo marcharme ahora mismo. Dejo á vd. mi cama, y esa caja con lo que tiene dentro para que se sirva de ella entre tanto la mando sacar de aquí; pero le encargo me la cuide mucho.

Yo prometí hacer cuanto él me mandara, dándole los plácemes por su libertad, y las debidas gracias por los beneficios que me habia hecho, suplicándole que mientras estuviera en México, se acordara de su pobre amigo Perico, y no dejara de visitarlo de cuando en cuando. El me lo ofreció así poniéndome dos pesos en la mano, y estrechándome otra vez entre sus brazos, me dijo: sí mi amigo.... mi amigo...... ¡pobre muchacho! bien nacido y mal logrado......... Adios......... No pudo contener este hombre sensible y generoso su ternura: las lágrimas interrumpieron sus palabras, y sin dar lugar á que yo hablara otra, marchó dejándome sumergido en un mar de afliccion y sentimiento, no tanto por la falta que me hacia D. Antonio, cuanto por lo que estrañaba su compañía; pues en efecto ya le dije y no me cansaré de repetirlo, era muy amable y generoso.

Aquel dia no comí, y á la noche cené muy parcamente: mas como el tiempo es el paño que mejor enjuga las lágrimas que se vierten pre los muertos y los ausentes, al segundo dia yo me fuí serenando poco á poco: bien es verdad que lo que calmó fué el exceso de mi dolor, mas no mi amor ni mi agradecimiento.

Apenas los pillos mis compañeros me vieron sin el respeto de D. Antonio y advirtieron que quedé de depositario de sus bienecillos, cuando procuraron granjearse mi amistad, y para esto se me acercaban con frecuencia, me daban cigarros cada rato, me convidaban á aguardiente, me preguntaban por el estado de mi causa, me consolaban, y hacian cuanto les sugeria su habilidad por apoderarse de mi confianza.

No les costó mucho trabajo porque yo, como buen bobo, decia; no, pues estos pobres no son tan malos como me parecieron al principio. El color bajo y los vestidós destrozados no siempre califican á los hombres de perversos; ántes á veces pueden esconder algunas almas tan honradas y sensibles como la de D. Antonio; y ¿qué sé yo si entre estos infelices me encontraré con alguno que supla la falta de mi amigo?

Engañado con estos hipócritas sentimientos, resolví hacerme camarada de aquella gentusa, olvidándome de los consejos de mi ausente amigo, y lo que es mas, del testimonio de mi conciencia que me decia, que cuando no en lo general, á lo menos en lo comun, raro hombre sin principios ni educacion deja de ser vicioso y relajado.

A los tres dias de la partida de D. Antonio ya era yo consocio de aquellos tunos, llevando con ellos una familiaridad tan estrecha como si de años atrás nos hubiéramos conocido; porque no solo comiamos, bebiamos y jugabamos juntos, sino que nos tuteábamos y retozábamos de manos como unos niños.

Pero con quien mas me intimé fué con un mulatillo gordo, aplastado, chato, cabezon, encuerado y demasiadamente vivo y atrevido, que le llamaban *Aguilita*, y yo jamas le supe otro nombre, que verdaderamente le convenia así por la rapidez de su génio, como por lo afilado de su garra. Era un ladron astuto y ligerísimo; pero de aquellos ladrones rateros, incapaces de hacer un robo de provecho, pero capaces de sufrir veinticinco azotes en la picota por un vidrio de á dos reales ó un pañito de á real y medio. Era en fin, uno de estos macutenos ó corta bolsas, pero delicado en la facultad. No se escapaba de sus uñas el pañuelo mas escondido, ni el trapo mas bien asegurado en el tendedero. ¡Qué tal seria, pues los otros presos que eran tambien profesores de su arte, le rendian el *pórrigo* (1), le con-

(1.) Plinio y otros autores usan la frase *Herbam porrigere* en boca del que

fesaban la primacía, y se guardaban de él como si fueran los mas lerdos en el oficio!

El mismo, haciendo alarde de sus delitos, me los contó con la mayor franqueza, y yo le referí mis aventuras punto por punto en buena correspondencia, sin ocultarle que asi como á él por mal nombre le llamaban *Aguilita,* asi á mi me decian *Periquillo Sarniento.*

No fué menester mas que revelarle este secreto, para que todos lo supieran, y desde aquel dia ya no me conocian con otro nombre en la cárcel.

Este fué, segun dije, el gran sugeto con quien yo travé la mas estrecha amistad. Ya se deja entender qué ejemplos, qué consejos y qué beneficios recibiria de mi nuevo amigo y de todos sus camaradas. Como de ellos.

Al plazo que dije ya habian concluido los dos pesos que me dejó D. Antonio, y yo no tenia ni que comer ni que jugar. Es cierto que el amigo Aguilucho partia conmigo de su plato; pero éste era tal que lo pasaba con la mayor repugnancia, pues se reducia á un poco de atole aguado por la mañana, un trozo de toro mal cocido en caldo de chile al medio dia, y algunos alverjones ó habas por la noche, que ellos engullian muy bien, tanto por no estar acostumbrados á mejores viandas, como por ser estas de las que les daba la caridad; pero yo apenas las probaba: de manera que si no hubiera sido por un bienhechor que se designó favorecerme, perezco en la cárcel de enfermedad ó de hambre, pues era seguro que si comia las minuciones alverjonescas y el toro medio vivo, me enfermaria gravemente, y si no comia eso, no habiendo otros alimentos, la debilidad hubiera dado conmigo en el sepulcro.

confiesa haber sido vencido. Por esto antiguamente en las escuelas y cátedras de gramática se usó que los que habian dicho algun disparate, se hincasen ante el que se los corrigió, diciéndole *pórrigo tibi,* y á esto alude la frase poco usada hoy de *rendir el pórrigo,* que para su inteligencia pareció necesario esplicar en esta nota.—*E.*

Pero nada de esto sucedió; porque desde el cuarto dia de la ausencia de D. Antonio, me llevaron de la calle un canastito con suficiente y regular comida, sin poder yo averiguar de donde; pues siempre que lo preguntaba al mandadero, solo sacaba de éste que me lo mandaba un *amigo*, quien mandaba decir, que no necesitaba saber quien era.

En esta inteligencia, yo recibia el canastillo, daba las gracias á mi desconocido benefactor, y comia con mejores apetencias, y casi siempre en compañía del Aguilucho ó de alguno de sus cófrades.

Mas como la amistad de estos no era verdadera, ni se dirigia á mi bien sino al provecho que esperaban sacar de mi, no cesaban de instarme á jugar, y esto lo hacian por medio del Aguilita, quien me decia á cada cuarto de hora: amigo Perico, vamos á jugar, hombre, ¿qué haces tan triste y arinconado con el libro en la mano hecho santo de colateral? Mira: en la cárcel solo bebiendo ó jugando se puede pasar el rato, pues no hay nada que hacer ni en que ocuparse. Aquí el herrero, el sastre, el tejedor, el pintor, el arcabucero, el batihoja, el hojalatero, el carrocero y otros muchos artesanos luego que se ven privados de su libertad, se ven tambien privados de su oficio, y de consiguiente constituidos en la última miseria ellos y sus familias en fuerza de la holgazanería á que se ven reducidos; y los que no tienen oficio, perecen de la misma manera; y así, camarada, ya que no hay mas que hacer, pasemos el rato jugando y bebiendo mientras que nos ahorcan é nos envian á comer pescado fresco á S. Juan de Ulúa; porque lo demas será quitarnos la vida antes que el verdugo ó los trabajos nos las quiten.

Acabó mi amigo su persuasiva conversacion, y le dije no pensé jamas que un hombre de tu pelage hablara tan razonablemente; porque la verdad, y sin que sirva de enojo, los de tu clase no se esplican en materia ninguna de ese modo. Aunque no es esa regla tan general como la supones, me contestó, sin embargo, es necesa-

rio concederte que es así, por la mayor parte; mas esa dureza é idiotismo que adviertes en los indios, mulatos y demas castas, no es por defecto de su entendimiento, sino por su ninguna cultura ni educacion. Ya habras visto que muchos de esos mismos que no saben hablar, hacen mil curiosidades con las manos como son cajitas, escribanías, monitos, matraquitas y tanto cachibache que atrae lo aficion á los muchachos y aun de los que no lo son. Pues lo mas especial que hay en el caso es el precio en que los venden y la herramienta con que los trabajan. El precio es poco menos que medio real ó cuartilla, y la herramienta se reduce á un pedazo de cuchillo, una tira de hoja de lata y casi siempre nada mas.

Esto prueba bien que tienen mas talento del que tu le concedes; porque si no siendo escultores, carpinteros, carroceros, etc., ni teniendo conocimiento en las reglas de las artes que te he nombrado hacen una figura de un hombre ó de un animal, una mesa, un ropero, un cochecito y cuanto quieren, tan bonitos y agradables á la vista; si hubieran aprendido esos oficios, claro es que harian obras perfectas en su línea.

Pues de la misma manera debes considerar que si los dedicaran á los estudios, y su trato ordinario fuera con gente civilizada, sabrian muchos de ellos tanto como el que mas, y serian capaces de lucir entre los doctos no obstante la opacidad de su color [1]. Yo por ejemplo, hablo regularmente el castellano porque me crié al lado de un fraile sabio, quien me enseñó á leer escribir y hablar. Si

[1'] Aun se acuerdan en esta ciudad de aquel negrito lego, pero poeta improvisador y agudisimo, de quien entre sus muchas repentinas agudezas, se celebra la que dijo al sabio padre Samudio, jesuita, con ocasion de preguntar éste al compañero si nuestro negro, uue iba cerca, era el mismo de quien tanto se hablaba; lo oyó éste y respondió:

Yo soy el negrito poeta
Aunque sin ningun estudio,
Si no tuviera esta geta
Fuera otro padre Samudio.

me hubiera creado en casa de tia la tripera, seguramente á la hora de esta no tuviera nada que admirar en mí.

Pero dejemos estas filosofias para los estudiantes. Aquí nada vale hablar bien ni mal, ser blancos ni prietos, trapientos ó decentes, lo que importa es ver como se pasa el rato, como se les pelan los medios á nuestros compañeros; y así vamos á jugar, Periquillo, vamos á jugar, no tengas miedo, à mi no me la dan de malas en el naipe: de eso entiendo mas que de castrar monas; y en fin, amarro un albur á veinte cartas. Conque vamos hombre.

Yo le dije que iria de buena gana si tuviera dinero, pero estaba sin blanca. ¡Sin blanca! esclamó el Girifalte. No puede ser. ¿Pues para qué quieres esas sábanas ni esa colcha que tienes en la cama ni los demas trevejos que guardas en la cajita? Aquí el presidente y otros de tan arreglada conciencia como él, prestan ocho con dos sobre prendas, ó al valer, ó á si chifla.

El logro de recibir dos reales por premio de ocho que se presten, le dije, ya lo entiendo, y se que eso se llama prestar ocho con dos; pero en esto de la valedura y del chiflido no tengo inteligencia. Esplícame que cosas son.

Prestar al valer, me respondió, es prestar con la obligacion de dar el agraciado al prestador medio ó un real de cada albur que gane; y prestar á si chifla, es prestar con un plazo señalado y sin usura; pero con la condicion de que pasado éste y no sacando la prenda, se pierde ésta sin remedio, en el dinero que se preste sobre ella, sin tener el dueño accion para reclamar las demasías.

Muy bien, dije yo: he quedado bien enterado del asunto, y saco por buena cuenta que ya de uno, ya de otro modo está el empeñador muy espuesto á quedarse sin su alhaja y los tales logreros en ocasion próxima de que se los lleve el diablo.

Eso no te apure, dijo el Aguilucho, que se los lleve ó nó, ¿qué

cuidado se te dá? ¿Acaso tu los pariste? El caso es que nos habiliten con monedas para jugar, y por la demas allá se las avengan

Todo está bueno, hermano, pero si esas prendas no son mias, ¿cómo las puedo empeñar? Con las manos, decia mi gran amigo, y si no quieres hacerlo tú yo lo haré, que sé muy bien quién presta y quién no, en nuestra casa. Lo que te puede detener, es lo que responderás á D. Antonio cuando venga por ellas, ¿no es eso? Pues mira: la respuesta es facilícima, natural y que debe pasar á la fuerza, y es decir que te robaron. No pienses que D. Antonio lo ha de dudar, porque á él mismo lo hemos robado yo y otros no tan asimplados como tú; y así es preciso que él se acuerde y diga: si á mí que era dueño de lo mio me robaban, ¿cómo no han de robar á este tonto, nuevo y que no ha de cuidar lo mio tanto como yo propio?

Fuera de que, aun cuando no discurriera de este modo, sino que pensara que era trácala tuya, qué te habia de hacer? Ya estás en la cárcel, hijo, ni mas adentro ni mas afuera.

Pero no tengas cuidado de que lo sepa, aunque vendas hasta los bancos públicamente, pues aquí todos nos tapamos con una frazada (1), y no te descubriéramos, si el diablo nos llevara.

Yo creo cuanto me dices le contesté; pero mira: ese sugeto es un buen hombre: ha hecho confianza de mí: se ha dado por mi amigo, y lo ha manifestado llenándome de favores. ¿Cómo, pues, es posible que yo proceda con él de esa manera?

¡Qué animal eres! decia el Gavilan: lo primero que esa amistad de Don Antonio era por su conveniencia, por tener con quien platicar, y porque con nosotros no tenia partido, por mono, ridículo y misterioso. Lo segundo, que ya embriagado con su libertad, no se acordará en la vida de esos *tiliches* (2), así como no se ha acordado

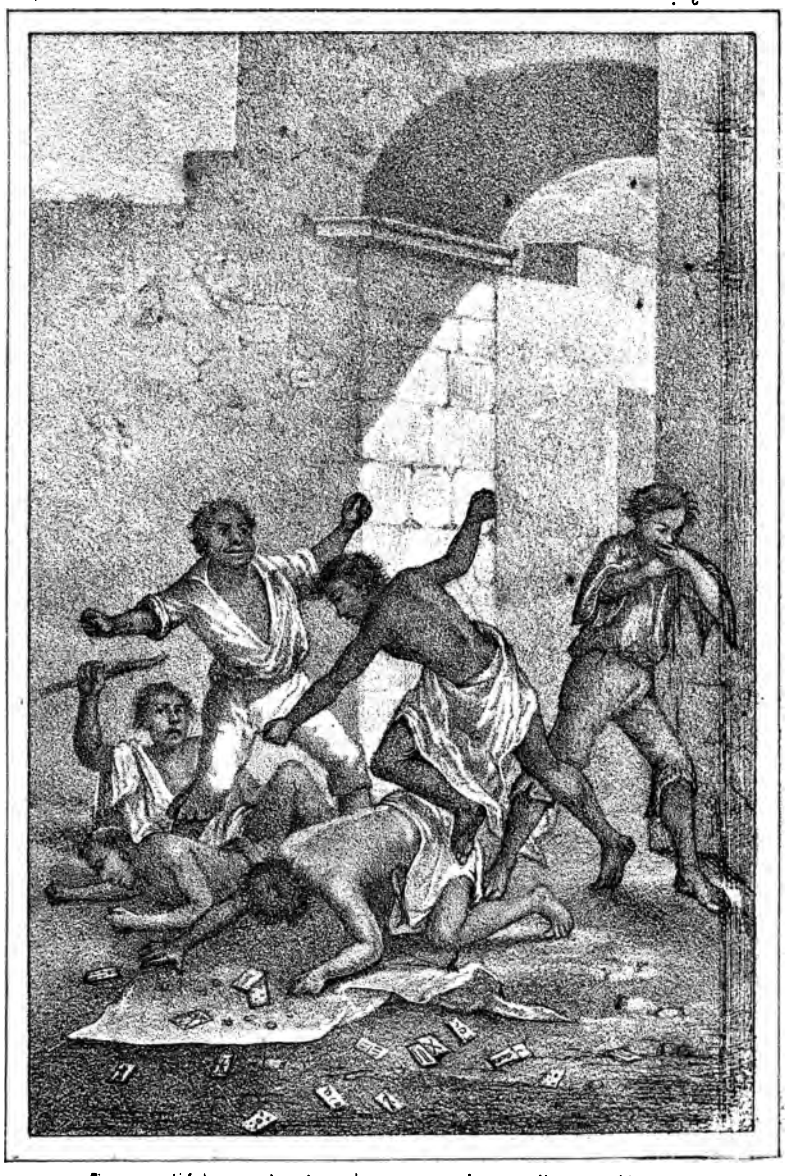
[1] Frase familiar con la que se da ä entender que dos ó mas se disculpan mútuamente, encubriendo así sus picardías ó manejos comunes.—*E.*
[2] Trapos viejos hechos pedazos.—*E.*

en cuatro dias que salió. Lo tercero, que en caso que se acuerde es fuerza que crea la disculpa sin hacerte cargo del robo, y lo cuarto y último, que eso no se llama agraviar á los amigos, pues tú no le haces ningun agravio, ni le quitas su mujer, ni su crédito, ni sus intereses, ni le das una puñalada, ni le haces ninguna injuria á sus sabiendas. Le vendes una que otra friolerilla por pura necesidad y sin que lo sepa; lo que es señal de grande amistad. Si le hicieras un daño cierto de que lo habia de saber, era señal de que lo querias agraviar; pero venderle cuatro trapos, seguro de que no lo sabrá, es la prueba mas incontestable de que lo quieres bien, lo que puede aquietar tu interior.

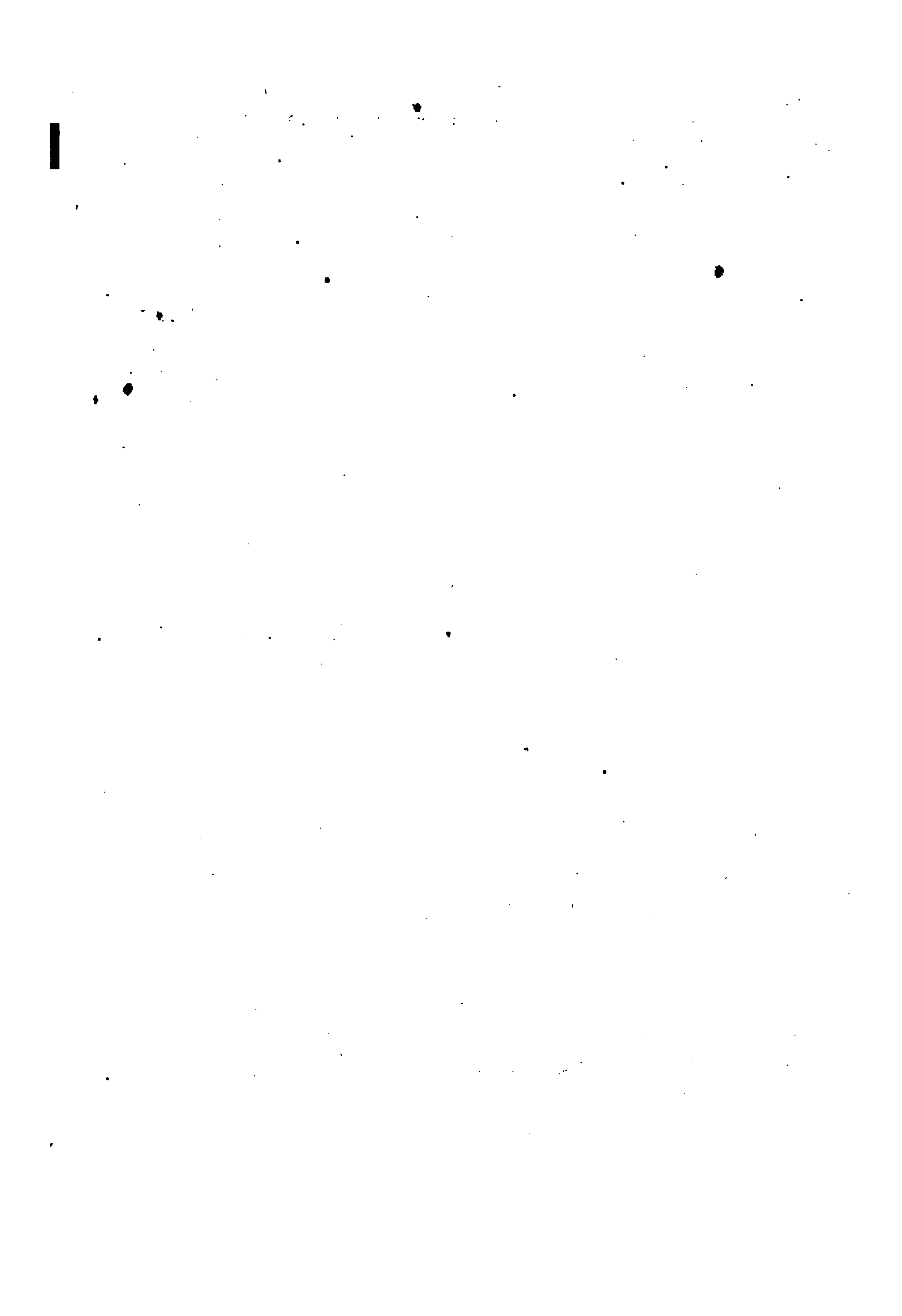
Finalmente, tanto hizo y dijo el pícaro mulatillo, que yo, que poco habia menester, me convencí y empeñé en cinco pesos unos calzones de paño azul muy buenos, con botones de plata que habia en la caja, y nos fuimos á poner el montecito sin perder tiempo.

Como moscas á la miel acudieron todos los pillos enfrazadados á jugar. Se sentaron á la redonda y comenzó mi amigo á barajar, y yo á pagar alegremente.

En verdad que era fullero el Aguilucho, pero no tan diestro como decia; porque en un albur que iba interesado con cosa de doce reales, hizo una desmolada tan tosca y á las claras, que todos se la conocieron, y comenzando por el dueño de la apuesta amparándolo sus amigos, y el montero los suyos, se encendió la cosa de tal modo que en un instante llegamos á las manos, y hechos un nudo unos sobre otros, caimos sobre la carpeta de juego, dándonos terribles puñetes, y algunos de amigos, pues como estábamos tan juntos y ciegos de cólera, los repartiamos sin la mejor puntería y soliamos dar el mejor mojicon al mayor amigo. A mí, por cierto, me dió uno tan feroz el Aguilucho, que me baño en sangre, y fué tal el dolor que sentí que pensé que habia escupido los sesos por las narices.



Se encendió la cosa de tal modo que en un instante llegamos á las manos



El alboroto del patio fué tan grande, que ni el presidente podia contenerlo con su látigo, hasta que llegó el alcaide, y como no era de los peores, nos sosegamos por su respeto.

Luego que nos serenamos, y estando yo en mi departamento, me fué á buscar mi compañero el Aguilucho, quien como acostumbrado á pendencias de cárcel y fuera de ella, estaba mas fresco que yo; y así con mucha sorna me preguntó ¿como me habia ido de campaña? De los diablos, le respondí; todos los dientes tengo flojos y las narices quebradas, siendo lo mas sensible para mi que tu fuiste quien me hizo tan gran favor.

Yo no lo sé, dijo el mulatillo; pero no lo niego, que cuando me enojo no atiendo como, ni á quien reparto mis cariños. Ya viste que aquellos malditos casi me tenian con la cara cosida contra el suelo, y así yo no veia á donde dirijia la mano. Sin embargo, perdóname, hermano, que no lo hice á mal hacer. ¿Y es mucha la sangre que has echado? No habia de haber sido tanta, le respondí, sobre que hasta desvanecido estoy. No le hace, añadió él. Sábete que no hay mal que por bien no venga, y regularmente un trompon de estos bien dado de cuando en cuando, es demasiado provechoso á la salud; porque son unas sangrías copiosas y baratas que nos desahogan las cabezas y nos precaven de una fiebre.

Maldito seas tu y tu remedio, condenado, le dije: y será mejor que en la vida no me apliques otra semejante sangría. Pero dime: ¿cómo salimos de monedas? Porque será la del diablo que despues de sangrados y magullados hayamas salido sin blanca.

Eso sí que no, me respondió mi camarada, las tripas hubiera dejado en manos de mis enemigos primero que un real. Luego que ví que nos comenzamos á enojar, procuré afianzar la plata, de suerte que cuando el general tocó á embestir, ya los medios estaban bien asegurados.

¿Y dónde? le pregunté; porque tu no tienes chupa, ni camisa, ni calzones, ni cosa que lo valga, ¿con que donde los escondiste tan presto? En la pretina de los calzones blancos, me contestó, y entre el ceñidor, y por acabar esa maniobra me pusieron como viste, que si desde el principio del pleito me cojen con ambas manos francas, otro gallo les cantara á esos tales; pero no somos viejos y sobran dias en el año.

Vaya, deja esos rencores, le dije: á ver lo que me toca, porque ya me muero de hambre y quisiera mandar traer de almorzar. Ya está corrida esa diligencia, me contestó el Aguilucho, y por señas que ahí viene tio Chepito el mandadero con el almuerzo.

En efecto, llego el viejecito con una canasta bien habilitada de manitas en adobo, cecina en tlemole, pan, tortillas, frijoles y otras viandas semejantes. Llamó el Aguilon á sus camaradas y nos pusimos todos en rueda á almorzar en buena paz y compañía, pero en medio de nuestro gusto nos acordamos del pulquillo, y su falta nos entristecia demasiado; mas al fin se suplió con aguardiente de caña, y fueron tan repetidos los bríndis, que yo como poco ó nada acostumbrado á beber me trastorné, de modo que no supe lo que sucedió despues, ni como me levanté de allí. Lo cierto es que á la noche cuando volví en mí me hallé en mi cama, no muy limpio y con un fuerte dolor de cabeza, y de esta manera me desnudé y procuré volverme á dormir, lo que no me costó poco trabajo.

CAPITULO IX.

En el que Periquillo dá razon del robo que le hicieron en la cárcel: de la despedida de D. Antonio: de los trabajos que pasó; y de otras cosas que tal vez no desagradarán á los lectores.



UEGO que amaneció se levantaron los presos de mi calabozo y yo el último de todos, aunque con bastante hambre, como que no habia cenadr en la nocho anterior. Mi primera diligencia fué ir á sacar una tablilla de chocolate para desayunarme; pero ¡cuál fué mi sorpresa cuando buscando en mi bolsa la llave de la cajita no la hallé en ella, ni debajo de la almohada, ni en parte alguna, y ostigado de mi apetencia rompí la expresada caja la encontré limpia de todo el ajuar de D. Antonio, al que yo miraba con demasiado cariño! Confieso que estuve á pique de partirme la cabeza contra la pared, de rabia y desesperacion, considerando la realidad del suceso, esto es, que los mismos compañeros, luego que me vieron borracho, me sacaron la llavecita de la bolsa y despabilaron cuanto la infeliz depositaba.

Yo acertaba en el juicio; pero no podia atinar con el ladron ni recabar el robo, y esto me llenaba mas de cólera; por manera que

no me detenia en advertir los funestos resultados que trae consigo la embriaguez, pues adormeciendo las potencias y embriagando los sentidos, constituye al ébrio en una clase de sensibilidad, que lo hace casi semejante á un leño, y en este miserable estado no solo está propenso á que lo roben, sino á que lo insulten y aun lo asesinen, como se ha visto por repetidos ejemplares.

En nada menos pensaba yo que en esto, lo que me hubiera importado, bastante para no haber contraido este horroroso vicio, como lo contraje, aunque no con mucha frecuencia.

Suspenso, triste, cabisbajo y melancólico estaba yo sentado en la cama roéndome las uñas, mirando de hito en hito la pobre caja limpia de polvo y paja, maldiciendo á los ladrones, echando la culpa á este y al otro, y sin acordarme ya del chocolate para nada; bien que aunque me acordara en aquel acto ¿de que me habria servido si no habia quedado ni señal de que habia habido tablillas en la caja?

Estando en esta contemplacion llegó mi camarada Aguilucho, quien con una cara muy placentera me saludó y preguntó que ¿cómo habia pasado la noche? A lo que yo le dije: la noche no ha estado de lo peor; pero la mañana ha sido de los perros.—¿Y por qué, Periquillo?—¿Cómo por qué? le dije; porque me han robodo. Mira como han dejado la caja de D. Antonio. Asomóse el Aguilucho á verla y esclamó como lastimado de mi desgracia: en verdad, hombre, que está la caja mas vacia que la que llamaba D. Quijote yelmo de Mambrino. ¡Qué diablura! ¡Qué picardía! ¡Qué infamia! A mí no me espanta que roben, vamos, si yo soy del arte ¿cómo me he de escandalizar por eso? Lo que me irrita es que roben á los amigos; porque, no lo dudes, Periquillo, en el monte está quien el monte quema. Sí, seguramente que los ladrones son de casa, y yo jurara que fueron algunos de los mismos pícaros que almorzaron ayer con *nosotros*. Si yo hubiera olido sus intenciones, no sucede nada de es

to; porque no me hubiera apartado de ti, y no que deseoso de desquitarme de lo que gasté, fuí á jugar con el resto que nos quedó, y se nos arrancó de cuajo; pero no te apures, que otro dia será mañana.

Con que segun eso, le dije, ¿ni para el desayuno te ha quedado? ¡Qué desayuno ni qué talega, me contestó, si anoche me acosté sin un cigarro! Pero dime: ¿qué fué lo que se llevaron de la caja? Una friolera, le dije: dos camisos, un par de calzoncillos, unas botas, unos zapatos buenos, unos calzones de tripe, dos pañuelos, unos libros, mi chocolate... .... últimamente, todo. ¡Qué bribonada! decia el mulatillo, yo lo siento hermano, y andaré listo por todos los calabozos y entresuelos, á ver si rastreo algo de eso que has dicho, que con una hilacha que encontremos, pierde cuidado todo parecerá, pero por ahora no te achucharres, enderézate, levanta la cabeza, párate [1], vamos, sal acá fuera y serénate, que no estamos hechos de trapos; mas se perdió en el diluvio y todo fué ageno, como lo que tú has perdido. Con que anda, Periquillo, ven, no seas tonto, te desayunarás.

Queriendo que no queriendo me levanté, deseoso del desayuno prometido; fuimos al calabozo del presidente, con quien habló el Aguilucho como en secreto. Abrió el cómitre una caja, y cuando yo pensé que iba á sacar una tablila ó dos, y alguna torta de pan, ví que sacó una botella y un vaso y le echó como medio cuartillo de aguàrdiente, el que tomó mi camarada y lo pasó de su mano á la mia diciendome: toma, Periquillo, haz la mañana. Hombre, le dije, yo no sé desayunarme sino ès con chocolate. Pues este es chocolate, me contestó; lo que sucede es que el que tú has bebido otras veces es de metate y este es de clavija; pero hijo, cree que este es

(1) Esto es, ponte en pié, levántate. Es comunísimo este provincialismo entre nosotros, aunque el verbo *pararse* no tiene tal acepcion ó significacion en castellano.—*E.*

mejor, porque fortolace el estómago y anima la cabaza..............
anda, pues, bebe, que el señor presidente está esperando el vaso.

Con esta y semejantes persuaciones me convenció, y entre los dos dimos vuelta al medio cuartillo, subiéndoseme la parte que me tocó mas presto de lo que era menester; pero por fin, con tan ligero auxilio, á las dos horas ya estaba yo muy contento y no me acordaba de mi robo.

Así pasamos quince dias, dándole yo al Aguilucho que comer, y él dándome que beber en mútua y recíproca correspondencia, bien es verdad que á cada instante me decia que vendiéramos ó empeñáramos las sábanas y colcha de la cama; pero no lo pudo conseguir de mí por entonces, porque le juré y rejuré que no las vendería por cuanto habia en este mundo, y para mejor cumplirlo se las llevé al presidente rogándole me las guardara para cuando su dueño las mandara llevar á su casa.

El dicho presidente me hizo el favor de guardarlas, y yo me quedé sin mas abrigo que mi zarapillo, con lo que perdió el taimado de mi buen amigo las esperanzas de tener parte en ellas; mas no por eso se dió por sentido conmigo, ya porque era de los que no tenian vergüenza, y ya porque no le tenia cuenta ser delicado y perder la coca de mi convite al medio dia, á cuya hora jamas faltó á mi lado, pues la comida que mi incógnito bienhechor me enviaba provocaba á cortejarla, así por su razon, como por su abundancia, no digo al tosco paladar del Aguilucho, sino á otros mas esquisitos.

Yo conceptué que el tal pícaro habia sido el principal agente de mi robo, como fué en efecto, pero no me dí por entendido porque consideré que me daba á odiar demasiado entre aquella gente, y al fin mas fácil seria sacar un judío de la inquisicion que un real de lo que ellos tendrian ya hasta digerido.

Con este disimulo fuimos pasando, recibiendo yo de tragos de aguardiente los bocados que le daba al Gavilan.

Un dia que estaba yo espulgando mi sucia y andrajosa camisa, me llamaron para arriba. Subí corriendo, creyendo que fuera para alguna diligecia judicial; pero no fué el escribano quien me llamó, sino mi buen amigo D. Antonio y su esposa, que tuvieron la bondad de visitarme.

Luego que me vió me abrazó con demasiado cariño, y su esposa me saludó con mucho agrado. Yo, en medio del gusto que tenia de ver á aquel verdadero y generoso amigo, no dejé de asustarme bastante, considerando que iba por sus trastos y que yo habia de darle las cuentas del gran capitan; pero D. Antonio me sacó pronto del cuidado, pues á pocas palabras me dijo que ¿por qué estaba tan sucio y despilfarrado? Porque ya sabe vd., le contesté, que no tengo otra cosa que ponerme. ¿Cómo no? dijo mi amigo, ¿pues qué se ha hecho la ropita que dejé en lacaja? Turbéme al oir esta pregunta, y no pude menos que mentir con disimulo, pues sin responder derechamente á la pregunta, le signifiqué que no la usaba por no ser mia, diciéndole con miedo, que el supuso efecto de vergüenza: como esa ropa no es mia sino de vd.... No señor, interrumpió D. Antonio, es de vd., y por eso la dejé en su poder. Usela norabuena. Le encargué que me la guardara por esperimentarlo; pero pues la ha sabido conservar hasta hoy, úsela.

La alma me volvió al cuerpo con esta donacion, aunque en mi interior me daba á Barrabás reflexionando que si él me exoneraba de la responsabilidad de la ropa, ya los malditos ladrones me habian embarazado el uso. Preguntéle ¿si habia de llevar su cama, para ir á disponerla? y me dijo que no, que todo me lo daba. Agradecíle como era justo su afecto y caridad, contándonle á la señorita los favores que debia á su marido y desatándome en sus elogios; oper él embarazó mi panegírico refiriéndome como luego que salió de la cárcel fué á ver á su esposa, quien ya le tenia una carta cerrada que le habia llevado un caballero, encargándole luego que la viera fuera á su casa, pues le importaba demasiado; que habiéndolo hecho así,

supó por boca del mismo individuo que era el primer albacea del marques, quien le suplicó encarecidamente no cesase hasta sacar a D. Antonio de la prision; que le pidiese perdon otra vez en su nombre, y á su esposa, de todos sus atentados, y que se le diesen de contado ocho mil pesos, tanto para compensarle su trabajo, cuanto para resarcirle de algun modo los perjuicios que le habia inferido, y que á su esposa se le diese un brillante cercado de rubíes, que lo tenia destinado para precio de su lubricidad, en caso de haber accedido á sus ilícitas seducciones, pero que habiendo esperimentado su fidelidad conyugal, se lo donaba de toda voluntad como corto obsequio á su virtud, suplicando á ambos lo perdonasen y encomendasen á Dios.

D. Antonio y su esposa me mostraron el cintillo, que era alhaja digna de un marques rico; pero los dos se enternecieron al acabar de contarme lo que he escrito; añadiendo la virtuosa joven: cuando advertí las malas intenciones de ese caballero y ví cuanto tuvo que padecer Antonio por su causa, lo aborrecí y pensé que mi odio seria eterno; pero cuando he visto su arrepentimiento y el empeño con que murió por satisfacernos, conozco que tenia una grande alma, lo perdono y siento su temprana muerte.

Haces muy bien, hija mia, en pensar de esa manera, dijo D. Antonio, y lo debemos perdonar aun cuando no nos hubiera satisfecho. El marques era un buen hombre; ¿pero qué hombre por bueno que sea deja de tener pasiones? Si nos acordáramos de nuestra miseria seriamos mas indulgentes con nuestros enemigos, y remitiriamos los agravios que recibimos con mas facilidad; pero por desgracia somos unos jueces muy severos para con los demas; nada les disculpamos, ni una inadvertencia, ni una equivocacion, ni un descuido; al paso que quisieramos que á nosotros nos disculparan en todas ocasiones.

En estas pláticas pasamos un gran rato de la mañana, preguntán-

dome sobre el estado de mi causa, y que si tenia que comer. Díjele que sí, que todos los dias me llevaban una canastita con comida, cena, dos tortas de pan, una cajilla de cigarros: que yo lo recibia y lo agradecia; pero que tenia el sentimiento de no saber á quien, pues el mozo no habia querido decirme quien era mi bienhechor.

Eso es lo de menos, dijo D. Antonio, lo que importa es que continúe en su comenzada caridad, que espero en Dios, que sí continuará.

Diciendo esto se levantaron despidiénse de mí, y añadiendo D. Antonio que al dia siguiente saldrian de esta capital para Jalapa, adonde podria yo escribirles mis ocurrencias, pues tendrian mucho gusto en saber de mí, y que si salia de la prision y queria ir por allá, supuesto que era soltero, no me faltaria en que buscar la vida honradamente por su medio.

No era D. Antonio, como habeis visto, de los amigos que toda su amistad la tiene en el pico: él siempre confirmaba con las obras cuanto decia con las palabras; y así luego que concluyó lo que os dije, me dió diez pesos, y la señorita su esposa otros tantos, y repitiendo sus abrazos y finas espresiones, se despidieron de mi con harto sentimiento, dejándome mas triste que la primera vez, porque me consideraba ya absolutamente sin su amparo.

No dejó el Aguilucho de estar en observacion de lo que pasaba con la visita, y ni pestañaba cuando se despidieron de mí mis bienhechores, y asi vió muy bien el agasajo que me hicieron, y se debió de dar albricias, como se juzgaba coheredero conmigo de D. Antonio.

Luego que éste se fué me bajé para mi calabozo bastante confundido; pero ya me esperaba en él mi amigo carísimo el Aguilucho, con un vaso de aguardiente y un par de chorizones, que no se de donde los mandó traer tan pronto; y sin darse por entendido de que habia estado alerta sobre mis movimientos, me dijo: ¡vamos Peri-

quillo, hijo! ¿qué me hayas tenido sin almorzar hasta ahora por esperarte? ¡Caramba, y que visita tan larga! Si á mano viene sería D. Antonio que te vendria á cobrar sus cosas. ¿Qué tal? ¿Cómo saliste? ¿Creyó el robo? Yo salí bien y mal le respondí. Bien, porque mi buen amigo no solo no me cobró nada de lo que dejé á mi cuidado, sino que me lo dió todo, y unos cuantos duros de socorro; y me fué mal, porque pienso que este será el último auxilio que tendré, pues él mañana sale para su tierra con su familia; y á mas de que siento su ausencia como amigo, lo he de estrañar como bienhechor.

Dices muy bien, y harás muy bien en sentirlo, dijo el Gavilan al pollo tonto; porque de esos amigos no, no se hallan todos los dias; pero como ha de ser, Dios es grande y á nadie crió para que se muera de hambre. Que mal que bien, tú verás como no te falta nada conmigo. Soy un pobre moreno; mas, hermano, aunque yo lo di ga el color me agravia; pero soy buen amigo, y arañaré la tierra por que no te falte nada. No sé si me verias allá arriba cuando estabas con tu visita. No te lo queria decir, por eso me hice disimulado ahora que bajaste; pero subí luego que supe que quien te llamaba era D. Antonio, por prevenir los testigos en caso que te cobrara y tú te acortaras; mas así que al despedirse te abrazó, perdí el cuidado con que me tenias y bajé á prevenirte este hocadito, y si no te gusta, te mandaré traer otra cosita, que todavia tengo aquí cuatro reales que ácabo de ganar al rentoy. ¿Los has de menester? tómalos. No hermano, le dije, Dios te lo pague; por ahora estoy habilitado.

No te pregunto cuantos años tienes, decia el negrillo, sino que si los has de menester gástalos, y si no tíralos; pero sábete que yo siento mas un desprecio de un amigo, que una puñalada. Si no fueras mi amigo, ni yo te estimara tanto como te estimo, seguro está que te ofreciera nada.

Te lo agradezco, Aguilita, le respondí; pero no es desprecio, sino que por ahora estoy bastante socorrido. Pues me alegro infinito de

tus ventajas como si yo las disfrutara, me respondió; pero mira que chorizoncitos tan sabrosos. Come...........

Es la lisonja astuta, y como tal se introduce al corazon por los oidos más prevenidos y circunspectos, ¿cómo no se introduciria por los mios incautos y no acostumbrados á sus malicias? En efecto, yo quedé prendadísimo del negrito, y mucho más cuando despues de repetir los bríndis á menudo, me dijo con la mayor seriedad: amigo Periquillo, yo soy amigo de los amigos y no de su dinero. Acaso tú lo dudarás de mí porque me ves enredado en esta *picha* y sin camisa; pero te voy á dar una prueba que debe dejarte satisfecho de mi verdad.

Ya hemos tomado más de lo regular, especialmente tú que no estás acostumbrado al aguardiente. No digo que estás borracho, pero sí *sarazoncito.* Temo no te cargues más y te vaya á suceder lo que el otro dia, esto es, que te acabes de privar y te roben ese dinero de la bolsa, porque aquí, hijo, en tocando al pillaje, el que ménos corre vuela, y en son de una Aguila, hay un sin número de Gavilanes, Girifaltes, Halcones y otras aves de rapiña, y así me parece muy puesto en razon que vayamos á dar á guardar esos medios que tienes, al presidente, pues dándole una corta galita, porque no dá paso sin linterna, te los asegurará en su baúl y tendrás un peso ó dos cuando los hayas menester, y no que disfruten de tu dinero otros pícaros que no solo no te lo agradecerán, sino que te tendrán por un salvaje, pues no escarmentaste con la espumada que te dieron no mucho hace.

Agradecíle su consejo, no previniendo la finura de su interés, y fuí con él á buscar al presidente, á quien entregué peso sobre peso los veinte que acababa de recibir.

Concluida esta diligencia, me dijo mi grande amigo que fuera á esperarlo al calabozo, que no tardaba.

Yo lo obedecí puntualmente, y sentándome en la cama decia en-

tre mí: no hay remedio, este es un negro fino; su color le agravia, como él dice: hasta hoy no he conocido lo que me ama: á la verdad es mi amigo y digno de tal nombre. Sí, yo lo amaré y despues de D. Antonio, lo preferiré á cualesquiera otros, pues tiene la cualidad más grande que se debe apetecer en los que se elijen para amigos, que es el desinterés.

En estos equivocados soliloquios estaba yo, cuando entró mi camarada con cigarros, chorrizones y aguardiente, y me dijo: ahora sí, hermano Perico, podemos chupar, comer y beber alegres, con la confianza de que tus realillos están seguros.

Así lo hice sin haber menester muchos ruegos, hasta que en fuerza de la repeticion de tragos me quedé dormido. Entónces mi tierno amigo me puso en la cama, teniendo cuidado de soplarse la comida que me trajeron.

A la tarde desperté más fresco, como que ya se habian disipado los vapores del aguardiente, y el Aguilucho, comenzando á realizar sus proyectos, me hizo sacar los calzones empeñados, diciéndome era lástima se perdieran en tan poco dinero. Su fin era aprovecharse de mis mediecillos poco á poco valiéndose para esto de las repetidas lisonjas que me vendia, y con las que me aseguraba que todo cuanto me aconsejaba era para mi bien; y así por mi bien me aconsejó que sacara los calzones, que pidiera la ropa de la cama que habia dado á guardar, y los mediecillos que tenia depositados: y por mi bien pues, deseando mis adelantos, segun decia, me provocó á jugar, se compactó con otro y me dejaron sin blanca dentro de dos dias, y dentro de ocho sin colcha ni colchon, sábanas capa ni zarape.

Ya que me vió reducido á la última miseria, fingió no sé que pretexto para reñir conmigo y abandonar mi amistad enteramente. Concluido este negocio, solo trató de burlarse de mí siempre que pódia. Efecto propio de su mala condicion, y justo castigo de mi imprudente confianza.

Es verdad que el frio que se me introducia por los agujeros de mis trapos, los piojillos que andaban en las hilachas, la tal cual vergüenza que me causaba mi indecencia, la ingratitud de los amigos, en especial del Aguilucho, y la dureza con que el suelo me recibia por la noche, eran suficientes motivos para que yo estuviese lleno de confusion y tristeza; sin embargo, algo calmaba esta pasion al mediodía cuando me llegaba el canastito y satisfacia mi hambre con algun bocadito sazonado; pero despues que hasta esto me faltó, porque dejó de venir el cuervo al mediodía, sin saber la causa, me daba a Barrabás y á todo el infierno junto, maldiciendo mi imprudencia y falta de conducta, mas á mala hora.

Desnudo y muerto de hambre, sufrí algunos cuantos meses más de prision, en los cuales me puse en la espina, como suele decirse: porque mi salud se estragó en términos qne estaba demasiado pálido y flaco y con sobrada causa, porque yo comia mal y poco, y los piojos bien y bastante porque eran infinitos.

Despues de estas penalidades y miserias que tenia que tolerar por el dia, seguia, como acabé de apuntar, el terrible tormento que me esperaba por la noche con mi asperísima cama, pues esta se reducia á un petate viejo harto surtido de chinches y nada mas; porque nada mas habia que supliera por almohada, sábanas y colchas que mis antecedentes arambeles, los que sencible y prontamente se iban disminuyendo á mi vista como que trabajaban sin intermision de tiempo.

Considerad, hijos mios, á vuestro padre qué noches y qué dias tan amargos viviria en tan infeliz situacion; pero considerad tambien queáestos y á peores abatimientos se ven los hombres espuestos por pícaros y descabezados. Ya en otra parte os he dicho que el jóven cuanto es mas desarreglado, tanto mas propenso está á ser victima de la indigencia y de todas las desgracias de la vida: al paso que el hombre de bien, esto es, el de una conducta moral y religiosa

(1) tiene un escudo poderoso para guarecerse de muchas de ellas. Tal es lo que os acabo de repetir. Pero dejemos á los demas que hagan lo que quieran de su conducta, y volvamos á atar el hilo de mis trabajos.

De dia me era insorpotable la hambre y la desnudez, y de noche la cama y falta de abrigo, sin el que me hubiera quedado todo el tiempo que duré en la cárcel, si nó hubiera sido por una graciosa contingencia, y fué esta.

Un pobre payo que estaba tambien preso, se llegó á mi una mañana que estaba yo en el patio esperando á que llegara el sol á vengarme de las injurias de la fria noche, y me dijo: mire, señor, yo *quero* decirle un asunto, para que me saque de un empeño pagando lo que *juere*. Pues, pero mire que no *quero* que lo sepa ninguno de los compañeros porque son muy burlistas. Está muy bien, le respondí: diga vd. lo que quiera, que yo le serviré de buena gana y con todo secreto. Pues ha de saber vd. que me llamo *Cemeterio Coscojales*...... Eleuterio dirá vd.; le respondí, ó Emeterio, porque *Cemeterio*, no es nombre de santo. *Axcan* dijo el payo, una cosa ansí me llamo, sinó que con mis cuidados ni atino á veces con mi nombre; pero en fin, ya lo sabe señor; vamos al cuento. Yo soy de San Pedro Ezcapozaltongo, que estará de esta *ciudà* como diez y ocho leguas. Pues señor, allí vive una muchacha que se llama

[1] ¡Oportuna reflexion de Periquillo! Algunos equivocan las ideas de al hombría de bien con las del lujo y del dinero, y en su concepto esta palabra hombre de bien, equivale á rico ó semi-rico: así como la de pobre la juzgan limosna de pícaro; de manera que segun estos falsos principios, no es mucho que deduzcan unos disparates como estos: Pedro es rico, tiene dinero, anda decente; lúego es hombre de bien. Juan es pobre, anda trapiento; luego es un pícaro. ¡Consecuencias absurdas é ideas torpísimas que no debian tener lugar en el entendimiento de los hombres! Si una conducta arreglada á la sana moral es el testimonio mas seguro que califica la verdadera hombría de bien, ¿quién duda que esta muchas veces se observa en las pobres, así como suele faltar en los que no lo son? Evidente prueba de que el brillo ó la opacidad de la persona no son termómetros seguros para graduar el carácter de los hombres. Es verdad que el relumbron ó la miseria son muchas veces el premio ó castigo de nuestro buen ó mal proceder; pero esta observacion padece tantas escepciones, que no se puede adoptar como regla infalible.

Lorenza, la hija de tio Diego Terrones, *jerrador* y curador de caballos de lo que hay poco. Yo andando dias y viniendo dias, como su casa estaba barda con barda de la mia, y el diablo que no duerme hizo que yo me enamorara de recio de la Lorenza sin poderlo remediar; porque ¡ah senor! que *diache* de muchacha tan bonita; pues mirela que es alta, gorda y derecha como una *Parota*, ó á lo menos como un encino, cari-redonda, muy colorada, con sus ojos pardos y sus narices grandes y buenas: no tiene mas *defeuto* sino que es media vista y le faltan dos dientes delanteros, y eso porque se los tiró un macho de una coz, porque ella se descuidó y no le tuvo bien la pata un dia que estaba ayundando á su señor padre á *jerrarlo;* pero por lo demás, la muchacha hace raya de bonita por todo aquello. Pues sí señor, yo la enamoré, la regalé y le rogué, y tanto anduve en estas cosas, que por fin, ella *quijo* que no *quijo* se ablandó, y me dijo que si se casaria conmigo, pero que ¿cuando? porque no *juera* el diablo que yo la engañara y se le *juera* á hacer *malobra*. Yo le dije: que qué capaz que yo la engañara, pues me moria por ella; pero que el casamiento no se podia *efetuar* muy presto porque yo estaba *probe* mas que Aman, y el señor cura era muy tieso, que no fiara un casamiento si el diablo se llevara los novios, ni un entierro aunque el muerto se *gediera* ocho dias en su casa, y ancina que si me queria, me esperara tres ó cuatro meses mientras que alevantaba mi cosecha de maíz, que pintaba muy bien y tenia cuatro fanegas tiradas en el campo.

Ella se avino á cuanto yo *quije*, y ya *dende* ese dia nos *viamos*, como marido y muger segun lo que nos queriamos. Pues una noche, señor, que venia yo de mi milpa y le iba á hablar por la barda como siempre divisé un bulto platicando con ella, y luego luego me puse hecho un *bacinito* de corage........ Un basilisco, querrá vd. decir, le repliqué, porque los vacinitos no se enojan. Eso será, señor, sinó que yo concibo, pero no puedo parir, prosiguió el payo; mas

ello es que yo *juí* para donde estaba el bulto, hecho un Santiago, y luego que llegué, conocí que era Culás el *guitarrista*, porque tocaba un jarabe y una justicia en la guitarra á lo rasgado, que la hacia hablar.

En cuanto llegué, le dije que ¿qué buscaba en aquella casa y con Lorenza? El muy *engringolado* me dijo, que lo que *quijiera*, que yo no era su padre para que le tomara cuentas. Entonces yo, como era dueño de la *aicion*, no aguanté muncho, sino que alzando una coa que me *truje* de un *pion*, le asenté tan buen trancazo en el *gogote*, que cayó redondo pidiendo confesion.

A esta misma hora iba pasando el *tiñente* por allí que iba de ronda con los *topiles:* oyó los gritos de Culás, y por mas que yo corrí, me alcanzaron y me *trajieron* liado como un *cuete* á su *presiencia*.

Luego luego dí mi declaracion, y el *serjuano* dijo, que no fiaba al enfermo porque estaba muy mal *gerido* y echaba muncha sangre. Con esto en aquella *gora* se llevaron á la probe Lorenza depositada *an* casa el señor cura, y á mí á la cárcel, donde me pusieron en el cepo.

A otro dia me *invió* la Lorenza un *recaudo* con la vieja cocinera del cura, diciéndome que ella no tenia la culpa, y que Culás la había llamado á la barda y le estaba dando un *recaudo* fingido de mi parte, diciéndole que yo decia que saliera un ratitito á la tienda con él, y otras cosas que ya se me han olvidado; pero la vieja me contó que la probe lloraba por mí sin consuelo.

Al otro dia el *tiñente* me *invió* aquí á esta cárcel en una mula con un par de grillos y un envoltorio de papeles que le dió á los indios que me *tragieron* para que los entregaran al señor juez de acá.

Ya llevo tres meses de prision y no sé qué harán conmigo, aunque Lorenza me ha *escribido* que ya Culás está bueno y sano y anda tocando la guitarra. Pues yo señor, *quero* que me haga el favor,

pagando lo que *juere*, por el santo de su nombre y por los *guesitos* de su madre de *escrebirme* dos cartas, una para mi padrino, que es el señor barbero de mi tierra á ver si viene á componer por mí tódas estas cosas, y otra para la alma mia de Lorenza, diciéndole como ya sé que salió del depósito, y todavia Culás la persigue: que cuidado como va á hacer una tontera: que no sea *ansina*, y todas las cosas que sepa señor que se deben poner; pero como de su mano, que yo la pago.

Acabó mi cliente su cansado informe y peticion, y le pregunté ¿para cuando queria las cartas? Para *orita*, señor me dijo, para agora porque mañana sale el correo. Pues amigo, le dije, deme vd. dos reales á cuenta para papel. Al instante me los dió, y yo mandé traer el papel y me puse á escribir los dos mamarrachos que salieron como Dios quiso; pero ello es que al payo le gustaron tanto que no solo me dió por ellos doce reales que le pedí, sino lo que mas agradecí, un pedazo de trapo que algun dia fué capote, ello hecho mil pedazos, con medio cuello ménos y tan corto que apénas me llegaba á las rodillas. ¿Qué tal estaria, pues su dueño lo perdió á un albur en cuatro reales?

Malo malísimo estaba el dicho trapo; pero yo ví con él el cielo abierto. Con los doce realillos, comí, chupé, tomé chocolate, cené y me sobró algo; y con el capisallo dormí como un tudesco.

Pensaba yo que iba variando mi fortuna, pero el pícaro del Aguilucho me saco de este error con una bien pesada burla que me hizo, y fué la que sigue:

Al otro dia de mi buena aventura del capotillo, entró bien temprano á mi calabozo, y sentándose junto á mí muy sério y triste, me dijo: mucho descuido es ese, señor Perico, y la verdad que los instantes del tiempo son preciosos y no se dejan pasar tan friamente, y más cuando el peligro que amenaza á vd., es muy horrible y está muy próximo. Yo he sido amigo de vd. y quiero que lo conoz-

ca aun cuando no me puede servir de nada; pero en fin, siquiera por caridad es menester agitarlo porque no sea tan perezoso.

Yo, lleno de sustc y turbacion, le pregunté: ¿qué ha habido? ¡Cómo qué, me dijo él: ¿pues qué, no sabe vd. cómo ha salido la sentencia de la sala desde ayer, para que pasados estos dias de fiesta que vienen, le den los doscientos azotes, en forma de justicia por las calles acostumbradas con la ganzúa colgando del pescuezo?

¡Santa Bárbara exclamé yo penetrado del más vivo sentimiento, ¿qué es lo que me ha sucedido? ¿Doscientos azotes le han de dar á D. Pedro Sarniento? A un hidalgo por todos cuatro costados? A un descendiente de los Tagles, Ponces, Pintos, Velasco, Zumalacárreguis y Bundiburis? Y lo que es más á un señor bachiller en artes graduado en esta Real y Pontificia Universidad, cuyos graduados gozan tantos privilegios como los de Salamanca? Vamos, dijo el negrito: no es tiempo ahora de esas esclamaciones. ¿Tiene vd. algun pariente de proporciones? Sí tengo, le respondí. Pues andar decia el Aguilucho: escríbale vd. que agite por fuera con los señores de la sala sobre el asunto, y que le envie á vd. dos ó tres onzas para contener al escribano. Tambien puede comprar un pliego de papel de parte y presentar un escrito á la sala del crímen, alegando sus escepciones y suplicando de la sentencia miéntras califica su nobleza. Pero esto pronto amigo, porque en la tardanza está el peligro. Diciendo esto, se levantó para irse, y yo le dí las gracias más espresivas.

Tratando de poner en obra su consejo, registré mi bolsa para ver con cuanto contaba para papel, la presentacion del escrito y la carta á mi tio el licenciado Maceta: pero ¡ay de mí! ¡cuál fué mi conflicto cuando ví que apénas [tenia tres y medio reales, faltándome cinco apretadamente!

En circunstancias tan apuradas fuí á ver á mi buen payo, le conté mis trabajos y le pedí un socorro por toda la corte celestial. El

pobrecillo se condolió de mí, y con la mayor generosidad me dió cuatro reales, y me dijo: siento, señor, su cuidado: no tengo más que esto, tengalo, que ya un real cualquiera compañero se empres-tará ó se lo dará de caridá.

Tomé mis cuatro reales y casi llorando le dí las gracias; pero no pude encontrar otro corason tan sensible como el suyo entre cerca de trescientos presos que habitaban aquellos recintos.

Compré, pues, el papel sellado, y medio real del comun para la carta, reservando tres reales y faltándome un real y medio para completar la presentacion y pagar al mandadero.

En el dia hice mi memorial como pude y escribí la carta á mi tio, en la que le daba cuenta de mi desgracia; de la inocencia que me favorecia, á lo menos en lo sustáncial; del estado en que me hállaba, y de la afrenta que amenazaba á toda la familia, concluyendo con decirle: que aunque yo habia ocultado mi nombre poniéndome el de Sancho Perez, de nada serviria esto si me sacaban á la calle, pues todos me conocerian y se haria manifiesta nuestra infamia; y así, que en obsequio del honor de su pariente el señor mi padre y de sus mismos hijos y descendencia, cuando nó por mi hiciera por redimirme de tal afrenta, mandándome en el pronto alguna cosa para grangear al escribano.

Cerré la carta, y de fiade se la encomendé á tio Chepito el mandadero para que se la llevara á mi pariente. Esto fué á las oraciones de la noche; mas siempre me faltaba un real para completar los cuatro que debia dar al portero por la presentacion del escrito.

En toda la noche no pude dormir así con el sobresalto de los temidos, como con echar cálculos para ver de donde sacaba aquel real tan necesario.

En estos tristes pensamientos me hallo el dia. Púsome á hacer un escrutinio riguroso de mi haber, y á examinar mi ropa pieza por pieza, á ver si tenia alguna que valiera real y medio; pero ¿qué ha-

bia de valer! si mi camisa era menester llamarla por números para acomodarmela en el cuerpo: mis calzones apenas se podian detener de las pretinas: las medias no estaban útiles ni para tapar un caño: los zapatos parecian dos conchas de tortuga, solo se detenian en mis piés por el respeto de un par de lacitos de cohetero: rosario no lo conocia, y el triste retazo de capote que me hacia mas falta que todo mi ajuar entero y verdadero.

Ya desesperaba de presentar el escrito esa mañana porque no tenia cosa que valiera un real, cuando por fortuna alcé la cara y vi colgado en un clavito mi sombrero; y considerándolo pieza inútil en aquella mazmorra y la mejor quo me acompañaba, esclamé lleno de gusto: ¡gracias á Dios que á lo menos tengo sombrero que me valga en esta vez! Diciendo esto, lo descolgué, y al primero que se me presentó se lo vendí en una peseta, con la que salí de mi cuidado y me desayuné de pilon.

Serian las diez de la mañana cuando fué entrando tata Chepito con la respuesta de mi tio, que os quiero poner á la letra para que aprendais, hijos mios, á no fiaros jamas en los amigos y parientes; y sí unicamente en vuestra buena conducta y en lo poco ó mucho que adquiriéreis con vuestros honestos arbitrios y trabajo. Decia así la respuesta: "Señor Sancho Perez: cuando vd. en la realidad sea "quien dice y lo saquen afrentado públicamente por ladron, crea "que no se me dará cuidado, pues el pícaro es bien que sufra la pena "de su delito.—La comunicacion de que vd. me hace de que se des-"honrará mi familia, es muy frívola, pues debe saber que la afrenta "solo recae en el delincuente, quedando ilesos sus demas deudos. "Con que si vd. lo ha sido, súfralo por su causa; y si esta inocente, "como me asegura, súfralo por Dios, que mas padeció Cristo por nosotros."

"Su Magestad socorra á vd. como se lo pide.—*El Lic. Maceta.*"

La sensible impresion que me causaria esta agria respuesta, no

es menester ponderarla á quien se considere en mi lugar. Baste decir que fué tal, que dió conmigo en tierra postrado de una violenta fiebre.

Luego que se me advirtió, me subieron á la enfermería y me asistió la caridad prontamente.

Cuando me hallaron con la cabeza dezpejada, el médico que por fortuna era hàbil, habia advertido mi delirio y se habia informado de mi casua, hizo que me desengañara el mismo escribano junto con el alcaide,de que no habia tal sentencia, ni tenia que temer los prometidos azotes.

Entonces como si me sacaran de un sepulcro, volví en mí perfectamente: me serené y se conmenzó á restablecer mi salud de dia en dia.

Cuando estuve ya convaleciente bajó el escribano á informarse de mí, de parte de los señores de la sala, para que le dijera quien me habia metido semejante ficcion en la cabeza; porque fueron sabedores de toda mi tragedia, así porque yo se lo dije en el escrito, como porque leyeron la carta del tio que os he dicho, y formaron el concepto de que yo sin duda era bien nacido, y por lo mismo se debieron de incomodar con la pesadez de la burla y deseaban castigar al autor.

Con esto el escribano y el alcaide se esforzaban cuanto podian para que lo descubriera; pero yo, considerando su designio, las resultas que de mi denuncia podian sobrevenir al Aguilucho y que no me resultaba ningun bien con perjudicar á este infeliz necio, que bastantemente agrabado estaba con sus crímenes, no quise descubrirlo, y solo decía que como eran tantos no me acordaba á punto fijo de quien era.

No me sacaron otra cosa los comisionados de los ministros por mas que hicieron;y así formando de mi el concepto de que era un mentecato, se marcharon.

Quedéme en la enfermeria mas contento que en el calabozo, ya porque estaba mejor asistido, y ya en fin, porque entre los que allí estaban, habia algunos de regulares principios, y cuya conversacion me divertia mas que la de los pillos del patio.

Como el escribano vió mi letra en el escrito, se prendó de ella, y fué cabalmente á tiempo que se le despidió el amanunense, y valiéndose de la amistad del alcaide, me propuso que si queria escribirle á la mano que me daria cuatro reales diarios. Yo admití en el instante; pero le advertí que estaba muy indecente para subir arriba. El escribano me dijo que no me apurara por eso, y en efecto, al dia siguiente, me habilitó de camisa, chaleco, chupa, calzones, medias y zapatos; todo usado, pero limpio y no muy viejo.

Me planté de punta en blanco, de suerte que todos los presos estrañaban mi figura renovada; ¿mas qué mucho si yo mismo no me conocia al verme tan otro de la noche á la mañana?

Comencé á servir á este mi primer amo con tanta puntualidad, teson y eficacia, que dentro de pocos dias me hice dueño de su voluntad, y me cobró tal cariño, que no solo me socorrió en la cárcel, sino que me sacó de ella y me llevó á su casa con destino, como vereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO X.

En el que escribe Periquillo su salida de la cárcel: hace una crítica contra los malos escribanos, y refiere por último el motivo porque salió de la casa de Chanfaina, y su desgraciado modo.

HAY ocasiones de tal abatimiento y estrechez para los hombres, que los más pícaros no hayan otro recurso que aparentar la virtud que no tienen para granjearse la voluntad de aquellos que necesitan. Esto hice yo puntualmente con el escribano, pues aunque era enemigo irreconciliable del trabajo, me veia confinado en una cárcel, pobre, desnudo, muerto de hambre, sin arbitrio para adquirir un real, y temiendo por horas un fatal resultado por las sospechss que se tenian contra mí: con esto le complacia cuanto era dable, y él cada vez me manifestaba mas cariño, y tanto, que en quince ó veinte dias concluyó mi negocio: hizo ver que no habia testigos ni parte que pidiera contra mí, que la sospecha era leve y quien sabe que más. Ello es que yo salí en libertad sin pagar costas, y me fuí á servirlo á su casa.

Llámabase este mi primer amo D. Cosme Casalla, y los presos le llamaban, el escribano Chanfaina, ya por la asonancia de esta palabra con su apellido, ó ya por lo que sabia revolver.

Era tal el atrevimiento de este hombre, que una ocasion le ví hacer una cosa que me dejó espantado, y hoy me escandalizo al escribirla.

Fué el caso: que una noche cayó un ladron conocido y harto criminal en manos de la justicia. Tocóle la formacion de su causa á otro escribano, y nò á mi amo. Convencióse y confesó el reo llanamente todos sus delitos porque eran innegables. En este tiempo una hermana que éste tenia no mal parecida, fué á ver á mi amo empeñándose por su hermano, y llevándolele no sé que regalito; pero mi dicho amo se escusó diciendo que él no era el escribano de la causa, que viera al que lo era. La muchacha le dijo ya lo habia visto; mas que fué en vano, porque aquel escribano era muy escrupuloso y le habia dicho que él no podia proceder contra la justicia, ni tenia arbitrio para mover á su favor el corazon de los jueces: que él debia dar cuenta con lo que resultase de la causa, y los jueces sentenciarian conforme lo que hallaran por conveniente; y así que él no tenia qué hacer en eso: que ella desesperada con tal mal despacho, habia ido á ver á mi amo, sabiendo lo piadoso que era y el mucho valimiento que tenia en la sala, suplicándole la viese con caridad: que aunque era una pobre, le agradeceria este favor toda su vida, y se lo corresponderia de la manera que pudiese.

Mi amo, que no tenia por donde el diablo lo desechara, al oir esta proposicion, vió con mas cuidado los ojillos llorosos de la suplicante, y no pareciéndole indignos de su proteccion se la ofreció diciéndole: vamos, chata no llores, aquí me tienes; pierde cuidado que no correrá sangre la causa de tu hermano; pero.... al decir este pero, se levantó y no pude escuchar lo que le dijo en voz baja. Lo cierto es, que la muchacha por dos ó tres veces le dijo, sí señor, y se fué muy contenta.

Al cabo de algunos dias una tarde que estaba yo escribiendo con mi amo, fué entrando la misma jóven toda despavorida, y entre llo-

rosa y regañona le dijo: no esperaba yo esto, señor D. Cosme, de la formalidad de vd. ni pensaba que así se habia de burlar de una infeliz muger. Si yo hice lo que hice, fué por librar á mi hermano segun vd. me prometió, no por que me faltara quien me dijera por ahí te pudras, pues pobre como vd. me vé, no me he querido echar por la calle de enmedio, que si eso fuera, así, así me sobra quien me saque de miserias, pues no falta una media rota para una pierna llagada; pero maldita sea yo y la hora en que vine á ver á vd. pensando que era hombre de bien y qne cumpliria su palabra y.... cállate, muger, le dijo mi amo, que has ensartado mas desatinos que palabras. ¿Qué ha habido? ¿Qué tienes? ¿Qué te han contado? Una friolera, dijo ella, que está mi hermano sentenciado por ocho años al morro de la Habana. ¿Qué dices, muger? preguntó mi amo todo azorado: si eso no puede ser: eso es mentira. Qué mentira ni qué diablos, decia la adolorida; acabo de despedirme de él y mañana sale. ¡Ay, alma mia de mi hermano! ¡Quién te lo habia de decir, despues que yo he hecho por tí cuanto he podido!.... ¿Cómo mañana, muger? ¿Qué estás hablando?—Sí, mañana, mañana, que ya lo desposaron esta tarde, y esta entregado en lista para que lo lleven. Pues no te apures, dijo mi amo, que primero me llevarán los diablos que á tu hermano lo lleven á presidio. Anda vete sin cuidado, que á la noche ya estará tu hermano en libertad.

Diciendo esto, la muchacha se fué para la calle y mi amo para la cárcel, donde halló al dicho reo esposado con otro para salir en la cuerda al dia siguiente, segun habia dicho su parienta.

Turbóse el escribano al ver esto, mas no desmayó, sino que haciendo una de las suyas desunció al reo condenado, de su compañero, y unció con este á un pobre indio que habia caido por borracho y aporreador de su muger.

Este infeliz fué á suplir ocho años al morro de la Habana por el ladron hermano de la bonita, el que á las oraciones de la noche sa-

lió á la calle por arriba libre y sin costas, apercibiendo de no andar en México de dia; aunque él no anduvo ni de noche, porque temiendo no se descubriera la trácala del escribano, se marchó de la ciudad lo mas presto que pudo, quedando de este modo mas solapada la iniquidad.

Si tanta determinacion tenia el amigo Chanfaina para cometer un atentado ton semejante, ¿cuanta no tendria para otorgar una escritura sin instrumentales, para recibir unos testigos falsos á sabiendas, para dar una certificacion de lo que habia visto, para ser escribano y abogado de una misma parte, para comisionarme á tomar una declaracion, para omitir poner su signo donde se le antojaba, y para otras ilegalidades semejantes? Todo lo hacia con la mayor frescura, y atropellaba con cuantas leyes, cédulas y reales órdenes se le ponian por delante· siempre que entre ellas y sus trapazas mediaba algun ratero interés; y digo ratero, porque era un hombre tan venal, que por una ó dos onzas, y á veces por menos, hacia las mayores picardias.

A mas de esto, era de un corazon harto cruel y sanguinario. El infeliz que caia en sus manos por causa criminal, bien se podia componer si era pobre, porque no escapaba de un presidio cuando menos; y se vanagloriaba de esto altamente, teniéndose por un hombre íntegro y justificado, jactándose de que por su medio se habia cortado un miembro podrido á la República. En una palabra, era el hombre mas perverso á toda prueba.

Parece que en mí es una reprensible ingratitud el descubrimiento de los malos procederes de un hombre á quien debí mi libertad y subsistencia por algnn tiempo; pero como mi intencion no es zaherir su memoria ni murmurar su conducta, sino solo representar en ella la de algunos de su compañeros, y esto á tiempo de que el original dejó de existir entre los vivos, con la fortuna de no dejar un pariente que se agravie, es regular que los hombres que piensan

me escusen de aquella nota, y mas cuando sepan que el favor que me hizo no fué por hacerme bien, sino por servirse de mí á poca costa; pues en cerca de un año que le serví, á escepcion de cuatro trapos viejos y un real ó dos para cigarros que me daba, podia yo asegurar que estaba como los presidarios, sirviendo á racion y sin sueldo; porque aun me ofreció cuatro reales diarios, estos se quedaron en ofrecimientos.

Sin embargo, no debo pasar en silencio que le merecí haber aprendido á su lado todas sus malas mañas *pro famotiori*, como dicen los escolares, quiero decir, que las aprendí bien y sali aprovechadísimo en el arte de la cábala con la pluma.

En el corto tèrmino que os he dicho, supe otorgar un poder, extender una escritura, chancelarla, acriminar á un reo ó defenderlo formar una sumaria, concluir un proceso y hacer todo cuanto puede hacer un escribano; pero todo así, así, y como lo hacen los mas, es decir por rutina, por formularios y por costumbre ó imitacion; mas casi nada porque yo entendiera perfectamente lo que hacia, si no era cuando obraba con malicia particular, que entonces si sabia el mal que hacia y el bien que dejaba de hacer; pero por lo demas no pasaba de un papelista intruso, semi-curial ignorante y cagatinta perverso.

Con todas estas recomendables circuntancias, se fiaba mi maestro de mí sin el menor escrúpulo. Ya se vé, ¿de quien mejor se habia de fiar sino de un discípulo que le habia bebido los alientos?

Un dia que él no estaba en casa, me entretenia en estender una escritura de venta de cierta finca que una señora iba á enagenar. Ya casi la estába yo concluyendo cuando entró en busca de mi amo Chanfaina el Lic. D. Severo, hombre sabio, integro, é hipocondriaco. Luego que se sentó me preguntó por mi maestro, y á seguida me dijo: ¿qué está vd. haciendo? Yo no conocia su carácter ni su profesion, ni luces, le contesté: que una escritura. ¿Pues qué, repitió,

él, la está pasando á testimonio ó estendiéndola original? Sí señor, le dije, esto último estoy haciendo, estendiéndola original. Bueno, bueno, dijo; ¿y de qué es la escritura? Señor, respondí, es de la venta de una finca.—¿y quien otorga la escritura?—La Señora Doña Damiana Acevedo. ¡Ah! si, dijo el abogado: la conozco mucho, es deuda política: está para casarse tiempo hace con mi primo D. Baltazar Orihuela; por cierto que es la moza harto modista y disipadora. ¿Qué ya estará en el estado de vender las fincas que podia llevar en dote? Aunque en ese caso no se como habrá de otorgar la escritura. A ver, sírvase vd. leerla.

Yo hecho un salvaje y sin saber con quien estaba hablando, leí la escritura que decia ni mas ni ménos.—En la ciudad de México, á 20 de Julio de 1780, ante mí el escribano y testigos, Doña Damiana Acevedo, vecina de ella, otorga: que por sí y en nombre de sus herederos, sucesores é hijos, si algun dia los tuviere, vende para siempre á D. Hilario Rocha, natural de la villa del Carbon y vecino de esta capital, y á los suyos, una casa, sita en la calle del Arco, de la misma que en posesion y en propiedad le pertenece por herencia de su difunto padre el Sr. D. José María Acevedo, y se compone de cuatro piezas altas, que son: sala recámara, asistencia y cocina: un cuarto bajo, un pajar y una caballeriza: tiene quince piés de fachada y treinta y ocho de fondo, todo lo que consta en respectiva cláusula, del testamento de su espresado difunto padre, por cuyo título le corresponde á la otorgante, la cual declara y asegura no tenerla vendida, enagenada ni empeñada, y que está libre de tributo, memoria, capellanía, vínculo, patronato, fianza, censo, hipoteca y de cualquiera otra especie de gravámen: la cual le dona con toda su fábrica, entradas, salidas, usos, costumbres y servidumbres en forma de derecho, en cuatro mil pesos, en moneda corriente y sellada con el cuño mexicano, que ha recibido á satisfaccion. Y desde hoy en adelante para siempre jamás, se abdica desprende,

desapodera, desiste, quita y aparta, y á sus herederos y sucesores, de la propiedad, dominio, título, voz, recurso y otro cualquier derecho que á la citada casa le corresponde; y lo cede, renuncia y traspasa plenamente, con las acciones reales, personales, útiles, mixtas, directas, ejecutivas y demas que le competen, en el mencionado Don Hilario Rocha, á quien confiere poder irrevocable, con libre, franca y general administracion, y constituye procurador actor en su propio negocio, para que la goce, y sin dependencia, ni intervencion de la otorgante, la cambie, enagene, use y disponga de ella como de cosa suya adquirida con justo lejítimo título, y tome y aprenda de su autoridad ó judicialmente, la real tenencia y posesion que en virtud de este instrumento le perlenece; y para que no necesi: tomarla, y ántes bien conste en todo tiempo ser suya, formaliza á su favor esta escritura de que le daré copia autorizada. Asimismo declara que el justo precio y valor de la tal finca, son los dichos cuatro mil pesos, y que no vale más, ni ha hallado quien le dé más por ella; y si más vale ó valer pudiere, hace del exceso grata donacion pura, mera, perfecta é irrevocable, que el derecho llama *inter vivos*, al espresado Rocha y sus herederos, renunciando para esto la ley I, tít. XI., lib. 5, de la Recopilacion, y la que de esto trata, fecha en Córtes de Alcalá de Henares, como tambien la de *non numerata pecunia*, la del senado-consulto Veleyano, y se somete á la jurisdiccion de los señores jueces y justicias de S. M., renunciando las leyes *si qua muller:* la de *si convenerit de jurisdictione omnium júdicum*, y cuantas puedan hallarse á su favor por sí y sus herederos, obligándose además á que nadie le inquietará ni moverá pleito sobre la propiedad, posesion, ó disfrute de dicha casa, y si se le inquietare, moviere ó apareciere algun gravámen, luego que la otorgante y sus herederos y sucesores sean requeridos conforme á derecho, saldrán á su defensa y seguirán el pleito á sus espensas en todas sus instancias y tribunales hasta ejecutariarse, y dejar al comprador en su libre uso y pacífica posesion; y no pudiendo con-

seguirlo le darán otra igual en valor, fábrica, sitio, renta y comodidades, ó en su defecto le restituiran la cantidad que ha desembolzado, las mejoras útiles y precisas y voluntarias que tenga á la sazon, el mayor valor que adquiera con el tiempo, y todas las costas, gastos y menoscabos que se le siguieren, con sus intereses, por todo lo cual se les ha de poder ejecutar solo en virtud de esta escritura, y juramento del que la posea ó la represente en quien defiera su importe relevándole de otra prueba. Así, pues, y á la observancia de todo lo referido, obliga su persona y bienes habidos y por haber, y con ellos se somete á los jueces y justicias de S. M., para que á ello la compelan como por sentencia pasada, consentida y no apelada en autoridad de cosa juzgada, renunciando su propio fuero, domicilio y vecindad con la general del derecho, y así lo otorgó. Y presente D. Hilario Rocha, á quien doy fé conozco, impuesto en el contenido de este instrumento, sus localidades y condiciones, dijo: que aceptaba y aceptó la compra de la espresada casa, como en ello se contiene y se obliga...... Basta, dijo el Lic. Severo, que es menester gran vaso para escuchar un instrumento tan cansado y á mas de cansado tan ridículo y mal hecho. ¿Vd. amiguito, entiende algo de lo que ha puesto? Conoce á esa señora? Sabe cuàles son las leyes que renuncia? y........... A este tiempo entró mi amo Chanfaina, é impuesto de las preguntas que me estaba haciendo el licenciado, dijo: este muchacho, poco ha de responder á vd. de cuanto le pregunte, porque no pasa de un escribientillo aplicado. Esta escritura que vd. ha escuchado la hizo por el machote que le dejé y por los que me ha visto hacer, y como tiene una feliz memoria, se le queda todo fácilmente.—Hemos de advertir, que hasta aquí, ni yo ni mi patron, sabiamos si era licenciado el tal D. Severo, y solo pensábamos que era un pobre que iba á ocuparnos.

Con este error, mi amo que como gran ignorante, era gran soberbio, creyó aturdir à la visita y acreditarse á costa de desatinar con

arrogancia, segun que lo tenia de costubre; y así añadió: lo qué vd. dude, caballero, á mí me lo ha de preguntar, que lo satisfaré completamente. Ya vd. tendrá noticia de quien soy, pues me viene á buscar; pero si no la tiene, sépase que soy D. Cosme Apolinario Casalla y Torrejalva, escribano real y receptor de esta Real Audiencia, para que mande.

Ya, ya tengo noticia de la habilidad y talento de vd., señor mío, y yo mismo felicito mi ventura que me condujo á la casa de un hombre lleno, y tanto más cuanto que soy muy amigo de saber lo que ignoro y me acomodo siempre á preguntar á quien más sabe para salir de mi ignorancia.

En esa virtud y ántes de tratar del negocio á que vengo, quisiera preguntar á vd. algunas cosillas, que hace dias que las oigo y no las entiendo.

Ya he dicho à vd., amigo, contestó Chanfaina con su acostumbrada arrogancia, que pregunte lo que guste, que yo lo sacaré de sus dudas de buena gana.

Pues señor, continuó el letrado, sírvase vd. decirme ¿qué significan esas renuncias que se hacen en las escrituras? ¿Qué quiere decir la ley *si qua mulier?* ¿Cuál es la de *sive á me?* Qué significa aquella de *si convenerit de jurisdictione omniun judicum?* ¿Cuál es es *beneficio del senatus-consulto Veleyano* que rénuncian las mujeres? ¿Qué significa la *non numerata pecunia?* ¿Qué quiere decir, *renuncio mi propio fuero, domicilio y vecindad?* ¿Cuál es la ley I, tít. XI, del lib. 5, de la Recopilacion? y por fin, ¿quienes pueden ó no otorgar escrituras? ¿Cuáles leyes pueden renunciarse y cuáles nó? y, ¿qué cosa son ó para que sirven los testigos que llaman instrumentales?

Ha preguntado vd. tantas cosas, dijo mi amo, que no ès muy fácil el responderle á todas con prolijidad: pero para que vd. se sosiegue, sepa que todas esas leyes que se renuncian son antiguallas que

de nada sirven, y así no nos calentamos los escribanos la cabeza con saberlas; pues eso de saber leyes les toca á los abogados, no á nosotros. Lo que sucede es que como ya es estilo, el poner esas cosas en las escrituras y otros instrumentos públicos, las ponemos los escribanos que vivimos hoy, y las pondrán los que vivirán de aquí à un siglo, con la misma ciencia de ellas que los primeros escribanos del mundo; pero ya digo, el saber ó ignorar estas *matarrungas*, nada importa. ¿Està vd?

Por lo que hace à lo que vd. pregunta de que ¿qué personas pueden otorgar escrituras? Debo decirle que ménos los locos, todos. A lo ménos yo las estenderé en favor del que me pague su dinero, sea quien fuere, y si tuviere algun impedimento, veré cómo se los parto y habilito. ¿Està vd?

Ultimamente: los testigos instrumentales son unas testas de hierro ó más bien unos nombres supuestos; pues en queriendo Juan vender y Pedro comprar, ¿qué cuenta tienen con que haya ó no testigos de su contrato? De modo que verá vd. que yo, muchos de mis compañeros, y casi todos los alcaldes mayores, tenientes y justicias de pueblos, estendemos estos instrumentos en nuestras casas y juzgados solos, y cuando llegamos á los testigos, ponemos que lo fueron D. Pascacio, D. Nicacio y D. Epitacio, aunque no haya tales hombres en veinte leguas en contorno, y lo cierto es que las escrituras se quedaron otorgadas, las fincas vendidas, nuestros derechos en la bolsa y, nadie, aunque sepa esta friolera se mete á reconvenirnos para nada.

Esto es lo que hay, amigo en el particular. Vea vd. si tiene algo mas que preguntar, que se le responderá *in terminis*, camarada, *in terminis*, terminantemente.

Levantóse de la silla el licenciado medio balbuciente de la cólera, y con un mirar de perro con rabia, le dijo á mi preclarísimo maestro: pues Sr. D. Cosme Casalla ó Chanfaina, ó calabaza ó como le

llaman, sepa vd que quien le habla es el Lic. D. Severo Justiniano, abogado tambien de esta real audiencia, en la que pronto me verá vd. colocado, y sabrá si no quiere saberlo ántes, que soy doctor en ambos derechos, y que no le he hablado con mera fanfarronada como vd., á quien en esa virtud le digo y le repito, que es un hombre lleno, pero no de sabiduría, sino lleno de malicia y de ignorancia. ¡Bárbaro! ¿quién lo metió á escribano? ¿Quién lo examinó? ¿Cómo supo enganar á los señores sinodales respondiendo quizá preguntas estudiadas, comunes ó prevenidas, ó satisfaciendo hipócritamente los casos árduos que le propusieron?

Vd. y otros escribanos ó receptores tan pelotas y maliciosos como vd., tienen la culpa de que el vulgo poco recto en sus juicios mire con desafecto, y aun diré con ódio, una profesion tan noble, confundiendo á los escribanos instruidos y timoratos, con los criminalistas trapaceros, satisfechos de que abundan más estos que aquellos.

Sí señor, el oficio de escribano es honorífico, noble y decente. Las leyes lo llaman *público y honrado:* prescriben *que el que haya de ejercerlo sea sujeto de buena fama, hombre libre y cristiano,* aseguran que *el poner escribanos es cosa que pertenece á los reyes. Cá en ellos es puesta la guarda é lealtad de las cosas que facen en la córte del rey, é en las ciudades é en las villas. E son como testigos públicos en los pleitos, é en las posturas (pactos) que los omes facen entre sí:* y mandan que para ser admitidos á ejercer dicho cargo, *justifiquen con citacion del procurador síndico ante las justicias de de sus domicilios, limpieza de sangre, legitimidad, fidelidad, habilidad, buena vida y costumbres (1).*

Sí, amigo: es un oficio honroso, y tanto que no obsta, como han pensado algunos, para ser caballeros y adornarse el pecho con la

[1] En el prólogo del Febrero ilustrado, se hallan citadas las respectivas leyes.

cruz de un hábito, siempre que no falten los demas requisitos necesarios para el caso de lo que tenemos ejemplar. No siendo esto nada particular ni violento, si se considera que un escribano *es una persona depositaria con autoridad del soberano de la confianza pública, á quien así en juicio como fuera de él, se debe dar entera fé y crédito en cuanto actúe como tal escribano.*

¿No es, pues, una lástima que cuatro zaragates desluzcan con sus embrollos, necedades y raterías, una profesion tan recomendable á la sociedad? A lo ménos en el concepto de los muchos; que los pocos bien saben, que en espresion de cierto autor moderno *el abuso de tan decoroso ministerio no debe degradarle, como ni á los demás de la república, de la estimacion y aprecio que le son debidos.*

Esa escritura que vd. ha puesto ó mandado poner, es un fárrago de simplezas que no merece criticarse, y ella misma publica la ignorancia de vd. cuando no la hubiera confesado. ¿Con qué vd. se persuade que el escribano no necesita saber leyes, y que esto solo compete á los abogados? Pues no, señor, los escribanos deben tambien estudiarlas para desempeñar su oficio en conciencia (1).

Esta es una asercion muy evidente, y si no vea vd. en cuantos despilfarros y nulidades ha incurrido en ese mamarracho que ha forjado. Vd. cita y renuncia leyes que para nada vienen al caso, manifestando en esto su ignorancia, al mismo tiempo que omite poner la edad de esa señora, circunstancia esencialísima para que sea válida la escritura, pues es mayor de veinticinco años: no casada ni hija de familia: tiene la libre administracion de sus bienes, y puede otorgar por sí lo mismo que cualquier hombre libre; y de consiguiente es un absurdo la renuncia que hace en su nombre del *Se-*

[2] Es imposible ejercer los escribanos su oficio, *dice D. Márcos Gutiérrez, en el lugar citado*, sin saber mucho de jurisprudencia: pues de lo contrario forzozamente han de cometer infinitos absurdos que originen costosos é interminables litigios, y de que sean victimas innumerables ciudadanos en sus bienes y derechos.

natus-consulto Veleyano, pues no tiene aquí lugar ni le favorece. Sepa vd. que esta ley se instituyó en Roma siendo cónsul Veleyo en favor de las mujeres para que no puedan obligarse ni salir por fiadores por persona alguna, y ya que puedan serlo en ciertos casos, es menester que renuncien esta ley romana, ó mas bien las patrias que les favorecen y entónces será válido el contrato y estarán obligadas á cumplirlo; pero cuando estando habilitadas por derecho, se obliguen por sí y por su mismo interés, es escusada tal cláusula, porque entónces ninguna ley les exime de la obligacion que han otorgado.

Lo mismo se puede decir de las demas renuncias disparatadas que vd. ha puesto, como las de *si qua mulier: sive á me, etc.,* pues éstas se contraen á asegurar los bienes de las mujeres casadas, ó por razon de bienes dotales; y así solo á éstas favorecen, y ellas únicamente pueden renunciar su beneficio, y no las doncellas ó solteras como es Doña Damiana Acevedo.

Más para que vd. acabe de conocer hasta donde llega su ignorancia y la de todos sus compañeros que estienden instrumentos y ponen en ellos latinajos, leyes y renuncias de éstas, sin entender lo que hablan sino porque así lo han visto en los protocolos de donde sacaron su formulario, atienda: dice vd. que vendió la casa en cuatro mil pesos que el comprador recibió á su satisfaccion, y á poco dice que renuncia la ley de la *non numerata pecunia.* Si vd. supiera que esta ley habla de dinero no contado, y no del contado y recibido, no incurriria en tal error.

Ultimamente: el poner por testigos instrumentales los nombres que vd. quiere al hacer el instrumento vd. solo, como ha dicho, y el no esplicarle á las partes la cláusula de él y las leyes que renuncian, puede anular la escritura y cuanto haga con esta torpeza, porque es obligacion precisa de los escribanos, el imponer á las partes perfectamente, en estas que vd. llama *antiguallas;* pero como "re-

gularmente los escribanos (1) poco ménos ignoran el contenido de las leyes renunciadas que las mismas partes, ¿cómo deberemos persuadirnos que cercioraràn aquello que creemos ignoran? ¿Llamaremos acaso á juicio al escribano para que examinado del contenido de dichas leyes, si rectamente responde, creamos que cercioró bien á las partes, y si no dá razon de su persona, hagamos el contrario concepto? Mejor seria."

Con que señor Casalla, aplicarse, aplicarse y ser hombre de bien; pues es un dolor que por las faltas de vd. y otros como vd., sufran los buenos escribanos el vejámen de los necios. El negocio á que yo venia, pide un escribano de más capacidad y conducta que vd., y así no me determino á fiárselo. Estudie màs y sea más arreglado, y no le faltará qué comer con más descanso y tranquilidad de espíritu. Y vd. amiguito, (me dijo á mí), estudie tambien si quiere seguir esta carrera, y no se enseñe á robar con la pluma, pues entónces no pasará de ave de rapiña. Adios, señores.

Ni visto ni oido fué el licenciado, luego que acabó de regañar á mi amo, quien se quedó tan aturdido que no sabia si estaba en cielo ó en tierra, segun despues me dijo.

Yo me acordé bastante de mi primer maestro de escuela, cuando le pasó igual bochorno con el clérigo; pero mi amo no era de los que se ahogan en poca agua, sino muy procaz ó sinvergüenza, y así disimuló su incómodidad con mucho garbo, y luego que se recobró un poco, me dijo: ¿Sabes, Periquillo, por qué ha sido esa faramalla del abogado? Pues sábete que no por otra causa sino porque siente un gato que otro le arañe. Estos letradillos son muy envidiosos: no pueden ver ojos en otra cara, y quisieran ser ellos solos abogados, jueces, agentes, relatores, procuradores, escribanos, y hasta corchetes y verdugos, para soplarse à los litigantes en cuerpo y alma.

(1) *Aliaga* en su Espejo de escribanos. Tom. 2, cap. 1, cláusula 18, fol. 62.

Vea vd. al bribon del Severillo y qué charla nos ha encajado haciéndose del hipócrita y del instruido, como si fuera lo mismo zurcir un escrito acuñándole cuarenta textos, que estender un instrumento público. Aquí no mas has de conocer lo que vá del trabajo de un abogado al de un escribano: el escrito de aquel se tira, si se ofrece por inútil; y el instrumento que nosotros autorizamos se guarda y se protocola eternamente.

El letradillo se escandaliza de lo que no entiende; pero no se asustará de dejar un litigante sin camisa. Sí, ya lo conozco: ¡bonito yo para que me diera atole con el dedo! No digo él, ni los de toga. ¿Sabes por qué tomé el partido de callarme? Pues fué porque es muy caviloso, y à más de eso tengo malicias de que es asesor de S. E. Está para ser oidor, y no quiero esponerme á un trabajo, porque estos pícaros por tal de vengarse, no dejarán libro que no hojeen, ni estante que no revuelvan; que si eso no hubiera sido, yo lo hubiera enseñado á malcriado. Con todo, que vuelva otro dia á mi casa á quebrarme la cabeza, quizás no estaré para aguantar y saldrá por ahí como rata por tirante.

Así que mi amo se desahogó conmigo, abrió su estantito se refrescó con un buen trago de refino de Castilla, y se marchó á jugar sus alburitos miéntras se hacia hora de comer.

Aunque me hicieron mucha fuerza las razones del licenciado, algo me desvanecieron la socarra y mentiras de Chanfaina. Ello es que yo propuse no dejar su compañía hasta no salir un mediano oficial de escribano; más no se puede todo lo que se quiere.

A las dos de la tarde volvió mi maestro contento porque no habia perdido en el juego: puse la mesa, comió y se fué á dormir siesta. Yo fuí á hacer la misma diligencia á la cocina, donde me despachó muy bien nana Clara, que era la cocinera. Despues me bajé á la esquina á pasar el rato con el tendero miéntras despertaba mi patron.

Este, luego que se despertó me dejó mi tarea de escribir como siempre, y se marchó para la calle, de donde volvió á las siete de la noche con una nueva huéspeda que venia à ser nuestra compañera.

Luego que la ví la conocí. Se llámaba Luisa, y era la hermana del ladron que mi amo soltó de la cuerda con más facilidad que D. Quijote à Ginés de Pasamonte. Ya he dicho que la tal moza no era fea, y que pareció muy bien á mi amo. ¡Ojalà y à mí no me hubiera parecido lo mismo!

En cuanto entró le dijó mi amo: anda, hija, desnúdate (1) y vete con nana Clara, que ella te impondrà de lo que has de hacer. Fuése ella muy humilde, y cuando estuvimos solos me dijo Chanfaina: Periquillo: me debes dar las albricias por esta nueva criada que he traido: ella viene de recamarera, y te vas à ahorrar de algun quehacer; porque ya no barreràs ni haràs la cama, ni serviràs la mesa, ni limpiaràs los candeleros, ni haràs otras cosas que son de tu obligacion, sino solamente los mandados. Le único que te encargo es que tengas cuidado con ella, avisàndome si se asoma al bàlcon muy seguidó, ó si sale ó viene alguno à verla cuando no estuviere yo en casa. En fin, tú cuídala, y avísame de cuanto notares. Pues, porque al fin es mi criada, està à mi cargo, tengo que dar cuenta à Dios de ella y no soy muy ancho de conciencia, ni quiero condenarme por pecados agenos. ¿Entiendes? Sí señor, le contesté, riéndome interiormente de la necedad con que pensaba, que era yo capaz de tragar su hipocrecía. Ya sé vé, el muy camote me tenia por un buen muchacho ó por un mentecato. Como en cerca de dos meses que yo vivia con él, habia hecho tan al vivo el papel de hombre de bien, pues ni salia à pasear aun dàndome licencia él mismo,

(1) En aquella época solo la gente muy infeliz carecia de ropa más decente ó aseada para salir á la calle, y así es que por *desnudarse* se entendia quitarse esa ropa y quedarse con la de dentro de casa.—*E.*

ni me deslicé en lo más mínimo con la vieja cocinera, me creyó el amigo Chanfaina muy inocente, ó quién sabe qué, y me confió à su Luisa, que fué fiarle un mamon à un perro hambriento. Así salió ello.

Esa noche cenamos y me fuí à acostar sin meterme en mas dibujos. Al dia siguiente nos dió chocolate la recamarerita, hizo la cama, barrió, atizó el cobre, porque plata no la habia, y puso la casa albeando como dicen las mujeres.

Seis ú ocho dias hizo la Luisa el papel de criada, sirviendo là mesa y tratando à Chanfaina como amo, delante de mí y de la vieja; pero no pudo éste sufrir mucho tiempo el disimulo. Pasado este plazo, la fué haciendo comer de su plato, aunque en pié; despues la hacia sentar algunas veces, hasta que se desnudó del fingimiento y la colocó á su lado señorilmente.

Los tres comíamos y cenábamos juntos en buena paz y compañía. La muchacha era bonita, alegre, viva y decidora; yo era jóven, no muy malote, y sabia tocar el bandoloncito y cantar no muy ronco, al paso que mi amo era casi viejo: no poseia las gracias que yo: sacándolo de sus trapacerias con la pluma, era en lo demás muy tonto: hablaba gangoso y rociaba de babas al que lo atendia, á causa de que el gálico y el mercurio lo habian dejado sin campanilla ni dientes: no era nada liberal, y sobre tantas prendas tenia la recomendable de ser celosísimo en estremo.

Ya se deja comprender que no me costaria mucho trabajo la conquista de Luisa, teniendo un rival tan despreciable. Así fué en efecto. Breve nos entendimos, y quedamos de acuerdo, correspondiéndonos nuestros afectos amigablemente.

El pobre de mi amo estaba encantado con su recamarera y plenamente satisfecho de su escribiente, quien no osaba alzar los ojos á verla delante de él.

Mas ella, que era pícara y burlona, abusaba del candor de mi amo y me ponia en unos aprietos terribles en su presencia; de suerte que á veces me hacia reir y á veces incomodar con sus chocarrerías.

Algunas ocasiones me decia: señor Pedrito, que mústio es vd., parece vd. novicio ó fraile recien profeso: ni alza los ojos para verme: ¿qué soy tan fea que espanto? ¡Zonzo! Dios me libre de vd. Será más tunante que el que más. Sí, de estos que no comen miel, libre Dios nuestros panales, D. Cosme.

Otras veces me preguntaba si estaba yo enamorado de alguna muchacha ó si me queria casar, y treinta mil simplezas de estas, con las que me esponia á descubrir nuestros maliciosos tratos; pero el bueno de mi maestro estaba lelo y en nada ménos pensaba que en ellos; ántes solia preguntarme á escusas de ella ¿si le observaba yo alguna inquietud? y yo le decia: no señor: ni yo lo permitiera, pues los intereses de vd. los miro como mios, y más en esta parte. Con esto quedaba el pobre enteramente satisfecho de la fidelidad de los dos.

Pero como nada hay oculto que no se revele, al fin se descubrió nuestro mal procedimiento de un modo que pudo haberme costado bien caro.

Estaba una mañana Luisa en el balcon y yo escribiendo en la sala. Antojóseme fumar un cigarro y fuí á encenderlo á la cocina. Por desgracia estaba soplando la lumbre una muchacha de no malos bigotes llamada Lorenza, que era sobrina de nana Clara y la iba á visitar de cuando en cuando, por inrerés de los percances que le daba la buena vieja, la que á la sazon no estaba en casa, porque habia ido á la plaza á comprar cebollas y otras menestras para guisar. Me hallé, pues, solo con la muchacha, y como era de corazon alegre, comenzamos á chacotear familiarmente.

En este rato me echó ménos Luisa: fué á buscarme, y hallándo-

me enagenado, se enceló furiosamente y me reconvino con bastante aspereza, pues me dijo: muy bien, señor Perico. En eso se le vá á vd. el tiempo, en retozar con esa grandísima tal......... No: eso de tal, dijo Lorenza toda encolerizada, eso de tal lo será ella y su madre y toda su casta, y sin más cumplimientos se arremetieron y afianzaron de las trenzas dàndose muchos araños y diciéndose primores; pero esto con tal escándalo y alharáca, que se podia haber oído el pleito y sabido el motivo á dos leguas en contorno de la casa.

Hacia yo cuanto estaba de mi parte por desapartarlas, más era imposible, segun estaban empeñadas en no soltárse.

A este tiempo entró nana Clara, y mirando á su sobrina bañada en sangre, no se metió en averiguaciones, sino que tirando el canasto de verdura, arremetió contra la pobre de Luisa, que no estaba muy sana, diciéndole: eso no, grandísima cochina, *lambe-platos*, piojo resucitado; á mi sobrina no, tal. Agora verás quien es cada cual; y en medio de estas jaculatorias le menudeaba muy fuertes palos con una cuchara.

Yo no pude sufrir que con tal ventaja estropearan dos à mi pobre Luisa, y así viendo que no valian mis ruegos para que la dejaran, apelé á la fuerza y dí sobre la vieja á pezcozones.

Una zambra era aquella cocina, ni pienso que seria más terrible la batalla de César en Farsalia. Como no estábamos quietos en un punto, sino que cayendo y levantando andábamos por todas partes y la cocina era estrecha, en un instante se quebraron las ollas, se derramó la comida, se apagó la lumbre, y la ceniza nos emblanqueció las cabezas y nos ensució las caras.

Todo era desvergüenzas, gritos, porrazos y desórden. No habia una de las contendientas que no estuviera sangrada segun el método del Aguilucho, y à más de esto desgreñada y toda hecha pedal

zos, sin quedarme yo limpio en la funcion. El campo de batalla ó la cocina estaba sembrada de despojos. Por un rincon se veia una olla hecha pedazos, por otro la tinaja del agua, por aquí una sarten, por allí un manojo de cebollas, por esotro lado la mano del metate, y por todas partes las reliquias de nuestra ropa. El perrillo alternaba sus ladridos con nuestros gritos, y el gato todo espeluzado no se atrevia á bajar del brasero.

En medio de esta funcion llegó Chanfaina vestido en su propio trage, y viendo que su Luisa estaba desangrada, hecha pedazos, bañada en sangre y envuelta entre la cocinera y su sobrina, no esperó razones, sino que haciéndose de un garrote dió sobre las dos últimas, pero con tal gana y coraje, que á pocos trancazos cesó el pleito, dejando á la infeliz recamarera, que ciertamente era la que habia recibido la peor parte.

Cuando volvimos todos en nuestro acuerdo, no tanto por el respeto del amo cuanto por el miedo del garrote, comenzó el escribano á tomarnos declaracion sobre el asunto ó motivo de tan desenfrenada riña. La vieja nana Clara, nada decia porque nada sabia en realidad: Luisa tampoco, porque no le tenia cuenta: yo, ménos porque era el actor principal de aquella escena; pero la maldita Lorenza, como que era la más instruida é inocente, en un instante impuso á mi amo del contenido de la causa, diciendole: que todo aquello no habio sido más que una violencia y provocacion de aquella tal celosa que estaba en su casa, que quizá era mi amiga, pues por celos de mí y de ella habia armado aquel escándalo.........

Hasta aquí oí yo á Lorenza; porque en cuanto advertí que ésta habia descorrido el velo de nuestros indignos tratos más de lo que era necesario, y que mi amo me miraba con ojos de loco furioso, temí como hombre, y eché á correr como una liebre por la escalera abajo, con lo que confirmé en el momento cuanto dijo

Lorenza, acabando de irritar á mi patron, quien no queriendo que me fuera de su casa sin despedida, bajó tras de mí como un rayo y con tal precipitacion, que no advirtió iba sin sombrero, ni capa y con la golilla por un lado.

Como dos cuadras corrió Chanfaina tras de mí gritándome sin cesar: párate bribon, párate pícaro; pero yo me volví sordo y no paré hasta que lo perdí de vista, y me hallé bien léjos y seguro del garrote.

Este fué el honroso y lucidísimo modo con que salí de la casa del escribano: peor de lo que habia entrado y sin el más mínimo escarmiento, pues en cada una de éstas comenzaba de nuevo la série de mis aventuras, como lo vereis en el capítulo siguiente.

CAPITULO XL.

En el que Periquillo cuenta la acogida que le hizo un barbero: el motivo porque se salió de su casa: su acomodo en una botica, y su salida de ésta, con otras aventuras curiosas.

ES increible el terreno que avanza un cobarde en la carrera. Cuando sucedió el lance que acabo de referir eran las doce en punto, y mi amo vivia en la calle de las Ratas; pues corrí tan de buena gana, que fuí á esperar el cuarto de hora á la Alameda: eso sí, yo llegué lleno de sudor y de susto; más lo dí de barato así como el verme sin sombrero, roto de cabeza, hecho pedazos y muerto de hambre, al considerarme seguro de Chanfaina, á quien no tanto temia por su garrote, como por su pluma cavilosa; pues si me hubiera habido á las manos, seguramente me dá de palos, me urde una calumnia y me hace ir a sacar piedra mucar á San Juan de Ulúa.

Así es que yo hube de tener por bien, el mismo mal, ó elejí cuerdamente del mal el ménos; pero esto está muy bien para la hor

ejecutiva, porque pasada ésta se reconoce cualquier mal, segun es, y entónces nos incomoda amargamente.

Tal me sucedió cuando sentado á la orilla de una zanja, apoyado mi brazo izquierdo sobre una rodilla, teniéndome con la misma mano la cabeza y con la derecha rascando la tierrra con un palito, consideraba mi triste situacion. ¿Qué haré yo ahora? me preguntaba á mí mismo. Es harto infeliz el estado presente en que me hallo. Solo, casi desnudo, roto de cabeza, muerto de hambre, sin abrigo ni conocimiento, y despues de todo con un enemigo tan poderoso como Chanfaina, que se desvelará por saber de mí para tomar venganza de mi infidelidad y de la de Luisa, ¿á dónde iré? ¿Dónde me quedaré esta noche? ¿Quién se ha de doler de mí, ni quien me hospedará, si mi pelaje es demasiado sospechoso? Quedarme aquí no puede ser, porque me echarán los guardas de la Alameda: andar toda la noche en la calle es arrojo, porque me espongo á que me encuentre en la calle una ronda y me despache más presto á poder de Chanfaina: irme á dormir á un cementerio retirado como el de San Cosme, será lo más seguro...... pero ¿y los muertos y las fantasmas, son acaso poco respetables y temibles? Ni por un pienso. ¿Qué haré, pues, y qué comeré esta noche?

Embebecido estaba en tan melancólicos pensamientos sin poder dar con el hilo que me sacara de tan confuso laberinto, cuando Dios, que no desampara á los mismos que le ofenden, hizo que pasara junto á mí un venerable viejo, que con un muchacho se entretenia en sacar sanguijuelas con un *chiquihuite* en aquellas zanjitas; y estando en esta diligencia me saludó, y yo le respondí cortesmente.

El viejo, al oir mi voz, me miró con atencion, y despues de haberse detenido un momento, salta la zanja, me echa los brazos al cuello, con la mayor expresion, y me dice: ¡Pedrito de mi alma!

¿es posible que te vuelva á ver? ¿Qué es esto? ¿Qué traje, qué sangre es esa? ¿Cómo está tu madre? ¡Dónde vives?

A tantas preguntas yo no respondia palabra, sorprendido al ver á un hombre á quien no conocia, que me hablaba por mi nombre y con una confianza no esperada; mas él, advirtiendo la causa de mi turbacion, me dijo: ¿qué no me conoces? No señor, la verdad (le respondí), si no es para servirle. Pues yo si te conozco, y conocí á tus padres y les debí mil favores. Yo me llamo Agustin Rapamentas: afeité al difunto Sr. D. Manuel Sarmiento tu padrecito, muchos años, si, muchos, sobre que te conocí tamañito, hijo, tamañito: puedo decir que te ví nacer; y no pienses que no: te queria mucho y jugaba contigo mientras que tu señor padre salía á afeitarse.

Pues Sr. D. Agustin, le dije, ahora voy recordando especies, y en efecto, es así como vd. lo dice. ¡Pues qué haces aquí, hijo, y en este estado? me preguntó.

¡Ay, señor! le respondí remedando el llanto de las viudas: mi suerte es la mas desgraciada: mi madre murió dos años hace: los acreedores de mi padre me echaron á la calle y embargaron cuanto habia en la casa; yo me he mantenido sirviendo á este y al otro; y hoy el amo que tenia, porque la cocinera hechó el caldo frio y yo lo llevé á la mesa, me tiró con él y con el plato me rompió la cabeza, y no parando en esto su cólera, agarró el cuchillo y corrió tras de mi, que á no tomarle yo la delantera no le cuento á vd. mi desgracia.

¡Mire que picardía! decia el cándido barbero; ¿y quién ese amo tan cruel y vengativo? ¿Quién ha de ser, señor, le dije: el mariscal de Biron. ¿Cómo? ¿Qué estás hablando? dijo el rapador: no puede ser eso, si no hay tal nombre en el mundo. Será otro. ¡Ah! sí señor, es verdad, dije yo: me turbé; pero es el conde... el conde.. ...el conde... ¡válgate Dios por memoria! el conde de.... de.... de

Saldaña. Peor está esa, decia D. Agustin: ¿qué te has vuelto loco? ¿Qué estás hablando, hijo? ¿No ves que estos títulos que dices son de comedia? Es verdad, señor: á mi se me ha olvidado el título de mi amo porque apenas hace dos dias que estaba en su casa; pero para el caso no importa no acordarse de su título, ó aplicarle uno de comedia, porque si lo vemos con seriedad, ¿qué título hay en el mundo que no sea de comedia? El mariscal de Biron, el conde de Saldaña, el baron de Trenk y otros mil, fueron título reales, desempeñaron su papel, murieron, y sus nombres quedaron para servir de títulos de comedias. Lo mismo sucederá al conde del Campo Azul, al marqués de Casa Nueva, al duque de Ricabella, y á cuantos viven hoy con nosotros: mañana morirán y *laus Deo*, quedarán sus nombres y sus títulos para acordarnos solo algunos dias de que han existido entre los vivos, lo mismo que el Masiscal de Biron y el gran conde de Saldaña. Con que nada importa, segun esto, que yo me acuerde ó me olvide del título del amo que me golpeó. De lo que no me olvidaré será de su maldita accion, que estas son las que se quedan en la memoria de los hombres ó para vituperarlas y sentirlas ó para ensalzarlas y aplaudidas, que no los títulos y dictados que mueren con el tiempo y se confunden con el polvo de los sepulcros.

Atónito me escuchaba el inocente barbero teniéndome por un sabio y un virtuoso. Tal era mi malicia á veces, y á veces mi ignorancia. Yo mismo ahora no soy capaz de definir mi carácter en aquellos tiempos, ni creo que nadie lo hubiera podido comprender; porque unas ocasiones decia lo que sentia: otras obraba contra lo mismo que decia: unas veces me hacia un hipócrita, y otras hablaba por el convencimiento de mi conciencia; mas lo peor era, que cuando fingia virtud lo hacia con advertencia, y cuando hablaba enamorado de ella hacia mil propósitos interiores de enmendarme, pero no me determinaba á cumplirlos.

Esta vez me tocó hablar lo que tenia en mi corazon; pero no me aproveché de tales verdades; sin embargo, me surtió un buen efecto temporal, y fué que el barbero condolido de mí me llevó á su casa, y su familia, que se componia de una buena vieja llamada tia Casilda y del muchacho aprendiz, me recibió con el estremo mas dulce de hospitalidad.

Cené aquella noche mejor de lo que pensaba, y al dia siguiente me dijo el maestro: hijo, aunque ya eres grande para aprendiz (tendria yo diez y nueve ó veinte años: decia bien), si quieres, puedes aprender mi oficio, que si no es de los muy aventajados, á lo menos da que comer; y así aplícate que yo te daré la casa y el bocadito, que es lo que puedo.

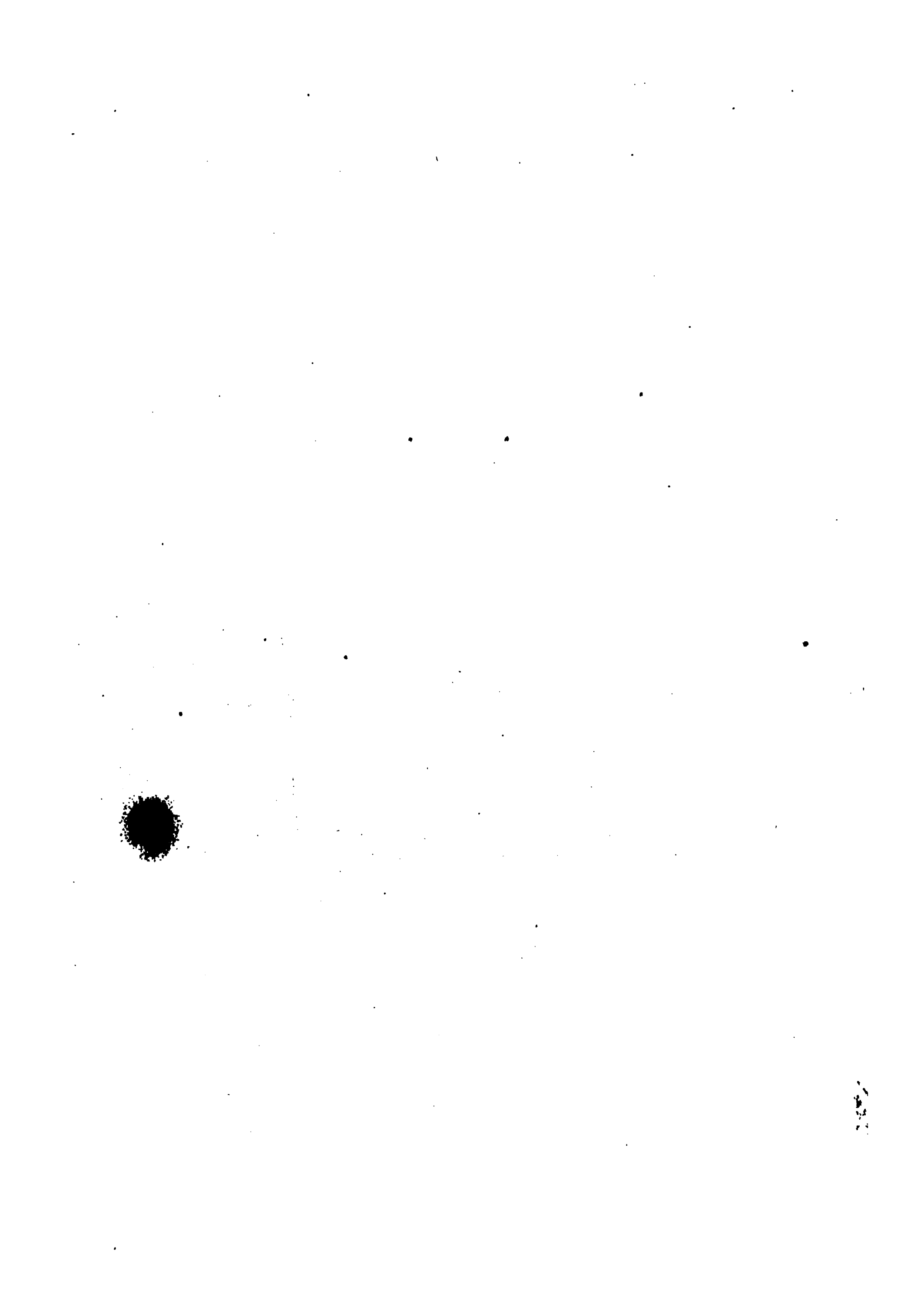
Yo le dije que si, porque por entonces me pareció conveniente; y segun esto, me comedia [1] à limpiar los paños, à tener la vacía y à hacer algo de lo que veia hacer al aprendiz.

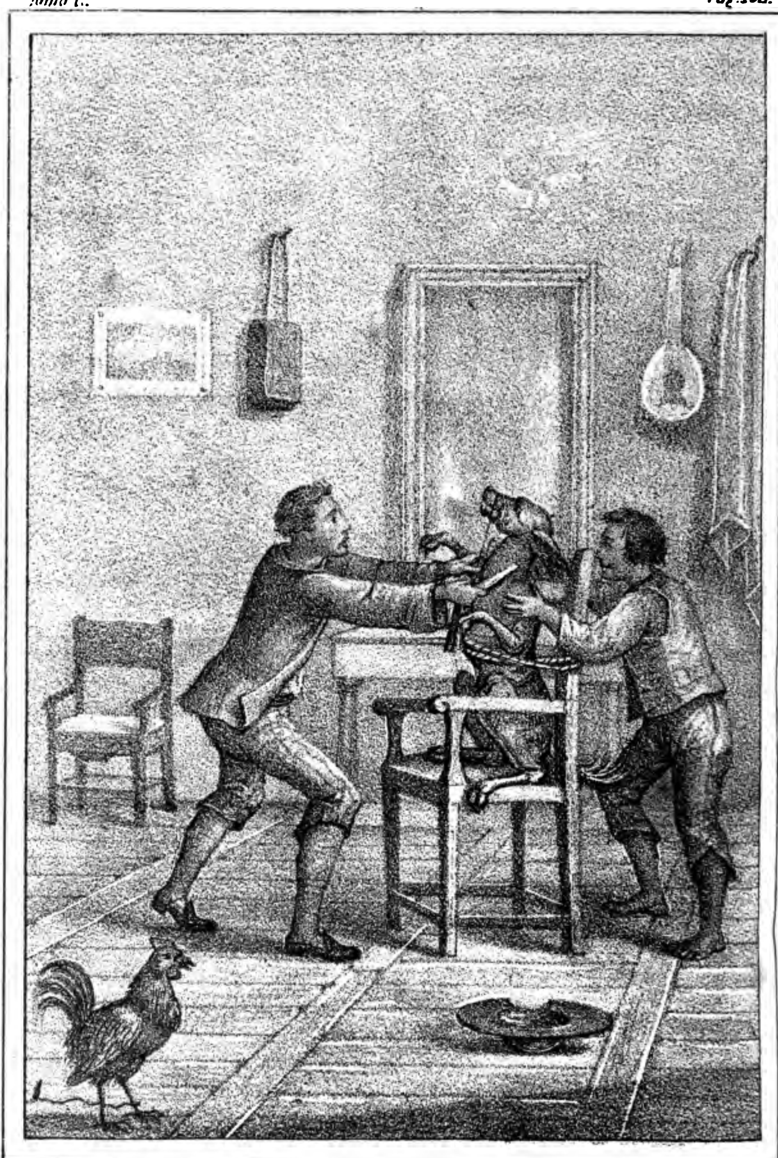
Una ocasion que el maestro no estaba en casa, por ver si estaba algo adelantado, cogí un perro, á cuya fagina me ayudó el aprendiz, y atándole los piés, las manos y el hocico, lo sentamos en la silla amarrado en ella, le pusimos un trapito para limpiar las navajas, y comencé la operacion de la rasura. El miserable perro ponia sus gemidos (2) en el cielo. ¡Tales eran las cuchilladas que solia llevar de cuando en cuando!

Por fin, se acabó la operacion y quedó el pobre animal retratable, y luego que se vió libre, salió para la callle como alma que se llevan los demonios, y yo engreido con esta primera prueba, me determiné hacer otra con un pobre indio que se fué á rasurar de á medio. Con mucho garbo le puse los paños: hice al aprendiz tra-

[1] Por *comedirse* y con mas frecuencia *acomedirse*, se entiende vulgarmente prestarse con voluntad y gusto á ayudar á otros en sus trabajos y quehaceres, ó desempeñar por ellos.—*E.*

(2) No podia ladrar y así solo gemia.





El miserable perro ponia sus gemidos en el cielo.

gera la vacia con el agua caliente: asenté las navajas y le dí una zurra de raspadas y tajos, que el infeliz no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo: *amoquale quistiano, amoquale:* que fué como decirme en castellano: no me cuadra tu modo, señor, no me cuadra. Ello es que él dió el medio real y se fué tambien medio rapado.

Todavía no contento con estas tan malas pruebas, me atreví á sacarle un muela á una vieja que entró á la tienda rabiando de un fuerte dolor y en solicitud de mi maestro; pero como era resuelto, la hice sentar y que entregara la cabeza al aprendiz para que se la tuviera.

Hizo éste muy bien su oficio: abrió la cuitada vieja su desierta boca despues de haberme mostrado la muela que le dolia; tomé el descarnador y comencé á cortarla trozos de encia alegremente.

La miserable al verse tasajear tan seguido y con una porcelana de sangre delante, me decia: maestrito, por Dios, ¿hasta cuándo acaba vd. de descarnar? No tenga vd. cuidado señora, le decia yo: haga una poca de paciencia, ya le falta poco de la quijada.

En fin, asi que le corté tanta carne cuanto bastó para que almorzara el gato de casa, le afiancé el hueso con el respectivo instrumento y le dí un estiron tan fuerte y mal dado, que le quebré la muela lastimándole terriblemente la quijada.

¡Ay Jesus! esclamó la triste vieja, ya me arrancó vd. las quijadas, maestro del diablo. No hable vd señora, le dije, que se le metera el aire y le córromperá la mandíbula. ¡Qué *malíbula* ni qué demonios! decia la pobre...... ¡Ay, Jesus! ¡ay! ¡ay! ¡ay!......

Ya está, señora, decia yo, abra vd. la boca, acabaremos de sacar el raigon, ¿no vé que es muela matriculada? Matriculado esté vd. en el infierno, *chambon*, indigno, condenado, decia la pobre.

Yo sin hacer caso de sus injurias, le decia, ande nanita, siéntese y abra la boca, acabaremos de sacar ese hueso maldito: vea vd. que un dolor quita muchos. Ande vd., aunque no me pague. Vayá vd. noramala, dijo la anciana, y sáquele otra muela ó cuantas tenga á la grandísima borracha que lo parió. No tienen la culpa estos raspadores cochinos, sino quien se pone en sus manos. Prosiguiendo en estos elogios se salió para la calle sin querer ni volver á ver el lugar del sacrificio.

Yo algo me compadecí de su dolor, y el muchacho no dejó de reprenderme mi determinacion atolondrada; porque cada rato decia: ¡pobre señora! ¡que dolor tendria! y lo peor que si se lo dice al maestro ¿qué dirá? Diga lo que dijere, le respondí, yo lo hago por ayudarlo â buscar el pan; fuera de que así se aprende, haciendo pruebas y ensayándose. A la maestra le dije que habian sido monadas de lâ vieja: que tenia la muela matriculada y no se la pude arrancar al primer tiron, cosa que al mejor le sucede.

Con estos se dieron todos por satisfechos y yo seguí haciendo mis diabluras, las que me pagaban ó con dinero ó con desvergüenzas.

Cuatro meses y medio permanecí con D. Agustin, v fué mucho, segun lo variable de mi génio. Es verdad que en esta dilacion tuvo parte el miedo que tenia á Chanfaina, y el no encontrar mejor asilo, pues en aquella casa comia, bebia y era tratado con una estimacion respetuosa de parte del maestro. De suerte que yo ni hacia mandados ni cosa mas útil que estâr cuidando la barberia y haciendo mis fechorías cada vez que tenia proporcion; porque yo era un aprendiz de honor, y tan consentido y obachon, que aunque sin camisa, no me faltaba quien me envidiara mi fortuna. Este era Andrés el aprendiz, quien un dia que estábamos los dos conversando en espera de marchante que quisiera ensayarse á mártir, me dijo: señor, ¡quién fuera como vd!—¿Por qué, Andres? le pre-

gunté. Porque ya vd. es honbre grande, dueño de su voluntad y no tiene quien lo mande; y no yo que tengo antes que me regañen, y no sé lo que es tener media en la bolsa.—Pero así que acabes de aprender el oficio, le dije, tendrás dinero y serás dueño de tu voluntad.

¡Qué verde está eso! decia Andrés: ya llevo aquí dos años de aprendiz y no sé nada. ¿Cómo nada, hombre? le pregunté muy admirado. Asi nada, me contestó. Ahora que está vd. en casa, he aprendido algo. ¿Y qué has aprendido? le pregunté. He aprendido, respondió el gran bellaco, à afeitar perros, dosollar indios y desquijarar viejas, que no es poco. Dios se lo pague à vd. que me lo ha enseñado.—Pues y ¿qué tu maestro no te ha enseñado nada en dos años?—Qué me ha de enseñar, decia Andrés. Todo el dia se me va en hacer mandados aquí y en casa de Doña Tulita la hija de mi maestro; y allí *pior*, porque me hacen cargar el niño, lavar los pañales, ir â la pulquería, fregar toditos los trastes y aguantar cuantas calillas, y con esto ¿qué he de aprender del oficio? Apenas sé llevar la vacia y el escalfador cuando me lleva consigo mi amo, digo, mi maestro; me turbé. A fé que D. Plácido el hojalatero que vive junto á la casa de mi madre grande: ese si que es maestro de cajeta, porque afuera de que no es muy demasiado regañon, ni les pega á sus aprendices, los enseña con muche cariño, y les dá sus medios muy buenos así que hacen alguna cosa en su lugar; pero eso de mandados ¡cuándo, ni por un pienso! Sobre que apenas los envía á traer medio de cigarros, *contimás* manteca, ni chiles, ni pulque, ni carbon, ni nada como acá. Con esto *orita, orita* aprenden los muchachos el oficio.

Tú hablas mal, le dije, pero dices bien. No deben ser los maestros amos, sino enseñadores de los muchachos; ni estos deben ser criados ó *pilguanejos* de ellos, sino legítimos aprendices; aunque así por la enseñanza como por los alimentos que les dan, pueden

mandarlos y servirse de ellos en aquellas horas que estén fuera de la oficina, y en aquellas cosas proporcionadas á las fuerzas, educacion y principios de cada uno. Asi yo lo oia decir muchas veces á mi difunto padre; que en paz descance.

Pero dime: ¿qué, estas aqui con escritura? Si señor, me respondió Andrés, y ya cuento dos años de aprendiz, y vamos corriendo para tres, y no se dá modo ni manera el maestro de enseñarme nada. Pues entonces, le dije, si la escritura es por cuantro años ¿cómo aprenderás en el último, si se pasa como se han pasado los tres que llevas? Eso *mesmo* digo yo, decia Andrés. Me sucederá lo que le sucedió á mi hermano Policarpo con el maestro Marianito el sastre.—¿Pues qué le sucedió?—¿Qué? Que se llevó los tres años de aprendiz en hacer mandados como *ora* yo; y en el cuarto *isque* queria maestro enseñarle todo el oficio de á tiro, y mi hermano no lo podia aprender, y al maestro se lo llevava el diablo de corage, y le echaba cuarta al *probe* de mi hermano á manta de Dios, hasta que el *probe* se aburrió y se *juyó* y esta es la *ora* que no hemos vuelto á saber del: y tan bueno que era el *probe*, pero ¿cómo habia de salir sastre en un año, y eso haciendo mandados y con tantísimo dia de fiesta, señor, como tiene el año? Y *asina* yo pienso que el maestro de acá tiene trazas de hacer lo *mesmo* conmigo. (1)

¿Pero por qué no aprendiste tú á sastre? pregunté á Andrés, y

(1) En el dia con gran dolor vemos lo poco usado de esta loable práctica de recibir aprendices con escritura; pero cuando estaba en uso se recibian los aprendices bajo las obligaciones y condiciones siguientes: el maestro se obligaba á enseñarle su oficio sin ocultarle nada, dentro de un tiempo determinado, que regularmente era cuatro años, pudiendo á este efecto castigarle con prudencia y moderacion sin herirlo ni lastimarlo gravemente: á darle alimentos, ropa limpia y cama, á que si no estuvo hábil en el dicho tiempo, pagar á otro maestro de la misma profesion ó arte por el trabajo de enseñarlo; y si esto no queria, á tener en su casa al aprendiz en clase de oficial pagándole salario de tal todos los dias. El otorgante padre, pariente etc., del aprendiz, se obligaba á que éste habia de servir dicho tiempo no solo en lo concerniente al oficio, sino en lo que se le ofreciera á su maestro, siendo cosa decente y no impidiéndole el tiempo de aprender. Estas y otras condiciones igualmente justas, pueden verse en el Febrero, ilustrado por D. Márcos Gutierrez, part. 1, t. 2, cap. 26.

éste me dijo: ¡ay señor! ¿sastre? Se enferman del pulmon.—¿Y á hojalatero?—No señor; por no ver que se corta uno con la hoja de lata y se quema con los fierros.—¿Y á carpintero por qué no? —¡Ay! no: porque se lastima mucho el pecho.—¿Y á carrocero ó herrero?—No lo permita Dios, si parecen diablos cuando están junto á la fragua aporreando el fierro. Pues hijo de mi alma: Pedro Sarmiento: hermano de mi corazon, le dije á Andrés levantándome del asiento; tú eres mi hermano, tatita, si, tú eres mi hermano: somos mellizos ó *cuates;* dame un abrazo. Desde hoy te bebo amar y te amo mas que antes, porque miro en ti el retrato de mi modo de pensar: pero tan parecido que se equivoca con el prototipo, si ya no es que nos indentificamos tú y yo.

¿Porque son tantos abrazos, señor Pedrito? preguntaba Andrés muy azorado: ¿por qué me dice tantas cosas que yo no entiendo? Hermano Andrés, le respondí; porque tú pienzas lo mismo que yo y eres tan flojo como el hijo de mi madre. A tí no te acomodan los oficios por las penalidades que traen anexas, ni te gusta servir porque regañan los amos: pero si te gusta comer, beber pasear y tener dinero con poco ó ningun trabajo. Pues, tatita (1), lo mismo pasa por mí: de modo que como dice el refràn, Dios los cria y ellos se juntan. Ya verás si tengo razon demasiada para quererte.

Eso es decir, repuso Andrés, que vd. es un flojo y yo tambien. Adivinaste, muchacho, le contesté, adivinaste. ¿Ves como en todo mereces que yo te quiera y te reconozca por mi hermano? Pues si solo por eso lo hace, dijo Andresillo, muchos hermanos debe vd. tener en el mundo; porque hay muchos flojos de nuestro mismo gusto; pero sepa vd. que á mi lo que me hace no es el oficio, sino dos cosas: la una que no me lo enseñan; y la otra, el génio que tie-

(1) *Tatita* diminutivo de *Tata,* que entre le gente vulgar se sustituye al nombre de *padre,* como el de *nana* al de *madre:* así como entre la gente decente se dice: *Papá, Mamá.—E.*

ne la maldita vieja de la maestra; que si eso no fuera, yo estuviera contento en la casa, porque el maestro no puede ser mejor.

Así es, dije yo. Es la vieja el mismo diablo, y su genio es enteramente opuesto al de D. Agustin; pues éste es prudente, liberal y atento; y la vieja condenada es majadera, regañona y mezquina como Judas. Ya se vé, ¿qué cosa buena ha de hacer con sú cara de sábana encarrujada y su boca de chancleta (1).

Hemos de advertir que la casa era una accesoria con una altito de estas que llaman de taza y plato [2], y nosotros no habiamos atendido á que la dicha maestra nos escuchaba, como nos escuchó toda la conversacion, hasta que yo comencé á loarla en los términos que van referidos, é irritada justamente contra mí, cogió con todo silencio una olla de agua hirviendo que tenia en el brasero, y me la volcó á plomo en la cabeza diciéndome: pues maldito, mal agradecido, fuera de mi casa, que yo no quiero en ella arrimados que vengan á hablar de mí.

No sé si habló algo mas, porque quedé sordo y ciego del dolor y de la cólera. Andrés temiendo otro baño peor, y escarmentado en mi cabeza, huyó para la calle. Yo rabiando y todo pelado subí la escalerita de palo con ánimo de desmechar á la vieja, topara en lo que topara, y despues marcharme como Andrés; pero esta condenada era varonil y resuelta, y asi luego que me vió arriba, tomó el cuchillo del brasero y se fué sobre mí con el mayor denuedo, y hablando medias palabras de cólera, me decia: ¡ah grandísimo bellaco atrevido! ahora te enseñaré...... Yo no pude oir que me que-

(1) Esta voz es en castellano sinónima de *chinela;* pero entre nosotros significa el zapato que por viejo ó de intento, tiene doblado para adentro el talon, con cuyo motivo hace un ruido desagradable al andar con él.—*E.*

(2) Esta locucion tuvo orígen de que pidiéndose una poca de agua en el cuarto ó accesoria de la gente muy pobre, se daba en un jarro de barro comun; pero los siendo algo mas acomodadas vivian en estas accesorias con su altito, presentaban el agua en una taza poblana sobre un plato, porque el precio alto de los vasos de cristal en aquella época remota no estaban al alcance sino de los *ricos y gente* bien acomodada

ria enseñar ni me quise quedar á aprender la leccion, sino que volví la grupa con tanta ligereza y fué con tal desgracia, que tropezando con un perrillo bajé la escalera más presto que la habia subido y del mas estraño modo, porque la bajé de cabeza magullándome las costillas.

La vieja estaba hecha un chile contra mí. No se compadeció ni se detuvo por mi desgracia; sino que bajó tras de mí como un rayo con el cuchillo en la mano y tan determinada, que hasta ahora pienso que si me hubiera cogido, me mata sin duda alguna; pero quiso Dios darme valor para correr, y en cuatro brincos me puse cuatro cuadras lejos de su furor. Porque eso si tenia yo, álas en los piés cuando me amenazaba algun peligro, y me daban lugar para la fuga.

En lo intempestivo se pareció esta mi salida á la de la casa de Chanfaina; pero en lo demas fué peor, porque de aquí salí á la carrera, sin sombrero, bañado y chamuscado.

Así me hallé como á las once de la mañana por el paseo que llaman de Tlaxpana. Estúbeme en el sol esperando se me secara mi pobre ropa, que cada dia iba de mal en peor, como que no tenia relevo.

A las tres de la tarde ya estaba enteramente seca, enjuta, y yo mal acondicionado porque me aflijia el hambre con todas sus fuerzas: algunas ampoyas se me habian levantado por la travesura de la vieja: los zapatos como que estaban tan maltratados con el tiempo que se tenian en mis piés por mero cumplimiento me abandonaron en la carrera, yo que ví la diabólica figura que hacia sin ellos á causa de que las medias descubrieron toda la suciedad y flecos de las soletas, me las quité, y no teniendo donde guardarlas las tire, quedándome descalzo de pié y pierna: y para colmo de mi desgracia me urgia demasiado el miedo al pensar en donde pasaria la noche, sin atreverme á decidir entre si me quedaria en el campo

ó me volveria á la ciudad, pues por todas partes hallaba insuperables embarazos. En el campo temia el hambre, las inclemencias del tiempo y la lobreguez de la noche; y en la ciudad temia la cárcel, y un mal encuentro con Chanfaina ó el maestro barbero; pero por fin, á las oraciones de la noche venció el miedo de esta parte, y me volví á la ciudad.

A las ocho estaba yo en el portal de las Flores, muerto de hambre, la que se aumentaba con el ejercicio que hacia de tanto andar. No tenia en el cuerpo cosa que valiera más que una medallita de plata que habia comprado en cinco reales cuando estaba en la barberia: me costó mucho trabajo venderla á esas horas; pero por último, hallé quien me diera por ella dos y medio, de los que gasté un real en cenar y medio en cigarros.

Alentando mi estómago, solo restaba determinar donde quedarme. Andaba yo calles y más calles sin saber en donde recojerme, hasta que pasando por el meson del Angel oí sonar las bolas del truco, y acordándome del *arrastraderito* de Juan Largo, dije entre mí: no hay remedio, un realillo tengo en la bolsa para el coime: aquí me quedo esta noche, y diciendo y haciendo me metí en el truco.

Todos me miraban con la mayor atencion, no por lo trapiento que otros habia allí peores que yo, sino por lo ridículo, pues estaba descalzo enteramente: calzones blancos no los conocia: los de encima eran negros de terna, parchados y agujereados: mi camisa despues de rota estaba casi negra de mugre; mi chupa era de angaripola, rota y con tamamos florones colorados: el sombrero se quedó en casa, y despues de tantas guapezas tenia la cara algo estravagante, pues la tenia ampollada y los ojos medio escondidos dentro de las vejigas que me hizo el agua hirviendo.

No era mucho que todos notaran tan estraña figura; más á mí

no se me dió nada de su atencion, y hubiera sufrido algun vejámen á trueque de no quedarme en la calle.

Dieron las nueve: acabaron de jugar y se fueron saliendo todos, ménos yo, que luego me comedí á apagar las velas, lo que no le disgustó al coime, quien me dijo: amiguito, Dios se lo pague; pero ya es tarde y voy á cerrar, váyase vd. Señor, le dije: no tengo donde quedarme, hágame vd. favor de que pase la noche aquí en un banco, le daré un real que tengo, y si más tuviera más le daria.

Ya hemos dicho que en todas partas, en todos ejercicios y destinos se ven hombre buenos y malos, y así no se hará novedad de que en un truco y en clase de coime, fuera esto de quien hablo un hombre de bien y sensible. Así lo esperimenté, pues me dijo: guarde vd. su real, amigo, y quédese norabuena. ¿Ya cenó? Sí señor, le respondí.—Pues yo tambien. Vámonos á acostar. Sacó un zarape, me lo prestó y miéntras nos desnudamos quiso informarse de quien era yo y del motivo de haber ido allí tan derrotado. Yo le conté mil lástimas con tres mil mentiras en un instante, de modo que se compadeció de mí, y me prometió que hablaria á un amigo boticario que no tenia mozo, á ver si me acomodaba en su casa. Yo acepté el favor, le dí las gracias por él y nos dormimos.

A la siguiente mañana, á pesar de mi flojera, me levanté primero que el coime, barrí, sacudí é hice cuanto pude por granjearlo. El se pagó de esto, y me dijo: voy á ver al boticario; pero ¿qué haremos de sombrero? Pues en estas trazas que vd. tiene, está muy sospechoso. Yo no sé qué harè, le dije; porque no tengo más que un real, y con tan poco no se ha de hallar; pero mientras vd. me hace favor de ver á ese señor boticario, ya vuelvo.

Dicho esto, me fuí, me desayuné y en un zaguan me quité la chupa y la ferié en el baratillo por el primer sombrero que me die-

ron, quedándome el escrúpulo de haber engañado á su dueño. Es verdad que el dicho sombrero no pasaba de un *chilaquil* aderezado; y donde á mí me pareció que habia salido ventajoso ¿qué tal estaria la chupa? Ello es que al tiempo del trueque me acordé de aquel versito viejo de

Casó Montalvo en Segovia
Siendo cojo, tuerto y calvo,
Y engañaron á Montalvo:
¿Pues qué tal seria la novia?

Contentísimo con mi sombrero y de verme disfrazado con mis propios *tiliches*, convertido del hijo de D. Pedro Sarmiento, en mozo de alquilon, partí á buscar al coime mi protector, quien me dijo que todo estaba listo; pero que aquella camisa parecia sudadero, que fuera á lavarla á la acequia y á las doce me llevaria al acomodo, porque la pobreza era una cosa y la porquería era otra: que aquella provocaba á lástima y ésta á desprecio y asco de la persona; y por fin, que me acordara del refran que dice: *como te veo te juzgo.*

No me pareció malo el consejo, y así lo puse en práctica al momento. Compré cuartilla de jabon y cuartilla de tortillas con chile, qae me almorcé para tener fuerzas para lavar: me fuí al *Pípis* (1) me pelé mi camisa y la lavé.

No tardó nada en secarse porque estaba muy delgada y el sol era como lo apetecen las lavanderas los sábados. En cuanto la ví seca la espulgué y me la puse, volviéndome con toda presteza al meson, pues ya no veia la hora de acomodarme; no porque me gustaba trabajar, sino porque la necesidad tiene cara de hereje, dice el refran, y yo digo de pobre, que suele parecer peor que de hereje.

(1) Un recodo que al lado de un puente hace la acequia principal por el barrio de San Pablo, donde sin pagar se lavan los muy pobres.—*E.*

Así que el coime me vió limpio se alegró y me dijo: vea vd. como ahora parece otra cosa. Vamos.

Llegamos á la botica que estaba cerca, me presentó al amo quien me hizo veinte preguntas, á las que contesté á su satisfacccion, y me quedé en la casa con salario asignado de cuatro pesos mensuales y plato.

Permanecí dos meses en clase de mozo, moliendo palos, desollando culebras, atizando el fuego, haciendo mandados y ayudando en cuanto se ofrecia y me mandaban, á satisfaccion del amo y del oficial.

Luego que tuve juntos ocho pesos, compré medias, zapatos, chaleco, chupa y pañuelo; todo del baratillo, pero servible. Lo traje á la casa ocultamente, y á otro dia que fué domingo, me puse hecho un veinticuatro.

No me conocia el amo, y alegrándose de mi metamórfosis, decia al oficial: vea vd., se conoce que este pobre muchacho es hijo de buenos padres y que no se crió de mozo de botica. Así se hace, hijo, manifestar uno siempre sus buenos principios, aunque sea pobre, y una de las cosas en que se conoce el hombre que los ha tenido buenos, es que no le gusta andar roto ni sucio. ¿Sabes escribir? Sí señor, le respondí.—A ver tu letra, dijo; escribe aquí.

Yo por pedantear un poco y confirmar al amo en el buen concepto que habia formado de mí, escribí lo siguiente:

Qui scribere nesciunt nullum putant esse laborem.
Tres digiti scribunt, coetera membra dolent.

¡Ola! dijo mi amo todo admirado: escribe bien el muchacho y en latin. ¿Pues qué entiendes tú lo lo que has escrito? Sí señor, le dije: eso dice " que los que no saben escribir, piensan que no es trabajo, pero que miéntras tres dedos escriben, se incomoda todo

el cuerpo." Muy bien, dijo el amo, segun eso, sabrás qué significa el rótulo de esa redoma. Dímelo. Yo leí *Oleum vitellorum ovorum*, y dije: Aceite de yema de huevos. Así es, dijo D. Nicolàs, y poniéndome botes, frascos, redomas y cajones, me siguió preguntando: ¿y aquí qué dice? Yo, segun él me preguntaba respondia: *Oleum escorpionum.* Aceite de alacranes......... *Aqua menthae.* Agua de yerba buena...... *Aqua petrocelini.* Agua de perejil...... *Sirupus pomorum*...... Jarabe de manzanas...... *Unguentum cucurbitae*...... Ungüento de calabaza......*Elixir*...... Basta, dijo el amo; y volviéndose al oficial le decia: qué dice vd. D. José, ¿no es lástima que este pobre muchacho esté de mozo pudiendo estar de aprendiz con tanto como tiene adelantado? Sí señor, respondió el oficial, y continuó el amo hablando conmigo: pues bien hijo, yá desde hoy eres aprendiz: aquí te estarás con D. José y entrarás con él al laboratorio para que aprendas à trabajar, aunque algo sabes por lo que has visto. Aqui está la Farmacopéa de Palacios, la de Fuller y la Matritense: está tambien el curso de Botánica de Linneo y ese otro de Química. Estudia todo esto y aplícate, que en tu salud lo hallarás.

Yo le agradecí el ascenso que me habia dado subiéndome de mozo de servicio á aprendiz de botica; y el diferente trato que me daba el oficial, pues desde ese momento ya no me decia Pedro à secas, sino D. Pedro; más entónces yo no paré la consideracion en lo que puede un esterior decente en este mundo borracho, pero ahora sí. Cuando estaba vestido de mozo ó criado ordinario nadie se metió á indagar mi nacimiento, ni mi habilidad; pero en cuanto estuve medio aderezado, se me examinó de todo y se me distinguió en el trato. ¡Ah vanidad, y cómo haces prevaricar á los mortales! Unas aventuras me sucedian bien y otras mal, siendo el mismo individuo, solo por la diferencia del traje. ¿A cuantos pasa lo mismo en este mundo? Si están decentes, si tienen brillo, si go-

zan proporciones, los juzgan ó á lo ménos los lisongeon por sabios, nobles y honrados, aun cuando todo les falte; pero si están de capa caida, si son pobres y à más de pobres trapientos, los reputan y desprecian como plebeyos, pícaros é ignorantes, aun cuando aquella miseria sea efecto tal vez de la misma nobleza, sabiduría y bondad de aquellas gentes. ¿Qué hiciéramos para que los hombres no fijaran su opinion en lo esterior, ni graduaran el mérito del hombre por su fortuna?

Más estas serias reflexiones las hago ahora: entónces me vanaglorié de la mudanza de mi suerte, y me contenté demasiado con el rumboso título de aprendiz de botica, sin saber el comun refrancillo que dice: *Estudiante perdulorio, sacristan ó boticario.*

Sin embargo, en nada ménos pensé que en aplicarme al estudio de Química y Botánica. Mi estudio se redujo á hacer algunos menjurges, á aprender algunos términos técnicos, y á agilitarme en el despacho; pero como era tan buen hipócrita, me granjié la confianza y cariño del oficial (pues mi amo no estaba mucho en la botica), y tanto que á los seis meses ya yo le ayudaba tan bien á D. José que tenia lugar de pasear y aun de irse â dormir á la calle.

Desde entónces ó tres meses ántes, se me asignaron ocho pesos cada mes, y yo hubiera salido oficial como muchos, si un accidente no me hubiera sacado de la casa. Pero àntes de referir esta aventura, es menester imponeros en algunas circunstancias.

Habia en aquella época en esta capital, un médico viejo á quien llamaban por mal nombre el Dr. Purgante, porque á todos los enfermos decia que facilitaba la curacion con un purgante.

Era este pobre viejo buen cristiano, pero mal médico y sistemático, y no adherido á Hipócrates, Avicena, Galeno y Averroes, sino á su capricho. Creia que toda enfermedad no podia venir sino de abundancia de humor pecante; y así pensaba que con evacuar

este humor se quitaba la causa de la enfermedad. Pudiera haberse desengañado á costa de algunas víctimas que sacrificó en aras de su ignorancia; pero jamás pensó que era hombre: se creyó incapaz de engañarse, y así obraba mal; más obraba con conciencia errónea. Sobre si este error era ó no vensible, dejémoslo á los moralistas; aunque yo para mí tengo que el médico que yerra por no preguntar ó consultar con los médicos sabios por vanidad ó capricho, peca mortalmente, pues sin esa vanidad ó ese capricho pudiera salir de mil errores, y de consiguiente ahorrarse de un millon de responsabilidades, pues un error puede causar mil desaciertos.

Sea en esto lo que deba ser en conciencia, este médico estaba igualado con mi maestro. Esto es: mi maestro D. Nicolás, enviaba cuantos enfermos podia al Dr. Purgante, y éste dirijia á todos sus enfermos à nuestra botica. El primero decia, que no habia mejor médico que el dicho viejo, y el segundo decia, que no habia mejor botica que la nuestra, y así unos y otros haciamos muy bien nuestro negocio. La lástima es que este caso no sea finjido, sino que tenga un sin fin de originales.

El dicho médico me conocia muy bien, como que todas las noches iba á la botica, se habia enamorado de mi letra y genio (porque cuando yo queria era capaz de engañar al demonio) y no faltó ocasion en que me dijera: hijo, cuando te salgas de aquí avísame, que en casa no te faltará qué comer ni qué vestir. Queria el viejo poner botica y pensaba tener en mí un oficial instruido y barato.

Yo le dí las gracias por su favor, prometiéndole admitirlo siempre que me descompusiera con el amo, pues por entónces no tenia motivo de dejarlo.

En efecto, yo me pasaba una vida famosa y tal cual la puede apetecer un flojo. Mi obligacion era mandar por la mañana al mozo que barriera la botica, llenar las redomas de las aguas que fal-

taran, y tener cuidado de que hubiera provision de éstas destiladas ó por infusion: pero de esto no se me daba un pito, porque el pozo me sacaba del cuidado, de suerte que yo decia: en distinguiéndose los letreros aunque el agua sea la misma poco importa, ¿quién lo ha de echar de ver? El médico que las receta quizá no las conoce sino por el nombre, y el enfermo que las toma las conoce ménos y casi siempre tiene perdido el sabor, con que esta droga va segura.

A màs de que quien quita que ó por ignorancia del médico ó por la mala calidad de las yerbas, sea nociva una bebida màs que si fuera con agua natural! Con que poco importa que todas las bebidas se hagan con ésta; ántes el refran nos dice: que al que es de vida, el agua le es de medicina.

No dejaba de hacer lo mismo con los aceites, especialmente cuando eran de un color, así como los jarabes. Ello es que el *quid pro quo*, ó despachar una cosa por otra juzgàndola igual ó equivalente, tenia mucho lugar en mi conciencia y en mi práctica.

Estos eran mis muchos quehaceres y confeccionar ungüentos, polvos y demás drogas, segun las órdenes de D. José, quien me queria mucho por mi eficacia.

No tardé en instruirme medianamente en el despacho, pues entendia las recetas, sabia donde estaban los géneros y el arancel lo tenia en la boca como todos los boticarios. Si ellos dicen esta receta vale tanto, ¿quién les vá á averiguar el costo que tiene, ni si piden ó nó contra justicia? No queda mas recurso á los pobres que suplicarles hagan alguna baja: si no quieren van á otra botica, y á otra y á otra, y si en todas les piden lo mismo, no hay más que endrogarse y sacrificarse porque su enfermo les interesa y están persuadidos à que con aquel remedio sanará. Los malos boticarios conocen esto y se hacen del rogar grandemenie, esto es cuando no se mantienen inexorables.

Otro abuso perniciosísimo habia en la botica en que yo estaba, y es comunísimo en todas las demas. Este es que así que sabia que se escaseaba alguna droga en otras partes, la encarecia D. José hasta el estremo de no dar medios de ella, sino de reales arriba; siguiéndose de este abuso (que podemos llamar codicia sin el menor respeto) que el miserable que no tenia mas de medio real y necesitaba para curarse un pedacito de aquella droga, supongamos alcanfor, no lo conseguia con D. José ni por Dios ni por sus Santos, como si no se pudiera dar por medio ó cuartilla la mitad ó cuarta parte de lo que se dá por un real por pequeña que fuera. Lo peor es que hay muchos boticarios del modo de pensar de D. José. ¡Gracias á la indelencia de proto-medicato (1) que los tolera!

En fin, este era mi quehacer de dia. De noche tenia mayor desahogo: porque el amo iba un rato por las mañanas, recogia la venta del dia anterior y ya no volvia para nada. El oficial en esta confianza, luego que me vió apto para el despacho, á las siete de la noche tomaba su capa y se iba á cumplimentar á su madama; aunque tenia cuidado de estar muy temprano en la botica.

Con esta libertad estaba en mis glorias, pues solian ir á visitarme algunos amigos que de repente se hicieron mios, y merendábamos alegres, y á veces jugábamos nuestros alburitos de á dos, tres y cuatro reales, todo á costa del cajon de las monedas, contra quien tenia libranza abierta.

Así pasé algunos meses, y al cabo de ellos se le puso al amo hacer balance, y halló que aunque no habia pérdida de consideracion, porque pocos boticarios se pierden, sin embargo, la utilidad apenas era perceptible.

No dejó de asustarse D. Nicolás al advertir el demérito, y re-

(1) Así se llamaba un tribunal especial compuesto de doctores en medicina que conocia en los negocios de su facultad.—*E.*

conviniendo á D. José por él, satisfizo éste diciendo, que el año habia sido muy sano, y que años semejantes eran funestos ó á lo menos de poco provecho para médicos, boticarios y curas.

No se dió por contento el amo con esta respuesta, y con un semblante bien serio le dijo: en otra cosa debe consistir el demérito de mi casa, que no en las templadas estàciones del año; porque el mejor no faltan ni enfermedades ni muertos.

Desde aquel dia comenzó á vernos con desconfianza y á nó faltar de su casa muchas horas, y dentro de poco tiempo volvió á recobrar el crédito la botica como que habia más eficacia en el despacho; el cajon padecia menos evacuaciones y él no se iba hasta la noche que se llevaba la venta. Cuando algun amigo lo convidaba á algun paseo, se escusaba diciéndole, que agradecia su favor, pero que no podia abandonar las atenciones de su casa, y que quien tiene tienda es fuerza que la atienda.

Con este método nos aburrió breve, porque el oficial no podia pasear ni el aprendiz merendar, jugar ni holgarse de noche.

En este tiempo por no sé qué trabacuentas se disgustó mi amo con el médico y deshizo la iguala y la amistad enteramente. ¡Qué verdad es que las mas amistades se enlazan con los intereses! Por eso son tan pocas las que hay ciertas.

Ya pensaba en salirme de la casa, porque ya me enfadaba la sujecion y el poco manejo que tenia en el cajon, pues à la vista del amo nó lo podia tratar con la confianza que ántes; pero me detenia el no tener donde establecerme ni que comer saliéndome de ella.

En uno de los dias de mi indeterminacion sucedió que me metí à despachar una receta que pedia una pequeña dósis de magnesia. Eché el agua en la botella. y el jarabe, y por coger el bote donde estaba la magnesia cogí el en donde estaba el arsénico, y le mezclé su dósis competente. El triste enfermo, segun supe despues, se la echó à pechos con la mayor confianza, y las mugeres de su casa le

revolvian los sientes del vaso con el cabo de la cucha ra diciéndole que los tomara, que los polvitos eran los más saludables.

Comenzaron los tales polvos à hacer su operacion, y el infeliz enfermo á rabiar acosado de unos dolores infernales que le despedazaban las entrañas. Alborotóse la casa, llamaron al médico, que no era lerdo, dijéronle que al punto que tomó la bebida que habia ordenado habia empezado con aquellas ansias y dolores. Entónces pide el médico la receta, la guarda, hace traer la botella y el vaso que aun tenia polvos asentados, los vé, los prueba y grita lleno de susto: al enfermo lo han envenenado: esta no es magnesia sino arsénico; que traigan aceite y leche tibia, pero mucha y pronto.

Se trajo todo al instante y con estos y otros auxilios, *dizque* se alivió el enfermo. Así que lo vió fuera de peligro preguntó de qué botica se habia traido la bebida. Se lo dijeron y dió parte al proto-medicato, manifestando su receta, el mozo que fué á la botica y la botella y vaso como testigos fidedignos de mi atolondramiento.

Les jueces comisionaron á otro médico, y acompañado del escribano fué á casa de mi amo, quien se sorprendió con semejantes visitas.

El comisionado y el escribano breve y sumariamente sustanciaron el proceso, como que yo estaba confeso y convicto. Querian llevarme à la cárcel; pero informados de que no era oficial, sino un aprendiz bizoño, me dejaron en paz cargando á mi amo toda la culpa, de la que sufrió por pena la exhibicion de doscientos pesos de multa en el acto, con apercibimiento de embargo caso de dilacion: notificándole el comsionado de parte del tribunal y bajo pena de cerrarle la botica, que no tuviera otra vez aprendices en el despacho, pues lo que acababa de suceder no era la primera ni seria la *última desgracia* de que se llorara por los aturdimientos de *semejantes despachadores*.

No hubo remedio: el pobre de mi amo subió en el coche con aquellos señores, poniéndome una cara de herrero mal pagado, y mirándome con bastante indignacio dijo al cochero que fuera paran, su casa, donde debia entregar la multa.

Yo, apénas se alejó el coche un poco, entré á la tras-botica, saqué un capottllo que ya tenia y mi sombrero, y le dije al oficial: D. José, yo me voy, porque si el amo me halla aquí me mata. Déle vd. las gracias por el bien que me ha hecho, y dígale que perdone esta diablura, que fué un mero accidente.

Ninguna persuacion del oficial fué bastante á detenerme. Me fuí acelerando el paso, sintiendo mi desgracia y consolándome con que á lo menos habia salido mejor que de la casa de Chanfaina y de D. Agustin.

En fin, quedándome hoy en este truco y mañana en el otro, pasé veinte dias, hasta que me quedé sin capote ni chaqueta; y por no volverme á ver descalzo y en peor estado, determiné ir á servir de cualquiera cosa al Dr. Purgante, quien me recibió muy bien, como se dirá en el capítulo primero del siguiente tomo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LO CONTENIDO

EN ESTE SEGUNDO TOMO.

PAGINAS.





